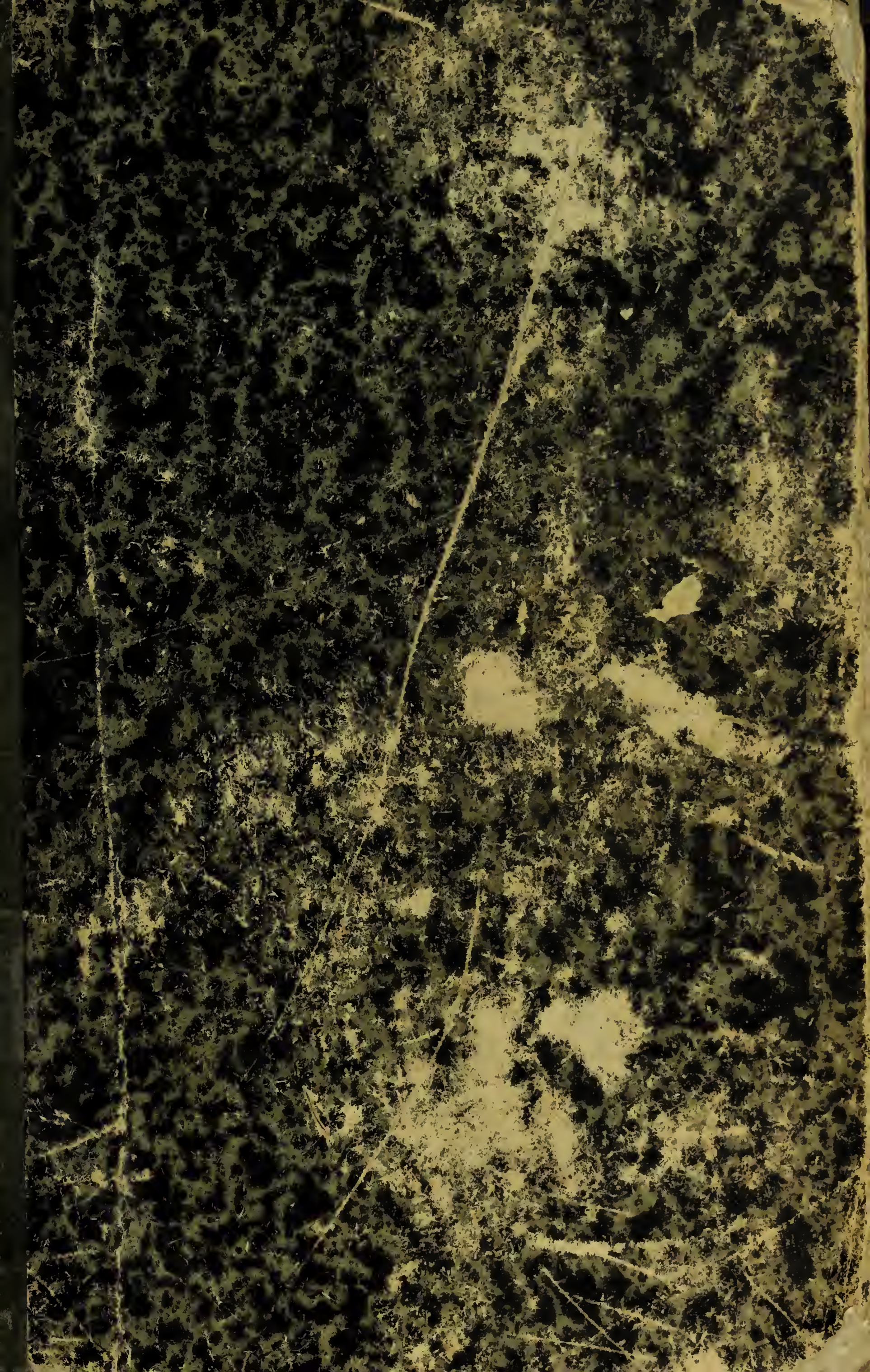
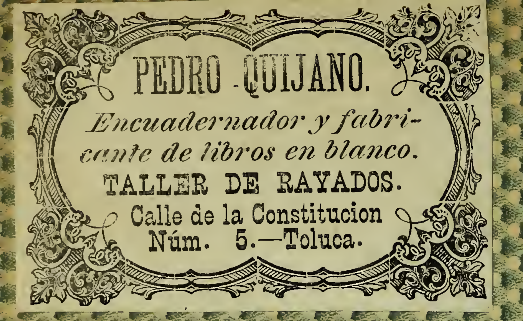
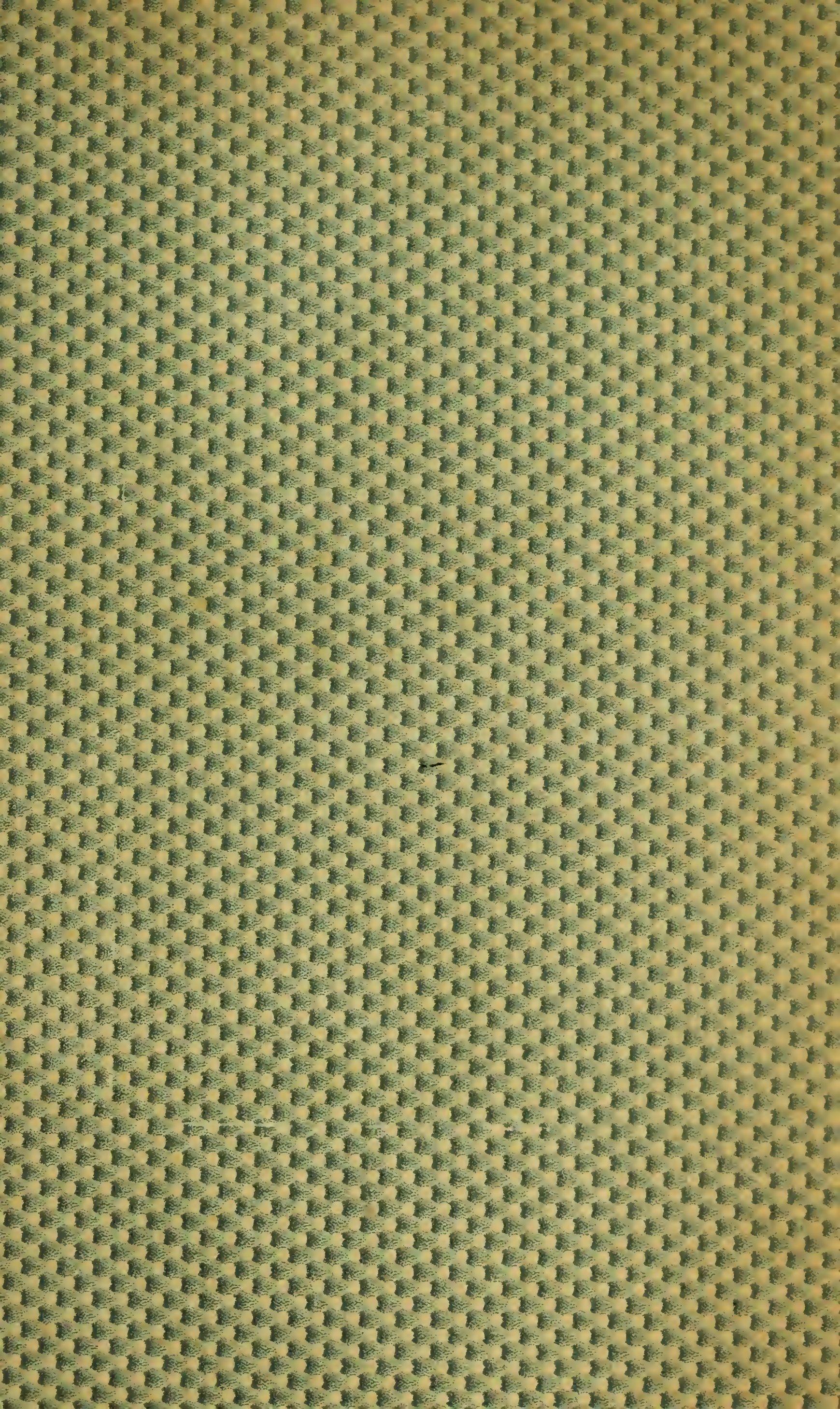



PEDRO QUIJANO.
Encuadernador y fabricante de libros en blanco.
TALLER DE RAYADOS.
Calle de la Constitucion
Núm. 5.—Toluca.


University of Florida
1853





HOMBRES ILUSTRES
MEXICANOS.
LIBERTAD
E. L. GALLO. EDITOR
MEXICO.
1873
LIT. H. IRIARTE. VILLASANA, LIT.º

EDUARDO L. GALLO, EDITOR.

HOMBRES ILUSTRES MEXICANOS

BIOGRAFIAS DE LOS PERSONAJES NOTABLES

DESDE ANTES DE LA CONQUISTA HASTA NUESTROS DIAS

POR I. M. ALTAMIRANO, M. ACUÑA, J. CASTAÑEDA,
A. CHAVERO, A. R. GONZALEZ,
J. M. LAFRAGUA, E. MENDOZA, M. PAYNO, I. RAMIREZ,
F. ROMERO, J. SIERRA, S. SIERRA, J. TELLEZ,
P. TOVAR, E. VELASCO, J. M. VIGIL, J. ZÁRATE
Y VARIOS ESCRITORES DE LOS ESTADOS.

TOMO I.

MEXICO.—1873.

IMPRENTA DE I. CUMPLIDO, REBELDES NUM. 2.


University of
1853

PRÓLOGO.

El editor de los "Hombres Ilustres Mexicanos" *ha encomendado á nuestros débiles esfuerzos la difícil tarea de hacer las biografías de los que se han distinguido por sus virtudes, por su valor, por su inteligencia ó por su patriotismo, en la parte del mundo que habitamos. Queriendo aquel prestar un servicio á la historia nacional, nos comunicó un pensamiento que no podiamos rechazar, y en consècuencia le ofrecimos que nuestras escasas luces prestarian toda su cooperacion para que se realizase en parte el fin propuesto, persuadidos de que debiamos ayudar á mitigar los males que está causando el egoismo, gangrena de las sociedades modernas.*

Estamos convencidos de que para escribir la historia, se necesita talento, fé, corazon y paciencia en las investigaciones; sabemos

que es preciso no borrar glorias heróicamente alcanzadas, ni rehabilitar nombres sumerjidos en el fango de la ignominia, ni pretender revocar el fallo que la humanidad ha pronunciado contra muchos pretendidos héroes, ni disminuir con injusticia el mérito de los que lo han sido realmente. En una palabra, comprendemos que una obra como la que vamos á escribir, debe ser obra de sentimiento, de arte y de ciencia, y nos resolvimos á emprender este trabajo, despues de haber fluctuado entre la vehemencia de nuestros deseos y la conciencia de nuestra pequeñez, alentados con la idea de que no venimos con título de maestros, ni con autoridad de Mecenas, ni siquiera con la pretension de que nuestros escritos sobrevivan mucho tiempo, y con la mas consoladora para nosotros, qué escribimos para una sociedad ilustrada y benévola.

Vamos, pues, á hacer las biografías de los mexicanos ilustres, cuyo catálogo es inmenso, para gloria de nuestra patria, proponiéndonos seguir un órden cronológico, en cuanto nos sea posible. Pretendemos así encadenar los sucesos de tal manera, que nuestra obra pueda ser la historia de México, comenzando desde los tiempos en que la verdad histórica se confunde con la fábula, y los acontecimientos comprobados, con los que narra la leyenda.

Para esto, vamos á tropezar con grandes dificultades que comprenderá todo aquel que conozca la historia. Los mas ilustres escritores que han consagrado su vida y los recursos de su inteligencia á estudiar á la humanidad, á seguirla en su camino y á revelar á la humanidad misma, rejuvenecida sin cesar, sus vicios y sus virtudes, sus crímenes y sus desaciertos, han chocado con esos mismos obstáculos, y mas de una vez no han podido descorrer el denso velo que entre la fábula y la historia propiamente dicha, extendieron el fanatismo, la tiranía y la barbárie. A veces es muy difícil distinguir al mito del héroe, á los hechos de un

personaje de los de una época, á las conquistas alcanzadas por el brazo y la inteligencia de un hombre, de las que han sido el resultado de los esfuerzos de una ó mas generaciones. No será extraño por lo mismo que no demos á conocer todos los hechos atribuidos á Xolotl, por ejemplo, cuando se sabe que nada habla la historia de España de los abencerrages y los zegríes, cuando se ignora todavía si las obras de Homero son del poeta ciego ó de toda una civilizacion, cuando se discute si Job y Prometeo son personajes históricos ó representan al género humano siempre mártir y desgraciado.

Por otra parte, y tratándose de México, son mayores las dificultades cuando se escriben los sucesos anteriores á la conquista. Nada nos han dejado de esa época la Numismática y la Diplomática, poco la Genealogía, la Heráldica y la Anticuaria, y algo la Filología, y todos saben cuánto auxilian estas ciencias al que escribe la historia. Respecto de ciertos personajes y de ciertos hechos, casi se ha perdido la tradicion, y es por lo mismo indispensable que la crítica establezca una línea divisoria entre los cálculos arbitrarios y apasionados y las probabilidades y la verdad. Pero precisamente por existir tantas dificultades, es por lo que vamos á inquirir los hechos, á desechar todo lo que repugna á la naturaleza de las cosas, á procurar impresionarnos con las costumbres y la ilustracion de cada época y de cada escritor que consultemos, para poder deducir con la exactitud posible cuánto han podido desfigurar los hechos la tiranía y las preocupaciones, el temor, el interés y la adulacion, los detractores y los panegiristas.

La mano sacrílega de los conquistadores destruyó todo aquello que podia revelar al mundo la ilustracion de un pueblo que se envanecia con el recuerdo de sus pasadas glorias, y con la historia de sus legisladores, sus astrónomos, sus guerreros, sus literatos y sus sábios; y sin embargo, conocemos muchos hechos anteriores á

la época de la dominacion española. Zumárraga y Cortés, ó mejor dicho, el fanatismo y la tiranía, el altar y el sable, fueron impotentes para dar muerte del todo á las tradiciones, para extinguir los recuerdos, para apagar en el corazon del pueblo oprimido el fuego del patriotismo. Sobrevivieron algunos documentos históricos, testigos de la grandeza azteca, y que han venido á ser el padron de ignominia de los que nos trajeron una religion humanitaria y filosófica en la boca del cañon.

Hace mucho á nuestro propósito recordar aquí, que durante la dominacion de España y á despecho de la Inquisicion, de la influencia clerical y del despotismo mas desenfrenado, aparecian tendencias á la independencia, bien hablara á sus conciudadanos el lenguaje de la libertad el yucateco Kisteil, ó bien quisiera revindicar el nombre mexicano el mismo hijo del conquistador Cortés. Y no solo esto, sino que de entre las tinieblas de la ignorancia, del fango de la abyeccion en que se tenia sumergido al pueblo subyugado, brotaban génios como Alarcon y Sor Juana Ines de la Cruz, como D. Fernando de Alba Ixtlixochitl, Clavijero y otros muchos hombres que figurarán en la obra que hoy comenzamos á publicar.

Al referirnos á los hombres mas ilustres que existieron durante los tres siglos de esclavitud, tendremos especial cuidado en darlos á conocer, no como debieron haber sido, sino como fueron realmente, dejando á la crítica del lector el trabajo de colocarse en las épocas respectivas, y sin perjuicio de hacer nosotros las apreciaciones que nos sugiera el estudio de cada personaje. Para conseguirlo, nos proponemos desterrar de nuestras biografias todo lo que tenga un carácter novelesco, cuyo estilo deleita á veces, pero casi nunca presenta la verdad desnuda. De este modo se enlazarán mejor los acontecimientos de la época á que nos referimos con los de las que le sucedieron, y se palpará en cada uno de los hechos un

paso mas de la sociedad mexicana en la vía de la libertad y el progreso.

Así podrá verse por qué el sentimiento de la dignidad de un pueblo, la conciencia de su valor y de su fuerza se sublevaron al fin, consiguiendo en poco tiempo lo que la tiranía apenas dejaba imajinar. Considerándose que yacia adormecido el espíritu de independencia, que estaba subyugado el deseo de toda mejora polítitica y social, que se habia convertido en costumbre la obediencia servil y las creencias religiosas en fórmulas extravagantes, se comprenderá por qué la mas grandiosa idea apareció en Dolores revestida con el ropage del fanatismo. Así se explica perfectamente por qué Hidalgo enarbolaba la bandera nacional colocando en el centro de esta la imájen de la Vírgen de Guadalupe, sin que la insignia venerada fuera bastante poderosa para contener al pueblo, cuyos resentimientos, comprimidos durante tanto tiempo, hicieron explosion en Granaditas.

Los once años de lucha entre el pueblo oprimido y sus dominadores, son bastante fecundos en acontecimientos y por consiguiente en héroes. Por lo mismo, este período ocupará preferentemente nuestra atencion, tanto por las causas nacidas entonces, como por las consecuencias engendradas por ellas. De esta manera se conocerá de donde vienen y á donde van los heróicos esfuerzos del pueblo mexicano, siempre grande porque se encamina siempre á la libertad, cuyo nombre es tan dulce, á la tolerancia política y religiosa, cuya existencia determina en la época presente la ventura de los paises ilustrados, á la reforma, que ha nacido de aquellas, pero no para destruirlas, sino para alimentarlas y robustecerlas; á esa reforma que en México ha producido héroes como Farías y Ocampo, Miguel Lerdo de Tejada y Degollado, Gutierrez Zamora y La Llave, Zaragoza y Juarez.

Tendremos tambien que ocuparnos de la época de los errores,

del tiempo funesto de nuestros disentimientos políticos, del período de nuestros estravíos. En medio de los mas ilustres hechos se verán los desaciertos mas lamentables, como entre un zarzal se mira la hermosura de un lirio, porque no puede el historiador imparcial manchar las glorias de los héroes, pero tampoco adornar con las galas del talento á la ineptitud, ni dar el colorido de la virtud al vicio y al crímen. La imparcialidad nos llevará á dar á conocer á Iturbide como libertador, pero cambiando tan glorioso título por el dictado de aspirante vulgar; á Guerrero, posponiendo á las ambiciones políticas sus honrosísimos antecedentes; al inteligente Alaman, pagando el crímen de Picaluga; al vencedor de los españoles y de los franceses, vendiendo la Mesilla y tiranizando á su patria, y al intrépido Miramon, sacrificándolo todo á su ambicion.

Y aquí nos detendremos, porque no aspiramos á la triste gloria de elogiar á los que viven. Pretendemos ser intérpretes de los acontecimientos, narrar á nuestros contemporáneos las glorias y los vicios de los hombres que ya no existen, para que palpen los que desean ocupar un lugar en las páginas de la historia, la funesta influencia de la vanidad, de la tiranía y del fanatismo, y la benéfica de la modestia que no llega á la humillacion, del espíritu liberal que reconoce las reglas de la moral universal, y del sentimiento de reforma comun á las sociedades modernas, que no avanza hasta el ateismo. Por regla general no renegaremos de los hechos, como lo hacen los teóricos, ni nos adheriremos demasiado á ellos, como los empíricos. En una palabra, procuraremos penetrarnos de la mas íntima conviccion al escribir cada biografía; y si bien deseamos ser los mas humildes imitadores de Plutarco, de Cornelio y de Laercio, lo hacemos sin otro móvil que el de ser útiles de alguna manera al país donde nacimos. Si Heródoto escribió la historia "con el fin de que no se pierda la me-

moria de las grandes y maravillosas hazañas," *nosotros damos á luz nuestras biografías, no para formar una epopeya de interes bien ó mal sostenido, sino para presentar, como quiere Tácito, enteramente desnudos á los personajes y á sus hechos.*

Los Redactores.

México, Setiembre 1º *de* 1873.

TENOCH.

I.

COMIENZA Plutarco su admirable libro de las Vidas de varones ilustres por las de Teseo y Rómulo, el primero fundador de la ciudad de Atenas, y el segundo fundador de Roma. Séanos, pues, permitido que siguiendo sus huellas, comencemos nuestro libro por la vida de Tenoch, fundador de México. Verdad es que son personajes estos, que mas pertenecen á la leyenda que á la verdad histórica; pero tambien lo es que con ellos comienza la historia. Honra es ademas muy debida al fundador de una nacionalidad, ponerle al frente de los grandes hombres que dieran cabo y cima á la empresa que él comenzó, acaso con humilde pobreza de elementos, pero con inmensa riqueza de esperanzas.

Rómulo, amamantado por una loba, abandonado de la so-

ciedad, sin familia, sin patria, sin religion, á la cabeza de un grupo de bandidos, sueña con un imperio grande como el mundo; aquellos bandidos no tienen familia, irán á robar á las sabinas para hacer de ellas las madres de sus hijos; no tienen religion, la inventarán, y acogerán en su panteon á los dioses de todas las religiones; no tienen patria, conquistarán el mundo conocido, para hacer de todo él esa patria que les faltaba.

Fueron así tambien los antiguos mexicanos. Puñado de hombres valerosos pero débiles, sin hogar ni patria, desechados de todos los reinos, llegaron un dia á una miserable isla que entre los juncos y los cañaverales de la laguna se escondia, y antes de que hubieran desaparecido cuatro generaciones, conquistaban todos aquellos reinos que los habian despreciado, y en su templo mayor, como en el panteon de los romanos, colocaban á los dioses de los pueblos que iban subyugando.

Así nació entre las siete colinas, de las chozas de los bandidos, la señora del mundo: así nació en medio de nuestras lagunas, en los *xacalli* de los desheredados, nuestra México: aquella se llamó Roma del nombre de su fundador Romulus; ésta, del nombre de su fundador Tenoch, se llamó Tenochtitlan.

Curioso es á la verdad seguir á los aztecas en su peregrinacion, hasta que, bajo el mando del sacerdote Tenoch, fijaron su asiento junto á la peña en donde el águila se posó sobre el nopal. Y no nos faltan por cierto documentos que nos guien en ese viaje, que como el de los israelitas, no debia concluir la generacion que lo emprendió. Yo de mí sé decir que conozco tres relaciones geroglíficas de él, sin contar las diversas en que hay algunas noticias, pero que son solamente parte no importante de historias mas extensas. Es la mas antigua de ellas un geroglífico, propiedad del Museo Nacional, que segun creo no se encuentra ya en él, escrito en papel de maguey (amatl), cuadrado, y en el cual está figurado de una manera irregular, y en mi concepto primitiva, el re-

lato de la peregrinacion. Esta pintura fué reproducida con mucha exactitud por el Sr. D. Fernando Ramirez en el Atlas del Sr. García Cubas. En el mismo Atlas publicó, bajo el número 2, otro geroglífico que se conservaba tambien en el Museo, y está dibujado igualmente en papel de maguey. Aun cuando es anterior á la conquista, está escrito, sin que en ello quepa duda, muchos años despues que el primero, pues no solamente la pintura geroglífica es mucho mas adelantada, sino que sigue con gran cuidado, año por año, la cronología, y no se limita como aquel á marcar casi exclusivamente los lugares de detencion de los aztecas, sino que señala ademas los sucesos mas importantes del viaje. Es la tercera, y para mí muy importante, un códice, que Boturini catalogó bajo el número 14 del párrafo VIII de su Museo, y que es hoy de la propiedad del Sr. Aubin, quien lo publicó en Paris el año de 1851 para acompañarlo á una noticia sobre su coleccion de antigüedades mexicanas. Es esta una pintura geroglífica que abraza la historia de los mexicanos desde su salida de Aztlan hasta el año de 1606 de nuestra era. Por lo que toca á la peregrinacion, se acuerda casi en todo con la segunda citada, y ambas nos servirán de guía para narrar los sucesos del viaje, que de tan diversa manera ha sido comentado.

Pertenecian los aztecas á la nacionalidad de los nahoas, que en época muy remota, abandonaron su primitiva patria que se encontraba en el Norte. Cuál fuera el nombre del antiguo reino, cosa es hasta hoy ignorada, pues ya se refiere la historia á un primer Culhuacan, ya á Chicomoztoc, ya á Amaquemecan. Cierto es, sin embargo, que antes de la peregrinacion azteca, ya otra nacion del mismo orígen, los toltecas, habia florecido en el reino de Tollan. A los aztecas los encontramos por primera vez en la historia, asentados en Aztlan, en medio de la laguna de Chapalla, en la isla hoy nombrada Mexcalla. Formaban sin duda los que despues fueron mexicanos, parte pequeña de las tribus que allí vivian, pues al principio de la peregrinacion no caminaban con nom-

bre propio. Pertenecia la civilizacion de las tribus á la época lacustre, habitaban en medio de un lago, y buscaron como final asiento un lago tambien. Su dios principal era naturalmente un mito que tal civilizacion representaba: llamábase Aacatl, caña del agua.

Cuenta la leyenda que el año ce tecpatl, comenzaron la peregrinacion por mandato de su dios Huitzilopochtli. Difícil seria decir si este dios era el mismo Aacatl, ó si vino á representar una nueva teofanía, la primera de la peregrinacion. Pusiéronse en marcha al mandato del dios, las tribus Huexotzinca, Chalca, Xochimilca, Chololteca, Malinalca, Chichimeca, Tepaneca y Matlatzinca. Guiábanlas Cuauhcohuatl, Apanecatl, Tezcacoatl y Chimalma, conduciendo el primero al dios Huitzilopochtli. Parece por el geroglífico, que los gefes de Aztlan eran el sacerdote Aacatl y su mujer Chimalma. Pero este gefe, acaso como Moises, soñaba establecer un pueblo enteramente independiente, y una noche llamó á los escogidos, que pertenecian á una parte de la tribu chololteca, y separándolos de las otras tribus siguió con ellos su peregrinacion. Impúsoles entonces el nombre de mexica, del de su dios Huitzilopochtli, que tambien se llamaba Mexitli, y prosiguió el viaje en busca de la tierra prometida, viaje que bajo tantos aspectos se parece al de los israelitas. Es notable que ya Torquemada se fijara en la semejanza de ambas peregrinaciones: parecióle mal al censor la comparacion que con el pueblo de Dios se hacia de un pueblo que él creia guiado por el demonio, y suprimióse el capítulo de la Monarquía Indiana que de ese asunto trataba.

Como en el desierto de Arabia, hubo quienes se resistieran á seguir la marcha; pero como allí, intervino la divinidad. Oyóse un estrépito espantoso, buscóse la causa, y encontráronse muertos á los cabecillas, con el pecho abierto y el corazon arrancado. El geroglífico representa al sacerdote Aacatl, gefe de los mexica, instituyendo los sacrificios humanos, y arrancando el corazon á los tres gefes rebeldes, entre los cuales se lee el nombre de Michuaca, lo que da á conocer que en su paso por Michuacan tuvieron lugar la separacion

de las tribus, y la institucion de los sacrificios humanos. Quedó desde entonces establecido el gobierno teocrático, el dios dirigia al pueblo, y le comunicaba sus órdenes por medio del sacerdote, gefe de la tribu; el pueblo creia ciegamente en éste, y continuó su marcha. Pararon en Cuextecatlichocayan y Coatlicamac, y emprendiendo de nuevo su viaje llegaron á la laguna de Tollan á los 29 años de su peregrinacion, segun el geroglífico del Museo, y á los 48 segun el de Paris. Permanecieron allí 19 años, segun el primer geroglífico, y 11 segun el segundo, y se trasladaron á Atlicalaquian ó Altlitalaoyan; estuvieron allí 10 años segun el uno y cinco segun el otro, y nuevamente se detuvieron en Tlemaco. Permanecieron despues en Atotonilco cinco años segun un cómputo, cuatro segun el otro, y doce en Apazco, en donde sacaron fuego nuevo. Ya ambas cronologías se han juntado, y siguen en todo conformes. Luego estuvieron cuatro años en Tzompanco, cuatro en Xaltocan, cuatro en Acalnahuac ó Acalhuacan, cuatro en Ehecatepec, ocho en Tolpetlac, veinte en Colhuatitlan, cuatro en Huixachtitlan y cuatro en Tecpayocan. Parece que hasta entonces habian peregrinado sin dificultad los mexicanos; pero en este último punto el geroglífico marca que tuvieron guerra en el año que encendieron el fuego nuevo.

Aquí encontramos una nueva teofanía, relacionada ya, como toda la religion de los mexica, con los sucesos astronómicos, y para comprenderla debemos examinar las circunstancias del viaje. Los emigrantes, al salir de Aztlan en pos de una tierra prometida, tomaron direccion fija, y llegaron á Patzcuaro; en Michuacan se separaron, y al establecer los sacrificios fué una de sus víctimas un michuacanes, como ya hemos visto; y atravesando los antiguos lagos de Michuacan, hicieron ya asiento en Colhuatepec ó Coatlicamac. Esta parte de camino podemos decir que la hicieron continuadamente; mas llegó un momento en que la numerosa tribu necesitó pararse, y buscar en la agricultura y en la pesca una alimentacion segura. Entonces establecieron detenciones periódicas en su via-

je, las cuales despues de su estancia en Tollan, y entrada al valle, tomaron cierto carácter de regularidad; casi siempre eran de cuatro años, período cíclico de los mexica. Parece que vivian en paz en todas partes, y que de preferencia se empleaban en la agricultura. En Coatitlan y Huixachtitlan los vemos dedicados al cultivo del maguey, que habian importado de Chalco, y ninguna señal tenemos hasta Tecpayocan, de que hubiesen sido inquietados en su viaje. Era el valle extenso, y no poderosos los reinos en él establecidos: así es que sin dificultad seguian los mexica su peregrinacion en pos de la isla que su diós habíales prometido. Pero la idea religiosa los dominaba enteramente; marchaban y obraban en nombre de la divinidad, de una divinidad sanguinaria y despótica, que queria un gran poder para sus adeptos, y como ofrenda, sacrificios humanos. Gran ambicion y gran constancia debian tener los sacerdotes que dirigian la tribu, y desde entonces podia preverse á cuánto poder llegaria con el tiempo ese grupo de hombres, que mas que una patria buscaba un lugar en el centro de la laguna para levantar un teocalli, que ellos soñaban como la metrópoli de todos los dioses de aquellas tierras.

Estas ideas combinadas con las fiestas astronómicas, nos explican la nueva teofanía. Comenzaba el ciclo con el año ce tochtli en los tiempos antiguos; cuando en su peregrinacion se presentó de nuevo tal año, no celebraron fiesta en él los mexica, sino que pasaron la solemnidad del fuego nuevo al siguiente ome acatl, pues el tochtli habia sido año aciago para ellos, y el ome acatl era dedicado á su dios Huitzilopochtli (¿Aacatl?) Fué ya gran suceso religioso la venida de tal año, y cuando por segunda vez llegó, volvieron á encender el fuego nuevo, y se detuvieron en Tzompanco. Llegó por tercera vez la gran festividad del fuego nuevo, y con ella la nueva teofanía, el establecimiento de grandes sacrificios, y la guerra para hacer prisioneros que inmolar en las aras de su sangrienta deidad. Despues seguirá la paz, y no volverá á encontrarse el signo de la guerra, sino hasta Chapultepec en

la cuarta fiesta del fuego, siempre como una festividad religiosa, preludio del famoso pacto guerrero de México, Tlaxcalla y Huexotzinco.

Los emigrantes, despues de haber permanecido en paz cuatro años en Pantitlan, estuvieron ocho, dos ciclos, en Amalinalpan; y volvieron á Pantitlan, pasando por Atzcapotzalco. Cuatro años estuvieron en Pantitlan, cuatro en Acolnahuac, cuatro en Popotla, cuatro en Techcatitlan, cuatro en Atlicuahuayan, y de allí pasaron á asentarse á Chapultepec.

Cuenta Chimalpain, en una crónica inédita, que hasta su llegada á Chapultepec habian tenido seis gefes los mexica, y que el primero se llamó Chalchiutlatomac. En el geroglífico lleva el primer gefe el nombre de Aacatl, cosa que nada tiene de particular, pues los sacerdotes usaban tambien el del dios que servian. Llegados á Chapultepec no eligieron ya, como antes, un gefe sacerdote, sino que nombraron rey á Huitzilhihuitl. No hay datos para creer que en los veinte años que duró su estancia en este lugar, fueran inquietados, y todo hace suponer que los pueblos limítrofes los trataban pacíficamente, y que fué tranquilo el reinado de Huitzilhihuitl durante los primeros diez y nueve años, pues aun cuando algunos cronistas, apoyados en la fábula religiosa, hacen suponer lo contrario, ni la pintura geroglífica, ni la lógica de la historia lo autorizan. La guerra de Chapultepec tuvo, como la de Tecpayocan, su orígen en la teofanía que mandaba hacer al dios grandes sacrificios de prisioneros en la fiesta del fuego nuevo. Llegó el ome acatl en su mansion de Chapultepec, ó impulsados por su idea religiosa, emprendieron la guerra los mexica. No fueron felices en esta vez; derrotados y perseguidos por los colhuas, fueron reducidos á servidumbre, y hecho prisionero su rey, fué muerto en Culhuacan. Su estancia en Acocolco, Culhuacan y Tizapan, lugar que para vivir les destinaron los colhuas, fué de diez y siete años, segun la cuenta que saco comparando los geroglíficos relacionados, y tomando en cuenta el año de la fundacion de México, y el año de su servidumbre, que fué el del fuego

nuevo. Los colhuas, por los servicios que les prestaron los mexica en la guerra con los xochimilcas, les dieron libertad. Se establecieron entonces en Mexicaltzinco, en donde estuvieron un año; y despues de estar cuatro años en Nexticpac, dos en Ixtacalco, y uno en Temazcatitlan, se trasladaron á la isla que llamaron Tenochtitlan, á la cual llegaron en el año ome calli, que corresponde al 1325 de nuestra era. Habian empleado 210 años en su peregrinacion; de manera que su salida de Aztlan se efectuó en el año 1116.

II.

Los pueblos primitivos han envuelto siempre su orígen en el misterio de la fábula, y no podian los mexica sustraerse á esta ley constante de la historia; así es que la leyenda vino á llenar de episodios y de atractivo los últimos años de su viaje desde su estancia en Chapultepec, leyenda que de diversas maneras cuentan los cronistas, pero que encierra siempre sucesos sobrenaturales, y la intervencion directa del dios en la fundacion de la ciudad.

Toma dos faces principales la fábula, la una religiosa y la otra heróica, ó mas bien pudiéramos decir semi-histórica. Voy primero á ocuparme de la leyenda religiosa, y despues lo haré de la heróica, pues creo que tales relatos sirven mucho para conocer el verdadero espíritu de un pueblo.

Al salir las tribus de Aztlan hablóles el dios en Coloacan, y cuando quisieron detenerse en su viaje se verificó un prodigio espantoso; rompióse con gran estrépito un corpulento árbol, á cuyo pié comian, y los emigrantes entristecidos pusiéronse á llorar al rededor de su dios; entonces este mandó á los escogidos que se separaran de las demas tribus, les impuso el nombre de mexica, y estableció los sacrificios huma-

nos. Desde entonces los mexica debian peregrinar sin descanso hasta encontrar el lugar señalado por su dios para establecer su último asiento.

Desde Aztlan los acompañaba una hechicera, hermana de Huitzilopochtli, la cual era odiada por la tribu, que le atribuia sus males y sufrimientos. Por consejo de su dios la abandonaron en Michuacan, y ella con los suyos se estableció en Malinalco; pero cuando los viajeros llegaron á Chapultepec, su hijo Copil trató de vengar ese abandono, y al efecto, aconsejado por Malinalxochitl, comenzó á recorrer las ciudades de Atzcapotzalco, Tlacopan, Coyohuacan, Xochimilco, Culhuacan y Chalco, incitando á sus habitantes á la guerra contra los mexica, por ser estos *hombres perniciosos y belicosos tiranos y de malas y perversas costumbres.* Estos pueblos, temerosos de sus maldades, determinaron acabar con ellos. Refiere la leyenda que antes de que viera sus propósitos cumplidos, fué sorprendido Copil por los mexica, á quienes dió aviso su dios; que lo sacrificaron, y arrojaron su corazon en el lugar en que despues se fundó México, y que de ese corazon nació el tunal en que se posó el águila. Pero la guerra se llevó á cabo, y no salieron bien de ella los mexica, que quedaron cautivos de los colhuas. Tal es la leyenda religiosa.

La leyenda histórica atribuye á otra causa el desastre de los mexica. Segun ella, el sacerdote Tzinppantzin burló á Xochipapalotl, hija de Matzantzin, que á la llegada de los mexica á Chapultepec, reinaba en la nacion chichimeca, y para vengar esa afrenta, ligáronse los señores de Culhuacan, Atzcapotzalco, Xochimilco y Coyoacan, bajo la direccion del primero, y despues de una cruda guerra los lanzaron de allí y los aprisionaron.

Quedaron los mexica bajo el dominio de los colhuas, quienes les señalaron para que viviesen un lugar llamado Tizapan. Pero habiendo ocurrido á los colhuas entrar en guerra con los xochimilcas, y viéndose ya casi en derrota, los llamaron en su auxilio. Los mexica se pusieron de acuerdo

en llevar cada uno un tenate y una navaja de obsidiana, y en que á todo prisionero que hiciesen, no lo matarian, sino que solamente le cortarian la oreja derecha. Cuando despues de la victoria llegaron los soldados á llevar al rey sus prisioneros, presentáronle los mexica sus tenates llenos de orejas, lo que sobremanera azoró á los colhuas. Despues se llevaron á su barrio á cuatro prisioneros que vivos y ocultos tenian, y determinaron sacrificarlos para inaugurar un nuevo templo á Huitzilopochtli. Convidaron á la fiesta al rey Coxcox, y le pidieron una ofrenda para su dios. Este les mandó un trapo súcio con un pájaro muerto dentro. Callaron los mexica, arrojaron la ofrenda del rey, y en el altar pusieron un cuchillo de obsidiana y un lio de verdes yerbas, augurando así con las fragantes yerbas la grandeza que esperaban, y su venganza con aquel cuchillo. Llegada la hora de la ceremonia, sacrificaron en presencia del rey á sus cautivos, abriéndoles el pecho y sacándoles el corazon, para ofrecerlo en aras de su dios. Los colhuas se espantaron de tanta barbárie, y dieron libertad á los mexica, que continuaron su peregrinacion interrumpida.

Pero estos, aun cuando habian recobrado su libertad, no perdonaron á los colhuas su anterior servidumbre, ni el ultraje que el rey habia hecho á su dios, y pensaron en la venganza. Dirigiéronse á él pidiéndole su hija para hacerla su señora y mujer de su dios. El rey la entregó á sus antiguos siervos, que la llevaron con grandes solemnidades, y prepararon una fiesta para deificarla. Invitado el monarca colhua, se presentó con los principales de su reino, cargados todos de ricas ofrendas, y marchó al templo, en donde presentó las codornices, copal y rosas que llevaba al efecto. Pero repentinamente, á la luz de un brasero, contempló que hacia sus ofrendas delante de un hombre cubierto con la piel de su hija, á quien los mexica habian muerto y desollado, para vengar sus antiguos ultrajes. El rey colhua pensó entonces en destruirlos, y no encontraron ya salvacion sino en medio de las cañas de la laguna.

El gefe de la tribu debió comprender que ya no era posible seguir la peregrinacion religiosa. Habia que renunciar al establecimiento de la nueva nacionalidad, ó señalar por fin el asiento prometido por su dios, para lo cual escogió una isla cubierta y oculta por los cañaverales.

Sujetos siempre los mexica á ideas sobrenaturales y religiosas, diόles el nombre de su ciud d motivo para una nueva leyenda.

Los mexica, para expresar sus nombres por medio de la escritura, usaban de geroglíficos, que unas veces eran simbólicos, otras ideográficos; pero siempre que les era posible preferian los fonéticos. Buscaban signos que en su combinacion dieran el sonido de la voz que querian representar; y hacian esta combinacion siguiendo extrictamente sus reglas gramaticales para la formacion de las palabras compuestas. Así es que cuando quisieron representar geroglíficamente el nombre de su gefe Tenoch, lo hicieron con el símbolo piedra *tetl* y la figura tunal *nochtli*. Ahora bien, conforme á las reglas gramaticales los nombres acabados en *tl*, pierden estas dos letras en la composicion; de manera que la reunion de las dos palabras *tetl* y *nochtli*, da *tenochtli*. Pero conforme á las mismas reglas, los nombres terminados en *tli*, si se aplican á persona pierden generalmente esa sílaba, y si se aplican á lugares, cambian la terminacion por la preposicion *tlan*, ó *titlan* si la eufonía lo exige. Estas son reglas generales é invariables. Por lo mismo la combinacion *tenochtli* de las dos palabras *tetl*, piedra, y *nochtli*, tunal, vino á dar el sonido *Tenoch*, nombre del fundador de la ciudad, y *Tenochtitlan*, nombre de la ciudad fundada. Así es que siempre que en el geroglífico se figuraba la ciudad, se pintaba un tunal sobre una piedra, y como el águila era símbolo de grandeza guerrera entre los mexica, púsose encima una águila de perfil, primeramente destrozando un pájaro, y mas tarde, y para completar el simbolismo, desgarrando una víbora. De aquí nació la fábula de la fundacion de México, que está representada en la estampa que se acompaña, y la cual es la siguiente:

Perseguidos los mexica por los colhuas, é internados en los cañaverales de la laguna, hambrientos y desesperados, estaba á punto de perderse la obra comenzada en Aztlan y proseguida con asombrosa constancia en medio de tantas penalidades. Entonces el dios se apareció en la noche al sacerdote Cuauhtloquetzqui y le dijo: en el lugar en que arrojásteis el corazon de Copil, ha crecido sobre una piedra un tunal, y está tan grande y hermoso que en él tiene su morada una águila. Id á buscarla á la salida del sol y la encontrareis comiendo los mas hermosos y galanos pájaros. Allí formaréis la ciudad. Pusiéronse en marcha los mexica, y vieron que de en medio de la laguna salia una fuente de agua límpida y azulosa, y junto y sobre un tunal que crecia en una peña, contemplaron al águila. Allí se asentaron finalmente, y bajo el mando de Tenoch fundaron la ciudad, y levantaron el primer templo á Huitzilopochtli.

III.

La lámina que tenemos á la vista representa en el centro el águila posada sobre el nopal nacido en la piedra. Rodea la isla una agua límpida y azul que la atraviesa en cruz y la divide en cuatro partes, y á los lados del águila se encuentran los gefes fundadores de México. Vamos á explicar esta lámina en el órden de numeracion con que se encuentra en su original, el códice Mendozino.

Núm. 1.—Representa un guerrero sentado, significando que allí ha tomado asiento y vecindad. El geroglífico que está á su izquierda y que nos da su nombre, es una bandera, *pantli,* con manchas como la piel del tigre, *ocelotl.* Siguiendo las reglas gramaticales de composicion, de que ya he hablado, nos dará la palabra Ocelopantli; pero tratándose de sustantivo patronímico, pierde la última sílaba, y queda Ocelopan, nombre de uno de los gefes militares fundadores de México.

Núm. 2.—Un gefe militar, figura idéntica á la anterior. Su geroglífico se compone de una bandera, *pantli,* que por el color se ve que es de madera, *quahuitl.* Compuestos estos



LIT. DE IRIARTE

nombres nos dan la voz *Quahupan* ó *Quauhpan*, ó por eufonía *Quapan*.

Núm. 3.—Un personaje militar, que se reconoce como los anteriores en el adorno rojo de la cabeza. Su geroglífico se compone de una caña, *acatl*, y la cabeza de una liebre, *citli*, lo que compuesto nos da el nombre *Acacitli*.

Núm. 4.—Idéntico personaje. Su geroglífico se compone del símbolo del agua, *atl*, y del carácter figurativo de un arbusto llamado *huexotl*, palabras que compuestas nos dan el nombre *Ahuexotl*.

Núm. 7.—Idéntico personaje. Su geroglífico nos representa un pié atravesado por una flecha. El verbo asaetar *mimina*, *mitl* flecha, y la raiz *xo*, que se usa en los compuestos referentes al pié, nos da *Xomimitl*.

Núm. 8.—Idéntico personaje. El geroglífico representa un pié como el anterior, que nos dará la misma raiz *xo*, y como está adornado con un *coyolli*, cascabel, nos dará *Xocoyol*.

Núm. 9.—Idéntico personaje. Su geroglífico es un zapato, *cactli*, de color azul, *xihuitl*, lo que da el compuesto *Xiuhcac*.

Núm. 10.—El mismo personaje. Su geroglífico el carácter simbólico agua, *atl*, y el figurativo pájaro, *tototl*, lo que da el nombre *Atototl*.

Núm. 5.—Los demas personajes, aunque guerreros y fundadores de la ciudad, no están acompañados de ningun signo que manifieste su superioridad. Los mexica, cuando trataban de un personaje distinguido, agregaban á su nombre la partícula reverencial *tzin*, la que en su escritura representaban con la parte inferior del cuerpo humano, *tzinco*. En el geroglífico de este personaje encontramos la partícula reverencial, lo que nos manifiesta que es el principal de los gefes militares, por lo cual sin duda tambien está colocado al lado del fundador principal y gefe de la nacion. Compónese su geroglífico del carácter figurativo maguey, *metl*, el de igual clase ombligo, *xitli*, y el reverencial *tzin*, lo que nos da la voz *Mexitzin*, y sin el reverencial, como nombre

de lugar, nos daria *Mexico*, y como patronímico los *mexica*, los mexicanos. Sin duda el principal gefe militar usaba el mismo nombre de la tribu ó del dios *Mexi* ó *Mexitli*.

Núm. 6.—La figura no está sentada en tules, como las anteriores, sino en una estera, *petatl*, por su carácter superior. Es un sacerdote, como lo manifiestan los adornos negros de su traje, su larga cabellera y su rostro untado de *ulli*; pero al mismo tiempo se ve en el adorno rojo de sus cabellos, que se ha distinguido en la guerra. Su nombre geroglífico ya lo hemos explicado. Es *Tenoch*, el fundador de la ciudad.

En el centro, el mismo símbolo nos da el nombre de la ciudad, *Tenochtitlan*.

Sembrada está la estampa de yérbas verdes, que son el carácter figurativo de los tulares, y de yerbas azules que lo son de los cañaverales. En la parte elevada está una choza que manifiesta las primeras construcciones, y en la fraccion de la derecha una calavera ensartada en un palo, un tzompanco, que nos muestra la ereccion del templo, y su consagracion con sacrificios humanos.

Rodea el cuadro una corriente de agua que atraviesa la isla en forma de cruz, y formaba los cuatro barrios, llamados Moyotla, Cuepopan, Atzacualco y Teopan.

IV.

Examinemos ahora la vida de Tenoch, por los datos poquísimos que la historia y la leyenda nos suministran. Los mexica, desde que salieron de Aztlan, estuvieron dominados por dos ideas: ir á un lugar prometido, y hacer sacrificio absoluto de toda su existencia á la voluntad del dios. Este les comunicaba sus órdenes por la voz del sacerdote gefe de la tribu, de manera que el gefe era verdaderamente el señor absoluto de los emigrantes, que entregaban en sus manos su destino. Los seis primeros gefes, ocupados solamente de su peregrinacion, parece que tan solo se dedicaron á emplear á su pueblo en la agricultura; pero cuando los mexica eligieron rey á Huitzilihuitl, y vino el combate y derrota de Chapultepec, la situacion cambió enteramente. Conseguir el establecimiento de una ciudad en que fundar el culto de su dios, y á la cual vinieran á humillarse los demas pueblos, parecia casi imposible: desbaratadas sus tropas, su rey muerto, y ellos reducidos á la servidumbre, tan solo podrian levantarse con una voluntad de hierro; pero el pueblo no tenia mas voluntad que la de su dios, manifestada por el sacerdote gefe de la tribu.

De su eleccion iba á depender todo su porvenir. Nombraron á Tenoch. Tenoch tuvo gran fuerza de voluntad para sufrir en silencio la humillacion de la servidumbre; enérgico y decidido, no renegaba de su dios ni de sus ambiciones de grandeza; pero esperaba. Solamente los grandes corazones saben esperar tranquilos. Llegó el dia en que los colhuas necesitaron de sus prisioneros. Un hombre vulgar habria llevado sus tropas del lado de los xochimilcas, y acaso solo habria cambiado de servidumbre: su pueblo habria corrido la suerte que dos siglos despues cupo á los tlaxcaltecas, que aliados á Cortés, por huir del poder de Tenochtitlan, cayeron en el abyecto servilismo de los españoles. Su pensamiento fué mas grande: salvar á los colhuas, pero aterrorizarlos. Conseguir su libertad de dos grandes pasiones: la gratitud y el miedo. Entonces pensó Tenoch que ya era tiempo de hacer resplandecer á su dios; se le formó un templo, y se preparó el primer sacrificio en su servidumbre. Las orejas de los prisioneros no eran bastante; se necesitaba á la vista del rey arrancar el corazon palpitante de los cautivos para colmar su horror. El rey fué convidado, y en presencia de la sangrienta fiesta, fué decidida la libertad de los mexica.

Todavia hay en ese acto un rasgo de inmensa energía. El rey manda por ofrenda al dios una inmundicia: Tenoch calla, devora en silencio el ultraje; recibe al rey colhua como si tal afrenta no hubiera hecho; arroja la inmundicia, y coloca sobre el altar del dios la yerba de sus ensueños y la obsidiana de su venganza. Tenoch era grande para fundar una nacionalidad.

Libres los mexica, no quiere morir sin haberse vengado, y Tenoch sacrifica ante su dios á la hija del rey que lo ultrajó; y cuando destruidos y sin esperanza se creen perdidos para siempre los viajeros, con céspedes de la laguna forma una ciudad junto á una peña oculta á la vista de sus enemigos; levanta un templo á Huitzilopochtli, y sacrifica en sus aras como primera víctima al colhua Tlacochichil, aprisionado por Xomimitl. Y ante tanta constancia y tan inmensa

energía se detienen los enemigos de los tenochca, nuevo nombre que tomó la tribu viajera al fundar su ciudad.

Tenoch, segun los geroglíficos del padre Duran y de Aubin, habia sido electo gefe de la tribu antes de su estancia en Chapultepec, y sin duda resignó el mando cuando los mexica nombraron rey á Huitzilihuitl; pero lo recobró despues de la funesta muerte de ese rey. Era casado Tenoch con Tochcalpan, pues los geroglíficos del padre Duran así lo manifiestan en dos ocasiones. Dice Chimalpain en su crónica inédita, que no se sabe que tuviera hijos, y que murió el año ce acatl 1363, despues de haber gobernado en paz 39 años en la ciudad de Tenochtitlan. Se oponen en algo estos datos á los que ministra la lámina 1ª del códice Mendozino; porque, si como dicen conformes los cronistas, entre la muerte de Tenoch y la eleccion de su primer rey hubo un interregno de 3 años, debemos poner su muerte en 10 tecpatl, 9 años despues del 1363. Opónese tambien la referida lámina á lo que dice Chimalpain de haber vivido en paz los tenochca todo ese tiempo; pues en ella están pintados dos combates, el uno que representa la conquista de Culhuacan, y el otro la de Tenayocan.

Los tenochca eran todavia demasiado débiles para emprender conquistas, y Tenoch demasiado prudente para arresgar guerras. Buscó, al contrario, el apoyo indirecto de los tepanecas, rindiéndoles tributo, con lo cual ponia á raya la venganza de los colhuas. Es mi opinion que el geroglífico de la guerra con Culhuacan puede referirse al combate particular de Acacitli y Tlacochichil. En cuanto al de Tenayocan no creo tampoco que fuese una guerra declarada, sino que habiendo llegado en esa época la fiesta del fuego nuevo, salieron los tenochca á hacer en combate prisioneros que sacrificar á su dios; y aun así parece indicarlo el geroglífico de Tenayocan colocado encima del ome acatl.

No debemos olvidar que durante el gobierno de Tenoch, y á los 13 años de la fundacion de México, algunos descontentos, capitaneados por Atlaquahuitl, Unicto, Opochtli y

Atlacol, se separaron y fueron del otro lado de la isla á fundar Tlaltilulco. Tenoch no quiso oponerse á una separacion que tan solo podia impedirse por la fuerza de las armas, y disimuló, *temiendo no se desolasen haciéndose guerra los unos á los otros*, como con encantadora sencillez dice el cronista.

Por estas pocas noticias que de Tenoch tenemos, se comprende que fué un hombre de gran corazon, de valor decidido, de firmísima fé. Conductor de un pueblo á la tierra prometida por su dios, como Moises, sacerdote y guerrero como Hidalgo, sábio y prudente como Odysseus, inquebrantable como Juarez, tiene una gloria indisputable: fué el fundador de la nacionalidad mexicana. Para llevar á cabo su obra empleó su vida entera; su corazon indómito sufrió la servidumbre de los colhuas y aceptó la de los tepanecas, y miró en silencio la ingratitud de los tlaltilulcas: dejaba esa herencia al morir; los tenochca debian sujetar á éstos, y reducir á servidumbre á tepanecas y colhuas; él sabia que un pueblo que recibe por legado una venganza, tiene que hacerse grande ó perecer. Dejábales tambien una ciudad formada con céspedes sobre el agua, y un dios que queria dominar en todas partes. Los tenochca por sus necesidades materiales y por sus ideas religiosas, recibian así la imprescindible exigencia de engrandecerse por la conquista. Dejóles un último legado: su nombre. Ya hemos visto que la nacionalidad se llamó tenochca, y la ciudad Tenochtitlan.

A veces parece que la suerte de las naciones está unida á la de ciertos hombres. Mientras los mexica fueron grandes y poderosos conservaron el nombre impuesto por Tenoch; cuando los españoles conquistaron á México, se perdió el nombre de Tenochtitlan. Ingrata á su fundador, la ciudad no lo lleva ya. Pero el destino tiene sus reparaciones: al ha-

cerse nuestra independencia, se mandó que el escudo nacional fuera *el águila mexicana parada en el pié izquierdo sobre* UN NOPAL QUE NAZCA DE UNA PEÑA *entre las aguas de la laguna.* Un nopal sobre una peña, el geroglífico de Tenoch. Sí, mientras México sea libre é independiente, al desplegar al viento su gloriosa bandera mostrará por do quiera, en medio de sus tres colores, el tunal sobre la peña, el nombre inmortal del inmortal TENOCH.

ALFREDO CHAVERO.



ACAMAPICHTLI,

PRIMER REY MEXICANO.

(*Tomado de la crónica del Padre Duran.*)

ACAMAPICHTLI.

PRIMER REY MEXICANO.

I.

DESPUES de haber fundado la ciudad de Tenochtitlan en el año de 1325 (ome calli), sobre las isletas que se agrupaban cerca de la orilla occidental del gran lago de Texcoco, el pueblo azteca se dividió en dos naciones: *México-Tenochtitlan*, y *México-Tlaltilulco*.

Una antigua discordia que reinaba ya en las filas de ese pueblo desde su aparicion en el valle de Anáhuac á principios del siglo XIII, produjo la separacion que hemos mencionado, poco tiempo despues de erigido el asiento de la nacion azteca bajo el gobierno del célebre Tenoch. Los que se se-

pararon de sus antiguos compatriotas se dirigieron á una isla poco distante hácia el Norte, y fundaron la ciudad y nacion de Tlaltilulco, que subsistió independiente por espacio de ciento veinte años, hasta que las huestes victoriosas de Axayacatl la unieron al valiente pueblo de los tenochca, que salido de la servidumbre llegó á ser el primero en las armas, en las artes y en la civilizacion entre todos los que ocupaban el suelo del Nuevo-Mundo á la llegada de los conquistadores españoles.

Pero antes de alcanzar este grado de esplendor debian los aztecas sufrir rudos embates de la suerte. Separados los fundadores de Tlaltilulco en 1338 para levantar al lado de Tenochtitlan una ciudad rival, alzándose por todas partes monarquías poderosas, de las que unas habian esclavizado por luengos años al pueblo azteca, y otras espiaban el momento oportuno para renovar sus cadenas; y situada, por último, su ciudad en terreno comprendido en los dominios del terrible reino tepaneca, los primeros tiempos de la nueva capital figuran en los anales de la nacion, como un período de miseria y de humillaciones continuas.

El ambicioso Tezozomoc, que ocupaba entonces el trono de los tepanecas, impuso á los pobladores de la ciudad naciente cuantiosos tributos anuales y crueles contribuciones que impedian el dasarrollo de todos los elementos de vida en aquella nueva sociedad política. A la vez que el monarca de Atzcapotzalco abrumaba á los moradores de Tenochtitlan con enormes gabelas, la miseria en que se vieron envueltos fué extremadamente angustiosa. Aislados en medio de las aguas y juncos del lago, sin tierras que cultivar, sin industria y sin comercio que les proporcionaran armas para defenderse y vestidos con que cubrirse; sin otros alimentos que los animales y vejetales acuáticos; rodeados de vecinos amenazadores ó abiertamente hostiles, los habitantes de la ciudad azteca parecian destinados á perecer bajo el peso de su miseria, ó tornar á la servidumbre en que habian gemido por largos años bajo la dominacion de los colhuas.

Habia, sin embargo, en el espíritu de esa sociedad naciente algo de ese génio perseverante que distinguió á los primeros habitantes de Roma. Una especie de intuicion de sus futuros gloriosos destinos la sostuvo en medio de sus mayores calamidades, y esta fuerza de vitalidad y de confianza en su porvenir nacional salvó á los mexicanos. La pesca que les proporcionaban las aguas del lago fué su primera industria, sirviéndoles despues como objeto de cambio en sus relaciones comerciales con los pueblos que los rodeaban. Las naciones, en su infancia, se ven obligadas á armarse como condicion indispensable de su existencia: la pesca proveyó á los mexicanos de medios de defensa, pues en cambio de los peces del lago, los pueblos vecinos les suministraron armas en abundancia. Alzaron diques sobre el agua fangosa que rodeaba sus isletas, y construyeron un terreno artificial que pudo contener á los pobladores, cuyo número aumentaba rápidamente. Del fango y del césped de su laguna formaron huertos flotantes donde sembraron maíz, frijol y otras diversas plantas alimenticias; así, lentamente, Tenochtitlan logró sobreponerse á la extrema miseria que afligió á sus pobladores en los primeros años de su fundacion.

El nombre de Tenoch, sacerdote y gefe del gobierno, sin el título de rey, brilla justamente en la historia asociado á este movimiento progresivo de civilizacion y de vigor nacional. Sin embargo, el período comprendido entre la fundacion de *México-Tenochtitlan* y el establecimiento de la monarquía, es uno de los mas oscuros y casi legendarios de la historia de nuestros mayores. Encuéntranse en todos los autores que han escrito los anales de esa época, graves contradicciones y divergencias en el órden cronológico de los sucesos, al grado de ser muy difícil hallar dos opiniones de acuerdo al tratarse de la cronología de nuestra antigua historia. La uniformidad en las fechas no se encuentra establecida sino á partir del principio del reinado de Ahuitzotl, octavo rey de los aztecas.

II.

Desde 1325 hasta 1376,* el gobierno de los mexicanos habia conservado la forma aristocrática, ejerciéndose la autoridad por un cuerpo á manera de senado, compuesto de las personas mas respetables por su sabiduría y nobleza, aunque algunos autores afirman que la forma de gobierno entre los tenochca fué esencialmente teocrático. Tal vez el peligro que temian para su independencia en la prosperidad de sus vecinos los tlaltilulcas, tal vez el deseo de imitar á los reinos tepaneca y chichimeca, y creyendo que la autoridad régia daria mas esplendor á todo el cuerpo de la nacion, movió á los tenochca ó mexicanos, como les llamaremos en lo sucesivo, á establecer en su país la monarquía.

Los nobles y el pueblo, despues de haber consultado con los sacerdotes el proyecto de erigir la monarquía para garantizar mejor los intereses de la nacion, deliberaron acerca de la persona que debia sentarse en el trono como fundador

* Códice Mendozino.

de la dinastía y general del ejército, y el voto unánime recayó en Acamapichtli, como en el mas digno de regir sus destinos.

Acamapichtli, hijo de Opochtli, señor de los mexicanos durante su residencia en Tizapan, y de Atotoxtli,* noble señora de Culhuacan, era, en efecto, digno de poseer la confianza de sus compatriotas. Llevaba en sus venas la mas pura sangre mexicana, alcanzaba fama de valeroso y esforzado, y recordaba á su nacion los dias de gloria en que unidos los mexicanos con los colhuas habian merecido el respeto de las monarquías vecinas, y su emancipacion del yugo de Culhuacan.

A la sazon que el pueblo mexicano se decidia á levantar el trono y sentar sobre él á Acamapichtli, este se hallaba en Texcoco, capital de Acolhuacan, recibiendo hospitalidad en compañía de su esposa Illancueitl, del rey chichimeca Ixtlilxochitl. Llegaron hasta él los embajadores mexicanos, y le expusieron el objeto de su viaje, participándole la eleccion que para monarca habian hecho en su persona los habitantes de Tenochtitlan. Acogieron agradecidos Acamapichtli é Illancueitl á los embajadores, y pocos dias despues surcaban las ondas del lago en direccion de la ciudad que les habia ofrecido la corona y el mando supremo.

Inmensa muchedumbre precedida de los ancianos y los sacerdotes salió al encuentro de Acamapichtli, y despues de las ceremonias usadas entre los colhuas para investir á sus reyes del mando supremo, uno de los ancianos habló al nuevo soberano en estos términos: "Señor y rey nuestro, sed bienvenido á esta vuestra casa y ciudad, construida por nuestros padres entre juncos y cañaverales; pensad, señor, que vais á ser el apoyo, sombra y escudo de la nacion mexicana, y el representante de Huitzilopochtli en la magestad y la justicia. Bien sabeis que la tierra que pisamos y sobre la que se elevan

* Crónica del Padre Duran, Cap. IV. Clavijero, Historia antigua de México, Libro III, Cap. I.

nuestras humildes chozas no nos pertenece, y que vivimos envueltos en crueles zozobras, ignorando cuál sea nuestra suerte y la de nuestros pobres hijos el dia de mañana. Mirad que os hemos llamado, no para vuestro recreo y descanso, sino para echar sobre vuestros hombros pesadísima carga y haceros esclavo, tanto de esta multitud por cuyo bien debeis trabajar, como de todas las naciones que nos rodean, á quienes debeis contentar, sobre todo á la de Atzcapotzalco, puesto que como ya os lo he dicho, vivimos en tierras que son de su propiedad. Sed, pues, bienvenido, vos y nuestra señora y reina Illancueitl."

Concluida esta arenga, melancólica pintura de la pobre ciudad, y que pudiera considerarse como el pacto que se estableció entre el pueblo mexicano y el fundador de su dinastía, y despues que Acamapichtli hubo prometido defender á la nacion, y procurar su bienestar y engrandecimiento, el anciano que le habia hablado se postró á sus plantas, imitándole sacerdotes y nobles: quemaron aromático copal en torno del monarca, y ciñeron su cabeza con el tocado que debia ser desde entonces el distintivo de la dignidad real en los soberanos de la nacion azteca.

Hemos dicho antes que el cambio verificado en la forma de gobierno de los mexicanos tuvo lugar en 1376 con la eleccion de Acamapichtli para primer soberano. Clavijero y otros autores respetables fijan este suceso en 1352, pero nosotros hemos preferido seguir la cronología del códice Mendozino, que señala la primera de estas fechas como el principio del reinado de Acamapichtli. Por otra parte, Chimalpain en su crónica inédita, dice que Tenoch murió en el año *ce acatl* 1363, y que la eleccion del primer rey tuvo lugar tres años despues. Se ve, pues, que esta última autoridad, sin coincidir precisamente con las fechas del códice Mendozino, se aproxima mas á ella que Clavijero y el códice Chimalpopoca.

Apenas se hubo sentado Acamapichtli sobre el trono de Tenochtitlan, los tlaltilulcas, celosos del incremento que pre-

sentian iban á adquirir sus vecinos, se apresuraron á establecer tambien la monarquía; pero menos altivos y menos dignos que los mexicanos, lejos de buscar un monarca entre los de su nacion como estos acababan de hacer, acudieron al rey de Atzcapotzalco, de quien eran tributarios, pidiéndole un príncipe de su familia que los gobernase. Accedió Tezozomoc á su demanda y les envió á su hijo Quaquauhpitzahuac, el cual tomó posesion del trono de Tlaltilulco, poco tiempo despues de la eleccion de Acamapichtli en Tenochtitlan.

Pintan las crónicas al rey tepaneca Tezozomoc, señor de Atzcapotzalco, con los mas negros colores, aunque dotado de esos grandes atributos que hacen célebres á los déspotas que han oprimido á los pueblos. A una ambicion insaciable y á un orgullo desmedido, unia el soberano de los tepanecas la prudencia que hace madurar los mas complicados proyectos, y el fingimiento mas perfecto. Gran conocedor de los negocios públicos, dotado de una voluntad inflexible y rebosando crueldad, astucia y perfidia, el siniestro Tezozomoc, especie de Tiberio, viejo como este y como él perverso, no podia menos que dirijir sus recelosas miradas hácia el nuevo reino que se alzaba cerca del suyo, y hacer blanco de su temible desconfianza al soberano electo por los mexicanos.

Lastimado infinitamente su orgullo al comparar la conducta de estos al elegir un rey sin consultarle, con la humildad y servilismo de los tlaltilulcas, que le habian pedido un príncipe de su casa para que los gobernara, Tezozomoc reunió á los grandes de su corte y les habló así: "No contentos los mexicanos, ¡oh nobles tepanecas! con haber ocupado terrenos que nos pertenecen, y en los que van aumentando rápidamente su ciudad y comercio, han atrevídose á crear rey á uno de su nacion sin esperar nuestro permiso.... ¿Qué partido os parece que debemos tomar? Porque si esto hacen en los principios de su establecimiento, dia llegará en que pretendan que nosotros ó nuestros hijos sean sus tributarios, y que su rey sea nuestro soberano. Aumentémosles las gabelas que pesan sobre ellos, y así, fatigados por pagarlas se

aniquilarán, ó no pagándolas, podremos arrojarlos de nuestras tierras." Acogieron los nobles con regocijo la cruel proposicion del soberano tepaneca, y poniéndola en obra enviaron sus embajadores al rey Acamapichtli, á quien le expusieron en nombre de Tezozomoc, que siendo pequeño el tributo que hasta entonces habian pagado los mexicanos, queria que en lo futuro se aumentase con millares de pies de sauces y sabinos, para plantarlos en los jardines y calzadas de su capital Atzcapotzalco, y ademas, que exigia de los mexicanos la conduccion hasta su corte de un gran huerto en donde estuviesen sembradas y ya nacidas todas las simientes conocidas en Anáhuac.

Dice la crónica que apenas los mexicanos supieron cuáles eran los nuevos tributos á que los sujetaba el rey de los tepanecas, comenzaron á llorar y á desolarse, pero que aquella misma noche el dios Huitzilopochtli habló á uno de los sacerdotes de su templo, llamado Ococaltzin, encargándole recomendase en su nombre al rey Acamapichtli y á su pueblo la resignacion á las despóticas exigencias del soberano de Atzcapotzalco, ofreciéndoles en cambio su proteccion en todas sus penalidades. Se ve en esto la sábia política de los sucesores de Tenoch. Aquella sociedad naciente y débil no podia oponer la fuerza de que carecia, á la tiranía de los tepanecas; tampoco sin desdoro podia someterse en silencio al yugo de Tezozomoc. Pero la intervencion del dios al encargar la resignacion al pueblo mexicano y ofrecerle su ayuda, lo conciliaba todo. Pagando los onerosos tributos que sobre ella pesaban, la nueva sociedad adquiria en paz el vigor que habia de emanciparla mas tarde; ejecutando lo que la divinidad ordenaba, se cumplia un deber sagrado que como tal nada podia tener de humillante; y finalmente, la proteccion prometida señalaba un término, aunque indefinido, á aquella servidumbre, y mantenia latente y vigorosa la tradicion de dominarlo y esclavizarlo todo, que tanto halagaba á la nacion azteca.

En medio de esta situacion difícil el rey Acamapichtli pro-

curaba engrandecer á su pueblo á la sombra fecunda de la paz. Sabia que la prosperidad de su nacion habia de brotar de las ruinas de sus poderosos vecinos: mas para vencerlos, forzoso era al pueblo mexicano vivir entretanto bajo el pié de la mas completa armonía con todos los que lo rodeaban. Aumentáronse durante su reinado las dimensiones de la humilde ciudad fundada por Tenoch; creció en su recinto el número de templos consagrados al culto de los dioses; sólidos edificios de piedra comenzaron á reemplazar á los pobres *xacalli* construidos por los primeros pobladores; ordenáronse en calles los nuevos edificios que se fabricaban, y logróse la circulacion de las aguas de la laguna por medio de canales, que al cabo de pocos años debian convertir á Tenochtitlan en la mas bella y espléndida ciudad del Nuevo-Mundo.

III.

No solo las duras exigencias del soberano tepaneca y los cuidados del gobierno preocupaban al rey Acamapichtli: disgustos de otro género afligian profundamente su ánimo y apesaraban á los grandes y al pueblo, pues la esterilidad de la reina Illancueitl no prometia una larga duracion á la dinastía que estaba llamado á fundar. Acudieron los mexicanos á conjurar este mal que los amenazaba, y al efecto celebraron los señores un consejo y se obligaron á ofrecer cada uno de ellos una de sus hijas en calidad de esposa al rey Acamapichtli, para que de ellas naciesen herederos del trono. Segun Torquemada, el soberano de México se casó, viviendo aún Illancueitl, con Tezcatlamiahúatl, hija del señor de Tepanco, de la cual nació Huitzilihuitl; y segun Duran, de otra esposa que tuvo Acamapichtli, hija de Nauhyotl, señor de Culhuacan, nació Chimalpopoca. Uno y otro, Huitzilihuitl y Chimalpopoca, fueron reyes sucesivamente, despues de la muerte de su padre. La historia refiere tambien que de una esclava, natural de Atzcapotzalco, tuvo Acamapichtli un hijo que fué Itzcoatl, sucesor en el trono de su hermano

Chimalpopoca como cuarto rey de los aztecas, y que fué gran guerrero, esclarecido príncipe y tal vez el soberano mas renombrado de la nacion mexicana.

Las razones políticas que obligaron al rey Acamapichtli á contraer estos enlaces, hirieron, sin embargo, el corazon de su primera mujer Illancueitl, de quien cuenta la crónica con encantadora poesía que *al principio tuvo tanta tristeza de verse así menospreciada, que sus ojos eran fuentes de dia y de noche.* Pero amándola mucho el monarca y doliéndose de su pena, hubo de consentir en la inocente supercheria que ella pidióle como un señalado favor, y consistió esta en fingirse parida cada vez que nacia algun hijo de otra de las mujeres del rey, acostando al infante cerca de sí, *para que los que entrasen á visitalla le diesen el parabien del parto y nuevo hijo, recibiendo las gracias y dones de los visitantes; y aunque en realidad de verdad no era ella la parida, quedaba en opinion dello y por madre de todos aquellos hijos que fueron orígen, cepa y sucesion del señorío de México.* Se cree que la reina Illancueitl, amada y respetada de los mexicanos, murió el año de 1384, despues de haber satisfecho el noble deseo de ver reedificada á su patria Culhuacan, adonde Acamapichtli envió á un príncipe mexicano llamado Nauhyotl, para gobernarla como una dependencia de su reino.

Acamapichtli, cuyo nombre significa *aquel que tiene cañas en el puño,* llevó la guerra á las importantes ciudades de Quauhnahuac (Cuernavaca), Mixquic, Cuitlahuac (Tlahua) y Xochimilco, tal como lo representa la estampa que se encuentra en el códice Mendozino. Pero estas campañas no las emprendió el rey de los aztecas por su sola cuenta, sino como auxiliar y tributario de los tepanecas. No puede de otra manera explicarse el hecho de haber vencido los mexicanos, débiles aún y que apenas bastaban á sostenerse en su ciudad, á cuatro pueblos poderosos, que no obstante sus derrotas fueron por espacio de muchos años fuertes enemigos de la nacion azteca.

Ademas de estas guerras, algunos autores afirman que en

tiempo del rey Acamapichtli, poco despues de la muerte de Illancueitl, las armas mexicanas, siempre en calidad de auxiliares de los tepanecas, se empeñaron en rudos combates con los de Chalco, teniendo lugar la primera batalla cerca del lugar llamado Techichco, y quedando derrotado el ejército de Yecalteuctli, príncipe de los chalcas. Parece que esta campaña, que se abrió de una manera tan ventajosa para los tepanecas y mexicanos terminó entonces, sin grandes pérdidas por parte de los de Chalco, pues las hostilidades y combates entre estos y los mexicanos debian durar por espacio de setenta y dos años, hasta el reinado del primer Mocteuhzoma, en que se terminó tan larga enemistad con la absoluta sumision de los chalcas á la corona de México-Tenochtitlan.

Siguiendo el órden cronológico establecido en la coleccion de Mendoza, la muerte de Acamapichtli tuvo lugar el año de 1396, despues de un reinado pacífico de veinte años, pues las conquistas que se le atribuyen no fueron en provecho de su patria, sino en el del reino tepaneca, contribuyendo solamente al éxito feliz de estas guerras en calidad de auxiliar de los de Atzcapotzalco. Poco antes de espirar, Acamapichtli llamó en su rededor á los magnates de la ciudad, y dirigiéndoles un largo discurso, les recomendó que velasen por la prosperidad de la patria y por sus mujeres é hijos. No quiso designar sucesor á la corona entre sus descendientes, y respetando la libertad de su pueblo, solamente encargó á los que lo escuchaban, como Alejandro, que eligieran monarca al mexicano que creyeran mas digno de empuñar el cetro y de regir felizmente los destinos de la nacion. Sus últimas palabras fueron de pesar por no haberle sido dable durante su reinado, libertar á los mexicanos de los tributos que pagaban al rey de Atzcapotzalco.

El pueblo mexicano lloró mucho la pérdida de su soberano, y celebró sus funerales con cuanta pompa le permitia su pobreza. Razon tuvo la nacion tenochca en tributar á la memoria de su primer rey copioso llanto de gratitud por los beneficios que de él recibiera. El nombre de Acamapichtli es-

tá asociado á los primeros esfuerzos de ese pueblo sorprendente que en el espacio de un siglo, contado desde el año en que Tenoch fundó su ciudad junto al nopal, habia de vencer á sus dominadores y dominar á su vez, altivo, ilustrado y valiente, una gran parte del mundo de Colon. Las crónicas que recogieron los españoles poco despues de la conquista, hacen mencion de Acamapichtli con grandísimo elogio y testifican el respeto y gratitud que los mexicanos tributaron siempre á su memoria. Hubo sin duda entre los reyes aztecas hombres mas grandes que el primer soberano: Huitzilihuitl, su sucesor inmediato, figura como el verdadero legislador de su pueblo; brilla Itzcoatl entre todos como el conquistador que convirtió á la pobre cuna de sus mayores en capital de una vasta monarquía; el primero de los Mocteuhzomas afirma las conquistas de Itzcoatl y ensancha los límites del imperio; Axayacatl y Ahuitzotl, rayos de la guerra, llevan con sus armas el terror y la derrota á muchas naciones; y el último, Cuauhtemoc,* como si quisiera justificar su nombre inmortal, cae como águila herida sobre el cadáver de su patria, despues de haber luchado por ella como el Ayax mitológico. Pero ninguna de estas celebridades históricas que representan sucesivamente el engrandecimiento, la prosperidad, la cultura y el heroismo del pueblo azteca, debe hacernos olvidar al pobre rey Acamapichtli, que aislado con su tribu en medio de las juncias y cañas del lago, supo por su prudencia, su justicia y su patriotismo, conservar la libertad de su pueblo y echar los cimientos de su futura grandeza.

JULIO ZÁRATE.

* Aguila que baja.



HUITZILIHUITL,

SEGUNDO REY MEXICANO.

(*Tomado de la Crónica del Padre Duran.*)

HUITZILIHUITL.

SEGUNDO REY DE MEXICO.

I.

UN puñado de hombres encerrado en la estrechez de una isla del lago, apenas ensanchada por los terraplenes y por los canales que en tiempo de Acamapichtli se comenzaron á formar; una ciudad sola, habitada por ese puñado de hombres, desnudos, puesto que su traje se reducia á algunas telas hechas con el filamento del maguey, y cuya forma y tamaño eran los indispensables para andar con alguna decencia; un puñado de hombres, decimos, agobiados por los tributos que de ellos exigian los tepanecas, viviendo en un clima malsano, en el que reinaban las fiebres paludianas; pobres, humillados, pero guardando en sus corazones la

esperanza de crecer, de extenderse, de llegar á dominar á sus mismos dominadores, á tomar del destino la revancha que les debia por sus largos años de peregrinacion y de esclavitud; puñado de hombres que, débiles y fugitivos, habian logrado permanecer, independientes si tributarios, en medio de un reino en donde, por decirlo así, los habian enclavado sus antecesores, tal fué la herencia que Huitzilihuitl * recogió de su padre Acamapichtli.

Este rey antes de morir convocó á la nobleza de su pueblo, le recomendó el bien público, y le devolvió la corona para que eligiera al que creyese mas digno de llevarla.

Muerto el rey, la nobleza se congregó para arreglar cuál debia ser el número de electores, y en estos trabajos preparatorios trascurrieron cuatro meses.

Para evitar que en lo de adelante hubiera ese interregno, crearon cuatro electores cuyo empleo no era perpétuo, sino que terminaba en la primera eleccion que hacian; y la nobleza nombraba inmediatamente á otros, ó revalidaba el mandato de aquellos; de ahí es que, desde la eleccion de Huitzilihuitl, el trono no quedaba vacante sino el tiempo extrictamente indispensable para que los mandatarios del imperio eligiesen al sucesor.

Los electores, sin embargo, no tenian un poder absoluto; pues para impedir las perturbaciones que podia atraer la ambicion, establecióse por ley que del emperador muerto debia ser sucesor uno de sus hermanos; á falta de estos, uno de sus sobrinos; y de no haberlo, uno de sus primos. Los electores podian escoger entre uno de ellos, aquel á quien quisiesen.

Aceptado el principio monárquico, y teniendo en cuenta el carácter belicoso de aquella raza, no es posible dejar de admirar la cordura de la ley que acabamos de citar. Porque, en efecto, haber dejado á los electores un poder discrecional para escojer el sucesor al trono, habria sido abrir la puerta á las

* *Huitzil-ihuitl*, pluma de chupamirto, pluma preciosa.

intrigas, á la baja aspiracion de algun pretendiente, á la fortuna del mas audaz ó del mas fuerte; y habria sido entregar á la anarquía y á la ruina aquel naciente imperio, que mas tarde, gracias á la fidelidad con que respetó esa ley, pudo engrandecerse hasta llegar á ser el amo de aquellos de quienes fué el esclavo.

Hay otro rasgo que llama la atencion, por el pueblo y por la época en que tuvo lugar. Acamapichtli, hemos dicho, restituyó la corona á aquellos que se la dieron; no eligió á su sucesor como pudo haberlo hecho; sucesor que habria aceptado el pueblo, porque vendria de un rey que le fué querido, y á quien, como á los demas, los mexica creian que era la imágen de su dios. Pero Acamapichtli, rey hábil, puesto que pudo conservar á su pueblo en medio de sus enemigos, y sentado, como se sabe, en tierras extranjeras, no quiso abusar de su posicion ni de su autoridad; y respetando la soberanía de sus compatriotas, les devolvió el poder para que ellos escogieran al mas digno.

Nombrados los electores, se reunieron, y el mas entrado en años les dijo:

—Por parecerme que soy el mas anciano y viejo de los que aquí estamos congregados, me tomo la licencia de hablar primero; y lo que os quiero decir ¡oh mexicanos! es: que ya veis que nuestro rey y señor ha muerto, y así es razon que penseis bien quién será electo en cabeza de esta ciudad, que tenga piedad de los viejos, y de las viudas y de los huérfanos, siendo padre de esta república, pues nosotros todos somos las plumas de sus alas, las pestañas de sus ojos y las barbas de su rostro. Mirad, mexicanos, á quién os inclinais, para que tenga el mando y señorío y se asiente en el trono real de este reino, y nos defienda y ampare de nuestros enemigos; porque muy en breve, segun el aviso de nuestro dios, nos serán menester las manos y el corazon animoso; por esto es muy justo que considereis y mireis con cuidado quién tendrá valor para ser esfuerzo de nuestros brazos, poniendo el pecho con libertad y sin cobardía á la defensa de nuestra

ciudad y de nuestras personas, y que no amengüe ni abata el nombre de nuestro dios ni el de nuestras buenas intenciones, sino que como semejanza suya, le defienda ensalzando su nombre, y *haciendo conocer á todo el mundo que la nacion mexicana tiene valor y fuerza* para sujetarlos á todos y hacerlos vasallos y tributarios.

Tal es la arenga que Torquemada pone en boca del elector. Clavijero la trae como sigue:

—Mi edad me da derecho de hablar el primero. Grande es ¡oh nobles mexicanos! la desgracia que hemos experimentado con la muerte de nuestro rey, y nadie debe llorarla mas que nosotros, que éramos las plumas de sus alas y las pupilas de sus ojos. Tan gran desventura debe parecernos mucho mayor *por el estado calamitoso* en que nos hallamos, bajo el dominio de los tepanecas, con oprobio del nombre mexicano. Vosotros, pues, á quienes tanto urje el remedio de las presentes calamidades, pensad en elegir un rey, que cuide del honor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, que vengue con su brazo las afrentas hechas á nuestra nacion, y que ponga bajo la sombra de su clemencia á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos.

Hállase en el acto una notable diferencia entre los dos discursos. Y decimos notable, no parando la atencion en que segun Torquemada, los epítetos *plumas de sus alas, pestañas de sus ojos*, se refieren al rey que se trata de elegir, mientras que segun Clavijero, se aplican al rey que falleció; sino á que Torquemada hace decir al elector que *la nacion mexicana tiene fuerza para sujetarlos á todos y hacerlos vasallos y tributarios*, en tanto que segun Clavijero, el elector desea que el príncipe *vengue con su brazo las afrentas hechas á nuestra nacion.*

Entre ambos discursos, sin duda que es mas admisible el que escribe Clavijero. Prescindiendo de la autenticidad que tengan ó dejen de tener, las palabras que cronistas ó historiadores atribuyen á alguno de los personajes antiquísimos, la verdad es que esas palabras deben revelar el espíritu de

una época, el estado de un pueblo, y el carácter de una nacion.

Ahora bien; si los mexicanos se hallaban, como es cierto, en un estado de humillacion, de pobreza, de miseria tan excesivas, que no les permitia emprender, como mas tarde lo hicieron, ensanchar su territorio ni su poder; si vivian bajo el yugo del tributo, que por estar muy débiles pagaban al rey de Atzcapotzalco, ¿cómo es posible que un elector del imperio, miembro de la nobleza, y á quien debe suponerse con el conocimiento de aquella situacion política, dijera que la *nacion mexicana* tenia *entonces* FUERZA para sujetar á sus enemigos y hacerlos sus vasallos y tributarios?

Esto apenas pudiera haberlo dicho alguno de sus sucesores.

El discurso que inserta Clavijero, es sin duda mas aceptable, tiene mas del espíritu de la época, es una pintura mas fiel del estado en que se hallaban los mexica, y por lo tanto encierra mas verdad histórica que el de Torquemada.

El consejo de los electores votó por Huitzilihuitl; y anunciada la nueva al pueblo, que reunido esperaba el resultado, la recibió con sumo regocijo.

Dirigiéronse el pueblo y los electores á la habitacion del nuevo soberano, y le condujeron al *Tlatocaicpalli*, ó sea trono, en el que le hicieron tomar asiento.

El gran sacerdote le unjió con una especie de tinta, y le roció cuatro veces con agua, bendita segun su religion, sirviéndose para ello de unas ramas de cedro, de sauce y de maíz.

Una vez ungido, pusiéronle el *copilli*, ó corona, y uno por uno le fueron prestando homenaje y obediencia.

Despues, uno de los personajes de mas alta gerarquía, le dijo:

—No os desanimeis, generoso jóven, con el nuevo cargo que os hemos impuesto, de ser gefe de una nacion encerrada entre las cañas y juncos de este lago. Desventura es, sin duda, tener un pequeño Estado establecido en distrito age-

no, y regir una nacion que siendo en su orígen libre, ha llegado á ser tributaria de los tepanecas. Pero consolaos, sabiendo que estamos bajo la proteccion de nuestro gran dios Huitzilopochtli, cuya imágen sois, y cuyo lugar ocupais. La dignidad á que habeis sido elevado por él, no debe serviros de pretexto para daros al ócio y á la holgura, sino mas bien de estímulo para el trabajo. Tened siempre á la vista los nobles ejemplos de vuestro gran padre, el cual no ahorró fatiga alguna para promover el bien de su pueblo. Quisiéramos ¡oh señor! haceros regalos dignos de vuestra persona; mas pues no lo permite la condicion en que nos hallamos, dignaos recibir nuestros deseos, y las promesas de nuestra constante fidelidad.

Así es el discurso como lo trae Clavijero. Ponemos en seguida el de Torquemada:

—Valeroso mancebo, rey y señor nuestro, no perdais el huelgo y aliento con el nuevo encargo de ser guía de este reino metido entre la aspereza de cañaverales, espadañas y juncias donde estamos bajo el amparo de nuestro dios Huitzilopochtli, cuya semejanza sois en la tierra. Bien sabeis, señor, el sobresalto en que vivimos, y trabajos que padecemos con estar en términos agenos, siendo tributarios de los de Atzcapotzalco: tráigooslo á la memoria, no porque entienda que lo ignorais, pues es cosa tan notoria y de tanta afrenta para este pueblo mexicano, sino para que cobreis nuevo ánimo, y no penseis que entrais en esta honra y os sentais en esta silla para descansar; antes os ponemos en ella para que trabajeis, pues no tenemos otra cosa que ofreceros, ni con que os regalar, sino con la pobreza y miseria con que reinó vuestro padre, la cual sufrió y toleró con mucho ánimo y corazon.

Nótase, si no en el sentido, sí en las frases de ambos discursos una cierta diferencia; pero esto puede ser el resultado, ó bien de cómo lo refirió á cada autor la tradicion, ó bien de que, al traducirlos de algun geroglífico, sufrieron altera-

ciones, hijas de la poca versacion que entonces se tenia en descifrar los caracteres de la escritura azteca.

Pero comparando ambas arengas, indudablemente que la de Torquemada expresa, mas que la de Clavijero, la miserable situacion en que se encontraban los mexica; y entonces, menos se comprende cómo aquel autor pudo aceptar en el discurso que el noble dirigió á los electores antes de nombrar rey, aquella frase que ostenta la FUERZA de los habitantes del lago para dominar á sus enemigos y tiranos, cuando el mismo Torquemada, así al referir el reinado de Acamapichtli, como en el discurso que acabamos de insertar, describe la triste condicion de aquellos pueblos.

II.

Diez y siete ó diez y ocho años tenia Huitzilihuitl cuando le eligieron rey; y queriendo dar mas respetabilidad al trono, sus súbditos resolvieron casarle, y él les dió su beneplácito para que fueran unos embajadores á Atzcapotzalco, y pidieran á Tezozomoc una de sus hijas.

Este hecho que á primera vista parece tan sencillo, llevaba en sí una gran mira política.

Tributarios los mexica de los de Atzcapotzalco, abrumados bajo el peso de su debilidad, natural era que procuraran levantarse; y para conseguirlo, apelaron al medio de que su soberano contrajera una alianza de familia con el rey á quien pagaban pleito homenaje; pues de este modo podrian lograr que se disminuyeran las cargas que sobre ellos gravitaban, y podrian, andando el tiempo, libertarse para siempre de la dominacion extranjera.

Partieron los embajadores, y una vez en presencia del rey, y puestos de rodillas ante él, le expusieron así el motivo de su mision:

—Señor nuestro y rey poderoso: aquí somos venidos y ante tu grandeza postrados por tierra con toda humildad posible, á pedirte y suplicarte una grande merced; porque, señor, ¿á quién hemos de acudir sino á tí, pues somos tus vasallos y siervos, y estamos esperando tus mandamientos reales, colgados de las palabras de tu boca, para cumplir todo lo que tu corazon quiere; y esto supuesto, ves aquí, señor, la embajada con que hemos venido de parte de tus viejos y ancianos mexica; y con el beneplácito de tu hijo y criado el rey de México, metido entre aquellas espadañas y carrizales espesos, rigiendo y gobernando, y mirando por sus vasallos, que se llama Huitzilihuitl, el cual es soltero y por casar: pedímoste con la sumision y humildad que debemos, que dejes de la mano una de tus joyas, y pluma rica y preciosa, que son tus hijas, para que vaya, no á lugar ajeno, sino á su misma tierra, donde tendrá el mando de toda ella. Por tanto, señor, te suplicamos que no nos prives de lo que tanto deseamos.

El espíritu se fatiga, siguiendo, por decirlo así, esas genuflexiones del lenguaje, que revelan, ó la degradacion de todo un pueblo, ó la política que con conocimiento de su nulidad tiene que seguir el débil, para poder un dia medir sus miembros con el fuerte. La historia comprueba que el segundo extremo es el verdadero, puesto que mas tarde, los dominados fueron los amos de sus antiguos señores.

Tezozomoc respondió así:

—Hánme conmovido tanto vuestras palabras y humildad, ¡oh mexicanos! que no sé que os responda, sino que ahí están mis hijas y para eso las tengo, y para eso tambien fueron criadas del señor de todo lo criado; y así condescendiendo á vuestros ruegos, os quiero señalar una de ellas cuyo nombre es Ayauhcihuatl: llevadla mucho enhorabuena, y dadla á vuestro rey por mujer: que yo con esa intencion la envio.

Lleváronla los embajadores en gran triunfo hasta la ciudad del lago; y allí se celebró el casamiento, con la acostum-

brada ceremonia de atar á los novios entre sí por las estremidades de sus ropas.

De este matrimonio nació Acolnahuacatl, cuyo fin trájico referiremos despues.

Huitzilihuitl supo regir á su pueblo con cordura; y el pueblo, para engrandecerlo mas, nombró á Cuatlecohuatzin su hermano, *Tlacochcalcatl Yaotequihua*, ó sea, capitan general de los ejércitos, que en la organizacion política de la monarquía, era la segunda persona del reino.

Huitzilihuitl, no solo prosiguió la obra de su padre, haciendo construir de piedra las habitaciones de la ciudad y continuando la apertura de los canales, sino que para hacer simpática á su nacion, para atraerse las voluntades de otros pueblos, para crear intereses que les fueran comunes y le sirviesen algun dia para el engrandecimiento del entonces miserable reino, promovió y protejió eficazmente los matrimonios entre sus súbditos y los de otras naciones. Y para que los mexica se adiestrasen en el arte de la guerra, no solo en tierra sino en el agua, hizo construir un gran número de canoas, en las que los hombres aptos para llevar las armas, se ejercitaban haciendo simulacros de combates navales, digamos así, y los obligaba ademas, á hacer exploraciones que les dieran á conocer minuciosamente la configuracion de los lagos, para sacar de ellos todo el partido posible en caso de una guerra.

La idea de fortalecer á su pueblo, y de prepararle un porvenir por medio de alianzas de familia, dominaba su ánimo; y esa idea fué la que lo hizo mandar embajadores á Cuauhnahuac, * á pedir al rey Texcacohuatzin, á una de sus hijas para esposa.

Los mensajeros, siguiendo las instrucciones de su rey, no solo le pidieron á una hija, sino que le dijeron que Huitzilihuitl era ya casado con una del rey de Atzcapotzalco; y el de Cuauhnahuac, no vaciló en darle á su hija, puesto que

* Cuernavaca.

el mexicano estaba ya ennoblecido por su alianza con el Tepaneca.

La nueva esposa se llamaba Miahuaxochitl, y de ella nació Mocteuhzoma *Ilhuicamina.*

En aquellos tiempos, Tzompan, señor de Xaltocan, se rebeló contra Techotlala, rey de Acolhuacan.

Uniéronse á Tzompan los señores de Mextitlan, de Otompan, de Cuahuacan, de Cuauhtitlan y de Tepotzotlan.

Techotlala, queriendo evitar la guerra, prometió el perdon á los rebeldes; mas estos, viéndose fuertes con el gran número de tropas que tenian, despreciaron la clemencia de su soberano.

Techotlala, forzado á aceptar el reto, llamó en su ayuda á los mexicanos y á los tepanecas; y despues de una campaña obstinada que duró mas de dos meses, Tzompan y sus parciales fueron vencidos, y pagaron con la vida su rebelion.

Los mexicanos volvieron llenos de gloria á su ciudad.

La fama que adquirieron en la guerra y la nueva alianza con el rey de Atzcapotzalco, contribuyeron á vigorizar su situacion política.

Por otra parte, su comercio tomó creces, y sus usos domésticos se mejoraron, tanto por el aumento del tráfico, cuanto porque desde la llegada de Miahuaxochitl, comenzaron á vestirse de algodon, sustituyendo con telas comparativamente muy finas, las groseras de hilo de maguey ó de palma con que se vestian.

Todos estos adelantamientos, tuvieron lugar durante ocho años de paz que hubo entre los mexica y los tepanecas.

III.

Mas ese progreso, tal vez lento pero seguro, fué interrumpido por un enemigo que se les levantó del seno de la misma familia reinante en Atzcapotzalco.

Maxtlaton, hijo de Tezozomoc y señor de Coyohuacan, hijo tan ambicioso y cruel que infundia temor á su mismo padre, quedó muy disgustado con el matrimonio de su hermana Ayauhcihuatl con Huitzilihuitl, quien, aunque desde que nació Acolnahuacatl, ya no pagaba, por intercesion de su esposa hija de Tezozomoc, las cargas con que tanto tiempo estuvieron abrumados los mexica, siempre quedó como feudatario de Atzcapotzalco, y debia presentar cada año al rey tepaneca, dos ánades en reconocimiento de vasallaje.

Maxtlaton disimuló por algun tiempo su odio y su rencor; pero queriendo manifestarlo, en el décimo año del reinado de Huitzilihuitl, fué á Atzcapotzalco, reunió á la nobleza, acusó ante ella á los mexica de orgullo y de soberbia, les manifestó el mal que á los tepanecas podria resultar de la arrogancia de aquellos hijos del agua, y sobre todo, se quejó del perjuicio que á él le hizo Huitzilihuitl quitándole á su mujer.

Dicen los historiadores que aunque Ayauhcihuatl y Maxtlaton eran hermanos, lo eran de distintas madres, y que quizás entonces eran lícitos esos enlaces entre los tepanecas.

La nobleza, reunida como dijimos, á instancias de Maxtlaton, y excitada por él, resolvió llamar á Huitzilihuitl para reconvenirle.

El rey de México fué al llamado que le hicieron, cosa, que, segun los cronistas, no debe extrañarse, porque en aquella época era costumbre que se visitaran los señores y los reyes.

Maxtlaton le recibió rodeado de la nobleza tepaneca, le dió de comer, le hizo algunos regalos, y despues le dijo en presencia de los que con él estaban de acuerdo:

—No sé, Huitzilihuitl, cómo has tenido atrevimiento de tenerte usurpada á mi mujer tantos años como ha que la llevaste de esta ciudad á la tuya, en lo cual has cometido una gran culpa contra mí; pues siendo mi mujer, te atreviste á recibirla por tuya, haciéndome traicion en ello; y por esto, no solo yo, sino todos los que están presentes te hallan digno de muerte, y son de parecer que por ello mueras.

Huitzilihuitl, que estaba inocente del hecho, protestó diciendo:

—Por cierto, señor, que es una demanda que jamas entendí, ni oí; porque la verdad del caso es, que vuestro padre y mi señor Tezozomoc me dió á Ayauhcihuatl su hija por mujer, á la cual he poseido todos los años que ha que está conmigo, y la he tenido por legítima y verdadera, sin saber ni entender que fuese de otro; ni tampoco presumo que el emperador mi señor la hubiera dado á nadie, que á ser así, ello se hubiese dicho y manifestado; y en confirmacion de que es mia y no agena, tengo un hijo que me ha parido, que es prenda de esta verdad que confieso; y no sé si diga que mi padre, antes que muriera quiso tratar este casamiento con el vuestro; pero prevenido y atajado de la muerte, lo dejó; y despues que yo le sucedí en el reino, mis vasallos lo pusieron en ejecucion

como á mi padre se lo oyeron, y esto es lo que sé, y no otra cosa.

Maxtlaton le respondió lleno de ira:

—Bien podria imponerte silencio y darte muerte aquí mismo, y así quedaria castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata á traicion á su enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasion de tomar de tí venganza mas decorosa.

Huitzilihuitl se fué furioso y despechado.

Maxtlaton, que sentia un odio terrible contra Huitzilihuitl, odio cuya verdadera causa era el temor que tenia, de que con el tiempo, Acolnahuacatl fuese el heredero de su abuelo Tezozomoc, resolvió librarse de su sobrino, y lo consiguió valiéndose de infames asesinos.

No hay historiador ni cronista, que refiera pormenores de la trágica muerte de Acolnahuacatl, pero el hecho es indudable; y todos están contestes en que si Maxtlaton no consintió en el atentado, tampoco lo reprobó.

Huitzilihuitl, rey hábil, pero rey de un pueblo pobre y débil, que no tenia las tropas necesarias para vengarse, tuvo que sufrir en silencio el terrible golpe que le dió Maxtlaton.

IV.

Mientras tanto, los mexicanos seguian progresando.

Habian extendido su agricultura, aumentado su pesca y multiplicado los huertos flotantes en el lago.

En este estado de adelantamiento, los encontró el año 1403 de la era vulgar, que correspondió al ome Acatl de su calendario, sexto secular desde la salida de los mexica del pais de Aztlan.

Celebraron, pues, esta fiesta secular con mayor aparato que las anteriores.

Era esa fiesta la mas grandiosa de las que tenian aquellos pueblos, despues de cada cincuenta y dos años.

La última noche de su siglo, quebraban toda su vajilla, y apagaban el fuego en los templos y en sus casas.

El espíritu supersticioso que los dominaba, les hacia temer el fin del mundo al acabarse cada siglo.

El pueblo, aterrorizado, vacilaba entre el temor de que concluyera el mundo y la esperanza de un nuevo siglo, si los sacerdotes llegaban á encender el fuego, en el monte de Huixachtla, cerca de Ixtapalapan.*

A ese monte se dirigian los sacerdotes vestidos como sus

* Conocido hoy por el cerro de la Estrella ó de Ixtapalapan.

dioses, saliendo de los templos y de la ciudad, observando la altura de las estrellas, de suerte que pudiesen llegar á aquel sitio poco antes de la media noche.

Una inmensa multitud acompañaba á los sacerdotes, en tanto que el resto de la poblacion ocupaba las alturas de la capital, para ver desde ellas el renacimiento del fuego.

Antes de la ceremonia, los maridos, temerosos de que sus mujeres se convirtieran en fieras, les cubrian los rostros con pencas de maguey, y las encerraban en los graneros; y los padres cubrian las caras de los niños, y no los dejaban dormir para que no se convirtieran en ratones.

El sacerdote de Copulco, uno de los barrios de la ciudad, era el encargado de sacar el fuego, restregando dos pedazos de leña, uno contra otro, sobre el pecho de un prisionero de alta alcurnia, á quien despues sacrificaban.

Una vez encendido el fuego, la multitud prorumpia en alaridos de gozo; y el prisionero sacrificado, era quemado en la hoguera que en el acto se encendia.

Los circunstantes corrian á tomar de aquel fuego para conducirlo á sus casas, y los sacerdotes llevaban de él al templo mayor para proveer á los habitantes de la capital.

En seguida, los mexicanos blanqueaban y componian sus casas y los edificios públicos, compraban nueva vajilla; y el primer dia del siglo, que era el que seguia á los trece intercalados entre uno y otro, para ajustar el año á la carrera del sol, ninguno tomaba agua sino hasta despues de medio dia.

Entonces comenzaban los sacrificios humanos, que en esa vez eran numerosos.

Por todas partes reinaba el júbilo, y entregábanse los mexica á una de sus diversiones favoritas, que era el juego de los voladores, de los que habia cuatro, y cada uno daba trece vueltas, para significar los cuatro períodos de trece años de que se componia el siglo.

A todo eso, hay que añadir las iluminaciones, que eran espléndidas, los bailes, las galas, otros juegos públicos y los banquetes.

V.

En el año VIII calli, 1409 de nuestra era, murió Techotlala, rey de Acolhuacan, á quien sucedió su hijo Ixtlilxochitl.

Antes de morir, Techotlala aconsejó á su hijo que se atrajese el afecto de sus feudatarios, porque no seria difícil que Tezozomoc quisiera conspirar contra el imperio.

Techotlala no se engañó. El rey de Atzcapotzalco asistió á la exaltacion de Ixtlilxochitl; pero, sin prestarle homenaje, se retiró á sus Estados. Allí convocó á los reyes de México y de Tlaltilulco, y les dijo que habiendo muerto el tirano Techotlala, él queria, y era tiempo, de libertar á sus feudatarios, á fin de que cada uno pudiese gobernar á sus pueblos, con independencia del rey de Acolhuacan.

Los reyes de México y de Tlaltilulco, bien sea por aumentar la gloria de sus armas, bien por miedo á Tezozomoc, aceptaron la alianza que se les ofrecia; y unidos á otros caudillos que se habia conquistado Tezozomoc, abrieron la campaña que duró tres años.

La suerte no fué favorable á Tezozomoc ni á sus aliados, quienes tuvieron que pedir la paz, resuelto aquel monarca á consumar por traicion lo que habia comenzado con las armas.

Tanto de esta guerra, como de la que hicieron los mexicanos al lado de Techotlala, hablan los historiadores; pero sin pormenorizar las hazañas que consumaron los súbditos de Huitzilihuitl, y hasta sin decirnos si este rey, ó su hermano, ó algun otro general, fué quien mandó á las tropas mexicanas.

Durante su reinado, que duró veinte años, desde el IX calli al III calli, de 1397 á 1417 de nuestra era, Huitzilihuitl expidió algunas leyes muy útiles á la nacion, y murió sin alterar la que daba á la nobleza el derecho de elegir al sucesor.

VI.

Monarca de un pueblo débil, hombre que conocia la impotencia en que se hallaba para afrontar á los reinos poderosos que le rodeaban, y que insultado por Maxtlaton, agraviado por él con el asesinato de su hijo, devoró en silencio la injuria y el agravio, porque comprendió que si hubiera querido vengarse, habria perdido para siempre la nacionalidad que, con tanto trabajo como sufrimiento habian fundado sus antepasados;

Político nada vulgar, que concibió y ejecutó la idea de ensanchar las relaciones de su pueblo, haciéndole contraer alianzas matrimoniales, y contrayéndolas él mismo con otros pueblos, confundiendo de este modo diversos intereses, para que mas tarde sirvieran de apoyo al engrandecimiento de su patria;

Tenaz fomentador del comercio, haciendo que la pesca, la caza, la agricultura crecieran, aumentando hasta un número increible los huertos flotantes del lago; favoreciendo el cambio de mercancías con los demas pueblos, multiplicando sus comunicaciones por medio de miles de canoas; impulsando el cultivo de las flores, que, como el uso del algodon para vestirse, introdujo entre ellos la reina Miahuaxochitl;

Continuador de la política de mansedumbre de su antecesor; sin ensoberbecerse por las caricias que le hacia la fortuna; obrando conforme á aquella política; revelando que el rey que esto hacia, era un ánimo esforzado y un corazon esforzado; comprendiendo que le tocaba proseguir el trabajo de Acamapichtli; no engrandecerse, sino preparar á su pueblo para el advenimiento de su preponderancia; sin ambicionar otro papel mas elevado que el que le señaló su época, cumplió su mision con la paciencia de las grandes almas.

Tal fué Huitzilihuitl, segun se puede comprender por los pocos datos históricos que nos han quedado; y hé ahí por qué hemos creido que debe inscribirse entre los hombres ilustres que han servido á nuestro país.

PANTALEON TOVAR.



CHIMALPOPOCA.

TERCER REY MEXICANO.

(Tomado de la Crónica del Padre Duran.)

CHIMALPOPOCA.*

TERCER REY DE MEXICO.

I.

NADA nos parece mas eficaz para conocer en qué estado de comodidades, de libertad y de progreso se encuentran los pueblos, como abrir la historia y ver en la vida de los prohombres de una nacion que apenas nace ó se ha consolidado ya, la relacion de sus desaciertos, de sus vicios ó de sus glorias. Los hechos de un personage vienen á darnos á conocer toda una época, y bajo este punto de vista el estudio de la Biografía es mas provechoso de lo que á primera vista aparece. Los que al leer procuran penetrar mas abajo de la superficie, saben toda la utilidad de la enseñanza que encierra la narracion de los acontecimientos históricos, aunque estos se refieran con especialidad á un personage.

* Escudo que arroja humo.

Y así es la verdad, verdad acreditada por la experiencia. Sobre todo, cuando se considera que la humanidad propende á personificar en un héroe y hasta en un mito, muchos y variados hechos; cuando se sabe que para grabar mas en el corazon de los hombres que leen pocos libros lo que les importa saber, menos por mera curiosidad que para aprovecharse de las lecciones de la historia, entónces se comprende mejor la utilidad que resulta de conocer en la vida de un tirano ó de un héroe verdadero, los desastres y las glorias de una generacion, el estado de su cultura, sus costumbres, los medios con que pudo contar para su adelantamiento, ó los vicios que la degradaron. Y tan es esto así, que en estos tiempos de positivismo, y cuando es tan fácil la publicidad, todos los pueblos refieren á personages determinados los hechos comunes á un país, todos personifican en los déspotas ó en los grandes hombres multitud de acontecimientos, y nosotros mismos hemos atribuido á Concha y á Calleja, todos los horrores de la tiranía española, y á Hidalgo y á Morelos todos los episodios gloriosos de la lucha gigantesca que sostuvo el pueblo mexicano.

Nosotros nos ocupamos hoy de hacer la biografía del desventurado Chimalpopoca, menos por dar á conocer á un hombre, que por trasladarnos á la época en que vivió, por referirnos á la fuerza moral y física con que contaba para sobreponerse á sus temibles adversarios. Muy poco superior el tercer rey de México á la série de acontecimientos que impedian el desarrollo de una nacionalidad jóven, y que debian llevarlo al triste fin de su carrera, es preciso, sin embargo, reconocer en el sucesor de Acamapichtli y de Huitzilihuitl, al amigo desgraciado del país que gobernaba en tiempos nada favorables para él.—Rodeado de enemigos mucho mas poderosos que los mexicanos, al frente de un pueblo extranjero que venia á establecer una monarquía entre otras consolidadas ya, no era posible que el solo esfuerzo de la voluntad de un rey pudiera vencer tantos obstáculos y peligros, que impedian á los mexicanos adquirir para sí la fuerza que sobraba á sus vecinos. Y sin em-

bargo, se ve en Chimalpopoca al patricio que fia á otros medios que no sean los de la conquista y el robo, la prosperidad de su nacion; que busca en la prudencia, aunque ella fuera hija de la debilidad, el recurso para hacerse respetar de sus enemigos, ó á lo menos para conservar la paz de su pueblo, amenazada constantemente.

Los hechos principales de su vida revelan esto, y lo corroboran todavia mas algunos acontecimientos de su época, que daremos á conocer sucintamente, siguiendo á los mejores historiadores, tanto para que se comprendan el carácter y las tendencias de Chimalpopoca, como para que la crítica del lector descarte de nuestra narracion todo lo que pudiera creerse que pertenece á la leyenda, ó que se opone á la verdad y sencillez de la historia.

II.

Habiendo muerto Acamapichtli sin que le fuera posible libertar á México del yugo de los tepanecas, los nobles mexicanos se reunieron con el fin de elegir rey para su nacion. El buen Acamapichtli habia recomendado antes de su muerte que se eligiese al mas digno, como muchos siglos antes lo habia hecho el discípulo de Aristóteles, y los votos se fijaron en Huitzilihuitl.

Era en ese tiempo señor de Coyohuacan el ambicioso y tirano Maxtlaton, príncipe intrépido y cruel, hijo de Tezozomoc. Ansioso aquel de buscar pretextos para hacer la guerra á los mexicanos, llevó su audacia hasta el grado de dar muerte á su sobrino Acolnahuacatl, hijo de Huitzilihuitl, temiendo que su nacion fuera mas tarde tributaria de la mexicana. Por ese mismo tiempo, Tlacateotl era rey de Tlaltilulco é Ixtlilxochitl de Acolhuacan.

Este y otros reinos, como los de la Europa en la Edad Media, tan inmediatos entre sí, sostenian frecuentemente guerras sangrientas, cuyo resultado determinaba la decadencia de unos y la preponderancia de los otros; guerras en las cuales casi siempre tomaban parte el señor de Coyohuacan, el de



MAXTLATON.

Tirano de Azcapozalco.

(Tomado de la histª. de Carbajal Espinosa.)

Huexotla y el de Coatlichan. Hasta la época á que hacemos referencia, la nacion mexicana estaba muy lejos de imponer á sus muchos adversarios. Durante un periodo de cincuenta años habia pagado tributos onerosos; habia sufrido realmente la esclavitud. Acamapichtli se limitó á gobernar la ciudad, y Huitzilihuitl no habia extendido los límites de ella. Estos dos reyes soportaron en silencio su humillacion, y esperaban que llegara el tiempo de poder resistir á sus enemigos y asegurar su poder débil y vacilante. Sin embargo, Huitzilihuitl sancionó varias leyes útiles al país, y dejó á la nobleza la prerogativa de elegir al rey que debia sucederle, siguiendo en esto el noble ejemplo de su antecesor.

El segundo rey de México murió (1417), y para sucederle en el trono fué elegido su hermano Chimalpopoca, quien desde luego procuró robustecer su autoridad, é iniciar la preponderancia de su pueblo sobre las otras monarquías. Tezozomoc habia exigido á Ixtlilxochitl una paz ignominiosa, que no tenia mas objeto que amortiguar el entusiasmo con que otras veces el pueblo que este gobernaba habia defendido su libertad; y por medio de negociaciones parecidas con otros reyes vecinos, consiguió acrecer el número de sus partidarios y disminuir el de aquellos. Al fin, Ixtlilxochitl comprendió los peligros de su situacion; abandonó su corte, y á semejanza de Mario en otro tiempo, anduvo errante en los bosques, no teniendo mas consuelo que el que le proporcionaba la lealtad de los señores de Coatlichan y Huexotla, que no le abandonaron en el infortunio. El año siguiente (1418) Ixtlilxochitl fué muerto alevosamente por los señores de Otompan y de Chalco, y Tezozomoc levantó numerosos cuerpos de tropas, invadió las ciudades de Texcoco, Coatlichan, Coatepec, Iztapallocan y Huexotla, mandando despues incendiarlas. En estas circunstancias heredó el trono de Acolhuacan el gran Netzahualcoyotl, hijo del desgraciado Ixtlilxochitl y nieto de Acamapichtli.

Entretanto, gobernaba en México Chimalpopoca, temiendo naturalmente que el conquistador turbase el reposo de la

ciudad de Tenoch. Habia ya dominado á tantos enemigos, arrancado la libertad á tantos pueblos, que el rey de México no podia esperar otra cosa que la esclavitud, del ambicioso que se acababa de proclamar rey de Acolhuacan, en la misma ciudad de Texcoco, en donde ¡cosa extraña! concedió indulto general á los que habian tomado las armas en su contra. Chimalpopoca se sorprendió todavia mas, al ver que Tezozomoc le daba en feudo la ciudad de Texcoco y trasladaba su corte á la de Atzcapotzalco, que fué declarada capital del reino, cuyos límites ensanchaba la conquista.

Aquí nos detendremos un momento para hacer una observacion. Se reproducen en la historia de los pueblos, aunque estos no hayan tenido relacion entre sí, ciertos acontecimientos, que no dejan de parecer extrañas tales coincidencias. El despotismo de los treinta tiranos sancionaba en la Grecia la primera ley de amnistía; Julio César, que daba muerte á la república romana, fué generoso con sus enemigos; el tirano Tezozomoc, cuya crueldad hizo estragos en los países que conquistara, pronunciaba la palabra perdon en presencia de los pueblos que subyugaba, y lejos de invadir á México como lo esperaba Chimalpopoca, daba á este una de las ciudades conquistadas por aquel.

III.

Pocos dias despues Tezozomoc murió, y Chimalpopoca asistió á sus funerales. Tenetzintli, hijo de aquel, quiso dar muerte á Netzahualcoyotl y al rey de México; pero se opuso á ello Maxtlaton su hermano, no por un sentimiento humanitario, sino porque poseia el arte del disimulo, y esperaba con calma la oportunidad para deshacerse de los reyes, á quienes consideraba que serian mas tarde sus intransigentes enemigos. Tenetzintli, que habia aconsejado el asesinato de Chimalpopoca, vino á México á conferenciar con este, quien lo recibió cortesmente.

Chimalpopoca queria á todo trance la muerte del nuevo tirano de Acolhuacan, y cometió la torpeza de comunicar tan indigno proyecto al mismo Tenetzintli.

Débil el rey de México en frente de un enemigo que juzgaba buenos todos los medios empleados, con el fin de humillar y vencer á los gobernantes vecinos; viendo en peligro su poder y su existencia, pretendió hacer uso de un recurso que la humanidad y la moral condenan. Pero si el temor, si el deseo de libertar á su pueblo pueden justificar un intento crimi-

nal, es preciso convenir en que la fuerza de Maxtlaton y sus conocidas tendencias á la conquista, eran una amenaza constante para el rey de México y para su pueblo. Ademas, Chimalpopoca estaba altamente ofendido desde que el hijo de Tezozomoc le regaló un *cueitl,* que era un traje mujeril, y una camisa de mujer. Y no solo esto, sino que sabiendo Maxtlaton que entre las mujeres del rey de México se encontraba una notablemente hermosa, se valió de unas tepanecas para que la convidasen á pasar unos dias á Atzcapotzalco, y abusó de ella para mas afrentar á Chimalpopoca.

Humillado este, ofendido, deshonrado y sin fuerza para vengarse de su enemigo, resolvió sacrificarse á su dios Huitzilopochtli, cuya idea fué aprobada por la bárbara supersticion de la corte. Se sabia que otros reyes habian ofrecídose en holocausto en los altares de una divinidad sedienta de sangre, y el rey de México preparó la ceremonia seguido de otros de sus vasallos que irian á morir con él, sacrificándose tambien voluntariamente.

Llegó el dia señalado para el sacrificio: los que acompañaban al rey se pusieron las mejores ropas, y este se vistió como se representaba al dios. Comenzó la ceremonia en medio de un baile suntuoso: la última víctima debia ser Chimalpopoca; pero este fué tan desgraciado, que no pudo lograr libertarse con su muerte de su enemigo.

Maxtlaton supo que el rey de México pretendia sustraerse á su venganza, y sin pérdida de tiempo y cuando ya iba á consumarse el sacrificio de Chimalpopoca, envió aquel un cuerpo de tropas que sorprendió y aprehendió á este, quien fué conducido á Atzcapotzalco y encerrado en una jaula de madera.

En su prision recibió los consuelos de Netzahualcoyotl, lloró con él, le regaló un pendiente que habia sido de Huitzilihuitl, y le recomendó que cuidase de sus "pobres mexicanos."

Netzahualcoyotl, á quien tambien perseguia el tirano, se fué violentamente de Atzcapotzalco, dejando abatido á Chi-

malpopoca, quien, firme en su propósito de libertarse de Maxtlaton, se ahorcó en su cárcel, exclamando: *Quiero ser dueño de mi existencia y ejecutor de mi muerte, para que ella sea tanto menos ignominiosa cuanto menos dependa de la voluntad de mi enemigo.*

Chimalpopoca reinó diez años y murió en el de 1427.

IV.

Hé aquí los principales hechos de la vida del tercer rey de México, rey desgraciadísimo, como se habrá podido notar. Chimalpopoca heredó un trono débil y amenazado constantemente; no pudo por lo mismo revelar sus dotes para el gobierno, y lo que es peor, se encontró sin la fuerza que necesitaba para conjurar los males con que la tiranía amagaba á México. Sin embargo, ya dijimos que el hijo infortunado de Acamapichtli, dictó algunas leyes á cuya bondad se refieren los cronistas de la época, y extendió su dominacion á Texcoco, aunque esto no haya sido por medio de la conquista. Por lo demas, nosotros juzgamos á Chimalpopoca cómo un rey débil y supersticioso que no quiso luchar con el infortunio, que se afectó profundamente con la deshonra, y que por todas estas causas, fió su salvacion á su sacrificio primero y despues al suicidio.

Empero, para juzgar con mas acierto al rey de México cuya biografía hacemos, es preciso colocarse en la época respectiva y examinar las circunstancias que disminuyen la gravedad de las faltas cometidas por Chimalpopoca. Este comenzaba á ver que se establecia el trono que heredó, en un país extranjero, y en medio de monarquías poderosas y de

reyes ambiciosos y tiranos, y no obstante esto, México se levantaba poco á poco y comenzaba á iniciar la época de su grandeza, sin que hasta entonces hubiera empleado para ello la fuerza de las armas.

Las desgracias, las humillaciones sufridas despertaron al pueblo que habitaba la ciudad de Tenoch, y puede decirse que estas concluyeron con el reinado del infeliz Chimalpopoca. La esclavitud exacerbó los ánimos; el infortunio aleccionó á los oprimidos y los dispuso primero á la resistencia y despues á la conquista. Con el reinado referido terminó la era de desventuras para México, y comenzó aquella en que debian figurar Itzcoatl y Mocteuhzoma, Axayacatl y Ahuitzotl.

AGUSTIN R. GONZALEZ.



ITZCOATL,

PRIMER EMPERADOR MEXICANO.

(Tomado de la Crónica del Padre Durán.)

ITZCOATL.

PRIMER EMPERADOR DE MEXICO.

I.

LLAMAN las crónicas á Itzcoatl, primer emperador de México, y con justicia, que fueron reyes de nombre sus antecesores, y él fué el primero que no solamente hizo de la ciudad tenochca una ciudad libre, sino que la levantó como señora de los lagos y reina poderosa del Anahuac.

No carece de dificultades el fijar el año en que comenzó á reinar Itzcoatl, pues ya sea porque la cronología de los sucesos de la época primitiva de una nacion es siempre poco precisa, ya sea porque los copistas de los geroglíficos padecieron descuidos, ya en fin porque los cronistas ó equivocaron la correspondencia de los años mexicanos con los nuestros, ó siguieron diversos sistemas, lo cierto es que no encontra-

mos acordes las fechas señaladas al principio de este reinado. Pero ya que queremos escribir la historia, hagamos por lo menos cuanto esfuerzo podamos para fijar la verdad de los hechos.

Clavijero pone el advenimiento de Itzcoatl en el año IX acatl, ó 1423. El padre Duran le señala el 1424. Henrico Martinez el 1437. Ixtlilxochitl, Veytia, Chimalpain en su crónica inédita, y Sigüenza en sus épocas históricas agregadas á la Tabla ó Calendario comparado del manuscrito de Santos y Salazar, tambien inédito, y que formó parte del museo de Boturini bajo el párrafo 28 número 5, determinan el año 1427. A estas respetables autoridades se une el Códice Mendozino, que designa como principio del reinado de Itzcoatl el año XIII acatl. Fray Gerónimo Mendieta, que en los capítulos 34 y 35 del libro 2º de su Historia Eclesiástica Indiana hace una paráfrasis de este Códice, señala tambien el año 1427. El anaglifo de Aubin señala el principio del reinado el año XI calli 1425, pues aun cuando siguiendo la línea de años á contar desde la fundacion de Tenochtitlan nos daria el año 1373, la anotacion que en dicho Códice hay de los años 1391, 92 y 93, nos da á conocer que falta un período completo de 52 años, ó en el geroglífico original ó en la copia. Los códices Vaticano y Telleriano-Remense dan la fecha XII tochtli, que el intérprete de este último determina como el año 1426 de nuestra era. De los anaglifos del Museo uno fija el año 1425 y otro el 1428. En fin, la Historia sincrónica de Tepechpan y México, trae unido por una série de puntos al año ce tecpatl ó 1428 la figura y geroglífico de Itzcoatl.

Querer acordar estas diferencias es cosa imposible, y además, se ve que no son de grande importancia, pues Clavijero pone el año 1423, el padre Duran el 1424, el anaglifo de Aubin y uno de los del Museo el 1425, los códices Vaticano y Telleriano-Remense el 1426; el otro del Museo y el de Tepechpan el 1428, y el Códice Mendozino, que es el mas autorizado, y las irrecusables opiniones de Ixtlilxochitl, Chimalpain, Mendieta, Sigüenza y Veytia, fijan el 1427. Es verdad

que Henrico Martinez se separa hasta el 1437; pero como en todos sus cómputos se equivocó en 10 años, haciendo la debida correccion, se conforma con el 1427. De manera, que siguiendo la opinion mas lógica, diremos con Sigüenza que fué proclamado Itzcoatl rey de Tenochtitlan el 3 de Abril de 1427, despues de un interregno de cuatro dias.

Se representa á Itzcoatl en la escritura geroglífica, con el carácter figurativo hombre, generalmente coronado con el *copilli* real, y hácia la parte superior de la figura una culebra con el cuerpo armado de puntas de obsidiana, siendo estas en el Códice Mendozino puntas de flecha clara y determinadamente dibujadas. Este geroglífico nos da el nombre del emperador. *Itztli* significa obsidiana, y *cohuatl* ó *coatl* culebra, palabras que compuestas dan la voz Itzcohuatl ó Itzcoatl. Ha sido esto causa para que se haya dicho siempre que el nombre de Itzcoatl significa culebra de obsidiana. Pero ya he explicado que los tenochca buscaban por la combinacion geroglífica el modo de escribir y leer los nombres, sin expresar sin embargo su significacion, ni mucho menos su etimología, á no ser en los nombres de lugar, pues estos casi siempre correspondian á algun accidente topográfico ó especial de la localidad designada. Insisto en esto, porque es tiempo ya de que se vayan desvaneciendo antiguos errores. Y prueba de lo que digo es el mismo nombre de Itzcoatl.

En efecto, los tenochca fueron naturalmente progresando en su escritura, segun iban en civilizacion progresando: fueron separándose mas y mas de los símbolos figurativos y aun de los ideográficos, para preferir, siempre que era posible, los fonéticos: primeramente siguieron la misma combinacion gramatical de las palabras compuestas, y tomaban el sonido completo de los objetos representados, únicamente con la supresion de las desinencias y el aumento de las preposiciones que la gramática establecia para el lenguaje hablado: ya esto les dió dos vocales y muchas sílabas simples; pero mas adelante, y acercándose ya al abecedario, comenzaban á to-

mar del sonido que daba cada figura tan solo la primera sílaba, y así llegaron á tener en su escritura cuatro vocales é innumerables sílabas simples.

De esta manera, ya en uno de los códices que perteneció á Boturini, y que catalogó bajo el número 12 del párrafo 3º, se escribió el nombre de Itzcoatl con una olla con agua y debajo una flecha de obsidiana, dando la primera sílaba de *Itztli* obsidiana, *itz*, la primera de *comitl* olla, *co*, y el agua su sonido monosilábico *atl*, lo que forma Itz-co-atl.

Se ve, pues, que es tan fuera de camino traducir el nombre de Itzcoatl por culebra de obsidiana, como por flecha de la olla de agua.

II.

Examinemos ahora la situacion política de Tenochtitlan al advenimiento de Itzcoatl. Ya vimos que las diversas tribus emigrantes se fueron asentando al rededor de la laguna, y dieron á la region el nombre de Anahuac, de *atl* agua, y *nahuac*, preposicion que significa junto: Anahuac, junto al agua. No se aventuraron, sin embargo, á internarse al lago. Este en la antigüedad era uno solo, muy extenso y muy profundo: llegaba por un lado hasta el Tepeyacac y Atzcapotzalco, y por el otro hasta el pié de Chapultepec y Atlacuihuayan. No se habian formado las diversas calzadas y diques que ahora existen, y recibia en su seno un rio permanente y torrentes caudalosos que en la actualidad desfogan por el canal de Huehuetoca. Llamábanlo antiguas relaciones, mar. Hoy está dividido en seis lagos, desviadas varias corrientes, y sin embargo, todavia miden sus aguas 23,745 leguas cuadradas. Puede por esto figurarse fácilmente el lector, cómo siendo el lugar actual de la ciudad de México el fondo de la cuenca formada por las montañas del valle, la isla de Tenochtitlan solo pudo ser abordada por nuestros antepasados en un momento de angustia y de inmensa desesperacion. Sirvió esto, sin

embargo, para preparar su grandeza futura. Dábales seguridad el temor de los otros pueblos de lanzarse al lago. Ocultaban su isla grandes cañaverales, que los sustraian de envidias y acechanzas. Mientras, poco á poco, iban formando sobre las aguas su ciudad, se dedicaban á la pesca, y la necesidad los hacia comerciantes. Comenzaron entonces á introducir á la ciudad madera y piedra, y ya bajo el reinado de Huitzilihuitl, empezaron á usar trajes de algodon. Constituyéronse, por decirlo así, en la potencia marítima del Anahuac; y natural era que al dominar el comercio del lago, adquirieran el poder militar de sus aguas. Organizó tambien Huitzilihuitl la táctica de las tropas por tierra y agua; y es de creerse que al querer emprender la obra de traer á traves del lago el agua de Chapultepec para surtir la ciudad, se formara parte de la calzada de Tlacopan. De lo que no puede haber duda es de que Tenochtitlan, en el siglo trascurrido, habia aumentado en extension y en habitantes, que se habia organizado bajo leyes sábias, que tenia un ejército disciplinado y valeroso, y que la industria y el comercio habian tomado gran desarrollo.

¿Esto, sin embargo, podia inquietar á los reyes comarcanos, como narran las crónicas? Así se ha creido, al ver el aumento exagerado de impuestos que el rey tepaneca cargaba sobre los tenochca; y la conducta de Maxtla, señor de Atzcapotzalco, lo hace tambien suponer. Permítaseme, no obstante, separarme de estas opiniones, y explicar esta nueva situacion política, siguiendo la lógica de la historia.

El imperio tepaneca veia como humildes tributarios á los tenochca: cuanto al capricho real se habia ocurrido, tanto habian hecho los tributarios. Antojósele un dia al monarca que le llevaran una chinampa con flores y semillas nacidas, y entre las legumbres un pato y una garza empollando, de manera que al llegar á Atzcapotzalco sacaran en el mismo momento su cria; y quedó cumplido su antojo. La humildad de los tributarios buscó el unir su familia real con la del monarca tepaneca, procurando así, sin duda, mayores libertades

y un bienestar mas tranquilo. Al mismo tiempo, el poder de los reyes de Atzcapotzalco se extendia mas y mas, pues con la conquista de los acolhuas, dominaban casi todo el Anahuac, desde Texcoco por el Oriente hasta Coyohuacan por el Poniente; de modo que con excepcion de los pequeños señoríos del lago de Chalco, todo el valle estaba en poder de los tepanecas. ¿Cómo podian temer á la tribu tenochca, perdida en una pequeña isla de la laguna, tributaria sumisa, y que buscaba con ahinco la alianza real?

Y sin embargo, las crónicas, que tuvieron por base, no relaciones tepanecas, sino mexicanas, nos pintan á los reyes de Atzcapotzalco temerosos siempre del poder de Tenochtitlan. Esto se explica fácilmente por el orgullo nacional. Cuando los tenochca llegaron á gran poderío, pusieron en sus geroglíficos y en sus narraciones históricas, hechos de sus antepasados que mas recordaran glorias y poder, que la antigua humillacion y servidumbre. Esta circunstancia, sobre la que tenemos que volver repetidas veces, hace que desde la primera estampa del Códice Mendozino, aparezcan los tenochca como conquistadores, y que las crónicas del padre Duran y Tezozomoc, ambas tomadas de la misma fuente, nos relaten ese ódio de los tepanecas, y ese temor que los impulsaba á buscar la destruccion de Tenochtitlan.

Razon tuvieron, sin embargo, para su saña; pero hay que buscarla en otra parte. Recibieron de Tenoch los mexica por herencia una venganza que debian cumplir sujetando á los colhuas, tepanecas y tlaltilulcas; no se habia borrado tampoco en ellos la idea religiosa de hacer resplandecer victorioso por do quiera á su dios: así es que, siguiendo la política de su fundador, esperaban sufridos, espiando un momento oportuno para realizar sus esperanzas, y entretanto se fortalecian con ejercicios guerreros. La ambicion tepaneca, y sobre todo la insaciable de Maxtla, debia presentarles la oportunidad ansiada. El rey de Atzcapotzalco tenia en sujecion el imperio chichimeca, y Netzahualcoyotl, desheredado y pariente de la familia real tenochca, era un buen aliado para

preparar la venganza. La historia no deja duda de estas relaciones políticas hostiles á Maxtla, y si á esto se agrega la alianza de Chimalpopoca con Tayatzin, se verá de bulto el motivo de la persecucion tepaneca, y del sacrificio del desgraciado rey.

Natural fué que Maxtla, á la muerte de Chimalpopoca, preparara inmediatamente sus ejércitos para invadir y avasallar la isla de México. Bajo tales auspicios iba á comenzar su reinado Itzcoatl.

Grave debia ser entonces la situacion de ánimo de los tenochca: debieron creer perdidos en un momento los sacrificios y las penalidades de un siglo, dedicados á realizar sus ensueños de grandeza. Con el ejército mas poderoso del Anahuac en frente, muerto su rey, debieron desmayar. En situaciones mas difíciles tuvieron mas ánimo en su peregrinacion; pero entonces obedecian á su dios que les hablaba por boca de su gefe sacerdote; y para un pueblo esencialmente fanático, no era discutible el sacrificio y la obediencia ciega á esa voluntad divina. Resorte tan poderoso se habia debilitado con la eleccion real, y en tan grave conflicto no esperaron la palabra del dios; la guerra estaba á las puertas de la ciudad; buscaron para rey á un guerrero, á Itzcoatl, tlacatecatl de las tropas del reino. Cuatro dias pasaron entre la muerte de Chimalpopoca y la nueva eleccion: dedicáronlos los tenochca á hacer las exéquias de su rey.

Combinaron los mexicanos en el nombramiento de sus reyes las dos ideas de la eleccion y de la dinastía. Hasta la época en que nos hallamos, habian escogido rey de la familia de Acamapichtli por medio de la eleccion; pero una vez electo el rey, si no era ya como el antiguo gefe sacerdote, quien comunicaba directamente la voluntad del dios, con quien de esta manera se confundia, sí representaba la imágen divina, y su consagracion se hacia en el templo mayor, untándolo con el mismo bálsamo con que se untaba la efigie de Huitzilopochtli. De esta manera con la ficcion teo-política, se conservaba todavia con bastante fuerza la ciega sumision del

pueblo; é hizo esto que presentara el imperio mexicano un ejemplo, único en la historia: que en dos siglos jamas los tenochca se revelaran contra su rey.

Ungióse el cuerpo de Itzcoatl, asentóse en el trono, y el orador encargado al efecto, le dijo las palabras sacramentales que en tales ceremonias se usaban, y que nos ha conservado Sahagun, explicándose con ellas mas el espíritu de la nacion, que lo que pudiéramos hacer con largas disertaciones: "vos sois imágen de nuestro señor dios, y representais su persona en quien está descansando y *de quien usa como una flauta, y en quien él habla, y con cuyas orejas él oye.*"

Quedó nombrado y consagrado el rey, recobraron por un momento la energía perdida los tenochca, y la aurora del nuevo reino se alumbró con las teas del ejército tepaneca, que como un rio que todo lo devasta, se arrojó rugiente y amenazador, queriendo envolver en sus ondas al nuevo rey, y á su humilde, pero invencible ejército.

Hubo tiempo, sin embargo, para que Itzcoatl se preparara á la resistencia, y asegurase la victoria. Y es por cierto digno de contarse lo que en las crónicas se dice de tales hazañas y de tales guerras.

III.

Comienzan las crónicas por narrar con encantadora sencillez todas las circunstancias de la eleccion de Itzcoatl. Cuentan que á la muerte del rey Chimalpopoca, reuniéronse los tenochca, y tomando la palabra el mas anciano, dirigióles la siguiente oracion: "Os falta la lumbre de vuestros ojos, pero no la del corazon, porque aunque ha muerto Chimalpopoca, guía y luz de esta nacion, os queda corazon, y no falta quien pueda ocupar su puesto: no ha muerto toda la nobleza tenochca, ni se aniquiló la sangre real. Volved los ojos, aquí están todos los nobles guerreros puestos en órden, y no uno ni dos, sino muchos y muy excelentes príncipes; aquí están los hijos de Acamapichtli, nuestro verdadero rey y señor: escoged, decid á quien quereis por nuevo rey. Si perdísteis padre, aquí hallareis padre y madre. Haced cuenta de que por breve tiempo se eclipsó el sol y que se oscureció la tierra, y que luego á la tierra tornó la luz. Si se oscureció Tenochtitlan con la muerte de vuestro rey, elegid otro rey, y salga con él el nuevo sol. Mirad á quién echais los ojos, y en quién piensa vuestro corazon y á quién apetece, que ese es el que elige vuestro dios Huitzilopochtli."

De comun consentimiento eligieron por rey á Itzcoatl, hijo natural de Acamapichtli y de una esclava tepaneca. Asentáronlo en el humilde trono de *petatl* que á tanto lustre debia levantar, y uno de los oradores *le hizo esta plática*, como dice la crónica: "Hijo nuestro y señor y rey, ten ánimo valeroso, y está con fortaleza y firmeza; no desmaye tu corazon, ni pierda el brio necesario para el cargo que te es encomendado: ¿quién piensas, si tú desmayas, que ha de venir á animarte, ni á ponerte fuerzas y brio en lo que conviene al gobierno y defensa de tu reino y nacion? ¿Piensas por ventura que han de resucitar los valerosos de tus antepasados, padres y abuelos? Ya, poderoso rey, esos pasaron, y no quedó sino la sombra de su memoria, y la de sus valerosos corazones, y la de la fuerza de sus brazos y pecho con que hicieron rostro á las aflicciones y trabajos. Ya á esos los escondió el poderoso señor de la noche y el dia. ¿Has, por ventura, de dejar perder á tu Tenochtitlan? ¿Has de dejar deslizar de tus hombros la carga que te es puesta encima de ellos? ¿Has de dejar perecer al viejo y á la vieja, al huérfano y á la viuda? ¿Háslos, por ventura, de dejar perecer? Animo, ánimo, valeroso príncipe, no pierdas el aliento. Mira que nos observan los otros pueblos, y nos menosprecian y hacen escarnio de nosotros. Ten lástima de los niños que andan todavia arrastrándose por el suelo, sin poder levantarse como hombres, y que perecerán si nuestros enemigos prevalecen contra nosotros. Empieza á escoger la manta para tomar á cuestas á tus hijos, que son tu pobre pueblo que confia en la sombra de tu manto y en el frescor de tu benignidad. Está la ciudad de México Tenochtitlan muy alegre y ufana con tu amparo. Hizo cuenta que estaba viuda; pero ya resucitó su esposo y marido: que vuelva por ella y le dé el sustento necesario. Hijo mio, no temas el trabajo, ni te apesadumbre la carga, que el dios cuya figura y semejanza representas, será en tu favor y ayuda."

No es para este lugar entrar en las consideraciones que tan elocuentes arengas, usadas en todas las solemnes ocasio-

nes por los tenochca, sugieren al ánimo: ellas fotografian á la nacion, y haga el lector para sí las reflexiones que no puede menos de producir ese lenguaje que está á la altura del de los héroes de Homero.

IV.

Conformes están los cronistas en pintarnos acobardados y sin aliento á los tenochca: malos auspicios eran por cierto, y se necesitaba el corazon de Itzcoatl, cubierto con el *chimalli* de dura piel de *mazatl*, para que pudiera resistir el *itztli* del temor. Si creyéramos, para lo que no tenemos ningun dato, que al nombrar á un rey le imponian los tenochca un nombre adecuado á su carácter, diriamos que el del nuevo rey significaba la astucia con la culebra, y la intrepidez con la obsidiana.

Pensó desde luego Itzcoatl en prepararse á la guerra contra los tepanecas, y en buscar la alianza de Netzahualcoyotl, á quien le unia el ódio comun contra Maxtla, y los lazos de la sangre, pues era hijo de una hermana suya. Corria por las venas de ambos la sangre tenochca, esa sangre indomable que produjo héroes como Cuauhtemoc.

Hay que advertir que no era extraña la nacion chichimeca á los mexica. Tribu fué cuando se instaló á las orillas del lago, enteramente diversa, pues tenia lengua propia y religion diferente; pero habiendo Quinantzin dado á criar su hijo Techotlala á Papaloxochitl, mujer de raza nahoa, tomó

este tal aficion á la civilizacion tolteca, cuyos últimos destellos brillaban aún en Culhuacan, que cuando fué proclamado rey de Texcoco, mandó que en los actos oficiales no se usase otro idioma que el nahuatl, que hoy llamamos mexicano. Sin duda desde entonces tomaron nombres mexicanos las ciudades chichimecas. Hizo mas, procurando la inmigracion á su reino de las tribus de orígen nahoa, recibió en su dominio varias, entre ellas una de mexica, que habitaban las faldas del cerro Huexachtecatl, en términos de Culhuacan, y á las cuales por cuestiones religiosas arrojó Coxcox de su reino. Segun Ixtlilxochitl en su historia chichimeca, que me sirve de guía en todos los sucesos relativos al reino de Texcoco, pues es la única fuente genuina de la crónica acolhua, pasó lo antes referido en el año 1301. Tengo para mí, sin embargo, que el cronista se equivocó en el cómputo de la fecha de tal suceso, pues hechos fueron estos que pasaron ya en tiempo en que se habia fundado Tenochtitlan.

Sin duda algun grupo de mexica, sin seguir á Tenoch, quedó establecido en el reino colhua, en donde gozando de mas libertad cultivaba su religion. Lo sanguinario de esta, que fué uno de los motivos que indujeron á Coxcox para dar libertad á los mexica, lo obligó mas tarde á expulsar de su reino á los restos que en él habian quedado. Fué tan buena la acogida que les hizo Techotlala, que no solo los autorizó á que levantaran templos á sus dioses Huitzilopochtli y Tlaloc, sino que les permitió hacerles sacrificios. Así la idea religiosa iba preparando la futura alianza de acolhuas y tenochca.

A la sazon reinaba ya en Atzcapotzalco Tezozomoc. No era muy extenso el reino que recibiera al ser proclamado tecuhtli de los tepanecas, y pensó en agrandarlo por medio de la conquista. Como no existen crónicas tepanecas, las mexicanas y las texcocanas nos lo presentan como un gran tirano. Fué sin embargo un gran rey que levantó á su nacion á una altura que antes no habia alcanzado. Si para ello usó del medio de la conquista, medio lícito era entonces, y nadie

menos que los tenochca podian echárselo en cara, cuando á la conquista deberian ellos alcanzar su inmenso poderío. Y qué mucho que en el derecho de gentes del Anahuac fuese un título la victoria, si lo era en los pueblos cristianos de la Europa, y si un siglo despues, con solo el título de la conquista habia de presentarse Cortés en nuestras playas!

Buscó, pues, Tezozomoc su engrandecimiento y el de su pueblo: extendió por la victoria su señorío al reino limítrofe de Quauhtitlan; y despues, y siempre ayudado de los tenochca, que como feudatarios seguian sus ejércitos, emprendió la conquista de Tepozotlan, que á continuacion se encontraba del anterior reino, y la de los othomís, cuya capital Xaltocan ocupó con sus tropas. Al mismo tiempo vencia á los mazahuas, que habitaban las montañas del Poniente y Sur de Atzcapotzalco; y dueño de casi todo el Anahuac, llevó su dominio hasta los límites del reino chichimeca. Trató entonces, si no por la guerra, sí por una alianza, de extender su poder hasta Texcoco, casando á su hija Tecpaxochitl con el príncipe Ixtlilxochitl; pero éste, que estaba casado ya con la princesa tenochca Matlacihuatl, la recibió solamente como concubina, lo que dió principio á la mala voluntad de Tezozomoc, y á que fuese preparando la conquista del reino acolhua.

Elevado al trono Ixtlilxochitl, ni asistió Tezozomoc á su consagracion, ni lo reconoció como rey de los acolhuas, pues por el contrario sostenia que á él tocaba ese reino, como nieto de Xolotl.

No declaró, sin embargo, la guerra á los chichimecas; pero comenzó á ganarse con astucia y política á los pueblos más cercanos al nuevo límite de sus Estados, que fueron Xaltepec, Axapochco, Otompan, Temazcalapan y Tolquauhyocan, que se extendian al Norte de Texcoco, junto al reino conquistado de los othomís. Descontento Ixtlilxochitl, determinó llevar la guerra á Atzcapotzalco; pero antes hizo proclamar su heredero á Netzahualcoyotl, hijo habido en la princesa tenochca, y la mas poética figura, si no la mas grandiosa, de nuestra historia antigua. Tuvo esto lugar el año 13 toch-

tli (1414), cuando el príncipe contaba apenas doce años. Despues de contrarios azares, llegó Ixtlilxochitl con sus tropas hasta los muros de Atzcapotzalco, que asedió durante cuatro años, hasta que cediendo á las propuestas del rey tepaneca, concedió una tregua y levantó el cerco.

Pensó entonces Tezozomoc que la política podria alcanzar lo que no pudieron sus derrotadas huestes, y aprovechando la tregua volvió á atraerse á varios pueblos de importancia muy cercanos á Texcoco, como eran Chimalhuacan, Coatlichan, Coatepec, Itztapalocan y Acolman, y tambien varias ciudades de Huexotla. Llevó sus trabajos políticos hasta la misma corte en donde conspiraban á su favor Toxpilli, privado de Ixtlilxochitl, y los mas allegados á su persona. Promovió así Tezozomoc la guerra entre los mismos acolhuas, y pudo de esta manera poner cerco á Texcoco, de donde á los cincuenta dias de resistencia se retiró Ixtlilxochitl, no confiando ya en sus súbditos por las traiciones que á su rededor observaba. Batido de bosque en bosque y de montaña en montaña, abandonado de sus aliados, feudatarios y súbditos, decidióse á morir en la barranca de Queztlachac, y saliendo solo al encuentro de sus enemigos, murió á sus manos como un valiente el dia 24 de Setiembre de 1418, segun el cronista. Su hijo Netzahualcoyotl, que entonces contaba quince años, contempló su muerte. Triste, sangrienta aurora del primer dia en que el niño rey podia ceñir el copilli de oro!

Acusa el cronista á los tenochca de complicidad con Tezozomoc. Verdad es que como feudatarios de Atzcapotzalco, debieron tomar y tomaron parte en la guerra. Habian prestado pleitecía á Tezozomoc, y leales le fueron hasta su muerte. Tezozomoc les habia dado á su hija para mujer de su rey, y les habia levantado los tributos: nobles y valientes, siguieron su *pantli* durante los tres años y doscientos sesenta y seis dias que duró la guerra.

Ciñó el copilli de Texcoco Netzahualcoyotl á los quince años y doscientos dias de edad, proclamado y reconocido por los súbditos fieles que peleaban en las montañas; mientras

por su parte se hacia consagrar Tezozomoc en la misma capital del reino chichimeca.

Desde entonces comienza la novelesca peregrinacion de Netzahualcoyotl, cuya narracion pertenece al historiador de este príncipe: solo nos toca decir que perseguido mucho tiempo, encontró hospitalidad en Tenochtitlan, y que á ruegos de Chimalpopoca y de su mujer, la hija de Tezozomoc, este le volvió sus palacios de Texcoco, y fué á habitar su antigua corte.

El dia 4 de Enero de 1427 murió Tezozomoc.

La historia, escrita por sus enemigos ó por sus víctimas, ha calumniado á este gran rey, pintándolo como un tirano atroz, como un aliado infiel, como un rey asesino que murió presa de los mas atroces remordimientos. Despreciemos las fábulas de la historia. Lo cierto es que Tezozomoc recibió con el copilli un reino de poca importancia, que apenas dominaba las islas de Tenochtitlan y Tlaltilulco; que quiso aumentar sus dominios conquistando los reinos othomí y acolhua, y extendió sus fronteras hasta la república de Tlaxcalla y la nacion de los cuextecas; que sujetó á su mando todas las montañas que como un grandioso anfiteatro rodean á Atzcapotzalco, y extendió su poderío mas allá del valle de México. Si para conseguirlo se valió de la conquista y usurpó los reinos agenos, ¿qué mucho que lo hiciera en el Anahuac en el principio del siglo XV, si hoy vemos que no ha usado otros medios el emperador Guillermo paraengrandecer la Prusia, y esto en la culta Europa y á fines del siglo XIX? No valia tan poco el rey, que, mas por la política que por la fuerza de las armas, conquistó los pueblos acolhuas. Si persiguió á Netzahualcoyotl que podia arrebatarle la corona, natural era; y todavia fué bastante grande para olvidarlo, y restituirle sus riquezas y palacios. ¡Ojalá y hubiesen sido tan humanos los reyes de Europa en esa época! Luis XI en Francia mataba de hambre á su padre para ceñirse la corona; Enrique de Trastamara le arrancaba á puñaladas el cetro de Castilla á su hermano Don Pedro; el monje Hildebrando,

canonizado despues, fundaba en el siglo XI el poder temporal de la Iglesia, haciendo correr rios de sangre por toda Italia! Mas grande que el vicario de Jesus, mas grande que el cristiano Enrique, mas grande que el rey rezandero, Tezozomoc supo perdonar á Netzahualcoyotl. No era muy cruel tirano quien quitaba el tributo á los tenochca. Yo jamas he sabido que perdonaran los Papas el tributo de una mula cargada de escudos que de Nápoles se enviaba á Roma.

Con Tezozomoc nació el imperio tepaneca, y con él concluyó. Usurpó su lugar su hijo Maxtla. Y si grande y valeroso fué el padre, rastrero y cobarde fué el hijo. Los tenochca, que fueron siempre fieles á Tezozomoc, reconocieron como emperador tepaneca á Tayatzin, y Netzahualcoyotl asistió á los funerales de su viejo enemigo. Maxtla, que queria el imperio absoluto, sin obstáculos, y que para conseguirlo no se detenia en medios por reprobados que fuesen, comprendió que para lograrlo necesitaba las vidas de Chimalpopoca y Netzahualcoyotl: solo este salvó la suya para ir á levantar sus ejércitos libertadores.

Tal era la situacion política al advenimiento de Itzcoatl; y no he creido por demas entrar en tales pormenores, pues necesarios son para comprender la grave carga que sobre sus hombros echaba el monarca tenochca, y el ánimo esforzado que tuvo y la gran sabiduría que empleó, para en tan difíciles circunstancias, y cuando solo podia esperarse la ruina y la desolacion, fundar glorioso é invencible el imperio mexicano.

V.

Maxtla, en el momento en que supo la eleccion de Itzcoatl, pensó en atacar á Tenochtitlan, y si no lo hizo desde luego, fué porque no se cimenta en un dia un tirano, y porque tenia que vigilar, no solamente á los tepanecas, sino á los texcocanos, pues Netzahualcoyotl vivia aún para recobrar su reino. Contentóse con quitar á los tenochca el feudo de Texcoco que les habia dado su padre Tezozomoc, y dió el señorío de la corte acolhua á Yancuiltzin su sobrino; y mientras podia hacer la guerra á los tenochca, asedióles por tierra su ciudad, poniendo gente de guerra en Nonohualco, Xoconochpayalcac, Mazatzintamalco y Popotla, que eran los lugares de comunicacion que tenian con Atzcapotzalco. Dirigió Maxtla principalmente sus iras contra Netzahualcoyotl, que le presentaba un peligro inminente. Púsole varias celadas para darle muerte; pero á todas escapó. Volvió á encontrar refugio y hospitalidad en el reino de Itzcoatl, y de allí salió á ponerse á la cabeza de las tropas tlaxcaltecas, huexotzincas y chalcas, cuya alianza habia conseguido. Partió en efecto de Calpolalpan con su ejército: cayeron los tlaxcaltecas y huexotzincas sobre la izquierda de las huestes tepanecas, los

chalcas sobre la derecha, y él entretanto con sus acolhuas fieles y los aliados de Zacatlan, Tototepec y Chalollan, desbarató el centro y ocupó Texcoco. Quedó la victoria por Netzahualcoyotl, que recobró su reino el dia ce ollin del mes Micailhuitzintli del año XIII acatl, es decir, el 11 de Agosto de 1427, segun la cuenta que saca el cronista Ixtlilxochitl.

En los pocos meses que hasta entonces habian trascurrido desde la elevacion de Itzcoatl al trono, sucesos importantes habian pasado en Tenochtitlan. Los tenochca, al ver las hostilidades de Maxtla, volvieron á perder el ánimo apenas recobrado con la eleccion del nuevo rey, y desconfiando del éxito que pudiera traer la guerra, pedian la paz, *mostrando mucha cobardía y flaqueza, lágrimas y temor*. Cundió de tal manera el miedo, que ya no dominaba otro pensamiento en la ciudad que irse á entregar á los de Atzcapotzalco, para lo cual dispusiéronse los sacerdotes á llevar á su dios Huitzilopochtli. Iba á perderse en un momento el trabajo de tres siglos de esperanzas y sacrificios. Los sacerdotes, los herederos de Tenoch, iban á entregar su ciudad y su dios!

Era entonces tlacatecatl de las tropas el jóven Motecuhzoma, hijo del rey Huitzilihuitl y sobrino de Itzcoatl. Presentóse al pueblo acobardado, y con el antiguo ardimiento de los mexica, lo apostrofó diciendo: "¿Qué es esto, tenochca? ¿Qué vais á hacer? Habeis perdido el conocimiento; aguardad, deteneos; esperad que tomemos consejo sobre este negocio. ¿Tanta cobardía ha de haber, que hemos de irnos á entregar á los de Atzcapotzalco antes de pelear?" El rey, valeroso, pero abandonado por su pueblo, propuso que antes de entregarse se mandara una embajada á Maxtla. Gran peligro habia en tal mision, y solamente Motecuhzoma tuvo ánimo para aceptarla. Aderezóse con su traje de guerra, y partió. Manifestóle á Maxtla su embajada, quien le contestó que hasta el dia siguiente, que hubiese tomado consejo de los suyos, no podria dar su respuesta. Levantóse el nuevo sol, y entonces Itzcoatl, sintiendo su indómita energía, y olvidando la cobardía de su pueblo y la debilidad de sus tro-

pas, le dijo á su sobrino: "Vé á ver Maxtla y díle que manifieste claramente si nos recibe en su amistad; pero si en lugar de la paz te amenaza con la guerra, toma este negro ulli con que ungimos á los muertos, y úngele con él la cabeza como á cadáver; y dále de mi parte este rico chimalli y esta fuerte maquahuitl; y díle que se los mando para que se defienda y defienda su copilli, porque hemos de ir por su vida y por su reino."

Declaró Maxtla su voluntad de hacer la guerra: aceptóla el embajador en nombre de su rey, ungió la cabeza al monarca tepaneca, y armándolo como se le habia mandado, volvió á la ciudad. A la noticia de la guerra, dispuso inmediatamente Itzcoatl el nombramiento de los gefes, y aparejó todo para la batalla. Los nobles y valerosos guerreros cobrando valor y entusiasmo, no oian ya las quejas del pueblo, que les recordaba el gran número de tepanecas y los cerros y bosques que les presentaban fortalezas naturales, mientras que ellos, pocos y en una isla sin salida, no tenian mas remedio que vencer ó morir. Cuentan los cronistas que entonces pasó un hecho curioso, que vino á constituir un verdadero pacto social de sujecion y casi de servidumbre del pueblo al rey y á los señores y nobles guerreros. Prometiéronles los tenochca que si vencian á los tepanecas y á ellos los salvaban, les llevarian sus armas en cacaxtles; les darian sus hijas por mujeres, para que tuvieran tres ó cuatro, ó cuantas pudieran sostener; les darian tributo de tortillas, frijol y pinole; y se sujetarian á servirles en sus casas y mesas y mandados.

Los dos cronistas mexicanos, Tezozomoc y el padre Duran, no hablan de la intervencion que tuviera Netzahualcoyotl en la defensa de Tenochtitlan; por el contrario, Ixtlilxochitl, cronista texcocano, refiere extensamente el auxilio prestado por el príncipe acolhua. Cuestion es esta de espíritu de nacionalidad; pero como Itzcoatl y Netzahualcoyotl nos pertenecen igualmente, veamos si del laberinto de crónicas contradictorias puede salir la clara verdad. Atribuyen

los unos á Netzahualcoyotl la libertad de Tenochtitlan, y los otros hacen á Itzcoatl el conquistador de Texcoco, y aun el códice Mendozino coloca esta ciudad entre las conquistas del emperador tenochca. Yo tengo para mí que ambos hechos son ciertos, y así resulta de lo que en la historia chichimeca cuenta el ya citado Ixtlilxochitl.

Itzcoatl habia mandado á Netzahualcoyotl una embajada para pedirle auxilio contra los tepanecas: formaron la embajada Motecuhzoma su primo, Totopilatzin y Telpoch. Aunque el principio de la relacion de Ixtlilxochitl hace suponer que pasó esto antes de que recobrara su reino Netzahualcoyotl, evidentemente fué despues, tanto porque la misma crónica refiere estos sucesos al año 1428, cuanto porque dice que para auxiliar á los tenochca pidió el monarca texcocano auxilio á los chalcas que tanto le ayudaron á recobrar su reino, auxilio que fué negado por antiguos ódios á los mexicanos. Ademas, declarada la guerra, la premura de las circunstancias supone la solicitud violenta y el eficaz é inmediato auxilio, lo que no podia tener lugar sino estando ya Netzahualcoyotl en posesion de Texcoco.

Respondió noblemente Netzahualcoyotl, recordando la antigua hospitalidad y los beneficios que de Itzcoatl habia recibido, y partió con tropas de tierra y con canoas armadas, en ayuda de su pariente real. Desembarcó con su ejército en Tlaltilulco, en donde el rey Quauhtlatoa é Itzcoatl salieron á recibirlo. Organizóse, segun lo determinado por los tres, el ejército aliado de tenochca, acolhuas y tlaltilulcas: y aquí es lugar de que sepamos cuál era entonces la organizacion militar.

Sahagun dice que el gefe del ejército, que él llama capitan general, tenia el nombre de Quauhtli-Ocelotl; que el maese de campo se llamaba Tlatlacatecatl ó Tlacochcalcatl; y que los principales soldados nombrábanse Tiacauh los unos, y Quachic los otros. El Códice Mendozino trae en figuras geroglíficas los nombres de los principales gefes, y nos presenta ademas los trajes é insignias militares, segun la gradua-



GEFES MILITARES DE LOS MEXICANOS.

(*Tomado del Códice Mendozino.*)

cion. El valiente que habia cautivado á dos enemigos, usaba un traje de algodon rayado, su maquahuitl, su chimalli rayado á semejanza del traje, un gorro terminado en punta, sin plumas, y una manta con cenefa sencilla de rayas. El que habia cautivado á tres enemigos usaba el peinado rojo y con plumas, y su manta era bordada. El que cautivaba á cuatro enemigos usaba manta listada de negro y naranjado con cenefa, y se cubria con una piel de tigre, por lo que se llamaba Ocelotl ú Ocelotecuhtli, caballero del tigre, que era ya gran dignidad en la milicia. Habia tambien, aunque los omite el Códice, caballeros del águila, Quauhtli, que formaban su casco y armadura con la cabeza y cuerpo de un águila. El Quauhtli–Ocelotl de que nos habla Sahagun, era sin duda el gefe de estas dos clases de distinguidos guerreros. El Ocelotl ascendia á Otomitl, y usaba entonces á la espalda un penacho de hermosas plumas verdes. Seguia en categoría el Quachic, que significa príncipe, el cual usaba un pantli con plumas. Segun Mendieta, eran lo mismo los Quachic y los Quauhtli; pero el Códice no pone á los Quachic con el vestido de águila, distintivo indispensable de los Quauhtli. Y finalmente, el que mas pudiera distinguirse en la guerra, llegaba á Tlacatecatl, y usaba riquísima manta roja, y en su tocado el tlalpiloni, que era un doble penacho, caido hácia atras, de plumas de quetzalli. Así por su valentía en la guerra, y por el número de prisioneros hechos para ofrecer á su dios, iban ascendiendo los soldados tenochca.

Los nombres de los gefes militares están marcados en los geroglíficos del Códice, estampa número 66, los cuales se reproducen en la adjunta litografía. El primero y principal está representado con un ayatl ó manta roja labrada y con ricas cenefas, tiene el cabello atado con la cinta roja, y adornada la cabeza con el tlalpiloni. Su geroglífico se compone del símbolo casa, adornado con saetas ó dardos. La palabra dardo tlacochitl, nos da en la composicion tlacoch, la voz calli casa, cal, y agregando la terminacion catl, que así como tecatl ó tlacatl, significa persona ó personaje, tenemos

el nombre de Tlacochcalcatl, que era el gefe principal de los ejércitos. En este nombre están conformes todos los autores. El segundo es la misma figura; pero su ayatl es blanco y solamente la cenefa es roja. Su geroglífico es una culebra con manchas como espejos, que da el sonido Tezcacoacatl, de tezcatl espejo, coatl culebra, y la partícula catl. Así lo nombra tambien el padre Duran, de manera que el intérprete del Códice se equivocó al traducir Tezcacocatl, suprimiendo la segunda a. El tercero es igual figura con manta naranjada y adornos que semejan cruces. Traduce el intérprete su geroglífico por Ticocyahuacatl, mientras que el padre Duran lo llama Cuauhyahuacatl. Creo que ambos nombres son impropios. El símbolo representa una de esas vasijas hechas de la parte inferior de un calabazo, que conocemos con el nombre de tecomate, tecomitl, y en las cuales usaban los tenochca, y todavia usa nuestro pueblo, beber pulque, y así lo significa la figura geroglífica, pues se ve salir de ella la espuma del neuhtli: por lo tanto, sacaremos de ella la palabra Tecoyahuacatl, de tecomitl tecomate, y yahualli redondo. La última figura es la que presenta mas dificultades: igual á las anteriores, con la diferencia de que el ayatl naranjado tiene adornos circulares, tiene por geroglífico un animalillo, que tanto se parece al gusano del símbolo del pueblo Ocuilla, como á la tuza del pueblo Xaltocan. Sin duda de esa confusion nace el que el Padre Duran lo llame Tocuiltecatl, y el intérprete del Códice, Tocintlecatl, ó corrigiendo la mala ortografía de este Tozatlacatl.

No usaban aquellos guerreros ninguno de los grupos militares conocidos con el nombre de falange, legion ni columna. Dábase casi siempre la accion en el campo. Tan luego como se avistaban las tropas contendientes, lanzaban espantosa gritería y atronadores alaridos; unos silbaban y otros aullaban, *que ponian espanto á cuantos los oian*, segun la frase de Mendieta. Sonaba por todas partes el huehuetl, el teponaxtli, grandes caracoles que tocaban á manera de cornetas, y huesos hendidos que producian agudísimos silbos. Comen-

zaban la pelea jugando hondas, y lanzando el atlatl, que era como dardo ó ballesta, flechas y piedras de mano; y habia algunos tan hábiles flecheros que despedian de su arco dos y tres saetas juntas. Cuando llegaban cuerpo á cuerpo, usaban de lanzas con puntas de obsidiana, y del maquahuitl, que era una gran vara de duro palo con pedernales agudos, defendiéndose con el chimalli de cuero cubierto de plumas y espejos de pirita de cobre admirablemente pulidos. Daban saltos en todas direcciones, á fin de deslumbrar al enemigo con los adornos brillantes que llevaban. Atacaban sin órden, y cada uno separadamente, fingiendo huir al enemigo, y volviendo á la carga. Y en medio de tanto grito y confusion, buscaban mas el hacer prisioneros que el matar á sus contrarios. Tal manera de hacer la guerra daba una gran ventaja á los mas astutos y mas esforzados; y de allí venia sin duda la supremacía de los tenochca, ágiles é incansables, y de quienes puede decirse que jamas conocieron el miedo.

VI.

La premura con que esta vida se escribe, me impide investigar uno á uno los lugares en que se dieron las batallas de tepanecas y tenochca, y aclarar cuáles son los nombres que tienen actualmente. Me limitaré á examinar la situacion topográfica respectiva de las ciudades contendientes, así como la del campo en que pasaron los principales sucesos. Era la isla de Tenochtitlan de mucho menor extension que nuestra actual ciudad: rodeábala completamente el agua por el Sur y por el Oriente, sin que á esos rumbos hubiese calzada alguna todavia: por el Norte estaba unida á Tlaltilulco, pues solamente la separaba una gran zanja ó canal que corria de Poniente á Oriente, y que aún hay que pasar para ir á Santiago; pero á su vez Tlaltilulco estaba aislada por el Norte, por donde se extendia el lago hasta el Tepeyacac.

Solamente por el Poniente se unian los dos reinos de México á la tierra, y ambos á Atzcapotzalco, el uno por la calzada de Tlacopan hoy Tacuba, y el otro directamente por la de Nonohualco ó Nonoalco. Que esta última estaba ya construida en la época de que nos ocupamos, se deduce de haber

puesto Maxtla avanzadas en el citado lugar de Nonohualco. A la izquierda de la calzada de Tlacopan, se extendia el lago, de Tenochtitlan á Popotla, ocupando el lugar que hay entre dicha calzada, Chapultepec y las lomas de Atlacuihuayan, hoy Tacubaya. A la derecha de la calzada de Nonohualco se extendian tambien las aguas hasta los cerros del Tepeyacac. Uníanse ambas calzadas ya en Atzcapotzalco, y bañaba esa ciudad el lago en todo el rumbo, todavia hoy pantanoso, de San Bernabé, Quauhchilco, etc., siendo sin duda la orilla ó límite el punto llamado Acalotenco, que significa junto al canal. Del lado opuesto al lago y hácia el Sur, teniendo de por medio gran parte de la poblacion, estaba el tecpan ó palacio, en el lugar que ocupa hoy la estacion del ferrocarrril. En la misma línea estaba el teocalli, frente al punto conocido por la Salitrería; pueden verse aún sus ruinas, aunque no están tan claras y distintas como las del templo de Tlacopan, que se levantan en forma de pequeño cerro, frente á la entrada principal de la parroquia, dejando ver su construccion de adobes, y manifestando todavia con bastante claridad sus diversos pisos. A poca distancia de Atzcapotzalco, y atravesando grandes bosques de ahuehuetes y pinos, de que apenas quedan restos, extendíase el lomerío que lo unia con Coyohuacan, levantándose en último término la cordillera de montañas que como una corona ciñe el Anahuac. Tal era el campo en que se desarrollaron los sucesos que paso á narrar, y que debian dar gloria inmortal á Itzcoatl, y preparar á los tenochca la supremacía y el imperio sobre la mayoría de los pueblos que habitaban la parte civilizada de lo que hoy forma nuestra república.

Tan luego como desembarcó Netzahualcoyotl, reuniéronse en junta de guerra los tres reyes y los tlacatecatl ó generales del ejército aliado, y dispuesto el plan de campaña, se dieron los mandos principales á los primos y sobrinos de Itzcoatl. Formadas las tropas, dirigióles la palabra el rey tenochca, esforzándolas á vencer ó morir, recordándoles la gloria antigua del nombre de México, y exhortándolas á que no

tuvieran en cuenta el número de los tepanecas, sino su propio ánimo, para que nadie desmayase en ese primer encuentro que debia hacerlas temibles á los demas pueblos. Presentó batalla el ejército de Maxtla, parapetado detras de unas albarradas que habia levantado en el lugar llamado Xoconochnopaltitlan, nombre hoy enteramente perdido, pero que debió estar en el espacio que hay entre la Tlaxpana y la calzada de Nonohualco. Cuenta Torquemada que este primer encuentro comenzó de una manera fatal para los tenochca, pues envueltos y arrollados por los tepanecas, fueron rechazados hasta mas acá de la cortadura de Petlacalco, hoy Puente de Alvarado, lo que causó tanto pavor en la ciudad, que comenzaron los soldados á pedir rendirse, y todo se habria perdido si, no buscando ya sino la muerte, no se hubieran lanzado contra los soldados de Maxtla, Itzcoatl, Netzahualcoyotl y Motecuhzoma en persona, haciendo tanta mortandad, y causando tanto temor á los enemigos la intrepidez del rey tenochca, que á sus propias manos habia matado á su gefe, que comenzaron á retirarse, y los tenochca á perseguirlos hasta que los hicieron pasar la cortadura llamada Mazatzintamalco. Recobrado el ánimo de los aliados, batiéronse tres dias contra las fuerzas de Maxtla, hasta lograr desalojarlas de los terrenos de México, es decir, hasta mas allá de la Tlaxpana. Hasta aquí puede decirse que se habia empleado el tiempo en escaramuzas, pues los reyes aliados se habian limitado á lanzar á los tepanecas del territorio tenochca, y á entretenerlos mientras les llegaban los refuerzos que esperaban.

Llegaron por fin los huexotzincas y tlaxcaltecas. Maxtla con sus tropas extendia su línea de batalla desde Popotla hasta la calzada de Nonoalco, casi ya en las orillas de Atzcapotzalco: era una masa compacta de soldados, cubiertos por la espalda con numerosas tropas de reserva. Ciento quince dias duraron los encuentros entre los ejércitos contendientes, antes que se diese la accion decisiva. Llegó por fin el dia de la victoria. Dividieron los aliados su ejército en tres cuer-

pos: Itzcoatl con gran número de tenochca y la mitad de los huexotzinca, mandados por su caudillo Temayahuatzin, marchó sobre Tlacopan; Motecuhzoma y Quauhtlatoa, rey de Tlaltilulco, con los tlaltilulca y el resto de tenochca, marcharon por la calzada de Nonohualco, paralelamente á Itzcoatl: como nuestros antepasados no conocieron la caballería, no la tenian para cubrir sus alas, como cubrian los romanos las de sus legiones: formáronlas, sin embargo, los aliados con gran número de canoas montadas por diestros honderos y por expertos flecheros, que iban por el lago á la izquierda de la calzada de Tlacopan, y á la derecha de la de Nonoalco. Netzahualcoyotl, el tlacatecatl huexotzinca Xayacamachan y el tlacatecatl de los tlaxcaltecas, con ellos, los acolhuas y la otra mitad de huexotzincas, atravesaron el lago, y se fueron á situar al cerro Quauhtepetl de la pequeña cordillera del Tepeyacac, para caer por el flanco sobre Atzcapotzalco. Dejáronse de reserva en la ciudad á los mas mozos y menos expertos, pues los habitantes del Anahuac seguian en esto la táctica contraria á la de los romanos; estos ponian al frente de sus legiones á los mas bizoños, para que si fuesen desbaratados, se encontraran los enemigos con los *tertiarii*, que era lo mas escogido de sus tropas; los tenochca, por el contrario, fiaban la victoria al ímpetu de sus veteranos, y cuando el enemigo retrocedia, dejaban caer sobre él las reservas de bizoños, que acababan de destruirlo.

Dióse al ejército aliado la órden de no atacar antes de que el rey acolhua sonara el huehuetl que á la espalda llevaba, como era costumbre entre los monarcas de su nacion. Al despuntar la aurora oyóse á lo lejos el huehuetl de Netzahualcoyotl: hízole eco con el suyo el rey Itzcoatl, y respondió el ejército con un inmenso alarido, y con una vocería espantosa mezclada al lúgubre sonido de los teponaxtles, que se oyen á muy larga distancia, y al silbo de los caracoles. Cubrió el cielo una nube de flechas, y cayó sobre los tepanecas una granizada de piedras. Lanzáronse contra ellos los Quachic, los Otomitl, los Quauhtli y los Ocelotl, armados de

la poderosa maquahuitl, mientras que los menos intrépidos les arrojaban la mortífera atlatl. Comenzaron á desmayar los tepanecas; en vano Maxtla les mandaba soldados de refresco: Itzcoatl batia sus tropas ya en Tlacopan, Motecuhzoma atacaba ya las orillas de Atzcapotzalco: Maxtla confiaba en sus numerosas huestes, y esperaba el éxito en su tecpan. Pero repentinamente oyóse inmenso vocerío por el lado del Norte; era Netzahualcoyotl con los suyos, que tomando el flanco de la ciudad, entraba por Tecompa y se lanzaba á incendiar el templo, señal que aquellos pueblos tenian de la victoria. Al levantarse del teocalli de Atzcapotzalco el penacho de llamas que devoraba al dios de los tepanecas, huyeron despavoridos hácia las lomas de Atlacuihuayan y hácia el Mazahuacan los restos del ejército de Maxtla; y penetraron al grito de guerra Mexi! Mexi! Tenochtitlan! Motecuhzoma y Cuautlatoa con sus tropas, y el rey Itzcoatl con sus desde entonces invencibles tenochca. Desbordóse por la ciudad el torrente de la conquista. Cuanto tepaneca era encontrado perecia á manos de los vencedores, sin atender á sexos ni edades. Los soldados recorrian la ciudad con el ocotl ardiendo, é incendiaban cuanto á su paso encontraban. Maxtla, en su pavor, se habia refugiado en un temazcalli. Descubierto, Netzahualcoyotl, el rey poeta de los jardines de Texcotzinco, en un terrible acceso de venganza, empuñando el iztli de obsidiana, le abrió el pecho, y arrancándole el corazon, lo ofreció, no en aras del dios, sino á la sombra de su desgraciado padre Ixtlilxochitl.

Cuando la negra noche se extendió por el firmamento, todo era algazara y danzas en Tenochtitlan, que reflejaba como diamantes de su corona, en sus cien canales, los millares de luces de ocotl con que alumbraba su fiesta y su victoria. Reflejaba tambien el lago las llamas del incendio de Atzcapotzalco, que semejaban en el agua manchas colosales de sangre. De los bosques del lomerío salia el quejido casi mudo de los vencidos que allí se habian refugiado para salvar la vida. El rey Netzahualcoyotl se paseaba pensativo en el

tecpan de Tenochtitlan con la mano manchada por la sangre de Maxtla. La corte tepaneca se miraba desierta: junto al teocalli estaba tendido el cadáver sin corazon de su tecuhtli. A lo lejos en el Oriente se veia una masa gigantesca y confusa que sacudia sobre su frente un blanco penacho de humo, alumbrado por el fuego interior de sus entrañas, que de cuando en cuando se desbordaba hasta el cráter, semejando un ojo titánico que abria su pupila para contemplar tanta gloria y tanta ruina, tanta alegría y tanta desolacion.

El rey de Tenochtitlan, hijo de una esclava tepaneca, condenó la ciudad de Atzcapotzalco á que sirviera de mercado de esclavos. ¡Misterios del destino!

VIII.

No podemos alargarnos en este breve estudio, y me limito á decir que Itzcoatl siguió la conquista del reino tepaneca, y que el Códice Mendozino trae los siguientes geroglíficos de los pueblos incendiados en esa guerra: Tlacopan, Atzcapotzalco, Teocalhuayac, Quauhquauhcan, Tecpan, Quauhtitlan, Atlacuihuayan, Mixcoac, Coyohuacan y Quauhximalla; de manera que Itzcoatl llevó sus huestes victoriosas hasta las crestas de las montañas del Sur de nuestro valle.

Los tenochca volvieron de sus victorias cargados de rico botin, y despues para premiarlos mandó el rey que les repartieran las tierras conquistadas. Señaláronlas primero á la corona real; y dice la crónica que á Motecuhzoma, por haber sido quien mas se distinguió en la guerra, le tocaron diez *suertes* en Atzcapotzalco. Diéronles dos *suertes* á los demas gefes, y una á cada barrio para el culto de su templo, las cuales del nombre calpulli, barrio, tomaron el de calpullalli.

Al volver los nobles guerreros, recordaron al pueblo el juramento que hizo de servirlos y de llevar á cuestas sus armas, cargas y bastimentos, cuando fuesen á la guerra; y que habian rendido y sujetado para siempre á su servicio sus per-

sonas y bienes. Así se cumplió el famoso pacto social que entregó el pueblo al mando y supremacía de los nobles.

Sujetáronse los tepanecas, obligáronse á reconocer como señores á los tenochca, y á servirles y rendirles tributos, y volvieron á habitar en la servidumbre sus antiguas ciudades y sus casas incendiadas. Así concluyó el poderoso reino tepaneca.

Segun el Padre Duran, Itzcoatl estableció entonces para premiar á los mas valerosos y mas dignos, los grandes empleos militares de que ya he hablado, y otros varios empleos civiles. Fueron los principales conquistadores de los tepanecas, los hijos del rey Huitzilihuitl: Motecuhzoma, Huehuezacan, Zitlalcoatl, Aztecoatl, Axicyotzin, Quauhtzitzimitzin y Xiconoc; y los señores Quauhtlecoatl, Tlacahuepan, Tlatolzaca, Mecantzin, Epenatl y Tzompantzin. Nombró á Motecuhzoma Tlacochcalcatl, á Huehuezacan Tezcacoacatl, á Mecantzin Tecoyahuacatl, y Tozatlacatl á Aztecoatl. Repartió entre los demas los dictados de Ezhuahuacatl, Tillancalqui, Quauhnochtli y Atenpanecatl, que en geroglíficos trae el Códice Mendozino, y los de Acolnahuacatl, Hueytecuhtli, Temillotzin, Tecpanecatl, Calmimelolcatl, Mexicaltecuhtli, Huitznahuatl, Tepanecatecuhtli, Quetzaltocatl, Tecuhtlacamazqui, Tlapaltecatl, Quauhnahuacatl, Coatecatl, Pantecatl, Ictotecatl, Quauhquiahuacatl y Huecamecatl, títulos que no se hallan en el Códice, pero que traen las crónicas. No creo yo que todos estos dictados fueran dados entonces á los conquistadores de los tepanecas, pues si se observa su significado, se verá que varios expresan el señor de tal ó cual lugar, de los que algunos fueron conquistados despues.

IX.

No olvidaron los tenochca recibir los cuerpos de los muertos en batalla, con las ceremonias religiosas que acostumbraban. Estaban encargados de las exéquias los Quauhuehuetques, que iban á las casas de las viudas, y les hacian la siguiente plática: "Hija mia, no te consuma la tristeza, y te acabe los dias de la vida: aquí te traemos, y pasan por tu puerta, las lágrimas y suspiros de aquel que era tu padre y tu madre y todo tu amparo: llora y muestra sentimiento por los muertos, que no perecieron cavando ni arando, ni comerciando por los caminos, sino que se fueron por la honra de la patria; y asidos de las manos con el dios Huitzilopochtli, viven en el sol, y andan en su compañía ataviados de luz. De ellos habrá eterna memoria. Lloradlos, mujeres de Tenochtitlan, y llorad vuestra desgracia y afliccion."

Despues seguia la ceremonia fúnebre dedicada á Tonatiuh, el sol. Colocábanse en la plaza los cantores fúnebres, adornadas las cabezas con cintas de cuero negro, y comenzaban á lanzar gemidos y cantos lastimeros al son de tristes teponaxtles. Salian entonces de sus casas las viudas, cubiertas

con el ayatl de sus maridos y los maxtli atados al cuello, y puestas en hilera lloraban al son de los instrumentos, y dando grandes palmadas bailaban inclinándose á tierra y andando para atrás. Los niños, hijos de los muertos, llevaban sus bezotes y daban palmadas y lloraban como las madres, y los que ya eran hombres estaban quietos, de pié, llorando, y llevaban los chimalli y maquahuitl de sus padres. Venian despues los dolientes: los recibian los cantores con grandes sonidos de sus instrumentos y con lamentos y aullidos, *que ponian gran lástima y temor;* despues de lo cual aquellos iban saludando á las viudas y á los viejos presentes. Estaba esta ceremonia, como ya dije, dedicada al sol, pues creian los tenochca que eran hijos de Tonatiuh los soldados muertos en la guerra.

Pasados cuatro dias, formaban de palos, bultos que semejasen á los muertos, figurándoles ojos y boca; les hacian de papel el ayatl y el maxtli; y les ponian alas de gavilan, para que anduviesen volando delante del sol. Adornábanles la cabeza con plumas, y les ponian bezotes y orejeras. Ponian todas las estatuas en un salon llamado Tlacochcalco, á donde iban las viudas á ofrecer, cada una á la suya, un guiso que se llamaba tlacatlacuali ó comida humana, unas tortillas á que daban el nombre de papalotlaxcalli, tortilla de mariposas, y en vasijas para bebida, harina de maíz desleida en agua. Volvian entonces los cantores á comenzar sus lúgubres salmodias al son del huehuetl; y como desde el principio de las ceremonias, á ninguno de los que en ellas tomaban parte le era permitido lavarse ni mudar ropa, con tantas lágrimas y luto estaban muy súcios, y por eso al canto de esta última ceremonia le decian tzocuicatl ó canto de mugre. Luego se untaban la cabeza con polvos de cortezas de árbol, que los ponian mas súcios; y presentaban las viudas como última ofrenda un tecomatl de neuhtli, pulque, que llamaban teotecomatl; y regaban el suelo delante de las estatuas con rosas, y en braseros les encendian copalli. Entonces los cantores tomaban los tecomates, y despues de levantarlos por tres ve-

ces como en señal de ofrenda, derramaban el neuhtli á los cuatro lados de las estatuas. Al ponerse el sol, regalaban las viudas á los sacerdotes cantores con el acostumbrado obsequio de ayatl, maxtli y coatl, que era instrumento de música. Concluia esta ceremonia con prender todos los figurines de palo en una gran hoguera; y mientras ardian, las viudas estaban llorando á su derredor. Acabados de quemar, los viejos sacerdotes dirigian á las viudas la siguiente consolacion: "Hermanas é hijas nuestras, esforzaos y haced ancho el corazon: ya hemos dejado á nuestros hijos los ocelotl y los quauhtli, y no penseis en volverlos á vèr, que no es como cuando salian de la casa enojados, y tardaban en volver tres ó cuatro dias: porque ahora ya se fueron para siempre. Ocupaos en tejer y barrer, y estaos en vuestras casas esperando solamente en Teotl, el señor del dia y de la noche, del fuego y del aire."

Volvian las lágrimas y el duelo, y así duraban en el luto ochenta dias sin peinarse, lavarse ni vestirse. El último dia del luto iban unos sacerdotes á rasparles la suciedad del rostro, la cual llevaban al templo para arrojarla en el yahualiucan. A estos tambien les daban las viudas maxtli y ayatl.

Así los sacerdotes tenochca, como los de todos los cultos, entretenian esas costumbres, al fin de las cuales veian siempre el tributo de ropas de las infelices viudas.

X.

Cuando hubo pasado todo lo que llevo referido, tuvo que ocuparse Itzcoatl otra vez de los graves asuntos de la guerra, y sus soldados volvieron á alistarse para una nueva campaña. Habia sucedido que mientras Netzahualcoyotl vino á prestar auxilio á los tenochca, el rey de Huexotla llamado Iztlacantzin se habia rebelado contra el monarca acolhua, y habia ocupado militarmente la corte de Texcoco. No abandonó Netzahualcoyotl la causa de Itzcoatl para volver á recuperar su reino: comprendió que lo mas urgente era vencer á los tepanecas; sin que le cupiera temor de que los de Huexotla lo viniesen á atacar á México, pues como hombres de la montaña no se aventurarian en el lago. Concluyó, pues, primero con los de Atzcapotzalco, y volviendo el ejército aliado victorioso, reconquistó Texcoco. Pronto pudo pagarle Itzcoatl la noble deuda que con él habia contraido.

Pone por esta causa el Códice Mendozino entre los pueblos conquistados por Itzcoatl el de Texcoco Acolhuacan; pero no porque lo conquistara para sí, sino en union de Netzahualcoyotl, y para éste, su legítimo tecuhtli.

Segun Ixtlilxochitl, volvió Netzahualcoyotl á Tenochtitlan

con su tio Itzcoatl, con el fin de ayudarlo á sojuzgar á los pueblos tepanecas del otro lado de Coyohuacan, que contra él habian hecho alianza con los de Xochimilco, Cuitlahuac, Mezquic, Chalco y Culhuacan. En esta parte las crónicas llenas están de confusion y contradicciones: las de Tezozomoc y Duran cometen un error imperdonable, pues suponen aún vivo á Maxtla, y como centro de la conjuracion Coyohuacan que estaba ya conquistado. Y me fundo para decir esto, en que el Códice Mendozino, que es el mas exacto y mas autorizado de los anales mexicanos, pone la conquista de todas las provincias del Coyohuacan, antes de la reocupacion de Texcoco. Debemos, pues, tener como centro de la conjuracion y refugio de los tepanecas, el territorio que se extiende entre el lago de Chalco y el Axochco ó Ajuzco. Lo cierto es que los tepanecas comenzaron á mandar embajadas á diversos pueblos para levantarlos contra los tenochca. Mandaron la primera á la montaña, á Xalatlauhco y Atlapulco, pero estos pueblos se negaron á la alianza. No así los de Chalco, Culhuacan, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic que aceptaron la alianza, pues aun cuando respecto de este último dice el Padre Duran que no entró en la conjuracion, prueba lo contrario el hecho de estar en el Códice de Mendoza como el primero de los pueblos conquistados en esta segunda campaña. En esta guerra, que duró hasta el año de 1430, conquistó Itzcoatl, primeramente á Mizquic, y despues á Cuitlahuac, habiendo antes lanzado á los tepanecas hasta el Axochco. De manera que comenzó su campaña por el lado de la tierra, y vino despues atacando como en escala los pueblos del lago. Tocóle en seguida á Xochimilco el ser conquistado, y despues á Chalco. Los xochimilcas fueron obligados á construir la calzada del Sur, por mandato del rey Itzcoatl, y sus tierras fueron repartidas, como lo habian sido las de los tepanecas.

No encuentro en el Códice Mendozino la conquista de Culhuacan, sin duda porque allí se reputa conquistado desde el tiempo de Tenoch; pero sí se encuentra en los Códices Va-

ticano y Telleriano-Remense, en las estampas del reinado de Itzcoatl; y hallo tambien en el Códice Mendozino la sujecion de varios pueblos que se extienden mas allá del Axochco. Pero antes de ocuparme de esta última campaña de Itzcoatl, que hizo ya al fin de su vida, volvamos á Tenochtitlan, en donde el año de 1430 debia fundarse el imperio por Itzcoatl y Netzahualcoyotl. Habian llevado á cabo ya su gran proyecto, dominar enteramente el Anahuac. Recobrado el reino de Texcoco, estaba sojuzgada toda la parte del lago salado hasta los límites de los tepanecas: con la conquista de estos quedó en poder de los reyes todo el lago, y ya solo faltaba para realizar su empresa, que se apoderasen del de agua dulce, ocupado por los chalcas, xochimilcas, colhuas y los de Mizquic y Cuitlahuac. Consiguiéronlo con esta segunda campaña, y dueños ya del Anahuac, no volvieron á conocer rivales en su dominio. Desde entonces sus guerras y sus victorias debian tener por campo los reinos colocados tierra adentro.

De esa época data la famosa alianza de los acolhuas y tenochca, en la cual se dió entrada al tecuhtli de Tlacopan, buscando Netzahualcoyotl con esto el equilibrio del Anahuac, y haciendo así contrapeso al rey de México, que de otra manera le habria sobrepujado en poderío sobre las aguas del lago. Itzcoatl se resistió á dar parte á Totoquihuatzin, que era el rey de Tlacopan; pero habiendo cedido á las exigencias de Netzahualcoyotl, quedó definitivamente dividido el imperio, siendo los dos principales señores el emperador acolhua y el mexicano, y despues de ellos el de Tlacopan, á quien se dió parte del reino tepaneca. Convinieron tambien que en las guerras que hiciesen en comun, dividirian el botin y los tributos, dando una quinta parte al Tepanecatecuhtli, que así se llamó desde entonces el señor de Tlacopan, y tomando por mitad el resto los dos emperadores, de los cuales el acolhua tomó el título antiguo de sus antepasados de Acolhuatecuhtli ó Chichimecatecuhtli, é Itzcoatl el de Colhuatecuhtli, por ser su pueblo descendiente de los colhuas tolte-

cas. Duró este pacto hasta la venida de los españoles. Torquemada y los demas cronistas que siguen las tradiciones mexicanas, dicen que en el reparto tocaba doble porcion al rey de México que al de Texcoco: ya hemos visto que tales diferencias nacen del espíritu nacional; pero establece la igualdad el cronista texcocano, y sobre todo una autoridad respetable é imparcial como es Zurita, quien en su "Relacion de los señores de la Nueva-España," en la página quinta del manuscrito original, de puño y letra del autor, que poseo, dice: "Al señor de México habian dado la obediencia los señores de Tlexcuco y Tlacuba en las cosas de guerra, y en lo demas eran iguales, porque no tenia el uno que hazer en el señorío del otro; aunque algunos pueblos tenian comunes y repartian entre sí los tributos dellos, los de unos igualmente, y los de otros se hacian cinco partes, dos llevaba el señor de mexico y dos el de tlezcuco, y una el de tlacuba."

XI.

Modificóse tambien por este célebre pacto la manera de elegir á los señores de estos tres reinos.

Clavijero dice que la eleccion del tecuhtli mexicano se hacia por cuatro nobles nombrados expresamente para cada eleccion, y que despues de este pacto fueron constituidos electores honorarios los otros dos reyes, cuya única mision consistia en aprobar el nombramiento hecho en México. Advierte Clavijero que siempre el electo fué de la familia real. Por esta circunstancia Zurita establece como regla fija la sucesion por parentesco; pero no habla de los cuatro nobles electores, pues expresamente dice: "Si faltaba subcesor al señor de mexico, elexian los señores y principales de su señorío, y la confirmacion era de los señores Supremos de tlezcuco y tlacuba, y si a estos les faltaba sucesor, elegian los principales y señores de su tierra, y la confirmacion era del señor de México, y ya ellos estaban informados si la eleccion se abia hecho en la forma dicha, y si no mandaban tornar y elexir de nuebo."

Ante tan contrarias autoridades, aunque para mí la de Zurita es mas respetable, debemos examinar cuál era el verda-

dero modo de la eleccion, y cómo pudo tener lugar su establecimiento y variaciones.

No debemos olvidar que durante su peregrinacion, la tribu tenochca estaba sujeta á un gobierno enteramente teocrático, y que creia obedecer solamente á su mismo dios, que le hablaba por boca de los sacerdotes. Es evidente que el gefe sacerdote se nombraba entonces por los mismos sacerdotes, ó segun creia la tribu, por el dios. De aquí nacia, como varias veces he repetido, la completa sumision de los mexica á su gefe. Durante su estancia en Chapultepec nombraron rey á Huitzilihuitl: difícil es decir qué causa los movió á mudar de forma de gobierno, pues no es posible que fuera solamente el deseo de imitar á los otros pueblos del Anahuac: tan solo la preponderancia del partido guerrero puede explicarlo, sobre todo si esto tuvo lugar, no á la muerte del gefe sacerdote, sino cuando ya algunos años antes estaba elegido Tenoch, pues hay datos para creer que así pasó. Entonces tendremos una verdadera revolucion, en que en la lucha del elemento sacerdotal y del elemento guerrero, triunfó éste, y destituyendo al gefe sacerdote, nombró rey. Mal les fué á los mexica en este reinado que concluyó con su servidumbre y sujecion á los colhuas. Debieron atribuir sus desgracias, entre otras causas, al abandono del gobierno teocrático, y volvieron á él, siguiendo en la obediencia de Tenoch hasta que murió. Fundada ya entonces la ciudad, establecida ya la tribu, la idea de pasar del gobierno teocrático al monárquico, que era un progreso y que como todo progreso no podia sofocarse, volvió á ser causa de division entre los tenochca. Por eso fué sin duda el largo interregno que hubo entre la muerte de Tenoch y la eleccion de Acamapichtli. Prevaleció el elemento guerrero, y la primera eleccion de rey, debió y no pudo menos de hacerse, que por los nobles guerreros con aprobacion del pueblo. El sacerdocio, no queriendo quedar sin intervencion en un acto político tan importante, estableció la consagracion, y la idea de que por ella el monarca se identificaba con el dios. De

aquí, pues, nació el contar siempre con el sacerdocio, que era quien podia deificar al hombre rey. Con la ficcion teo-política vinieron á ser los hijos y descendientes de Acamapichtli, hijos y descendientes de Huitzilopochtli: idea que trajo consigo la precisa consecuencia de que entre ellos se eligiese siempre al tecuhtli. Cuando murió Acamapichtli no nombró sucesor, ni lo hicieron jamas los otros reyes tenochca: lo que produjo esa extraña combinacion de la eleccion y de la dinastía.

Despues de Acamapichtli, no hay rastro de que haya intervenido el pueblo en la eleccion, y así debió suceder sin duda alguna despues de Itzcoatl, en virtud de la sujecion absoluta y vasallaje que el pueblo pactó. Pero tampoco hay en las buenas fuentes la prueba de que la nobleza guerrera encomendara la eleccion á cuatro diputados. Por el contrario, en los cuadros llenos de vida de la eleccion de los reyes que nos presentan Tezozomoc y Duran, nos pintan á toda la nobleza reunida, escuchando las arengas de los ancianos, y nombrando entre todos al monarca. En la eleccion de Itzcoatl dice expresamente el orador, que allí está reunida toda la nobleza, y que allí están todos los hijos y nietos de Acamapichtli, é invita á todos los presentes á que nombren rey: y el cronista agrega, que todos de comun acuerdo nombraron á Itzcoatl.

Fué, pues, esta la verdadera manera de eleccion entre los mexicanos. No sucedió así con los otros pueblos del Anahuac, en donde acostumbraron los reyes, á lo menos generalmente, nombrar sus sucesores entre sus hijos ó nietos. Nombró Tezozomoc sucesor á Tayatl, y el rey Ixtlilxochitl, antes de emprender la campaña contra los tepanecas, hizo reconocer á Netzahualcoyotl como heredero del imperio chichimeca.

No sufrió, pues, con la triple alianza mas modificacion la costumbre electoral, que el quedar sujeto el nombramiento del rey tenochca á la aprobacion de los tecuhtli de Texcoco y de Tlacopan.

XII.

Quedó así con gran poderío establecido el imperio de Itzcoatl; pero todavia antes de morir, debia aumentar su gloria con nuevas conquistas. Habia sucedido que el tecuhtli del pueblo de Xiuhtepec, vecino del de Quauhnahuac, le mandó pedir á éste para esposa á una hija suya; y á pesar de habérsela dado, la dió tambien en matrimonio al tecuhtli de Tlaltexcal. Para vengarse consiguió la alianza de Itzcoatl, quien con las tropas de los tres reinos aliados marchó sobre Quauhnahuac, y venció y redujo á tributarios á los siguientes pueblos, que se extienden mas allá del Axochco, y cuya nómina consta en los geroglíficos del Códice Mendozino: Huitzilapan, hoy Huichilaque; Quauhnahuac, hoy Cuernavaca; Quetzallan, Tzacualpan, Itztepec, Xiuhtepec, Yohuallan y Tepecoacuilco.

Estos pueblos, Culhuacan, Xochimilco, Cuitlahuac y Mizquic quedaron tributarios de Tenochtitlan, y como territorio propio aumentóse á la ciudad, Atzcapotzalco, Mixcoac, Coyohuacan y Quauhtitlan. Los pueblos de Chalco, ó no fueron enteramente conquistados, ó se alzaron desde luego, pues los veremos en el siguiente reinado hacer nuevamente armas para ser vencidos otra vez.

XIII.

En esta grandeza dejó Itzcoatl el imperio mexicano, al morir en los postreros dias del año matlactliome tecpatl, ó sea 1440, despues de haber reinado trece años. Subió al trono Itzcoatl, segun Torquemada, á los cuarenta y seis ó cuarenta y siete años de edad. Segun Chimalpain, dejó tres hijos y una hija: fueron aquellos; Cuitlahuatzin, que fué tecuhtli de Itztapalapan; Chalchiuhtlatonac, que lo fué de Xilotepec, y Huehuetezozomotzin; y fué la hija, señora de Atotonilco, sin que el cronista sepa su nombre.

No debe olvidarse que Itzcoatl levantó un templo á Cihuacoatl y otro á Huitzilopochtli.

Aquí acabo la vida de Itzcoatl, de quien en elogio repetiré solamente las palabras de Chimalpain: *fué varon tan excelente, que no hay bastante lengua para sus alabanzas.*

ALFREDO CHAVERO.

MOTECUHZOMA ILHUICAMINA.

SEGUNDO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

EL nombre de este emperador se ha escrito de tan diversas maneras, que es preciso entrar en un exámen minucioso de las diferentes opiniones que hay sobre su ortografía, para decidir cuál es la mejor.

Reinaba el segundo Moteculizoma cuando los españoles llegaron á Tenochtitlan, y como les era difícil pronunciar los nombres mexicanos, corrompieron el del monarca, así como corrompieron otros muchos que dejaron inconocibles, tales como Huitzilopochtli que hicieron Huichilobos, Quauhnahuac Cuernavaca, etc. A esta circunstancia se agregó otra tambien muy importante para la dificultad de conservar en su pureza el nombre de ese rey, y fué que los tenochca no encontraron en sus combinaciones geroglíficas, el modo de

escribirlo fonéticamente. Desde luego, cualquiera que sea la ortografía que se prefiera, encontramos en el nombre del rey la partícula *mo*, vuestro, y la voz *zomalli*, el enojado, el sañudo; y ninguna de las dos pudieron ser representadas por medio de los geroglíficos. La representacion del rey se hizo, como se ve en la estampa adjunta, con un copilli, que viene á ser la figura simbólica del rey, del señor, del tecuhtli. No tendremos, pues, mas que esta pequeña base para resolver la dificultad.

El conquistador Hernando Cortés, en sus cartas relaciones al emperador Cárlos V, citó muchas veces el nombre en cuestion. Publicáronse estas cartas el año 1749, en la preciosa coleccion intitulada "Varios historiadores de Indias," que en Madrid sacó á luz D. Andres Gonzalez Barcia. No tomo en cuenta la edicion gótica del siglo XVI, pues se puede decir por su suma escasez que está perdida, y no hay en México ún solo ejemplar que poder consultar. En aquella edicion el nombre se escribe Mutecçuma. En la nueva edicion que de dichas cartas hizo el arzobispo D. Francisco Antonio Lorenzana, en México el año de 1770, imprimióse Muteczuma. Reprodújose esta edicion en Nueva-York el año de 1828, y en ella se reprodujo tambien la ortografía Muteczuma. El año de 1858 se publicaron otra vez las cartas de Cortés, en la "Biblioteca de Autores españoles" de Rivadeneyra, y siguió la escritura Muteczuma. El año de 1855 publicó el Sr. D. Joaquin Garcia Icazbalceta, el bibliógrafo mas notable que tenemos, una preciosa edicion gótica de una carta inédita de Cortés; la reimprimió en 1859 en el tomo primero de su "Coleccion de Documentos para la Historia de México;" é hizo todavia una tercera edicion, de solo sesenta ejemplares, en riquísimo papel de Holanda, con caracteres góticos del siglo XVI, con tinta roja y negra; siendo de notar que esta exquisita impresion, que es la mejor que de las prensas mexicanas ha salido, fué formada por manos del mismo Sr. Icazbalceta, en su imprenta particular, lo que aumenta mucho su mérito á los ojos de las personas que sa-

ben agradecer los muchos servicios que el sábio y laborioso escritor ha prestado á la Historia de México. Como la referida carta fué escrita en 1524, no se hace ya en ella mencion del emperador Motecuhzoma. En la edicion del periódico "La Iberia," México 1870, se pone tambien Muteczuma. En la edicion de D. Pascual de Gayangos, Paris 1866, escríbese igualmente Muteczuma. Publicó tambien lord Kingsborongh algunas cartas de Cortés que no hacen relacion al tantas veces citado emperador de México. Lo mismo sucede con otras cartas publicadas en el primer libro de actas del Ayuntamiento de México, en la coleccion de Navarrete, Mosaico Mexicano, Documentos para la Historia de España, id. del Archivo de Indias, Prescott, é Iberia 2º tomo. Hay otro documento de Cortés en que se cita este nombre, y es la "Merced á los caciques de Axapusco," que por primera vez publicó el Sr. Garcia Icazbalceta en su tomo 2º de la "Coleccion de documentos para la Historia de México," y confrontó escrupulosamente con la del Archivo general, en donde se pone Montezuma; pero no hay duda de que en la copia del Archivo está adulterada la ortografía, pues allí se lee tambien Tenochtitlan, y es bien sabido que jamas lo escribió así Cortés, que generalmente le decia Temixtitan. Al reproducir parte de esta carta el Sr. Zerecero en sus "Memorias para la Historia de las Revoluciones de México," usó del nombre de Moctezuma, sin que sepa yo el motivo que tuvo para variar la escritura del manuscrito que imprimia. Finalmente, en la edicion italiana de las cartas de Cortés, que se halla en el tomo 3º de la Coleccion de Ramuzio, publicada en Venecia en 1565, se dice Montezuma.

Se ve, pues, que todas las buenas ediciones citadas le atribuyen á Cortés la ortografía Muteczuma. Creo, sin embargo, que todas no han hecho mas que reproducir el primer error del primer copista ó impresor, pues Cortés escribia generalmente Muteçuma. Tengo entre mis manuscritos un Códice que contiene las Cartas de Cortés, mandado hacer por Cárlos V, y certificado de su órden por el escribano Diego de San Martin,

el cual Códice quedó en la Biblioteca imperial de Viena, bajo el número 5,606. Este Códice, de una autenticidad que tienen pocos manuscritos, da casi siempre la ortografía antes dicha. Para no hablar sino de dos pasajes, citaré las páginas 64 vuelta y 97, debiendo advertir que la paginacion es moderna. Dice en la primera: "quando salia fuera el dhó *muteçuma* que hera pocas bezes todos los que yban con el y los que topava por las calles ce bolbian el rrostro y en ninguna manera le myràban." En la segunda usa absolutamente la misma ortografía, aunque en otros pasajes del manuscrito parece que está escrito mutecçuma. Pedro Martyr, que recibia de primera mano las relaciones de Cortés, usaba la ortografía Muteczuma: así está en la edicion gótica de sus Décadas, hermosa impresion de MDXXX, y en la rarísima edicion de Paris de 1587, hecha por R. Haklvyiti; pero se lee Multoxuma en la impresion de Colonia de 1574.

El conquistador Bernal Diaz del Castillo, en la primera edicion que de su "Historia verdadera de la Conquista de la Nueva-España," hizo Fr. Alonso Remon en Madrid el año de 1632, usa la ortografía Monteçuma. El conquistador anónimo, cuya relacion se encuentra en el tomo citado de Ramuzio, lo llama tambien Montezuma, ortografía que conserva en la traduccion del Sr. Garcia Icazbalceta, inserta en su coleccion.

De los historiadores primitivos, el padre Motolinia lo llama Moteuczoma en su "Historia de los Indios de Nueva-España," publicada primeramente por Kingsborongh, y despues con una version mejor, por el Sr. Icazbalceta, en la citada coleccion. El padre Sahagun llámalo Moctlecuzoma, y así está en las dos ediciones que casi al mismo tiempo hacian de la "Historia general de las cosas de Nueva-España," Kingsborongh en Lóndres, y D. Cárlos María de Bustamante en México. Fr. Bartolomé de las Casas usa del nombre Monteçuma en sus "Viajes de los Españoles á las Indias," edicion francesa de Paris 1697. En "La Conquista de México" del clérigo Francisco Lopez de Gomara, edicion de Ambe-

res, en casa de Juan Steelcio, 1554, se escribe el nombre, Motecçuma. Fr. Gerónimo Mendieta en su "Historia Eclesiástica Indiana," dada á luz cuando ya se creia perdido tan precioso monumento, por el infatigable Sr. Icazbalceta, en México en 1870, en una espléndida edicion de solo 446 ejemplares, usa la voz Moteczuma. Fr. Juan de Torquemada llámalo Motecuhçuma en la "Monarquía Indiana." Tezozomoc le dice Moctezuma, tanto en el manuscrito, como en la edicion de Kingsborongh, y en la traduccion francesa de Ternaux Compans. El padre Duran usa la palabra Monteçuma, en su "Historia de las Indias de Nueva–España," de la cual se publicó el primer tomo por D. José F. Ramirez, en México, el año 1867. Acosta le llama Motezuma en su "Historia natúral y moral de las Indias," edicion española de Madrid de 1792, y la misma escritura se usa en la edicion latina. Ixtlilxochitl siempre lo llama Motecuhzoma, ó con la partícula reverencial Motecuhzomatzin. Chimalpain en su crónica inédita le dice Moteczuma. Sigüenza en las tablas citadas de Santos Salazar, dice Motecutzoma, aunque yo creo que es error del copista, pues en el "Teatro de Virtudes políticas," lo llama Motecohzuma. Oviedo usa la voz Monteçuma en su "Historia de Indias," publicada el año de 1853 por la Real Academia de la Historia, en lujosa edicion de cuatro tomos. Herrera le da en sus Décadas el nombre de Moteçuma. Veytia le dice Moteuhzuma. Llámasele Moctezuma en la traduccion francesa del Zurita, publicada por Ternaux Compans; pero en el manuscrito original se pone Motençuma. Clavijero le dice Motezuma ó Moteuczoma. Solís en su "Conquista de México," primera edicion en Madrid, año de 1732, le llama tambien Motezuma. El Abate Brasseur, equivocándose como de costumbre, prefiere la voz Montezuma. El intérprete del Códice Mendozino dice una vez Huehuemoteccuma y otra Moteççuma: creo yo que hay error de imprenta y que lo escribia Motecçuma. El intérprete del Códice Telleriano–Remense lo llama Mouteuhccoma ó Motecoma: creo que olvidaron la cedilla en la impresion.

En el Códice de Aubin se dice Moteuhcçoma; y en el segundo anaglifo, primero Motecçoma, y luego Motecuhzoma. El intérprete del geroglífico de Tepechpan, le dice Moteuhzoma. El Sr. D. Fernando Ramirez, en el Diccionario de Geografía é Historia, lo llama Moteczuma ó Motecuhzuma. En fin, en un manuscrito que tengo, con los geroglíficos de los reyes de México y sus nombres, se pone Motezoma ó Moteuczoma; y sin duda este documento está escrito en los últimos años, por comprenderse á Maximiliano, cuya escritura geroglífica en él se figura.

Podrian aumentarse mucho mas estas citaciones; pero son las principales, y mas que suficientes para dilucidar la cuestion.

II.

Si se observan con atencion las variantes del nombre que nos ocupa, se verá que con pocas excepciones, entre las que se encuentran las impresiones de países extranjeros á España y México, conforme está la escritura de la primera sílaba *mo* ó *mu*, y de las dos últimas *zoma* ó *zuma*. Debo advertir que es indiferente el uso de la *o* ó la *u*, y que generalmente preferian la *o* los mexicanos y la *u* los acolhuas, ó usaban de ambas en una misma palabra, buscando la eufonía. Como Cortés venia con los texcocanos, decia Mutezuma, prefiriendo siempre la *u*. Hecha esta ligera explicacion, tendremos que toda la dificultad se reduce á saber si las sílabas restantes del nombre son *te*, *tec*, *teuh* ó *tecuh*. Viene en nuestra ayuda el símbolo del rey, que precisamente corresponde á estas sílabas. El símbolo es, como se ve en la primera estampa de esta vida, el copilli real que representa al tecuhtli; de manera que él solo puede darnos el sonido *tecuh*, y por lo tanto, como enteramente pura y castiza, la voz Moteculzoma, prefiriendo por el buen sonido la combinacion alternada de la *o* y la *u*. Que el nombre puro es tecuhtli, se saca de las buenas fuentes del idioma mexicano. Tengo cuatro vocabularios mexicanos, y no sé que exista otro. Tomando de los dos de Molina, el grande impreso en México en casa de Antonio Spinosa en 1571, nos da la voz

tecutli, cauallero o principal. El mexicano-latino de Sahagun, autoridad respetabilísima, que con sus Evangelios y Epístolas se publicó en lujosa edicion el año 1858, en Milan, por Bernardino Biondelli, dice: *tecutli, n. eques, princeps.* Ni duda puede quedar con estas dos indiscutibles autoridades, que poseyeron en toda su pureza el idioma nahuatl, de que solamente la voz tecutli es pura y genuina. Notará acaso el lector la falta de la *h* despues de la *u;* pero esto depende de que en el siglo XVI usaron los escritores de ortografía distinta, y muy pocas veces de la *h:* así decian Vitzilopochtli en vez de Huitzilopochtli. Pero cuando escribió Ixtlilxochitl, que ya estaba fijada la ortografía, dijo en su "Historia Chichimeca:" *tecuhtli, que es como el César de los romanos.* Mas tarde, comenzó á corromperse el lenguaje, y por eso en el tercer vocabulario, de los cuatro á que me he referido, compuesto por el Br. D. Geronymo Thomás de Aquino Cortés y Zedeno, y publicado en Puebla en 1765, se dice: *Señor de casa, tecti;* y se dice *teuhtli, señor,* en el "Vocabulario Manual" de Arenas, publicado sin fecha en México por la viuda de Bernardo Calderon, reimpreso en Puebla en los años de 1793 y 1831, y del cual hace pocos años se hizo nueva edicion con correspondencia española y francesa. Entonces comenzaron á usarse Moteczuma y Moteuhzoma. Debo, sin embargo, advertir que Moteczuma se usó desde el siglo XVI por escritores distinguidos, y que es tambien palabra pura, pues tecuhtli en la composicion hace á veces por elision *tec*, como en *tecpan* palacio, compuesto de *tecuhtli* señor, y *pantli* bandera, en donde está la bandera, el estandarte del señor ó rey. Creo aun mas, que si el nombre castizo era Motecuhzoma, el nombre usual y vulgar entre los tenochca era Moteczuma.

Este primer Motecuhzoma llamábase tambien Ilhuicamina. El geroglífico de este otro nombre, que se reproduce en la estampa segunda de esta vida, núm. 7, se compone del símbolo del cielo *ilhuicatl,* y de una flecha que lo atraviesa, lo que nos da el sonido *mina* flechar, asaetar, y la figura toda la voz Ilhuicamina.

III.

Subió al trono Motecuhzoma el año XIII tecpatl, siendo segun el cómputo de Sigüenza, el 19 de Agosto de 1440. A la muerte de Itzcoatl, no podian los tenochca elegir mejor rey, que aquel que mayor gloria habia alcanzado en las campañas que dieron poderío y fama al imperio mexicano. Podia decirse que la mitad de la obra correspondia á Motecuhzoma, y justa y natural fué su eleccion, que de buen grado confirmaron sus antiguos compañeros de armas, el tecuhtli de Texcoco y el de Tlacopan.

No quiso el nuevo emperador que se le consagrara desde luego. La idea religiosa y su amor por las batallas, lo impulsaron á querer ofrecer antes á Huitzilopochtli, el dios de la guerra, el sacrificio de prisioneros hechos por su mano. Esta idea religiosa era bárbara; con el tiempo debia contribuir, mas de lo que se ha creido, para allanar el camino á la conquista española; pero entonces tenia que ser un gran elemento para la preponderancia de Tenochtitlan, y para constituir á la nacion en el primer poder militar. ¿Fué cálculo? fué supersticion? lo cierto es que el rey nombrado quiso untar con la sangre de sus cautivos el cuerpo del dios, antes que ungieran el suyo con el bálsamo de Huitzilopochtli.

No habian quedado del todo sujetos los chalcas, y volvieron á levantarse á la muerte de Itzcoatl: escogió, pues, ese campo el rey tenochca, para tomar la ofrenda de su dios. No podia, ademas, olvidar los antiguos agravios que su rey Toteotzin le infirió, cuando mandado por Netzahualcoyotl, fué á buscar su auxilio contra los tepanecas: recordaba sin duda su prision, y el empeño de aquel tecuhtli de entregarlo al tirano Maxtla; y partió con sus huestes sobre Chalco, que tomó por segunda vez. Contentóse con hacer gran número de prisioneros, y dejó por entonces pendiente la conquista definitiva de ese reino.

Habian pasado entre tanto los ochenta dias dedicados á las exequias de su antecesor, y preparóse todo para la solemne consagracion.

Las crónicas mexicanas cuentan que vino á Tenochtitlan Netzahualcoyotl á rendir pleitesía á Motecuhzoma, y que para que este vasallaje constase de una manera patente, hízose un simulacro de batalla, en que los tenochca ocuparon la corte de Texcoco é incendiaron su templo. Por el contrario, el cronista acolhua cuenta, que en los últimos años del reinado de Itzcoatl, habiendo sabido Netzahualcoyotl que el emperador de México queria romper la fé jurada, invadió y tomó por asalto Tenochtitlan. Pretensiones de orgullo nacional, y tratándose de la época mas gloriosa y en la cual cada cronista queria la supremacía para su nacion, no deben tomarse en gran consideracion. El padre Duran relata extensamente esta parte falsa de la historia, y en uno de sus geroglíficos presenta á Netzahualcoyotl recibiendo el copilli de manos de Motecuhzoma. Lo cierto es que Netzahualcoyotl asistió á la consagracion, y que se distinguió por sus ricos y numerosos presentes. En ella fueron sacrificados los prisioneros chalcas, y asistieron con sus ofrendas los reyes tributarios.

La ceremonia de la consagracion se hacia conduciendo al electo al templo de Huitzilopochtli. Iba la comitiva de sacerdotes, guerreros y pueblo en profundo silencio y sin acom-

pañarse con sus acostumbrados instrumentos. Llegados al teocalli, subian por delante los reyes de Texcoco y Tlacopan, y detras el nuevo rey de Tenochtitlan, sin insignias, apoyado en dos nobles guerreros ricamente aderezados. Llegados á la plataforma hacia el electo su acatamiento al ídolo, y despues de tocar la tierra con la mano, llevaba esta á su frente. Teñíale entonces el cuerpo el gran sacerdote con negro ulli, y se lo rociaba de agua con ramas de cedro y sauce y con hojas de *acatl.* Cubríanlo despues con un *ayatl* adornado de fúnebres *miqu'ztli,* y le ponian sobre la cabeza una manta negra y otra azul con igual adorno. Al cuello le ceñian unas correas rojas de que pendian amuletos de oro y ricas piedras, y á la espalda el calabazo sagrado para que lo librara de las enfermedades. Tomaba el rey electo el xiquipilli lleno de copalli, y echando estos polvos aromáticos en un brasero, los iba á ofrecer al dios. Tomábale entonces el gran sacerdote el juramento de mirar á sus súbditos como á hijos, de reinar con justicia, y de ver con empeño las cosas de la guerra y el servicio de los dioses; y despues de que lo prestaba solemnemente, le vestian las insignias reales.

Bajaba el rey del teocalli á recibir la pleitesía y los tributos de sus feudos y súbditos, y despues de cuatro dias de ayuno y recogimiento, iba á tomar posesion de su trono.

IV.

Pasadas todas estas ceremonias, proclamado y reconocido Moteculızoma como emperador de México, volvió á continuar la campaña de Chalco. Hay que advertir que los tenochca tuvieron cuidado de no aparecer jamas como promovedores de guerras, y que aparentaban no ser hostiles á ningun pueblo; pero sí aprovechaban las ocasiones que los otros reinos les daban, y que ellos tomaban como afrentas hechas á su honra, para declararles la guerra y sujetarlos. Llegaron á organizar tan bien esta política, que establecieron una especie de embajadores, que á título de comerciantes se introducian en los otros reinos, y buscando querellas se hacian encarcelar ó maltratar, lo que daba motivo para vengarse á los *inofensivos* señores de México, y principio á una campaña que concluia con la sumision de aquellos reinos.

Parece que durante algun tiempo no dieron motivo ni pretexto los chalcas, que autorizara á Moteculızoma á consumar su conquista, y á convertirlos de tributarios en súbditos directos de Tenochtitlan, pues las crónicas nos presentan tranquilos los primeros años de este reinado, y al nuevo emperador dedicado á la construccion de un suntuoso templo para Huitzilopochtli; y en efecto se comenzó la obra, para la

cual llevaron abundantes materiales los súbditos de Xochimilco, Culhuacan, Cuitlahuac, Mezquic, Coyohuacan y Atzcapotzalco.

La construccion de este templo fué, segun las crónicas mas acreditadas, el motivo de la nueva guerra con Chalco. Mandó Motecuhzoma á los chalcas una embajada, pidiéndoles su auxilio para la construccion del teocalli. Los embajadores se dirigieron á los dos señores de Chalco, Quauhteotl y Toteotzin, y les dijeron: "El tecuhtli de Tenochtitlan nos envia á saludaros y á manifestaros sus deseos de que aumenteis vuestro poderío en este vuestro reino, y os suplicamos humildemente que nos socorrais con alguna piedra grande pesada, y con alguna piedra liviana, pues la teneis sobrada en estos cerros, para el edificio del teocalli de nuestra ciudad, que hemos determinado levantar á Huitzilopochtli." Rehusáronse los chalcas á esta pretension. ¿Qué motivo mas justo para hacerles la guerra que el desprecio al dios? Dispusiéronse, pues, los ejércitos por ambas partes, y dieron batalla en el lugar llamado Techichco. Seis dias se batieron sin éxito, y sin que los tenochca pudieran desalojar á los chalcas de su campo. El sétimo dia púsose á la cabeza de las tropas de México el Ezhuahuacatl, y con tal ímpetu cayeron sobre los chalcas, que los hicieron retroceder, primero hasta Acaquilpan, y despues á Tlapitzahuayan.

En esta situacion pidieron los chalcas una tregua, que manifiesta hasta dónde dominaba la idea religiosa á aquellos pueblos. Cuenta el cronista, que al ser lanzados los chalcas á Tlapitzahuayan, dijeron á los tenochca: "Hermanos nuestros, habeis de saber que de aquí á cinco dias es la fiesta de nuestro dios Camaxtli, y queremos celebrarla con gran solemnidad, y untar su teocalli con sangre tenochca, para que sea mas servido y honrado. Por tanto, os pedimos hasta entonces una tregua, y que ese mismo dia salgais al campo, porque queremos celebrar esa fiesta con vuestras carnes." Accedieron los tenochca, y se prepararon para el dia señalado.

Usó entonces Motecuhzoma de una estratajema. Mandó avanzar todo su ejército y aprestó á todos los muchachos de la ciudad con trajes militares; de manera que cuando los chalcas estaban en lo mas reñido de la accion, presentóles á lo lejos su fingido ejército, lo que les causó gran pavor, y comenzaron á retirarse á Nexticpac, y despues al cerro de Tlapechhuacan, en donde fatigados pidieron tregua y descanso. Pero sucedió que los muchachos se lanzaron tambien contra ellos, y desalojándolos de este último lugar, los derrotaron y desbandaron en Cocotitlan. Los veteranos y los muchachos hicieron quinientos prisioneros, de los que doscientos eran soldados distinguidos de los chalcas.

Cuando estos pidieron la tregua, para hacer el dia de la fiesta de Camaxtli prisioneros tenochca que asaetar, que era su manera de sacrificar y ofrecer á su dios, hizo voto Motecuhzoma á Huitzilopochtli, de que si los tenochca salian victoriosos, le ofreceria en holocausto todos los prisioneros. Así lo cumplió, y los quinientos chalcas fueron arrojados á una hoguera, y antes de que acabasen de espirar les arrancaron el corazon y lo ofrecieron los vencedores al dios de la guerra.

Volvieron los tenochca á continuar la campaña, hasta que ocuparon la capital del reino, que era Amecamecan, y sojuzgaron á los chalcas. Cuando concluyó, Motecuhzoma mandó que á los que mas se habian distinguido, les agujerasen la ternilla de la nariz, y les atravesasen adornos de oro ó piedras finas, *á manera de bigotes.* Y esto mismo hicieron con los chalcas que mas valientemente habian peleado.

Atribuye Clavijero á otra causa esta guerra, y da parte muy principal en ella á los acolhuas; pero yo creo que anduvo equivocado, pues no hace relacion alguna de esto Ixtlilxochitl, que no lo hubiera omitido á ser cierto, y ademas, pasó todo el reino de Chalco á los tenochca, sin que se hiciese la division de tributos que correspondia en el caso en que hubiera cooperado el Acolhuatecutli.

Aunque los cronistas ponen como primera campaña de

Motecuhzoma la de Chalco, en el Códice Mendozino están conquistados antes los pueblos de Coatlixtlahuacan, en donde mataron á su tecuhtli Atonal, de Mamalhuaztepec, Tenanco, Xiuhmolpiltepec, Chiconquiauhco, Xiuhtepec y Totolapan, que fueron sujetos á tributos.

V.

Creo que es oportuno hablar de la manera en que quedaban los pueblos conquistados, y de la organizacion política que iba tomando así el imperio. Era esta una verdadera organizacion feudal. Habia sucedido á la conclusion del reino tolteca, lo mismo que pasó en Europa á la caida del imperio romano. Tribus bárbaras del Norte, que no podian tener otra organizacion que la militar, habian arrasado el antiguo imperio de Tollan, y los habitantes de este fueron en diversas fracciones á llevar su civilizacion á regiones lejanas como Mayapan, ó se establecieron en grupos pequeños como los colhuas. Por su parte los conquistadores, no teniendo mas liga que la conquista, una vez consumada esta, no reconocieron sino nominalmente al antiguo gefe, y estableciéndose separadamente, solo se unian en tiempo de guerra.

Cuando los mexica llegaron á fundar su ciudad, presentaba el Anáhuac estos caracteres bien determinados. El tecuhtli chichimeca reinaba en Texcoco, y le rendian vasallaje los pueblos del Norte del lago, los otomíes y los cuextecas. El tecuhtli tepaneca tenia dominio directo en Atzcapotzalco, y en feudo Coyohuacan, Tenochtitlan y Tlaltilulco. Era tan natural entonces esta organizacion política, que cuando Te-

zozomoc trató de unificar el imperio del Anahuac, no procuró formar de él una sola nacion, sino que lo dividió en feudos; y recordará el lector que con tal carácter dió Texcoco á los tenochca. Estos, sin embargo, aspiraban á la union nacional; pero la triple alianza de Texcoco, Tenochtitlan y Tlacopan vino á impedirlo, por las miras políticas de Netzahualcoyotl, que buscaba así el equilibrio de los pueblos del lago. Desde entonces solamente se queria al conquistar un pueblo, el tributo que debia llevar á la metrópoli.

Veo, sin embargo, examinando la matrícula de tributos del Códice Mendozino, que algunos pueblos conquistados no los daban, y esto solo era porque formaban parte del territorio nacional de México. Llegó, pues, este á estar formado por las islas de Tenochtitlan y Tlaltilulco, Atzcapotzalco, Coyohuacan, Culhuacan, Mixquic, Cuitlahuac, Xochimilco y Chalco, pues respecto de este último lo dice expresamente el cronista.

Si bien es cierto que en los pueblos sujetos á tributos, ponian sus autoridades los mexica, y si á todos ellos llevaban su religion y su idioma, tambien lo es que aquellos pueblos conservaban gran parte de su nacionalidad propia, y los constituia enemigos de sus conquistadores. Por eso fué que no habiendo pasado suficiente tiempo para que se operara la revolucion política de la unidad nacional, cuando llegaron los españoles encontraron aliados por todas partes para atacar á los mexica.

Dábales esta organizacion grandes recursos, pues los tributos, en países en que no era conocida la moneda, producian gran cantidad de todas las cosas necesarias para la vida y aun para el fausto de la corte. La nómina de tributos del Códice Mendozino presenta los que cada ochenta dias daban los pueblos conquistados, y allí se ve que consistian, no solo en las cosas mas necesarias para la vida, como el maíz, é indispensables para la guerra, como trajes guerreros y armas; sino tambien en objetos de gran lujo, como barras de oro, turquesas, mantas riquísimamente labradas y teñidas

con grana, y verdes y rojos penachos de las hermosas plumas del quetzalli. Cuanto podia necesitar el Estado para sus tropas y oficiales civiles, para los graneros y el adorno de los palacios, tanto recibia como tributo el monarca de México; y así rica y próspera la nacion, no tenia mas pensamiento que ir ensanchando su poder y el culto de su dios.

En esta nómina de tributos faltan, sin embargo, los dedicados á los dioses. ¿Podia un pueblo fanático, y cuya mayor ambicion era la gloria de su dios, olvidar en sus conquistas las ofrendas con que los pueblos vencidos debian contribuir al esplendor de sus templos? Evidentemente no, y sin embargo, ni en esta nómina, ni en las viejas crónicas encuentro esos tributos. Creo, sin embargo, haberlos hallado y que están representados en parte en un Códice que el baron de Humboldt llevó á la Biblioteca de Berlin, y que Lord Kingsborongh publica en el fin del tomo segundo. No creo que este Códice traiga todos los tributos que se daban á los templos; pero sirve bastante para conocer en qué consistian estos, pues allí se ven representadas mantas con adornos negros para sacerdotes, vasos con copalli, madera para los templos, espinas para los sacrificios, y piedras y adobes para construccion.

VI.

Abundante y próspero hasta el año VII acatl el reinado de Motecuhzoma, debia estar sujeto, sin embargo, á la volubilidad de la fortuna; y á la gloria y la grandeza debian suceder crueles calamidades, que en el Códice Telleriano-Remense dejaron los tenochca escritas en geroglíficos, como se ve en la estampa que aquí se reproduce. En el citado año VII acatl, ó 1447, cayeron grandes lluvias y nieves: las gotas azules en un campo lleno de puntos, significan esto en el simbolismo geroglífico. Como se ve en la estampa, el agua subió hasta el ramaje de los árboles; y las dos figuras de muertos que en ella hay, manifiestan la gran mortandad que hubo en la ciudad. Vése en medio del agua á una de las aves de la laguna, como para manifestar que ciudad y lago se unieron. Junto al teocalli, se ve el símbolo del mes Panquetzalistli, y por él podria sacarse la fecha exacta de la inundacion, haciendo el cálculo de á qué mes de los nuestros correspondió aquel mes mexicano en ese año.

Dice Clavijero, que muy afligido Motecuhzoma, recurrió á pedir consejo á Netzahualcoyotl, y acaso esto es lo que quiso significar la presencia del tecuhtli acolhua en este gero-

glífico. Netzahualcoyotl es la figura unida por una línea al año ce tochtli. Su geroglífico se compone de un instrumento de pedernal que se usaba para el sacrificio y para extraerse la sangre, y del carácter figurativo coyote. El instrumento sangrador se llamaba netzahualiztli, que es lo mismo que sacrificio, ayuno, penitencia; y esta voz compuesta con la palabra coyotl, nos da el nombre Netzahualcoyotl.

Dió este rey por consejo á Motecuhzoma, que formara una calzada en el lago de Texcoco, para que sirviera de dique á la ciudad. Aceptada la idea, púsose en ejecucion; á cuyo efecto contribuyeron con materiales ó con su trabajo, los pueblos de Atzcapotzalco, Coyohuacan, Tlacopan, Xochimilco, Itztapalapan, Colhuacan y Tenayocan. Los principales nobles de Tenochtitlan dieron el ejemplo de ponerse á trabajar; y tanta cantidad de hombres se empleó, y se trabajó con tal asiduidad, que en poco tiempo y sobre un lago profundo, se concluyó el dique, que medía nueve millas de largo por once brazas de ancho. Existe todavia este, ya bajo de tierra, en los potreros de la hacienda de Aragon, y una de las especulaciones de los dueños de esta finca, ha sido destruirlo para vender la inmensa cantidad de piedra que contiene. Obra tan grandiosa como los caminos romanos, y de mas mérito por haber sido hecha con menos elementos y en circunstancias bien difíciles, irá desapareciendo poco á poco y vendiéndose en carretadas.

De ese dique se extrajo, y pertenece ahora á mi pequeño museo, una efigie del dios Huitzilopochtli, que allí cuidaba á la ciudad, para que no pasaran las aguas del lago. Es el ídolo de piedra arenisca rojiza, y mide un metro de longitud. Con el trabajo de las aguas ha sido borrada casi toda la figura del cuerpo, pero se conserva muy bien la cabeza. Tiene una mitra con orejeras muy semejante á las asirias, su máscara y bezote, y una barba poblada. Esto último llamará mucho la atencion, pues jamas se ha atribuido tal particularidad á ese ídolo; pero hay que advertir que los españoles tuvieron empeño especial en destruir las estatuas del san-

guinario dios de la guerra, y que acaso esta es la única que exista, salvada por las mismas aguas, frente á las cuales lo colocara Motecuhzoma para que como terrible enemigo las vigilase. Pero no pudieron ser destruidos por los españoles los pequeños amuletos y efigies de los dioses, y entre ellas se encuentran varias de Huitzilopochtli con la misma particularidad de ser barbados. El Sr. D. Rafael Lucio tiene uno de oro, yo he tenido uno de granito, y tengo todavia uno de mármol blanco y otro de cuarzo. Pero lo que mas llamará la atencion, es que entre varios ídolos de plata y oro que tengo, pertenecientes á las antiguas civilizaciones de la América del Sur, hay uno del Perú, de plata, que no es otro que Huitzilopochtli.

Si á estas circunstancias reunimos la significacion del nombre del dios, que se compone de la voz huitzitzilin, que significa chupamirto, y como adjetivo, precioso; y del sustantivo opochtli, que quiere decir mancebo, lo que nos daria la traduccion de mancebo precioso ó hermoso; ya tendrá que meditar y estudiar quien de estas cosas quiera entretenerse.

Pero dejemos esta digresion y volvamos á la estampa de que me estaba yo ocupando.

VII.

Unido al año ce tochtli está un grupo de muertos, acompañados de una especie de vírgulas de puntos, que eran el simbolismo del hambre. El hallazgo del monumento azteca que en una pared de la Concepcion encontré, y que se reproduce en la segunda estampa de esta vida, vino á fijar la cronología de este suceso, y á explicarlo con toda verdad histórica. En el "Renacimiento" publiqué un estudio sobre esta piedra, el cual reproduzco á continuacion.

MOTECUHZOMA.

2º EMPERADOR MEXICANO.

(Tomado del Códice Telleriano Remense)

Lit. de H. Iriarte.

VIII.

Acostumbraban los antiguos mexicanos perpetuar la memoria de los sucesos mas notables de su historia; y no teniendo una escritura como la nuestra, y no creyendo bastante duraderos para la fama los geroglíficos que pintaban en su papel de maguey que llamaban *amatl*, recurrieron, como todos los pueblos de la tierra, á grabar esos acontecimientos en duras piedras, que resistiendo la poderosa destruccion del tiempo, los llevaran indelebles á la posteridad. Ya Motecuhzoma I, quinto rey de Tenochtitlan, segun refiere el Padre Duran en el capítulo 29 de su Historia de las Indias de Nueva España, mandó á Tlacaelel que hiciese grabar en la piedra de los sacrificios gladiatorios las diversas batallas y conquistas conseguidas sobre los tiranos tepanecas. Las piedras encontradas el año de 1790 en la plaza mayor de la ciudad de México, vinieron á ser un nuevo testimonio de esa costumbre de nuestros antepasados. Existia en el patio de la antigua Universidad, y es conocida de todos los habitantes de esta ciudad la pretendida piedra de los sacrificios, que no es otra cosa, segun los estudios de mi respetable maestro el Sr. Lic. D. Manuel Orozco y Berra, que la relacion de las victorias

de Tizoc, sétimo rey de México, piedra por lo mismo de igual género á la que motiva esta descripcion; es decir, conmemorativa de sucesos notables del imperio azteca. El Sr. D. Fernando Ramirez, con vasta instruccion y profunda crítica, describió las lápidas que guarda nuestro Museo, haciendo al efecto un bellísimo apéndice á la Conquista de México, por Prescott.

Estos hechos son suficientes para demostrar la verdad de lo que al principio asenté: esto es, que los acontecimientos mas notables de la antigua historia de los mexicanos, fueron grabados en lápidas conmemorativas. Se comprenderá por lo mismo cuánto interes tiene el estudio de esos monumentos que eran públicos, y podemos decir oficiales, por lo que constituyen la parte mas auténtica y respetable de nuestros primeros anales, lo que hace de suma importancia el monumento que voy á describir.

IX.

Es este una piedra de durísimo basalto, recortada como se ve en el dibujo, en dos de sus cuatro esquinas, lo que sin duda se hizo por los ignorantes albañiles que la acomodaron en la construccion de una de las paredes del convento de la Concepcion, lugar en donde debió estar desde el año de 1644 que se construyó ese edificio, y acaso ya lo estuvo en el primero que debió comenzarse por los años de 1550. Sabido es el empeño que los primeros frailes tuvieron en formar con los ídolos de los aztecas las iglesias y monasterios. La piedra, antes de su deterioro, debió ser un paralelipípedo, y muy probablemente un cubo perfecto. El único lado ó arista que se encuentra en buen estado, y es el marcado en la lámina con la línea *a–a*, tiene 45 centímetros de longitud; pero se notará que en la parte izquierda le falta la cenefa que rodea la piedra, y de la cual en ese punto quedan solamente vestigios; agregando á los 45 centímetros ya dichos, los 5 centímetros que de ancho tiene la cenefa, se tendrá que el lado de la piedra es de 50 centímetros. Esto acaso podrá ser un nuevo apoyo á la opinion, que cada dia va comprobándose mas, de que los indios usaban de una medida igual al metro. De los seis lados del cubo debió estar colocado hácia arriba el

marcado con el número 1, y la piedra apoyada en el opuesto, que no debió tener ningun dibujo, quedando los otros cuatro á la vista, y todos ellos con inscripciones geroglíficas. Como ya he dicho, la cenefa parece que circundaba todas las caras, como claramente se ve en el dibujo, en la interseccion de las caras números 2 y 3. Esta cenefa tiene la forma del tejido del petate; lo que la hace un adorno esencialmente mexicano.

La lectura de esta piedra se ha de comenzar de derecha á izquierda, como la mayor parte de los geroglíficos aztecas. Así está escrito el *Tonalamatl*, y así están grabados los símbolos de los dias en la piedra que se conoce con el nombre de Calendario, y se encuentra en el costado de la torre de Catedral. En ese supuesto, lo primero que debia interpretarse seria la cara marcada con el número 5; pero desgraciadamente está completamente destruida, y no queda vestigio alguno que nos pueda dar á conocer el geroglífico que tenia esculpido. Diré, sin embargo, adelante cuál supongo que era.

Debe en seguida leerse la cara número 4. En ella se ve el símbolo *tecpatl*, que era uno de los cuatro que representaban los años de los aztecas; los que repetidos sucesivamente tres veces, formaban el ciclo de cincuenta y dos años. La figura *tecpatl* se encuentra diversamente adornada. Así es que en el Códice Mendozino (Lord Kingsborongh, tomo 1º) tiene hácia la mitad, y generalmente en la orilla derecha, una especie de dientes semejantes al símbolo fonético con que los mexicanos representaban la preposicion *tlan*. Otras veces, como se ve en las láminas de la tercera parte de la obra ya citada del padre Duran, simplemente se divide el pedernal en dos partes de distintos colores. En el *Tonalamatl* igualmente tiene una parte blanca y otra roja; pero ademas, hácia la mitad, del lado izquierdo, una curva amarilla que forma una seccion separada con un ligero adorno de rayas negras. En la lámina 3ª del proceso de Alvarado, se encuentra el *tecpatl* dorado y atravesado diagonalmente por una fa-

(Tomado del Museo particular del Autor.)

LIT. DE H. IRIARTE.

ja roja. En donde se halla el *tecpatl* adornado de la misma manera que el que nos ocupa, es decir, con una especie de borla en la mitad de la orilla izquierda, es en la piedra llamada Calendario Azteca. Acaso esto nos podria hacer inferir que ambas piedras fueron labradas en la misma época.

El *tecpatl* tiene á la izquierda seis circulillos ó números, de los cuales cinco ocupan una línea vertical, y el sexto queda á la derecha del superior. A la derecha del *tecpatl* se ven las señales de otra línea vertical de cinco circulillos ó números, y puede creerse que tambien habia un sexto circulillo á la derecha del superior. Esto que se confirma con la misma explicacion de la piedra, tiene en su apoyo la costumbre de colocar los números en simetría para dar mayor belleza á lo esculpido; sin que se pueda decir en contrario que habia una regla fija para colocar los numerillos, pues en esto tenian entera libertad los dibujantes y los escultores, los cuales en lo general los colocaban de cinco en cinco, como están aquí.

Supuesto esto, la cuarta cara de la piedra representa el símbolo *12 tecpatl*, es decir, la fecha de un año.

Consultando para saber cuál pueda ser este, el año mexicano que correspondió al 1521 de nuestra era, fecha de la conquista de México por los españoles, que fué el *3 calli*, y retrogradando hasta llegar al *22 tecpatl*, resulta que este año despues del de 1325, fecha de la fundacion de México, y antes del de 1521, fecha de su conquista por los españoles, pudo ser, ó el de 1348, ó el de 1400, ó el de 1452, ó el de 1504.

Pero ningun hecho histórico notable, ni que se relacione con lo grabado en el resto de la piedra, sucedió, ni en las dos primeras fechas ni en la última; así es que se debe señalar á este 12 *tecpatl*, como correspondiente al año 1452 de nuestra era.

Entre la cuarta y tercera cara se ve en el dibujo una parte blanca *b*, que es la rotura correspondiente á la línea *b*–*b* de la primera cara, igual á la rotura que se observa del lado opuesto en la línea *c*–*c* de la misma. La cara número 3 tie-

ne en dos de sus lados perfectamente dibujada la cenefa; pero ha desaparecido en los opuestos con el deterioro de la piedra; deterioro que se extendió al lomo del conejo que en ella está esculpido. Este conejo está en la actitud de un animal hambriento, que va á devorar á un gusanillo que se retuerce á poca distancia de su boca, y está acompañado de un circulillo que representa el número 1. Por lo tanto, es la figura del año un conejo ó *ce tochtli.* Este año corresponde al 1454 de nuestra era, siguiendo el sistema adoptado en la explicacion de la cara anterior. No se debe olvidar que el símbolo del año está en la actitud de devorar un gusanillo.

Antes de descifrar la cara número 2, es preciso explicar la cara número 1, porque aquella no es mas que la continuacion de esta. La figura del sol llena completamente la cara. El símbolo del sol, aunque siempre parecido, tenia algunas variaciones en su representacion. Cuando se queria expresar el sol en sí, el símbolo *nahui ollin,* se le daba la figura que tiene en el Calendario, la cual no hay necesidad de repetir, por lo muy conocida que es esa piedra. Sí agregaré en comprobacion, que este signo *nahui ollin* siempre se encuentra en el *Tonalamatl* con la misma figura de cuatro aspas. Este signo era siempre una reminiscencia de los cuatro grandes cataclismos que segun la tradicion habia sufrido el continente americano. Pero otras veces el sol representaba, ó el dia ó el dios: entonces no se le acompañaba de las aspas del *nahui ollin,* sino que se figuraba con un círculo mas ó menos adornado, y rodeado simétricamente de los rayos en forma de A, que están marcados en la figura con la letra *d,* y de los rayos rectos que concluyen con un circulillo, y son los señalados con la letra *e.* Como ejemplo de lo que acabo de decir, se puede citar el geroglífico de la 11ª trecena del *Tonalamatl;* en el cuadrete que se halla en la parte superior de la izquierda están colocados los dioses que dominaban en ese período. Gama, en su explicacion del Calendario mexicano, dice hablando de esta trecena: "En esta undécima trecena dominaba el planeta sol, nombrado *Tonatiuh,* en com-

pañía de *Tlatocaocelotl* y *Tlatocaxolotl.* Estos constan en el *Tonalamatl,* aunque Castillo pone por compañero de *Tonatiuh á Tepoztecatl.*" Pues bien, allí la figura del sol es igual á la de que me ocupo, y como se ve, representa á *Tonatiuh,* es decir, al sol, no en su representacion histórica de *nahui ollin,* sino en su representacion del dia. Esto se comprende claramente en la figura del *Tonalamatl,* porque el *Tonatiuh* está acompañado del símbolo de la noche que lo completa, así como completa el dia. De la misma manera está la figura del sol en el geroglífico del pueblo *Tonatiuhco,* como se puede ver en la figura 4ª de la orla inferior de la lámina 13 del libro de los tributos, que en union de las Cartas de Cortés publicó Lorenzana, y el cual libro está en las manos de todos. Igual figura se da al sol cuando se quiere representar el cielo, la divinidad, el dios, *teotl;* y así entra por la sílaba *teo* en la formacion de los geroglíficos como en *Teochiapan* y *Teotenanco,* cuyos símbolos se encuentran en las láminas del Códice Mendozino (Lord Kingsborongh, tomo 1º;) el primero en las figuras 11 y 15 de la parte 1ª, en la pintura de los pueblos sujetos bajo el reinado de Motecuhzoma II; y el segundo en la figura 13 de la lámina 9ª de la misma parte 1ª, en la pintura de los pueblos conquistados por Axayacatl. En estos casos solamente se dibuja la mitad del símbolo del sol.

Estos antecedentes nos demuestran que el sol grabado en la 1ª cara de la piedra, es la representacion ó del dia ó de la divinidad, del *teotl.* Pero no queda duda en que representa lo segundo y no lo primero, porque está acompañado del símbolo del fuego nuevo que abraza todo el segundo año de la primera indiccion del ciclo.

Del centro del sol sale el símbolo del agua, como siempre con la figura de un chorro que concluye en unas gotas, las que unas veces son redondas, como la marcada en la cara 1ª con la letra *i,* y otras alargadas, como la señalada con la letra *n,* lo que parece mas bien representacion de los frutos acuáticos. El símbolo del agua es siempre azul en las pin-

turas, y puede verse en el geroglífico número 1, del Atlas Geográfico del Sr. García Cubas, en las figuras 16, 28 y 34: no faltan, sin embargo, ejemplos de verde. Si se comparan esas figuras con el símbolo del agua de esta piedra, se verá que aquí el símbolo no es sencillo como en las pinturas, sino repetido, por decirlo así, abundante, pues el agua sale del sol en diferentes direcciones, y despues de llenar la parte baja de la cara número 1, se desparrama en la figura *x* de la cara número 2. Quiere decir que el símbolo manifiesta una cantidad extraordinaria de agua. Para comprender esto mejor, creo oportuno decir que el símbolo del pueblo de Atotonilco es una olla tiznada en su parte inferior por el fuego, y de cuya boca se derrama el símbolo del agua; manera expresiva con que los mexicanos figuraban el agua que hierve, pues Atotonilco significa: donde el agua hierve. (*Atotonilli,* agua caliente.—Molina. Vocabulario mexicano. México. 1571.) —Pues bien, el agua al hervir se desparrama en gran cantidad, y sin embargo, el símbolo del agua es sin comparacion mas abundante en la piedra que en el geroglífico del pueblo de Atotonilco. (Puede verse este geroglífico en la lámina 9ª del libro de los tributos publicado en la coleccion de las Cartas de Cortés de Lorenzana, y en la coleccion de Lord Kingsborough, figuras 12 y 17 de la lámina 8ª P. 1ª, del Códice Mendozino, correspondiente al reinado de Moteculizoma I, y en otros lugares.)

Como llevo dicho, el símbolo del agua sale en grande abundancia del centro del sol en la cara número 1, y se desparrama en la parte izquierda de la cara número 2. En la parte derecha de esta cara hay otro símbolo que claramente se ve que es un manojo de yerbas atado en su medio. Este es el *Xiuhmolpilli* ó sea atadura de los años, que significa literalmente *nuestra atadura de yerbas.* Con este símbolo figuraban el año correspondiente al ciclo nuevo, en el cual se encendia el fuego, y que caia cada 52 años. De tres maneras he visto pintado el *Xiuhmolpilli;* ó bien como está en la piedra, y así está tambien en el citado geroglífico número 1, del

Atlas del Sr. García Cubas; ó expresando materialmente la salida del fuego, lo cual pintan con dos maderos que se frotan y producen el fuego, y así está en los geroglíficos bien pintados, tales como el Códice Mendozino, el Códice Telleriano Remense, y el cuadro número 2 publicado en el Atlas del Sr. García Cubas, y se encuentra así tambien en los geroglíficos del Palenque; y en fin, lo figuran con una especie de cinta formando un lazo ó atadura, y así lo he visto solamente en la pintura sinográfica de la Historia de México y Tepechpan, la cual no se encuentra aún en ninguna coleccion.

X.

Reasumiendo lo expuesto, tendremos que en esta piedra se encuentran sucesivamente tres fechas: primeramente el año 12 *tecpatl;* despues el año *ce tochtli;* y finalmente el *xiuhmolpilli*, que era el año 2 *acatl.*

Veamos qué suceso de la historia corresponde á estas fechas, y puede explicarse por ellas y por los demas símbolos esculpidos en la piedra. El suceso á que esta se refiere, es la grande hambre que bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina asoló el imperio mexicano, y cuyos principales incidentes tuvieron lugar en los años citados de 1452, 1454 y 1455 de nuestra era.

Clavijero, hablando de este acontecimiento, dice: "A la calamidad de la inundacion sobrevino á poco la del hambre, pues en los años de 1448 y 1449 fué muy escasa la cosecha del maíz, por haber escarchado cuando todavia estaban tiernas las mazorcas. En el año de 1450 tambien se perdió la cosecha por falta de agua. En el de 1451, á mas de haber sido el tiempo contrario, apenas habia grano que sembrar por haberse consumido casi todo por la escasez de las cosechas anteriores; por lo que en 1452 fué *tan grande* la necesi-

dad de los pueblos, que no bastando á socorrerlos la liberalidad del rey y de los señores, los cuales abrieron sus graneros á beneficio de sus vasallos, se vieron precisados á comprar lo necesario con su propia libertad. La mayor parte del vulgo mexicano se mantuvo como sus antepasados, con aves acuátiles, yerbas palustres, insectos y pececillos de la misma laguna. El año siguiente no fué tan malo, y finalmente, el de 1454, que fué año secular, hubo una cosecha abundantísima, no solo de maíz, sino tambien de legumbres y de toda suerte de frutos."

Se ve en el párrafo citado que en el año 1452, que es el 12 *tecpatl*, fué *muy grande* la necesidad de los mexicanos, y que esta no concluyó hasta el año secular que fué en 1455 y no en 1454 como equivocadamente dice Clavijero. (Véanse las tablas de Veytia.) Entonces tendremos que esta relacion concuerda perfectamente con los geroglíficos de la piedra que estoy describiendo, pues ella trae como primera fecha el 12 *tecpatl*, año en que ya la escasez fué muy grande, de manera que puede tomarse como el primero de la verdadera calamidad; nos muestra despues el año *ce tochtli*, año anterior al que llovió, y que por lo mismo debió ser muy duro en el hambre, como elocuentemente expresa el conejo abalanzándose sobre un gusanillo ó yerbecilla, significando lo que Clavijero dice de haberse alimentado los mexicanos con yerbecillas, insectos y peces de la laguna; y finalmente tenemos el símbolo del agua saliendo en abundancia del *teotl* ó del cielo en el año secular ó *xiuhmolpilli*. Pero para poder explicar este suceso no nos basta lo que dice Clavijero, es preciso ver la relacion de otras crónicas. Torquemada, en la página 158 del tomo 1º de la Monarquía Indiana (2ª edicion), dice: "Dos años despues de pasada esta inundacion dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fria; porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche), caieron grandes Yelos unos Dias tras otros, y los abrasaron todos; de manera, que este Año no se cogió grano de Maíz; pero valíanse del que tenian re-

cogido del Año antes, y con este reparo no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente (1451) luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la Mazorca, sobrevinieron Yelos que todo lo abrasaron. Tambien el Año que se siguió á este, fué de mucha seca, y no cogieron nada. Aviendo ya tres Años que no tenian cosecha, y se sustentaban del poco Maíz, que quedaba del atrasado, llegó el quarto Año (1454), en el cual, como no tenian Semilla, no sembraron, y el Año tambien, que no aiudó, por ser muy avieso: de aquí resultó una grandísima hambre, y tanto que llegaron estos Pobres Mexicanos á comer Raíces de Tulin (que es la que llamamos nosotros Enea ó Espadaña) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosas que comer. El año siguiente (1455), fué el del fuego nuevo de estas Gentes, que llamaban *Toxiuhmolpia* (como en otra parte hemos dicho) que venia á caer de cincuenta y dos en cincuenta y dos Años. Este Año tenian por particular y prodigioso, y así lo fué que aviendo pasado la hambre dicha, y no aviendo sembrado ninguna Semilla fueron *muchas las Aguas*, y el Año tan próspero, que las mismas Tierras dieron Maíz, Huaulli, Chian, y Frisoles, y otras muchas Legumbres, con que quedaron todos los de la Tierra mui hartos, y prosperados. Esto afirman así las Historias y Pinturas de aquel tiempo."

La autoridad de Torquemada es de las mas respetables, y lo es mas, porque la funda, como él dice, en las pinturas antiguas. Segun él, el año que concluyó la calamidad fué el secular, que como ya se ha visto, corresponde al nuestro de 1455. El anterior fué, segun Torquemada, el de mayor escasez, aquel en que fué preciso á los mexicanos alimentarse con raíces y yerbas, y este año fué el de 1454 ó un conejo; el cual año fué el cuarto que no tenian cosecha; y como el primero en que no tuvieron cosecha no puede decirse que comenzó el hambre, pues como dice el mismo Torquemada, se valieron de lo recogido el año anterior, podemos decir que el hambre comenzó dos años antes del de 1454, esto es, en 1452, que es el 12 *tecpatl.*

Se ve que Torquemada difiere de Clavijero en el año que comenzó la calamidad; pero está conforme en que concluyó el año secular. Torquemada está, sin embargo, de acuerdo con el monumento que describo, y esto solo basta para convencer de que el error está de parte de Clavijero. Por lo demas, los pueblos podian ser negligentes en sus recuerdos de los años de poca escasez; pero jamas podian olvidar el año de mayor hambre, que fué el *ce tochtli*, ni aquel en que concluyó la calamidad, que fué el del fuego nuevo, es decir, el *ome acatl*.

Esto se nota claramente en la tradicion del padre Duran, que dice en el capítulo 30 de su citada obra, que "en el año de 1454, quando los indios por la cuenta de sus años contavan *Cetochtli*, que quiere decir, un conejo; y los dos años siguientes fué tanta la esterilidad del agua que uvo en esta tierra, que cerradas las nubes, casi como en tiempo de Elías, no llovió poco ni mucho." Narra luego el hambre y los diversos sucesos que hubo en esta calamidad, y concluye al fin del capítulo diciendo: "Pasados los tres años del hambre con que dios castigó á esta nacion, por sus grandes abominaciones, se empezaron á abrir las nubes y el cielo á echar su rocío, con tanta abundancia, que vino el año tan abundoso, que empezó la gente, etc." Se ve aquí el recuerdo conservado de tres años de calamidad, la fecha *ce tochtli*, inolvidable como la de la mayor desgracia, y que al cuarto año volvió la abundancia: espacio de tiempo, ó sea cuatro años comprendidos entre los de 1452 ó 12 *tecpatl*, 1454 ó *ce tochtli* y el año secular ó sea 1455.

Se ve, sin embargo, en esta relacion un error del manuscrito, que no ha podido ser del autor sino de alguno de los copistas que sucesivamente han trasladado la historia del padre Duran, de los años de 1580 á acá, y es que pone el hambre en los años de 1454 y *dos siguientes*, pues debe leerse: y *dos anteriores*.

Creo que con estos datos será suficiente para comprobar la explicacion de esta piedra; pero á mayor abundamiento

tenemos un documento auténtico y precioso, como es el Códice Telleriano Remense, publicado por Lord Kingsborong en su tomo 1º, pues en él, en la lámina 8ª de la parte 4ª, en el año del fuego nuevo correspondiente al de 1455, está pintado cómo brotaron las plantas, las cañas y las flores por sí solas. (Estampa 2ª núm. 8.)

En las tradiciones orales era natural que los sucesos sufriesen alguna variacion, y aún que hubiera algunas equivocaciones en las fechas en que pasaban los sucesos: así es que un geroglífico auténtico que las confirme ó aclare, es un documento de indisputable mérito, y mayor será el mérito de una escultura conmemorativa que ponga fin á todas las dudas. Por eso es que grande, muy grande es el mérito de la piedra que describo. Ella se refiere á un acontecimiento notabilísimo; y como respecto de él no estaban enteramente de acuerdo los cronistas, que por lo general han sido poco cuidadosos de la cronología, viene á resolver todas las dudas. Ojalá y sobre todos los sucesos de la historia antigua se encontrasen monumentos semejantes!

XI.

Para concluir, haré, fundado en todo lo expuesto, una traduccion continuada de la leyenda que está dibujada en esta piedra, advirtiendo antes que la cara número 5 debió tener, en mi concepto, el símbolo del emperador Motecuhzoma (estampa 2ª núm. 7), pues como los símbolos de los años correspondian á todos los que habia de 52 en 52 años, para fijar el ciclo muchas veces se acompañaba el geroglífico del príncipe reinante. Entonces, pues, la piedra diria: "Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina (cara 5ª) comenzó la calamidad del hambre en el año 12 *tecpatl*, ó sea 1452 (cara 4ª), la que llegó á su mayor grado en el año *ce tochtli* ó sea 1454, en que el conejo, símbolo del año, se dibujó devorando un gusanillo ó yerbecilla, porque de eso solo se alimentaron entonces los mexicanos (cara 3ª); pero al siguiente año, que fué el secular que se señala con el *xiuhmolpilli* (cara 2ª letra *z*), y fué el de 1455, cayeron en abundancia extraordinaria las aguas (cara 2ª letra *x* y cara 1ª letra *x*), las cuales fueron un gran don del cielo (cara 1ª)"

Esto último se figura haciendo salir el agua del centro del sol ó del *teotl*, y á él, al dios, al cielo que manda los benefi-

cios y el remedio de los males á los pueblos desgraciados, dedicaron este monumento los mexicanos, y él es despues de 400 años la página indeleble del puro incienso que el que sufre eleva al Sér desconocido que alivia sus pesares. Acaso el destino no es caprichoso al destruir los pueblos y las naciones, conservando, sin embargo, estos testimonios de la historia humana, que son como el hilo que une la tierra con lo que hay mas allá.

XII.

Con motivo de estas calamidades, y en honor del dios que de ellas habia salvado á la ciudad, establecióse una nueva teofanía. Se creyó que los dioses estaban airados porque no se les hacian sacrificios; y para que jamas les faltaran estableciése la guerra sagrada. Es este uno de los hechos mas curiosos de nuestra histeria antigua. Se extendian al Oriente del Anahuac, la república de Tlaxcalla, el país de Huexotzinco y la ciudad sagrada de Chalollan. Con estos pueblos débiles relativamente al poder de los emperadores aliados, se hizo el concierto de salir periódicamente á batalla, con el único objeto de hacer prisioneros que destinar al sacrificio; pero sin que jamas, cualquiera que fuese el vencedor, se menoscabase en nada el territorio de los contendientes. Los historiadores tlaxcaltecas tomaron de esto motivo para cantar las glorias de la república, que segun ellos, jamas pudieron sujetar los mexica. El Sr. D. Diego García de Panes, en el "Teatro de la Nueva-España en su gentilidad y conquista," manuscrito inédito, describe las batallas que durante muchos años tuvieron los tlaxcaltecas. Dice que estos estaban enteramente cercados en su territorio; y aunque cuenta varias de sus victorias, no le llamó la atencion

el que jamas extendieran su poderío. La verdad es que por el pacto sagrado, si por una parte Tlaxcalla y Chalollan no podian aumentar su poder ni infundir temores á los tecuhtli de México; por la otra, quedaban libres de su dominio estos pueblos que los separaban de la costa de Oriente, y los cuales en un momento dado, y acostumbrados ya á hacer la guerra á los mexica, podian unirse á un enemigo poderoso, como lo vino mas tarde á justificar la conquista. Así, impulsados por su fanatismo, debilitaban su poderío los tenochca, y preparaban su futura ruina.

Se quiso dar á la guerra sagrada grande esplendor, y se decretaron honras para los que en ella tomaban parte. Al efecto se ordenó que solamente los que en ella se distinguieran, podrian usar bezotes, adornos, brazaletes y orejeras de oro y piedras finas; y que solo á ellos se dieran los penachos de vistosas plumas, y los chimalli y los maxtli ricamente adornados. Prohibióse la venta de estos objetos, que el tecuhtli daba á los valientes. En cambio se mandó que los que no fuesen á la guerra, usaran de los trajes de los hombres bajos y de poco valor, para que se conociera su cobardía y poco corazon: y se les prohibió usar ropas de algodon y plumas; y en los banquetes no se les daban rosas, ni cañas huecas para que torcidas las hojas de tabaco y metidas en la caña lo fumasen. Y aun cuando fuera hermano del tecuhtli el que no iba á la guerra, ni se le hacian reverencias, ni podia comer ni andar con los valientes. Y si los hijos naturales eran mas valerosos que los legítimos, servíanles estos á aquellos, y gozaban de los honores y riquezas de sus padres. No tuvieron jamas los tenochca honores ni títulos hereditarios; y así como no era rey el hijo del rey, sino el que mas lo merecia, así tambien los grados, empleos y distinciones, se conquistaban solamente por el valor y el mérito.

XIII.

Inútil es relatar las muchas campañas que se hicieron en tiempo de Motecuhzoma. Bastará decir que despues de haber dominado los últimos restos de los descontentos del Anahuac, de haber llevado su poderío hasta las crestas de las montañas del valle, y de subyugar los pueblos tlahuicas, que mas allá del Axochco se extendian; emprendió la conquista de las ciudades del Oriente, y dejando á un lado Tlaxcalla, Chalollan y Huexotzinco, inviolables por el pacto sagrado, redujo á Tepeaca, y siguiendo la conquista de los pueblos mixtecas, asoló y sujetó Oaxaca. Aumentó tambien su poderío en el rumbo de los cuextecas y en el país del antiguo reino de Tollan; y fueron tantas sus conquistas, que el Códice Mendozino trae incendiadas mas de 30 poblaciones.

Para mí no hay duda de que concurrieron los ejércitos aliados á estas campañas, y el cronista chichimeca habla extensamente de la honra que en la guerra de los cuextecas cupo á los acolhuas.

Con tantas conquistas aumentó, no solamente el renombre y la influencia política de los mexica, sino que se enriqueció Tenochtitlan, y se convirtió en la ciudad mas populosa de

estos países, no solamente por la gran inmigracion que tuvo, sino por la multitud de extranjeros que á ella venian.

Pensó entonces Motecuhzoma en establecer la organizacion administrativa. Los gobiernos anteriores á Itzcoatl se ocuparon mas bien de las necesidades del momento, y lo poco que en la servidumbre pudieron hacer, limitóse á adiestrar á los tenochca en los usos de la guerra, y á buscar mayores comodidades por medio del comercio y de una industria naciente. Itzcoatl, cuyo carácter histórico se distingue como conquistador, se dedicó naturalmente á la organizacion militar; arregló el famoso pacto internacional de los tres reinos del Anahuac; y comenzó á establecer la organizacion administrativa, y hemos visto que bajo su reinado se establecieron las principales dignidades del imperio. No son, sin embargo, los tiempos calamitosos de la guerra, cuando se tiene al enemigo á las puertas de la ciudad, los mas á propósito para dedicarse á tareas y reformas administrativas. Cuando nadie ataca á la nacion, y si guerra hay, es solo porque esta quiere hacer conquistas, cuando la paz y la abundancia reinan, entonces únicamente los malos é ineptos gobernantes dejan de poner todo su cuidado en el arreglo de la buena administracion.

Dedicó Motecuhzoma todo su esmero á tan laudable fin; y es digno de notarse que para fijar en leyes sábias lo que mas convenia á su nacion, no obró arbitrariamente, sino que convocó para hacerlas á todos los grandes del imperio y de las provincias. Arreglóse el ceremonial real: el rey no podia salir en público, sino en las grandes solemnidades; debia estar oculto y misterioso como un dios; solamente él podia usar el copilli de oro; y en la guerra, los dignatarios militares que lo representaban. En las casas reales únicamente el tecuhtli podia andar con cactli: los demas debian presentarse descalzos, á no ser los que mucho se hubiesen distinguido en la guerra, que los podian usar corrientes y ordinarios. Desde el rey hasta los últimos nobles, cada uno tenia marcado el adorno y riqueza de su ayatl y maxtli. Se man-

dó que el pueblo usase el ayatl burdo, y que no le bajase de la rodilla, bajo pena de muerte, con excepcion de los que en la guerra hubiesen recibido heridas en las piernas, pues para cubrirlas se les permitian; por ser justo que *galardonasen* así tan nobles cicatrices. El pueblo hijo del dios de la guerra, no podia menos de honrar siempre á los valientes guerreros. Solamente los grandes señores y los valientes gefes militares podian tener casas de alto y sobre ellas xacalli á manera de miradores. Solo ellos podian usar adornos de oro ó de piedra chalchihuitl; pero los tecuhtli únicamente se podian poner brazaletes de oro y abrazaderas en las piernas. Los valientes soldados, que no eran nobles, usaban plumas de águila en la cabeza, y collares de caracoles y piedras comunes.

En el tecpan habia diversas salas, destinadas á los diferentes rangos. Allí se establecieron los tribunales, que en diversas gerarquías administraban justicia. Es notable que ningun juez podia dar sentencia de muerte, sino que esto estaba reservado al Colhuatecuhtli. No creian los tenochca que un hombre pudiera quitar la vida á otro hombre: esto estaba reservado al emperador, que era la imágen del dios.

Decretáronse tambien diversas leyes penales, que en sus geroglíficos nos ha conservado el Códice Mendozino. A los adúlteros se les mataba á pedradas, á los borrachos se les ahorcaba, pues solo era permitido beber neuhtli á los viejos mayores de 70 años; á los ladrones, si el robo era grave, se les mataba tambien; si era leve, se les vendia por el precio del hurto.

Así mientras por un lado se castigaba de una manera cruelísima, no solamente el crímen, sino aun el vicio; por otra parte se premiaba y honraba el valor. Pero no creyó Motecuhzoma que fuera esto bastante para hacer de su pueblo el mas temido en la guerra: quiso que desde la educacion de la niñez se fueran formando los hombres sufridos é incansables que componian el invencible ejército tenochca. Cuando el niño tenia tres años, comenzaba la educacion: le daban de comer media tortilla. Cuando tenia cuatro años, le daban ya

una tortilla; y comenzaban á ocuparlo en los mandados de la casa. De cinco años le daban el mismo alimento: los varones comenzaban á cargar leña, y las hembras á hilar. A los seis años la comida era de tortilla y media, y entre otros empleos les daban á los varones el muy curioso de ir á los tianquiztli á pepenar el maiz y demas semillas que hallasen en el suelo, para irlos acostumbrando así á ser astutos y á ganar el alimento con su trabajo. A los siete años los enseñaban á pescar. Y durante los ocho y nueve años los comenzaban á acostumbrar á los sacrificios, metiéndoles puas de metl, maguey. El geroglífico representa á los niños llorando con tales sacrificios. Desde la edad de diez años, les era permitido á los padres castigarlos; y á la de once les podian dar como pena *humazos* de chile ó axi, que era un verdadero tormento. A la edad de doce años acostaban á los varones en el suelo con la cara vuelta al sol, para que se volviesen fuertes, y resistieran la intemperie y los trabajos de la guerra. Y por fin á los quince años concluia la educacion de la familia, y el mozo pertenecia al Estado, que acababa de instruirlo en sus deberes, recibiéndole, ya en el calmecac, casa sacerdotal, ó en el cuincacalli ó colegio civil.

No olvidó tampoco la religion Motecuhzoma. El rey que no quiso consagrarse antes de hacer prisioneros, natural era que se dedicase á engrandecer el culto de los dioses. Dió grandes preeminencias y honores á los sacerdotes y á todos los que se dedicasen á los templos; y ya hemos visto que uno de sus primeros actos fué la construccion de un teocalli á Huitzilopochtli.

XIV.

Pero junto á todos estos progresos, venia el fanatismo á echar un velo de sangre á tanta civilizacion y tanta gloria, pues no solamente se repetian los sacrificios, sino que se tenia lujo de barbarie en ellos. Parece que entonces por primera vez se hizo el horrible sacrificio llamado Tlacaxipehualiztli. Habia querido Motecuhzoma reunir á la idea religiosa el recuerdo de la guerra de Atzcapotzalco, y para esto mandó labrar una gran rueda redonda de piedra que llamó Tonalacatl, en cuyo derredor se esculpieron con geroglíficos aquellas batallas Era esta piedra semejante á la que se ve en el Museo, conocida generalmente con el nombre de *piedra de los sacrificios,* y que para perpetuar sus victorias, mandó labrar Tizoc. Cuando la Tonalacatl estuvo concluida de labrar, púsose en el templo; y los jóvenes del cuincacalli comenzaron á ejercitarse en la nueva manera de sacrificio. Al acercarse el mes llamado Tlacaxipehualstli, convidaron para la fiesta á los tecuhtli y nobles de Texcoco, Tlacopan, Mazahuacan y demas pueblos conquistados ó amigos de los tenochca. Recibiólos Motecuhzoma con grandes regalos de lujosos plumeros, maxtli, y mantas, bezotes y orejeras. Dió-

les magníficas comidas, que no recordaban ya la antigua miseria de los tenochca, cuando de legumbres y peces del lago se alimentaban; pues abundaban allí las aves y las piezas de caza, cacao, diversas clases de su pan, y el espumoso neuhtli. Despues de la comida se colocaron los convidados en tablados primorosamente adornados de tules y rosas, que en el Tzompanco del templo se habian levantado.

Sacaron entonces á los hombres que debian ser sacrificados, los cuales estaban pintados con tiza, y solo los párpados y la boca con rojo: tenian las cabezas emplumadas, y los cabellos atados en la coronilla, y adornados con plumas blancas. Se pusieron en hilera, y comenzaron á bailar. Salieron despues los sacrificadores ricamente vestidos con los trajes de los dioses Huitzilopochtli, Quetzalcoatl, Toci, Yopi, Opotzin, Totec é Itzpapalotl, y otros dos con los de Quauhtli y Ocelotl, y fueron á tomar asiento al Zapocalli, bajo de una enramada que se levantaba en lo alto del templo, en el lugar llamado Yopico. Llegaba por fin el sumo sacerdote ricamente adornado precedido de los tecuacuiltin que iban tocando el huehuetl, bailando y cantando.

Entonces comenzaba el sacrificio gladiatorio, cuya relacion es demasiado conocida. Sí debo agregar, que despues del sacrificio, desollaban á los muertos, y se vestian sus cueros los sacerdotes Tototectin, los cuales armados de rodelas y de palos con sonajas, iban pidiendo limosna de casa en casa. A los veinte dias se arrancaban esos inmundos pellejos y los arrojaban en el Yopico.

XV.

Antes de morir Motecuhzoma, quizo perpetuar su memoria, y mandó labrar su imágen en las peñas de Chapultepec. La incuria ha destruido ese monumento. Poco tiempo despues *enfermó el rey de la enfermedad de la muerte*, como dice el cronista, y acabó sus dias á fines de Octubre de 1469, III calli, despues de 29 años de reinado. Dejó Motecuhzoma, segun Chimalpain, varias hijas, y solo un hijo llamado Iquahuacatzin. Una de sus hijas se llamaba Atotoztli, y fué madre de los tres tecuhtli Axayacatl, Tizoc y Ahuizotl.

Tanta grandeza y tanta gloria dió á la nacion Motecuhzoma, hizo tantos beneficios á su pueblo, que dice el cronista que le respetaban y tenian como á dios. Dejose, sin embargo, llevar de un supersticioso y cruel fanatismo, que hizo aparecer odioso á su pueblo que vivia sacrificando á los hombres de los otros reinos en aras de sus dioses; y que le hizo cometer un gran error político, dejando libres é inviolables, casi á las puertas de la ciudad, á los pueblos que pactaran la guerra sagrada. Tan cierto es que la supersticion es la venda mas negra que cubre la luz de la razon.

Alfredo Chavero.



AXAYACATL,

3.er EMPERADOR MEXICANO.

(*Tomado de la Crónica del Padre Durán.*)

AXAYACATL.

TERCER EMPERADOR DE MEXICO.

LA nacion mexica, á la muerte del emperador Motecuhzoma Ilhuicamina, habia alcanzado ya un alto grado de grandeza y poderío. Cumplidas una á una las profecías de los compañeros de Tenoch, la pobre tribu que habia elegido por primer rey á Acamapichtli, se habia convertido en el espacio de un siglo en el pueblo mas temido de nuestro continente.

Todas las crónicas señalan el reinado del primero de los Motecuhzomas como una época de gran prosperidad nacional, no obstante el período funestísimo del hambre y de 'a inundacion de Tenochtitlan que acaeció á mediados del reinado de aquel soberano. Las conquistas de Itzcoatl y de Motecuhzoma habian extendido los límites del imperio, reduciendo á la servidumbre á los antiguos dominadores de los mexica; tras la ruina del déspota de Atzcapotzalco, Maxtlaton, cayó á su vez el tecuhtli de Quauhnahuac; los chalcas,

despues de combatir heróicamente por su independencia, cayeron vencidos tambien, y sobre los escombros de estas naciones se alzó el pueblo tenochca, irresistible ya por sus propios elementos, aliado al reino chichimeca de Acolhuacan y al señorío de Tlacopan; alianza que subsistió en pié hasta la estruendosa caida del imperio mexicano.

A la muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina, los votos de los electores y el amor del pueblo designaron á Axayacatl para sucederle en el mando supremo. Preciso es hallar en esta eleccion el resultado lógico de la política de conquista y de dominacion que habian adoptado sus compatriotas. Axayacatl, lo mismo que sus hermanos Tizoc y Ahuitzotl, que fueron sucesivamente y despues de él, emperadores, era hijo de Tezozomoc y de Atotoxtli; el primero, hijo del gran rey Itzcoatl, y la segunda de Motecuhzoma. El nieto de los dos soberanos se habia distinguido en las guerras emprendidas por su abuelo materno, alcanzando el puesto de *tlacochcalcatl* ó general en gefe del ejército, siendo para ello preferido á su hermano primogénito Tizoc. Hemos dicho que la eleccion de Axayacatl para suceder en el trono á su abuelo, fué el resultado de la política adoptada por los mexica. Un pueblo que se habia engrandecido por la conquista, se hallaba rodeado de enemigos que todo lo temian del comun dominador; un pueblo que como Roma fundaba su prosperidad en la ruina de sus vecinos, necesitaba ante todo de un valiente guerrero á su cabeza, para inspirar temor y respeto á los unos y para anonadar á los otros.

El Códice Mendozino, cuya cronología seguimos por ser la autoridad mas respetable hasta hoy en esta materia, fija la muerte de Motecuhzoma Ilhuicamina y la eleccion de Axayacatl en el año III calli, que corresponde á 1469. En esto concuerda la fecha señalada por Sigüenza y Góngora, que coloca la ascension de Axayacatl al trono en 21 de Noviembre de 1468, explicándose fácilmente la diferencia que aparece á primera vista, en la circunstancia de no terminar el año de los mexicanos al mismo tiempo que el nuestro.

II.

Torquemada refiere en su *Monarquía Indiana*, Lib. II cap. 54, que Motecuhzoma I tenia un hijo cuyo nombre, segun Chimalpain, era el de Iguahuacatzin, y que antes de espirar aquel soberano recomendó á sus súbditos que elijiesen en lugar de este á Axayacatl, su nieto, para sucederle en el mando supremo. Así, pues, no solo el prestigio y las cualidades personales del valiente general del imperio le habian designado de antemano al voto de los electores, sino tambien la recomendacion que en su favor hiciera el moribundo monarca, cuyos altos hechos y próspero reinado le habian grangeado el mas profundo y entrañable amor de su pueblo.

Este es el lugar de combatir una asercion que ha contado respetables autoridades en su apoyo. En un manuscrito intitulado *El Libro de Oro* se dice que muerto Motecuhzoma sin descendientes varones legítimos, le sucedió en el trono su hija, casada con un su pariente próximo llamado Tezozomoc, hijo de Itzcoatl. Fray T. Motolinia dice lo mismo y Domingo Muñon Chimalpain, noble indio mexicano, autor de varias obras sobre nuestra antigua historia, justamente apreciadas, afirma otro tanto y llama á la reina, Atotoztli, madre de mu-

chos hijos, contándose entre ellos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl que fueron sucesivamente soberanos de México.

Esta asercion histórica, adoptada por los autores que antes hemos mencionado, queda destruida sin grande esfuerzo, atendiendo al hecho notabilísimo de que en ningun catálogo de los reyes de México aparece el nombre de la reina Atotoztli, comprendido entre los de aquellos soberanos que ejercieron el mando supremo. Ademas, no podria concebirse que la política adoptada por la nacion tenochca, política de dominacion y conquista, fuera olvidada ó al menos profundamente quebrantada precisamente en los momentos que necesitaba ese mismo pueblo, un brazo vigoroso que conservara las conquistas de Itzcoatl y de Motecuhzoma Ilhuicamina. ¿Es creible, es racional siquiera suponer que una nacion rodeada de enemigos y sedienta de dominacion y ensanche territorial, confiara el cetro á la débil mano de una mujer? Tenemos tambien en nuestro apoyo una razon poderosa, tal es la de que nunca, en las dinastías de las naciones del Valle, se dió el caso de haber ejercido una mujer el mando supremo, y si alguna vez esto hubiese sucedido, el pueblo tenochca probablemente hubiera seguido su ejemplo, así como adoptó del reino chichimeca de Acolhuacan tantos usos, costumbres é instituciones. A la luz del sano criterio hallamos la explicacion del error cometido por los autores referidos. Natural es creer que la reina Atotoztli, hija de Motecuhzoma, esposa de un descendiente del gran Itzcoatl y madre de los tres soberanos Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, vivió siempre rodeada del profundo respeto y de la consideracion de los mexicanos como hija, esposa y madre de reyes; y esa veneracion que se trasmitió tradicionalmente hasta Chimalpain y Motolinia, les indujo equivocadamente á contar á Atotoztli en el número de los soberanos de México.

Hay una escuela de historiadores antiguos que en esta época de nuestros anales ha pretendido trastornar el órden cronológico de los reyes, colocando á Tizoc en el trono antes que su hermano menor Axayacatl. El padre José de Acosta,

autor de la obra intitulada *Historia natural y moral de las Indias*, fué el primero que asentó este error cronológico, imitándole Antonio de Herrera en sus *Décadas* y Enrico Martinez en su *Historia de Nueva-España*, debiendo aquí tener presente que estos dos escritores del siglo XVI, al tratar de la genealogía de los reyes, se redujeron á copiar ciegamente las noticias del padre Acosta, que como se vé queda como el único sostenedor de la trasposicion cronológica que hemos mencionado; trasposicion que ademas de haber sido ya victoriosamente combatida, es calificada por Betancourt como resultado de "*una relacion que guió al Padre Acosta en los principios de la conquista, hecha de prisa y sin reparar en los años y los dias.*"

III.

Pasadas las solemnes exequias de Motecuhzoma, los nobles tenochca, mas que cumpliendo con la postrera recomendacion del monarca difunto, acatando la voluntad unánime de sus compatriotas, eligieron á Axayacatl soberano de México-Tenochtitlan. El voto de los electores, segun la fórmula introducida desde que se celebró la alianza de los tres reinos del valle de Anáhuac, quedó ratificado con la aprobacion de los soberanos de Acolhuacan y de Tlacopan.

Netzahualcoyotl, rey de Acolhuacan, despues de las ceremonias usadas en la consagracion de los monarcas, ciñó las sienes de Axayacatl con el *copilli* de oro, y le proclamó *tecuhtli* de los mexicanos y culhuas en medio de las aclamaciones y gritos de júbilo de la gozosa muchedumbre. Luego, el mismo soberano acolhua dirigiendo la palabra al electo, dióle el parabien por su exaltacion al trono, ofreciéndole valiosos y exquisitos dones consistentes en preciosas mantas, plumas, joyas y piedras rarísimas de que venia provisto. Imitóle el *tecuhtli* de Tlacopan, Totoquihua, é iguales demostraciones fueron haciendo los nobles mexicanos protestando obediencia á Axayacatl, y reconociéndole por señor y monarca legí-

timo. El pueblo, que presentia en este al digno sucesor de su abuelo, renovó sus entusiastas aclamaciones, y los avisos que se enviaron á todas las provincias sujetas al imperio participando la eleccion, hicieron venir á la ciudad de Tenoch á infinitos caciques y señores que prestaron pleitesía al nuevo emperador y le colmaron tambien de riquísimos regalos.

Algunos autores afirman, entre ellos Torquemada y Clavijero, que apenas sentado Axayacatl sobre el trono de sus mayores, salió á la guerra á fin de proveerse de víctimas que habian de sacrificarse con motivo de su coronacion, siguiendo el ejemplo de su antecesor. Dicen aquellos que el monarca de los mexicanos marchó á la cabeza de sus tropas hácia el país de los Mixtecas, cayendo como torrente desbordado sobre las naciones situadas al Sudeste de Tenochtitlan, y que despues de vencerlas en muchas y furiosas batallas, llegó hasta Coatolco (Huatulco) á orillas del Grande océano; que luego se asomó como sangriento aterrador meteoro, por las fronteras del reino de Quiché (Guatemala), y que cargado de botin y rico de despojos tornó á México, adonde sacrificó á los innumerables prisioneros hechos en su asoladora expedicion. Siguiendo nosotros el órden cronológico establecido en el Códice Mendozino, colocarémos la campaña de la Mixteca inmediatamente despues de la guerra y destruccion de Tlaltilulco, que entre las conquistas de Axayacatl aparece en primer lugar, tanto en la coleccion de Mendoza, como en la crónica del padre Duran.

Los tlaltilulcas, separados de los tenochca desde 1338, trece años despues de la fundacion de México, no habian podido sobrepujar á sus antiguos compatriotas en grandeza y poderío. Si bien lograron conservar su independencia no obstante hallarse establecidos en las afueras de la gran Tenochtitlan, si bien habian acompañado como aliados á los tenochca en las guerras emprendidas bajo los reinados de Itzcoatl y de Motecuhzoma, esa independencia y esa alianza disfrazaban una verdadera sujecion que sobre ellos pesaba. En tiempo de este último emperador, los tlaltilulcas habian presen-

ciado la muerte de su rey Quauhtlatoa, castigado por las propias manos del *tecuhtli* mexicano, y de él recibieron como soberano á Moquihuix, á quien pronto veremos pelear y morir por la independencia de su nacion.

La debilidad de Tlaltilulco al lado de la prosperidad cada dia creciente de Tenochtitlan, no era el solo peligro que amenazara la independencia del primero de estos pueblos; amenazábala tambien la proximidad de las dos ciudades, únicamente separadas por una gran zanja, que corria de Norte á Sur, y cuyos vestigios se descubren hoy todavia sin que cuatro siglos hayan bastado para borrar por completo ese antiguo límite de dos naciones. De esta proximidad originábanse cada dia colisiones y pendencias entre los habitantes de ambas ciudades, que envenenándose progresivamente pronto se convirtieron en ódios profundos de pueblo á pueblo.

Tal era la situacion respectiva que guardaban Tenochtitlan y Tlaltilulco á la eleccion de Axayacatl. Los cronistas mexicanos y los primeros historiadores españoles achacan á los tlaltilulcas todo género de desmanes cometidos en daño de los tenochca, y píntanlos como promovedores de la guerra que tuvo para ellos tan fatal resultado. Pero hay que tener en cuenta que los cronistas mexicanos debian ser poco imparciales tratándose de un pueblo sojuzgado por sus mayores, y que los primeros historiadores recogieron las tradiciones adulteradas en el trascurso de cuarenta y ocho años, período colocado entre la caida de Tlaltilulco y la conquista de México-Tenochtitlan por las huestes de Cortés.

La filosofía de la historia nos sirve hoy para juzgar imparcialmente á los hombres y los sucesos que en esos tiempos ya remotos se alzaron y desarrolláronse sobre el suelo que ahora pisamos. Lo que Moquihuix y los tlaltilulcas tramaron, apenas sentado Axayacatl en el trono de México, no fué otra cosa que la salvacion de su patria. Comprendieron que el bravo generalísimo de los tenochca, al ceñirse el *copilli* de su abuelo, marcharia sobre sus huellas; sintieron que ellos serian los primeros en sufrir las amarguras de la servidumbre,

pues bien sabian que el orgullo de los tenochca, cuyo dominio se extendia á centenares de leguas, no podia soportar por mas tiempo que hácia el lado de Tlaltilulco lo limitase tan solo amplísimo foso. Prepapáronse, pues, á la defensa; adiestráronse en el manejo de las armas, y buscaron aliados entre todos los adversarios antiguos de los tenochca. Entraron en esta liga los pueblos de Xilotepec, Toltitlan, Tenayucan, Mexicaltzinco, Huilzilopochco, Cuitlahuac, Xochimilco y Mizquic, enemigos todos del imperio mexicano. El centro y el jefe de esta conjuracion era Moquihuix.

IV.

Una bella mexicana, hermana de Axayacatl y nieta como él de Motecuhzoma, habia sido dada por éste en calidad de esposa á Moquihuix, *tecuhtli* tlaltilulca, en premio de sus hazañas durante la guerra contra los olmecas de Cuetlaxtla. Segun unos historiadores, el mal tratamiento que la hermosa princesa recibia de su marido, quien se vengaba en ella de los mexicanos, y segun otros, el noble sentimiento del patriotismo que inflamó el corazon de la esposa de Moquihuix al descubrir las tramas de éste contra su hermano y su nacion, la hicieron abandonar la ciudad de Tlaltilulco y refugiarse con sus hijos en Tenochtitlan, revelando á Axayacatl la vasta y tenebrosa conspiracion preparada en su daño por Moquihuix.

La huida de la reina de Tlaltilulco precipitó la guerra entre las dos naciones y frustró en gran parte los siniestros proyectos de su esposo. Este reunió á sus gentes de armas y les arengó, recordándoles todos los ultrajes y humillaciones sin cuento á que los tenochca les habian sujetado. Dice la crónica que un viejo sacerdote llamado Poyahuitl, y que presente se hallaba en esa junta de guerra, propuso á los tlaltilulcas que bebiesen del agua que servia para lavar la piedra de los

sacrificios, y que aprobada la idea pusiéronla luego en práctica, apurando Moquihuix y todos los suyos aquella agua inmunda teñida con sangre humana, sintiéndose despues de beberla animados por un ardimiento extraordinario, y ávidos de lucha y de matanza.

Renovóse poco tiempo despues, y ya unidos los tlaltilulcas á muchos conjurados de los pueblos vecinos, la ceremonia propuesta por Poyahuitl en la primera reunion, prometiendo todos de nuevo á Huitzilopochtli acabar con Tenochtitlan y sacrificar en sus aras á los prisioneros que hiciesen en la guerra.

Ya en este estado de efervescencia los ánimos, no debia tardar el combate á muerte entre los dos pueblos. Axayacatl, por su parte, desde que su hermana le revelara las intenciones de Moquihuix, no habia descansado un momento hasta ver dispuesto su ejército para entrar en batalla. El mismo dia que los conjurados celebraron su segunda junta de guerreros, ya al caer la tarde, presentáronse algunas mujeres tlaltilulcas armadas de escobas teñidas en sangre, á las puertas de las casas tenochca que se hallaban situadas junto al foso que corria entre las dos ciudades, y despues de gritar desvergüenzas é improperios contra los mexicanos, quemaron las escobas, significando con esta accion que Tenochtitlan y sus habitantes tenian que perecer al dia siguiente entre los horrores del incendio y la matanza.

Esta última demostracion exasperó tanto á unos y otros que apenas se alzó el nuevo sol comenzó el ataque, siendo los tlaltilulcas los primeros que se lanzaron á los cuarteles de la ciudad de Tenoch, próximos á la zanja de que ya hemos hablado. El señor de los culhuas, Xiloman, uno de los aliados que se habian procurado los tlaltilulcas, llegó en los momentos en que se luchaba con mayor encarnizamiento, pero disgustado al ver que Moquihuix habia principiado el combate sin contar con él, se retiró con los suyos profundamente resentido, no sin ordenar que se cerraran los canales por donde Axayacatl y los mexicanos pudiesen recibir algunos so-

corros. El *tecuhtli* de los tenochca que durante la accion habia hecho prodigios de valor, dispuso que volvieran á abrirse los canales obstruidos por el señor de Culhuacan, y continuó peleando con mas furia que nunca, sin que su valor y el de sus soldados pudieran impedir que varias casas de Tenochtitlan fuesen presa de las llamas y que los tlaltilulcas se apoderasen de veinte mexicanos que fueron inmediatamente sacrificados en el altar del dios Huitzilopochtli. Peleóse con ardor terrible durante todo el dia, sin que la victoria se declarase por ninguno de ambos bandos; solo la noche pudo separar á los combatientes, aplazando por algunas horas la ruina de uno de los dos pueblos. Noche de angustiosa espera para Axayacatl y Moquihuix, y noche suprema para ambos ejércitos, cuyas tinieblas sirvieron al monarca mexicano para circunvalar con sus tropas á la desventurada Tlaltilulco del Lago.

V.

Lució el nuevo dia y apenas el sol tiñó suavemente la region oriental, sonaron por todo el campo las conchas y caracoles marinos, dejóse oir el melancólico redoblar del *huehuetl* y los acompasados *teponaxtli* dieron la señal del ataque. Púsose en marcha el ejército mexicano atronando el aire, segun su costumbre guerrera, con espantosa gritería y furiosos silbos y aullidos. Iba uno de los primeros, Axayacatl, revestido de todas sus armas, áureo *copilli* brillaba en su frente y engalanaban su traje ricos aderezos y divisas de mucho oro, joyas y plumas, *mostrando todo él*, dice la crónica, *valor y gentileza*. Rodeábanle los nobles y señores del imperio, entre ellos, sus hermanos Ahuitzotl y Tizoc, que le habia sucedido en el puesto de *tlacatecatl* ó generalísimo, y distinguíanse entre aquellos ilustres guerreros Cohuatzin, Quetzatlhua, Tlilpotoncatzin, Totomatzin, Tzontemoc y Tenamatl, y los demas que por sus altos hechos en las guerras de Motecuhzoma figuraban en las órdenes militares de los Quachic, Otomitl, Quauhtli y Ocelotl. Marchaban tambien confundidos en las filas de los mexicanos los de Cuauhtitlan, que llegados durante la noche á Tenochtitlan tomaban parte en el combate.

Apenas Axayacatl alzó el *chimalli* de vistosas plumas que consigo llevaba, lanzáronse los mexicanos en todas direcciones sobre los puestos avanzados de los tlaltilulcas, ciñendo como un inmenso círculo á la ciudad enemiga y redoblando su espantoso clamoreo. Empero los tlaltilulcas resistieron valerosamente la impetuosa acometida y por espacio de algun tiempo permanecieron firmes ante la granizada de piedras y dardos que sobre ellos asestaban sus contrarios, muriendo mucha gente de ambos bandos. Axayacatl, mirando la porfiada resistencia de los tlaltilulcas, recorrió las filas de su ejército alentando á los mexicanos con su voz y con su ejemplo, como tocaba á un nieto de Itzcoatl y de Motecuhzoma. Mandó que resonasen con mas fuerza los instrumentos de guerra; al bélico son de los caracoles y los *teponaxtli* cobraron incontrastable empuje sus soldados, hasta que al fin huyeron los tlaltilulcas hácia el centro de su ciudad, en donde se hallaba la espaciosa plaza del *tianguis* y su soberbio teocalli, penetrando en ella revueltos y confundidos con los vencedores.

En un momento, la extensísima plaza, en que se celebraba el mercado de las dos ciudades, formada por los establecimientos de comercio de los tlaltilulcas, que se levantaban en todos sus lados, quedó inundada de combatientes que luchaban desesperadamente. El vasto recinto era estrecho para contener aquellas ondas humanas que se despedazaban con la poderosa *maquahuitl* y el terrible *atlatl* de obsidiana. Furiosa gritería ahogaba los lamentos de los moribundos é impedia que se oyera la voz de Moquihuix que desde lo alto del *teocalli* animaba á los suyos. De repente, los tlaltilulcas, creyendo que el miedo obligaba á su gefe á permanecer en la cúspide del templo prorumpieron en denuestos y apostrofándole: "Baja de ahí, oh cobarde! le gritaban, baja de ahí y "toma las armas, que no es propio de hombres valientes es-"tar mirando tranquilamente á los que pelean y mueren en "defensa de la patria." Vencidos los tlaltilulcas, que habian combatido en el recinto de la plaza, Axayacatl, seguido de

sus mejores guerreros asaltó el *teocalli*, último baluarte que quedaba á Moquihuix. Teatro de encarnizada lucha fué todavía la escalinata que remataba en la cúspide del templo; pero el emperador mexicano hollando muertos y heridos logró trepar hasta la cima y arrojándose sobre Moquihuix, le abrió el pecho y despues de arrancarle el corazon, despeñó al cadáver que fué á estrellarse contra el pavimento de la plaza.

Terrible fué la venganza de los mexicanos vencedores. Muerto Moquihuix, los tlaltilulcas ya no pensaron mas que en confiar su vida á la fuga; muchos murieron alcanzados por sus perseguidores y los demas se sumergieron hasta el cuello en el fango de las acequias y entre los carrizales de su ciudad á fin de escapar á la matanza. Los soldados de Axayacatl, con el *ocotl* ardiendo en la mano prendian fuego á las tiendas y casas de la magnífica plaza, y lo que respetaba el incendio era destruido por el saqueo y el pillaje. Pocas veces como ésta fué tan severo el castigo impuesto á los vencidos. Los gefes tlaltilulcas que no sucumbieron en el combate fueron muertos despues por órden de Axayacatl, entre ellos Poyahuitl y Ehecatzitzimitl que habian sido principales promovedores de la guerra. Alcanzó el terrible brazo del *tecuhtli* mexicano á los señores de Xochimilco, Culhuacan, Huitzilopochco, Cuitlahuac y Mizquic, que fueron asesinados por su órden poco tiempo despues, por haberse confederado con los tlaltilulcas. La ciudad de Tlaltilulco del Lago quedó unida al imperio mexicano y sus habitantes escapados al degüello, fueron condenados á ruda servidumbre, *y desde aquel dia*, dice la crónica, *los tlaltilulcas tuvieron que pechar y tributar y fueron á las guerras de los mexicanos llevando el fardaje y bastimento á cuestas, habiendo sido hasta entonces libres de todo aquel trabajo y subsidio; y traíanlos los mexicanos tan sujetos y avasallados que les daban á entender el mal que habian hecho.* Todavía llevaron los mexicanos su castigo hasta la mas extrema crueldad. A los tlaltilulcas que por escapar á la muerte se habian sumerjido en el lodo de las acequias y entre espada-

ñas y carrizales, les perdonaron la vida poniéndoles por condicion que graznasen como patos y ánsares, y *luego que fué mandado*, habla la crónica, *los pobres tlaltilulcas empezaron á graznar como tordos y como urracas y como patos y ánsares, de lo cual los mexicanos levantaron gran risa y burla y hasta el dia de hoy los llaman graznadores y arremedadores de aves marinas y tordos, con lo cual los afrentan, y el dia de hoy nenguna vez riñen ni se deshonran que no les den con esto en la cara.*

VI.

Así acabó el reino de Tlaltilulco del Lago (1473) despues de ciento treinta y cinco años de vida independiente; y así dió principio la verdadera unificacion del imperio mexicano. Ya hemos visto que no contentos los vencedores con arrebatar á los tlaltilulcas su libertad, les sujetaron á las mas duras afrentas. Pesó desde entónces sobre los vencidos todo el rigor de la conquista, y hasta sus dioses les quitaron pasando á los *teocallis* de Tenochtitlan como los mas valiosos trofeos que los mexicanos hubieran alcanzado en esta guerra. Las casas, los palacios y los templos de Tlaltilulco fueron convertidos en basureros y en cloacas públicas de la orgullosa Tenochtitlan, y á la llegada de Hernan Cortés, cincuenta años mas tarde, entre los escombros de tanta antigua opulencia ya crecian yerbas y cardos y anidaban las serpientes.

VII.

Colócase en la cronología del Códice Mendozino la campaña que hizo Axayacatl á las Mixtecas, poco despues del vencimiento y ruina de Tlaltilulco, y así aparecen en la referida coleccion los nombres de algunas ciudades conquistadas por el emperador mexicano en esta asoladora expedicion.

La guerra sagrada instituida por el primer Motecuhzoma para ofrecer el mayor número de víctimas humanas á sus dioses, y que fué uno de sus errores políticos, pues que rodeaba á México de enemigos implacables, parece que fué el motivo que impulsó á Axayacatl á llevar sus armas, unidas á las de Acolhuacan y Tlacopan, hasta las lejanas comarcas de Tehuantepec y las orillas remotas del Mar del Sur.

Dice Burgoa en su "Geografía é Historia de Oaxaca," que varios pueblos de las Mixtecas, tributarios antiguos del imperio mexicano, unidos á los zapotecas rehusaron seguir pagando los tributos á que estaban sometidos, y que esperando resistir á los ejércitos mexicanos se apresuraron á construir una dilatada línea fortificada que defendiese su territorio; fortificacion cuyos vestigios se encuentran hoy esparcidos á traves de los bosques magestuosos y de las empinadas cum-

bres de la cordillera que recorre el Estado de Oaxaca en direccion al istmo de Tehuantepec.

Ya fuera por este motivo, ya por el deseo de sacrificar gran número de víctimas humanas en los altares de la deidad sanguinaria, Axayacatl marchó á las Mixtecas á la cabeza de sus tropas y en compañía de los acolhuas y de los tepanecas de Tlacopan. La coleccion de Mendoza trae en esta guerra y en la de Matlatzinco el signo relativo á las guerras que, aliados, llevaban á término los ejércitos de los tres reinos del Valle, y cuyo signo figurativo consiste en un escudo (*chimalli*) superado por una cabeza de águila. Segun Torquemada en su *Monarquía indiana, lib. II, cap.* 55, el batallador *tecuhtli* de México al frente de las tropas aliadas, y evitando los puntos fortificados de la montaña, se apoderó de Tehuantepec por medio de una estratagema, que consistió en fingir que huia para atraer á sus perseguidores á una emboscada en que quedaron completamente destrozados. Entró el vencedor al pueblo conquistado á la siniestra luz del incendio y en medio de todos los horrores de la guerra, y sin descansar en su victoria, se apoderó de la roca fortificada llamada Umalang, no lejos de la vencida Tehuantepec.

Luego llegó hasta las orillas del Grande Océano en el punto llamado Coatolco (Huatulco), y dirigiéndose hácia el Sudeste apareció como una tempestad en las fronteras de *Quauhtemallan* por el rumbo de Soconusco, resonando los aullidos y el canto de sus huestes victoriosas en las sombrías montañas de la América Central. Volvió el *tecuhtli* á la gran Tenochtitlan cargado de despojos y arrastrando tras sí inmenso número de prisioneros, que regaron con su sangre el ara del implacable dios de los mexica.

VIII.

Enemigo del reposo el emperador mexicano, apenas vuelto del país de los zapotecas, tornó sus armas invencibles contra los habitantes de Huexotzinco y Atlixco, de quien la nacion tenochca tenia que vengar viejos agravios. Cuenta la crónica que poco antes de principiar la batalla, apareció á los mexicanos la deidad Tetzcatlipoca, como para dispensarles su favor omnipotente; y que sintiéndose animados de sobrenatural aliento dieron sobre los enemigos con tal ímpetu, que en pocos momentos los pusieron en vergonzosa derrota. A este favor de los dioses se atribuye á Axayacatl la construccion de un templo en la capital, que se llamó *Coatlan*, y que fué consagrado al culto de la divinidad protectora.

IX.

Dividian las enhiestas y heladas cimas del Ajusco por el rumbo del Sudoeste, al valle de Anáhuac del país de los matlatzincas, gente bravía que siempre habia sido respetada por los emperadores mexicanos. Extendíase esta nacion desde las vertientes del Ajusco opuestas al valle, hasta el reino de Michoacan, poblado por los tarascos, y de cuyo valor y arrojo participaban los matlatzincas. En la época del reinado de Axayacatl, dos señores se dividian el mando de esta region, el uno llamado Chimaltecuhtli, y el otro, que tenia por nombre Tezozomoctli, segun se ve en la crónica del padre Duran, y cuya residencia estaba establecida en el lugar de Tenantzinco.

Reyertas y rivalidades entre ambos señores obligaron al segundo á solicitar el auxilio del *tecuhtli* mexicano para destruir á su émulo. Siguiendo la misma crónica de Duran, el príncipe de Tenantzinco llegó á México en los momentos en que Axayacatl se ocupaba de colocar la *piedra del sol* en el remate del templo, que segun toda probabilidad es la conocida con el nombre de piedra de los sacrificios, y que se ha-

lla hoy en el patio del *Museo Nacional.* Acogió el emperador mexicano con agrado al señor de Tenantzinco, y ofrecióle que marcharia en su auxilio á fin de destruir á Chimaltzin (Chimaltecuhtli) luego que hubiese terminado la obra que entre manos traian él y sus súbditos.

Segun la ya citada crónica del padre Duran, Tlacaelel, tio de Axayacatl y viejo lleno de astucia y de mañas, aconsejó á su sobrino que no desperdiciase la ocasion que se le presentaba de sojuzgar á los matlatzincas, temiendo que algun dia coaligándose estos con los de Michoacan pusiesen en gran sobresalto al imperio mexicano.

Púsose en campaña Axayacatl acompañado de sus fieles aliados los soberanos de Texcoco y de Tlacopan, y penetró á las llanuras de los matlatzincas, precedido por el terror de su nombre y la fama de sus conquistas. Despues de devastar ricas comarcas, el ejército aliado se apoderó de Atlapolco y Xalatlauhco, siendo de notar el hecho referido por Torquemada, de que los prisioneros matlatzincas cogidos por los mexicanos al principio de esta guerra, en vez de enviarlos á Tenochtitlan para ser sacrificados, fueron destinados á poblar de nuevo á Xalatlauhco.

Despues de estos dos pueblos los invasores se apoderaron de Metepec, Tzinacantepec, Tenanco, Tlacotempam, Calimaya y Tolucan. Dice en su *Crónica Mexicana* D. Fernando Alvarado Tezozomoc, que en Calimaya derribaron los mexicanos un templo consagrado á *Coltzin*, y que luego condujeron á Tenochtitlan el ídolo de este dios, pues tenian la misma costumbre de los romanos: hacer suyos los dioses de las naciones vencidas por sus armas. Duran en su crónica afirma que fué Tolucan el lugar en donde se hallaba el ídolo mencionado: y *llegados los mexicanos al templo que estaba en el principal lugar quitaron el ídolo, que se llamaba Coltzin, y le pegaron fuego así como solian.*

X.

Tlilcuetzpalin, señor de Xiquipilco y guerrero de gran nombradía entre los matlatzincas, opuso tenaz resistencia á los aliados y en la batalla que les presentó en las cercanías de su ciudad, logró batirse personalmente con el bravo Axayacatl. En esta lucha singular, recibió el *tecuhtli* mexicano una herida que le dejó cojo para el resto de sus dias, pero pudo al fin vencer y aprisionar á su adversario, que poco despues fué conducido á la capital del imperio en compañía de once mil prisioneros matlatzincas que ornaron el triunfo de Axayacatl. La derrota de Tlilcuetzpalin, segun los autores mas respetables, puso fin á la campaña, quedando agregadas estas comarcas á la corona de México y repartidos los despojos de los vencidos entre los tres soberanos aliados.

XI.

Inusitada pompa y extremado alborozo desplegaron los habitantes de Tenochtitlan al saber las victorias alcanzadas por las armas del imperio en esta memorable campaña, esforzándose por recibir dignamente á sus valientes compatriotas. Apénas se avistaron á lo léjos las tropas que volvian á la capital, resonaron desde lo alto de los *teocallis* los instrumentos de guerra ejecutando bélicas sonatas; adelantóse el pueblo hasta mas allá de Chapoltepec al encuentro de su soberano, y haciéndole subir á unas lujosas andas le metió á la ciudad bajo arcos de flores y verdura, en medio de entusiastas aclamaciones y *con tan gran regocijo y fiesta, cual á otro Rey no se le habia hecho.* Llevado Axayacatl hasta el gran *teocalli,* postróse ante el ídolo de Huitzilopochtli, y despues de haberle dado gracias por las victorias que acababa de alcanzar, sacóse sangre de las orejas y piernas y untó con ella al dios de la guerra. Los prisioneros matlatzincas fueron luego sacrificados en los altares de Huitzilopochtli, contándose entre las víctimas el valiente Tlilcuetzpalin. Llenas están las crónicas con la descripcion de estas horribles hecatombes, ordenadas por una estúpida política de exterminio y por una execrable fé religiosa.

XII.

Ocupa la guerra de Michoacan el último lugar entre los grandes sucesos del reinado de Axayacatl. Segun algunos autores, síntomas de rebelion que aparecieron entre los recien sometidos matlatzincas, obligaron al emperador mexicano á volver hácia el Occidente de su capital al frente de sus bravos soldados. Segun otros, y es lo mas verosímil, el deseo de medir sus armas con los tarascos de Michoacan y de sacrificar los prisioneros que entre ellos hiciera en la consagracion de un nuevo templo construido en Tenochtitlan, fué la causa de esta guerra que tuvo tan fatal resultado para el *tecuhtli* mexicano.

Un florido ejército de veinticuatro mil hombres, compuesto de los mas bravos combatientes del Anáhuac, llevando á su cabeza á los soberanos de México, Texcoco y Tlacopan, llegó hasta Tlaximaloyan, situada en terrenos de Michoacan, cerca de los límites que separaban este país de la tierra de los matlatzincas. Despues de haberla ocupado, avanzaron los aliados hácia el interior del reino michoacano hasta llegar junto á la laguna de Pátzcuaro, en donde les dió encuentro el ejército tarasco, fuerte de cuarenta mil hombres. Trabóse

ruda batalla que duró dos dias, quedando tan destrozados los mexicanos, tepanecas y acolhuas, que de veinticuatro mil que eran al invadir á Michoacan, solo cuatro mil pudieron volver sanos á sus respectivas capitales, siendo tambien esta la única vez que la fortuna volvió las espaldas al esforzado emperador mexicano.

XIII.

Murió Axayacatl en 1481 (II Calli) poco despues de la desgraciada campaña de Michoacan y tras un glorioso reinado de doce años, que aparece en las crónicas antiguas como una deslumbradora epopeya. Pálpase el sentimiento patriótico de los cronistas mexicanos que escribieron en los primeros tiempos de la dominacion española, cuando describen con vivaz y entusiasmado estilo las conquistas á que dió cima el tercer emperador mexicano.

Digno nieto de Itzcoatl y de Motecuhzoma, Axayacatl cumplió la tarea de afirmar y proseguir la obra que aquellos comenzaron. Puso fin al reino de Tlaltilulco, esa terrible rival de Tenochtitlan, y unificó el imperio mexica, haciéndolo sobrepujar á los reinos de Acolhuacan y de Tlacopan; llevó las armas mexicanas hasta Tehuantepec y las remotas fronteras de Guatemala: ensanchó el territorio de su nacion con el país de los matlatzincas, y si exceptuamos la campaña de Michoacan, podemos decir que adonde quiera que llevó sus armas, llevó tambien la derrota y la muerte de sus enemigos. No menos grande como político, supo conservar las leyes establecidas

por Motecuhzoma, y alcanzó para la posteridad el renombre de severo y de hábil en el gobierno de su pueblo.

Murió jóven y agotado por los placeres de la poligamia, que estaba adoptada entre los soberanos del Valle, dejando muchos hijos y entre ellos Motecuhzoma y Cuitlahuatzin que fueron emperadores de México. El primero, que no supo defender la libertad de su pueblo, y el segundo, que, rehabilitando la sangre y el nombre de Axayacatl, logró alumbrar las postreras horas de su patria, con los siniestros gloriosos fulgores de la batalla de la *Noche triste.*

Axayacatl es uno de los hombres ilustres de nuestra patria, y tócale de derecho un lugar distinguido en este vasto panteon que estamos levantando á las grandes figuras de nuestra historia. Es ademas una representacion exacta, dignísima, gloriosa, de este pueblo valiente que ha sacudido todas las tiranías, que ha roto todas las cadenas; de este pueblo que agrupado hace quinientos cincuenta años en una isla del gran lago, salió de allí para dominar un vasto territorio; que caido en los hierros de la servidumbre acabó por romperlos en la frente de sus opresores; que amenazado de nuevo y en nuestros dias por la conquista y la dominacion extraña, supo hallar en su alma el fuego y el aliento de sus mayores, y que hoy se alza triunfante y respetado de todos; de este pueblo, en fin, que si está destinado á perecer algun dia, caerá, pero cuando la rojiza luz de sus volcanes alumbre la agonía del último descendiente de Axayacatl.

Julio Zárate.



TIZOC,

4º EMPERADOR MEXICANO.

(*Tomado de la Crónica del Padre Durán.*)

TIZOC.

CUARTO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

TIZOC, hermano primogénito de Axayacatl, fué electo emperador á la muerte de este último acaecida en 1481. Antes de ceñirse el *copilli*, Tizoc habia desempeñado por varios años el importante cargo de *tlacatecatl* ó generalísimo, y como tal acompañó en todas sus expediciones al batallador Axayacatl.

Su corto y pacífico reinado ha hecho creer á algunos historiadores, que el cuarto emperador de los mexicanos careció del valor y la entereza que distinguieron á sus antecesores en el trono; pero tal asercion descansa sobre muy débiles bases, porque si el reinado de Tizoc fué pacífico y tranquilo, no puede de allí deducirse lógicamente que el monarca fuese

un cobarde. Las crónicas antiguas citan con elogio su nombre en las campañas de Axayacatl, y como si esto no fuera bastante para destruir la opinion que venimos combatiendo, sí nos parece razon concluyente la de que siendo electiva la monarquía entre los mexicanos, estos no pudieron elegir en Tizoc á un soberano indigno de mandar los ejércitos y regir los destinos de un pueblo esencialmente guerrero.

Preciso es indagar otras causas que nos expliquen la paz que gozó el imperio durante el reinado de Tizoc. Algunos indicios esparcidos en los difusos cronicones nos autorizan para creer que el sucesor de Axayacatl, colocado al frente del gobierno despues de una série no interrumpida de conquistas, mas que aumentarlas, propúsose consolidarlas y dedicar su atencion preferente á las mejoras materiales y al órden administrativo. Virtudes mas sólidas son estas y mas benéficas para los pueblos, que las brillantes y asoladoras conquistas. No es extraño, pues, que la tradicion de un pueblo guerrero llegando hasta los primeros historiadores, amenguase las virtudes de Tizoc. Tócanos hoy rehabilitarlo. La patria es el foco adonde convergen sus hijos ilustres como otros tantos rayos luminosos. ¿Qué importa que cada uno de esos rayos, á semejanza de los que fulguran los soles errantes en el infinito, brille con especial coloracion?

II.

Tizoc, llamado tambien Tlalchitonatiuh (sol bajo) subió al trono de México cuatro dias despues del fallecimiento de Axayacatl (1481), succediéndole su hermano menor Ahuitzotl en el importante puesto de generalísimo ó *tlacatecatl* del imperio. Entre los señores que llegaron á México con el objeto de rendir homenajes al nuevo monarca, vinieron por vez primera los gefes de los matlatzincas, aquella valiente nacion que fué sometida por las huestes de Axayacatl al imperio mexicano.

Poco despues de la coronacion de Tizoc tuvo lugar la campaña que hicieron los tres reyes aliados contra el país de Meztitlan, situado al Noreste de México-Tenochtitlan. Segun la crónica del padre Duran, los mexicanos promovieron esta guerra, á fin de celebrar la exaltacion de Tizoc al trono con el sacrificio de los prisioneros que en ella hiciesen. Segun D. Fernando Alvarado Tezozomoc en su *Crónica mexicana*, los soldados de Tizoc marcharon solamente como aliados de las tropas de Netzahualpilli, *tecuhtli* acolhua de Texcoco que se proponia castigar las continuas hostilidades que su

reino habia sufrido de los habitantes de Meztitlan, desde la época del primer Motecuhzoma. Parécenos mas verosímil esta última asercion, si nos fijamos en que la mayor parte de los historiadores califican de tranquilo y pacífico el reinado de Tizoc.

Los ejércitos aliados batieron á los de Meztitlan en Atotonilco. Dice la crónica que estos opusieron porfiada resistencia y que solo fueron vencidos por una tropa de jóvenes mexicanos, que hacian entónces sus primeras armas. Cuarenta prisioneros fueron tomados á los de Meztitlan y destinados al sacrificio para celebrar la eleccion reciente de Tizoc; siendo este el único fruto de la campaña.

Celebra el ya referido Alvarado Tezozomoc las fiestas que hubo con este motivo en Tenochtitlan y que duraron muchos dias, desplegándose en ellas la pompa y el lujo introducidos en la corte de los mexicanos desde el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina.

III.

Ocupó Tizoc la mayor parte de su breve reinado en la construccion del gran templo, que fué despues el mas soberbio monumento que hallaron los españoles en América. En tiempo de los primeros reyes Acamapichtli, Huitzilihuitl y Chimalpopoca, una pobre choza formada de cañas y barro fué el santuario consagrado al dios Huitzilopochtli. Creció el templo en magnificencia en proporcion al crecimiento y progreso de la nacion, bajo los reinados de Itzcoatl, Motecuhzoma y Axayacatl hasta que Tizoc dió la última mano, construyendo el gran *teocalli* que hallaron los conquistadores en Tenochtitlan y cuya solemne consagracion tuvo lugar en tiempo de Ahuitzotl.

Conociendo la fé religiosa y el fanatismo ciego que animaba á nuestros mayores, fácilmente se comprenderá la importancia que daban á todo aquello que con su religion se ligase. El *teocalli*, casa de Dios, era la residencia de la divinidad; allí se ungian los reyes; allí se arrancaba las entrañas á los prisioneros; sobre su cima resonaban los caracoles é instrumentos guerreros, ya para convocar al pueblo á las armas, ya

para celebrar las victorias, ora para solemnizar los fastos nacionales; el *teocalli* era el último baluarte que resistia á las invasiones, así como era lo primero que incendiaban y destruian los vencedores al posesionarse de una ciudad.

Natural fué que cuando los mexicanos trataron de construir un templo digno del primer dios de su bárbara teogonía, procuraran que en su fábrica se revelase toda entera la grandeza de su nacion. No es, sin embargo, tarea fácil describir con toda exactitud el ya citado templo, porque las relaciones de los primeros conquistadores, testigos presenciales de lo que narran, difieren entre sí notablemente al describirlo. Clavijero compara juiciosamente los datos suministrados por los cuatro testigos oculares Hernan Cortés,* Bernal Diaz, el Conquistador anónimo y Sahagun, y procura establecer sobre este punto la verdad, reduciendo mas que aumentando las dimensiones atribuidas al Gran Teocalli por los cuatro autores que hemos mencionado.

Situado en el centro de la antigua Tenochtitlan, ocupaba el templo con los edificios que le eran anexos, el sitio que en nuestra moderna capital contiene á la plaza de la Constitucion, la Catedral y parte del Empedradillo. Encerraba el recinto del templo propiamente dicho una vasta muralla cuadrada, mirando cada lado de ella á uno de los cuatro puntos cardinales. Torquemada afirma que el circuito de la muralla era de tres mil pasos. Este muro, que tenia en medio de cada uno de los lados anchísima puerta, estaba construido de cal y canto, era muy grueso, teniendo ocho pies de altura, coronado de almenas á manera de nichos y profusamente adornado de figuras de culebras, por cuya razon los mexicanos llamábanlo *Coatepantli* ó muro de culebras.

Entre la muralla que hemos procurado describir y la base del *teocalli*, se extendia el atrio, curiosamente empedrado de piedras lisas y tan tersas, que los caballos de los españoles

* Cartas de Hernan Cortes al rey de España, Cárlos V.

no podian moverse sobre ellas sin caer. Alzábase en el centro de este atrio el vasto edificio del templo, de figura cuadrilonga, elevándose en forma de pirámide, es decir, disminuyendo su extension en proporcion de su altura. Esta gran pirámide truncada medía en su base trescientos piés de longitud y doscientos cincuenta de latitud. Componiase su conjunto de cinco cuerpos revestidos de piedra, y colocados unos sobre otros, de tal suerte que al pié de cada cuerpo quedaba un pasadizo ó cornisa entrante por donde podian andar cuatro hombres de frente. La escalera colocada al lado Sur de la pirámide se componia de ciento catorce escalones, y dividida en tantos tramos cuantos eran los cuerpos del edificio, de modo que vencida la primera escalera no podia pasarse á la segunda sin hacer un rodeo por el pasadizo de que hemos hablado y que ceñia á los cinco cuerpos sobrepuestos.

Una plataforma, respecto de cuyas dimensiones no ha habido nunca acuerdo entre los historiadores, remataba el quinto y último piso. Sobre ella, y cerca de su borde oriental, se alzaban dos torres á la altura de cincuenta y seis piés, formadas de piedra y madera. El cuerpo bajo de cada una de estas torres era el santuario en donde se hallaba colocado el altar del ídolo. Uno de estos dos santuarios era el consagrado á Huitzilopochtli, y el otro, segun varios autores, estaba dedicado á Tetzcatlipoca. El cuerpo superior de ambas torres servia para guardar los utensilios del culto. Gozábase desde esta altura una vista magnífica, pues la plataforma del templo dominaba la capital del imperio, muchas ciudades del valle y el gran lago que extendia su blanca superficie por el lado de Levante.

Habia tambien sobre esta alta plataforma dos grandes urnas de piedra, en las que ardia fuego constantemente, que cuidaban de conservar y de atizar los sacerdotes del templo, persuadidos de que si llegaba á extinguirse seria la señal del enojo del cielo y de las mas grandes calamidades.

Dice Clavijero, cuya narracion seguimos en este capítulo, que en el espacio medio entre la muralla *Coahpantli* y el tem-

plo mayor habia, ademas de una plaza destinada á los bailes religiosos, mas de cuarenta templos menores consagrados al culto de otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, varios seminarios de jóvenes y niños de ambos sexos y muchos otros edificios esparcidos por toda la circunferencia, siendo los mas importantes de entre estos templos menores, aquellos que estaban consagrados al culto de Tetzcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl.

Tal fué la grande obra que emprendió Tizoc durante su corto reinado, y cuyo término no le fué dado alcanzar. Los historiadores antiguos, especialmente Torquemada, enumeran minuciosamente todas las particularidades y detalles que contenia el vastísimo recinto del Gran Teocalli; detalles que no enumeramos por creerlos fuera de lugar en esta obra, pero ellos prueban el grado de esplendor que habia alcanzado el imperio mexicano. Parece que Tizoc, independientemente de este famoso edificio, impulsó la construccion de otros muchos que embellecieron rápidamente á su capital, logrando que sobrepujara en lujo y magnificencia á Texcoco, asiento de los reyes chichimecas de Acolhuacan.

IV.

Represéntanse en el Códice Mendozino catorce ciudades vencidas por las armas de Tizoc, contándose entre ellas Tolucan, Tamapach, Chillan, Yancuitlan, Tlapa y Mazatlan; pero se cree que los ejércitos mexicanos se redujeron á someter esos pueblos que se habian rebelado contra la dominacion del imperio.

Bajo el reinado de Tizoc tuvo lugar la célebre expedicion del monarca de Texcoco Netzahualpilli contra los de Huetxotzinco, á la que concurrieron los mexicanos en calidad de aliados de los acolhuas. Los hermanos del rey chichimeca de Texcoco, celosos al verle en posesion tranquila del trono que habian ambicionado, se entendieron secretamente con Huehuetzin, jefe de los huetxotzincas. Informado Netzahualpilli de las tramas de sus hermanos, se resolvió á llevar sus armas contra la república de Huetxotzinco, no sin descubrir antes que éstos habian avisado á Huehuetzin las insignias y el trage que debia llevar en la expedicion, para hacerle víctima de una celada.

Previno Netzahualpilli esta perfidia cambiando distintivos y trage con uno de sus capitanes, á quien colocó á la cabeza

de su ejército, ocupando él la plaza modesta del oficial que aparentemente lo representaba. No tardó mucho el prudente monarca en ver el fruto de su prevision. Apenas comenzó el combate, el grueso de las tropas huetxotzincas cargó sobre el grupo de los acolhuas en que se hallaba el jefe disfrazado con las insignias y ropaje de Netzahualpilli, y en pocos momentos diéronle muerte, así como á todos los que le rodeaban. Entonaban ya los huetxotzincas alegres cantos de triunfo y empezaban á desmayar los acolhuas creyendo muerto á su soberano, pues no estaban al tanto de la estratagema, cuando de repente, lanzándose Netzahualpilli sobre Huehuetzin, trabó con él reñida lucha. Acudieron los acolhuas á la defensa de su rey, y lograron salvarle, quedando muerto el jefe de los huetxotzicas por mano de Netzahualpilli y derrotadas las huestes enemigas.

Construyó el soberano de los acolhuas, en memoria de tal suceso, glorioso para su nombre y sus armas, rico palacio, mucho mas suntuoso, aunque menos vasto que el edificado por su padre el célebre Netzahualcoyotl. En la *Historia de los chichimecas*, escrita por D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl, se halla una descripcion curiosísima de tan espléndido edificio, aunque debe desconfiarse de la notoria parcialidad de este autor por todo aquello que toca á la nacion acolhua, de cuya familia real era descendiente.

V.

La muerte del emperador Tizoc, acaecida en 1486, tras un reinado de cinco años, fué ocasionada por un veneno que hallaron oportunidad de ministrarle los señores de Tlachco y de Iztapalapan. Dicen las crónicas, que puestos de acuerdo estos dos príncipes se valieron para consumar su crímen de unas hechiceras que, provistas del tósigo fatal, llegaron á Tenochtitlan, y aprovechando la primera coyuntura favorable cumplieron los siniestros designios de Maxtlaton y Techotlaya, así llamados ambos caciques. Pero lo que las crónicas antiguas callan es el motivo que les impulsó al crímen, pudiendo nosotros inferir que la ambicion de alguno de ellos para succeder á Tizoc en el trono, ó la venganza de antiguos agravios, les arrastró á quitarle la vida.

No tardó, sin embargo, el pueblo mexicano en aplicar terrible castigo á los asesinos de su rey. Apenas sabedores del repentino fallecimiento de Tizoc, acudieron á México los soberanos de Texcoco y de Tlacopan, y unidos á los nobles y al pueblo procuraron indagar quiénes eran los autores de tal atentado. Descubiertos Maxtlaton y Techotlaya fueron conducidos á la capital mexicana y condenados á muerte, junta-

mente con sus cómplices las hechiceras que habian aplicado el veneno. Así quedó vengado el temprano y trágico fin del emperador Tizocicatzin, cuyo nombre, ilustrado durante las guerras de su hermano Axayacatl, alcanzó en el trono de sus mayores los dictados de justiciero, recto mantenedor de las leyes y celoso promovedor de la prosperidad de su nacion.

Julio Zárate.



LIT. DE H. IRIARTE.

AHUIZOTL.

5º EMPERADOR DE MEXICO.

(Tomado de la Crónica del Padre Durán)

AHUITZOTL.

QUINTO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

YA la ciudad de Tenoch estaba muy lejos de ser lo que era cincuenta años antes; el gobierno del débil y desgraciado Chimalpopoca habia pasado á manos robustas y á inteligencias superiores, y el imperio comenzado á fundar por Acamapichtli se extendia y robustecia prodigiosamente, gracias á los emperadores que últimamente se habian elegido. Itzcoatl minó el poder del tirano Maxtlaton, y el de sus aliados; ayudó á Netzahualcoyotl para que recuperase los Estados que la tiranía le arrebatara, y conquistó á Huexotla, Coyohuacan, Atlacuihuayan y Huitzilopochco. El poder y la gloria de Itzcoatl aumentaban, debido á su génio y actividad, pero mas aún al valor y pericia de su general Motecuhzoma

Ilhuicamina, el mismo que debia heredar un trono á cuya grandeza contribuyó de una manera tan eficaz.

La capital del imperio mexicano entre tanto aumentaba en poblacion, se enriquecia con los despojos de sus enemigos y mejoraba notablemente su policía y su ornato. Donde quiera sus inmensas plazas, sus templos, sus soberbios edificios, sus calzadas y sus puentes estaban demostrando la magnificencia de un reino poco antes tributario de sus vecinos. Itzcoatl revelaba su génio político con la alianza que celebró con los reyes mas débiles que él, como Netzahualcoyotl, ó vencidos con sus armas, como Totohuilmatzin, que debió su elevacion al monarca mexicano. La insubordinacion se habia dejado ver entre los mexicanos, debido á la funesta influencia del despotismo y de la anarquía; la pobreza de la hacienda estaba demostrando la miseria pública; las bellas letras y las ciencias no impulsaban por la vía del progreso intelectual á una sociedad combatida siempre y humillada á veces; la instruccion era el patrimonio de unos cuantos, y el mismo culto que profesaban decaia; pero Itzcoatl se propuso remediar todos estos males, y lo consiguió, porque siempre el consorcio del génio y una voluntad decidida logran todo. El emperador mexicano reformó y mejoró los consejos de guerra y hacienda y los que conocian de las causas civiles y criminales; edificó templos y creó ministros del culto, señalándoles rentas para su mantenimiento; protegió las artes, estableció academias para el cultivo de la astronomía, de la historia, de la música y la poesía, y construyó palacios y plantó magníficos jardines. Todo esto lo hacia sin dejar de emprender conquistas como las de Xochimilco, Cuauhuahuac, Cuautlichan y Toltitlan.

Pero en medio de su prosperidad y de su gloria el gran Itzcoatl murió (por qué no le llamaremos grande?) el año de 1440, y el pueblo de Tenoch, que tanto lloró la pérdida que sufria, fué consolado al elegir para que sucediera al emperador muerto, al valiente general que contribuyó tanto á la grandeza del imperio mexicano.

Motecuhzoma Ilhuicamina prosiguió sus conquistas; castigó y subyugó á los chalcas, agregó al imperio los territorios de Chilapan, Tlalcozauhtitlan, Tololopan, Yacapichtla, Tepoztlan, Yauhtepec, Huaxtepec, Coxco, Oztomautla y Tlachmalac, y al regresar de tantas expediciones entró á la capital y amplió el templo de Huitzilopochtli. Vino la inundacion (1447) y construyó un dique de nueve millas de largo, para evitar en lo sucesivo otro desastre semejante; vino el hambre (1452) y abrió sus graneros y los de los nobles á sus súbditos; se rebelaron nuevamente los chalcas y los venció. Despues fué á las Mixtecas y obtuvo la victoria; subyugó á Tototlan y Quinantla, y conquistó á Cuetlachtlan, provincia situada en la costa, donde la fundaron los olmecas. Para todas estas grandes empresas, Motecuhzoma contó con la pericia y valor de sus generales Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl.

II.

Aunque nosotros hacemos la biografía del último de estos personajes, nos ha parecido dar á conocer la situacion en que el imperio mexicano se encontraba al heredar el trono Ahuitzotl. Ademas de los pueblos conquistados por Motecuhzoma, Axayacatl habia dominado otros muchos como Tecuantepec, Toluca, Tetenango, Metepec, Xiquipilco, ciudad de los otomites, y otros muchos lugares. Murió Axayacatl (1481) y le succedió Tizoc, cuyo reinado fué bien corto y poco notable, salvo que sea un hecho una gran victoria que Torquemada le atribuye, y pereció de una manera trágica (1486), no sin haber antes proyectado construir un magnífico templo á Huitzilopochtli, cuya obra comenzó, segun unos, ó solo diseñó, segun otros. (1)

No se habrá olvidado que á la muerte de Tizoc la ciudad de Tenoch y el imperio se habian engrandecido de una manera prodigiosa. Aquella contaba con una poblacion inmensa, con magníficos palacios y templos, puentes y calzadas; era el

(1) Véase la biografía de Tizoc.

comercio activo, próspera la agricultura, rica la industria, y las ciencias adquirian un poderoso desarrollo. Este, el imperio, extendia su dominacion hasta el Golfo de México y el Pacífico, en cuya vasta extension de territorio estaban diseminadas muchas ciudades y pueblos, algunos de aquellos tan populosos, que un historiador ha dicho que México era como dos veces Milan, y Texcoco mas grande que la mayor ciudad de España. Los tejidos de algodon, las riquísimas plumas, las pieles de conejo, la variedad de manufacturas de oro y plata, sorprendieron á Cortés y á sus compañeros pocos años despues; la policía en la capital estaba organizada de tal manera, que el emperador sabia oportunamente cuanto pasaba en la opulenta cuidad, en donde ademas de esto eran tales la limpieza y aseo de la poblacion, que Herrera y Torquemada afirman que muchos millares de hombres barrian diariamente las calles, en cuyo centro ó laterales, segun la conformacion de ellas, se colocaban en la noche grandes braseros que impedian la perpetracion de los delitos y advertian á los habitantes los peligros que podian encontrar en su tránsito.

No era desconocida para los mexicanos la medicina; su calendario está revelando sus vastos conocimientos astronómicos, y la magnificencia de sus edificios, principalmente la del templo mayor, el grado de perfeccionamiento á que habia llegado la arquitectura. Las academias establecidas por Itzcoalt para el aprendizaje de la música, de la poesía, produjeron necesariamente sus frutos, y apenas habrá alguno de nuestros lectores que no conozca la oda de Netzahualcoyotl al Sér Supremo.

Ya hemos dicho algo, aunque muy de paso, porque á mas no se presta la pequeñez de un artículo biográfico, con relacion á los tribunales establecidos para conocer de las causas civiles y criminales. Respecto de la bondad de las leyes nos basta para demostrarla el testimonio de muchos autores españoles. Acosta dice que "*ellas* (las leyes) *son dignas de nuestra admiracion y pueden servir de modelo á los pueblos cristianos.*" D. Fernando de Alva Ixtlixochitl escribió ochenta leyes

promulgadas por su ilustre abuelo. Unos tribunales se reunian diariamente para administrar justicia; otros cada veinte dias presididos por el rey, y existia una asamblea cuyas sesiones se celebraban cada ochenta dias, con el fin de terminar las causas pendientes. No fué conocida la tiranía sino hasta Motecuhzoma II, que abusaba de su poder contra "todos los que de cualquier modo pretendian disminuir su autoridad y su opulencia."

El ejército mexicano era aguerrido y numeroso. Para comprender esto, basta fijarse en la multitud de sus conquistas, realizadas en unos cuantos años, en el poder y grandeza de algunos pueblos por ellos subyugados y en la distancia á que muchos de estos se encontraban. Es preciso, sin embargo, confesar que los mexicanos, como todos los conquistadores, abusaron de los vencidos, saciando en ellos una saña criminal, y que los bárbaros sacrificios de los prisioneros en los altares de los dioses, eran unos espectáculos atroces. Pero la enormidad de este crímen tiene menores proporciones á los ojos de los que conocen la historia antigua, aun la de la potente Roma y la de la ilustrada Grecia.

III.

Tales eran la cultura, el poder y la riqueza del imperio á cuyo trono ascendió Ahuitzotl el año de 1486. Antes de la eleccion, los mexicanos descubrieron á los autores de la muerte de Tizoc, originada por envenenamiento, segun muchos historiadores, y los que llevaron á la tumba á su emperador fueron á su vez llevados al suplicio en presencia de los reyes aliados y de la nobleza de México y de Texcoco. Un pueblo belicoso, avezado á la guerra, necesitaba ser dirigido por un hombre que como Ahuitzotl tanto se habia distinguido en los combates, y acaso esta cualidad que reunió el candidato decidió la eleccion en su favor. En las muchas victorias obtenidas por Itzcoatl y Axayacatl, el valiente Ahuitzotl habia contribuido eficazmente á ellas, se distinguió donde quiera por su arrojo y pericia, y por todo esto desde antes pudo preverse que llegaria á la mas alta dignidad.

Apenas hubo ceñido Ahuitzotl la corona (*copilli*) dirigió su ejército contra los mayahuas, que se habian independido de Tacuba, contra los zapotecas y otros muchos pueblos, obteniendo un triunfo en cada combate. Sometió nuevamente

á los primeros, y vencedor de los otros, agregó las poblaciones conquistadas al imperio.

Unas veces solo el ejército mexicano, y otras unido al de alguno de los reyes aliados, no cesó de emprender grandes conquistas durante el reinado del emperador cuya biografía nos ocupa. Los habitantes de los Cosacuahtenanco fueron reducidos á servidumbre, y al vencerlos—fuerza es decirlo—Ahuitzotl fué excesivamente cruel. La mortandad entre los derrotados fué horrorosa, segun Torquemada y otros historiadores; y orgulloso el emperador con la espléndida victoria obtenida á costa de tanta sangre, se dirigió sobre Cuapilotlan, y luego—dice Clavijero—fué á pelear contra Quetzalcuitlapillan, provincia poderosa y muy poblada de gente guerrera.

Torquemada cree que Ahuitzotl emprendió frecuentemente la conquista de Quetzalcuitlapillan, y no pudo lograrla; pero esta aseveracion está desmentida por otros muchos historiadores. Afirman el hecho, Sahagun, que conoció la lengua y la historia de México; Acosta, citado por Prescott, y Mendoza, que cuenta á Quetzalcuitlapillan entre los pueblos conquistados por Ahuitzotl.

Este emprendió la guerra contra Cuauhtitlan, lugar situado en el Golfo de México, y despues unido á su ejército el de Texcuco, conquistó á Huexotzinco, en cuya campaña se distinguieron, Motecuhzoma, que le sucedió en el trono, y Tliltototl, noble general que fué para Ahuitzotl lo que este habia sido para Itzcoatl y Axayacatl.

No siempre, sin embargo, sonrió la fortuna al emperador mexicano. Ocupado éste en continuas guerras provocadas por su deseo insaciable de dominacion, entró repentinamente á Atlixco, cuyos habitantes se armaron y pidieron auxilio á los huexotzincos, y reunidos los ejércitos de ambos, derrotaron al de Ahuitzotl, quien tuvo que regresar á México, vencido por la primera y única vez; pero á poco tiempo la anarquía que reinó entre sus vencedores le proporcionó someterlos, y Toltecatl, el gefe que lo derrotara y otros muchos,

fueron llevados á la muerte por órden que dió Ahuitzotl al gobernador de Tlalmanalco.

El emperador habia recibido una contusion peligrosa en la cabeza, por un incidente de que mas tarde nos ocuparemos, y á pesar de esto no dejó de emprender nuevas y lejanas conquistas. Izquizochitlan, fué sometida del mismo modo que Amatlan, Tlacuilollan y Xaltepec, despues de cuyas campañas fueron reconquistados Huexotla y Tecuantepec. Parece que la primera de estas expediciones fué la mas difícil y costosa; pero esto no desalentó al emperador ni á su general Tliltototl, quien llevó las armas victoriosas del imperio mexicano hasta Guatemala (*Cuautemallan*), y segun algunos historiadores, hasta Nicaragua.

IV.

Hé aquí referidas sucintamente las grandes hazañas de Ahuitzotl, hazañas que solo nos dan á conocer el carácter belicoso y el génio guerrero del soldado; pero que son insuficientes para mostrarnos al emperador y al hombre. Nosotros necesitamos para formar esta biografía, examinar las virtudes y vicios del gobernante, á fin de que la crítica del lector juzgue al personaje de quien nos ocupamos, y al cual no vacilaremos en llamar uno de los mas grandes emperadores aztecas, á pesar de sus defectos y aun de sus crímenes.

No bien habia Ahuitzotl conquistado á los mayahuos y á los zapotecas, cuando volvió á México con el fin de solemnizar la dedicacion del gran templo, cuya obra diseñó Tizoc, y segun otros Itzcoatl, pareciendo mas verosímil la primera asercion. En cuatro años—y en esto están conformes los historiadores,—se concluyó el templo "debido al increible número de operarios empleados en la construccion del soberbio edificio."

Ahuitzotl, fanático por el culto de sus dioses, que requeria



LIT. DE IRIARTE.

SACRIFICIO ORDINARIO DE LOS MEXICANOS.

(Tomado de la historia de México de D. Fran.co Carbajal Espinosa)

el bárbaro sacrificio de víctimas humanas, habia reservado á todos los prisioneros que cayeron en sus manos durante cuatro años de contínuas guerras y conquistas, para inmolarlos en los altares consagrados á Huitzilopochtli. La noticia de la solemne dedicacion fué llevada á todas las poblaciones del imperio, de donde acudió tal número de personas, que algunos historiadores hacen subir á seis millones. El emperador, por su parte, convidó á la ceremonia á los dos reyes sus aliados y á la nobleza de los pueblos vecinos, y en presencia del numerosísimo concurso fueron sacrificados setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro prisioneros, segun Torquemada, (*) durante una fiesta que duró cuatro dias, ¡cuatro dias de agonía para los desgraciados que fueran inmolados los postreros!

Pero este lujo de crueldad, obra de la supersticion abominable, fué seguido de ciertas manifestaciones de generosidad y munificencia que hacen todavia mas repugnante la fiesta. Concluida ésta, el emperador hizo magníficos regalos á todos los convidados........

Y seria de desear que esta solemnidad fuera la única en la cual se hubiera derramado sangre humana. En el templo llamado Tlacateco, fueron inmolados los prisioneros hechos en la campaña contra los huexotzingos, y en Xalatlauhco, Muzauhqui, cacique ó señor del pueblo, sacrificaba otros muchos.

Naturalmente, el ejemplo de la capital era seguido en las demas poblaciones, en las cuales, como menos ilustradas, es de suponer que el fanatismo religioso hiciera mayores estragos. En tantas guerras emprendidas incesantemente, el número de prisioneros era muy crecido, y estos no ignoraban

* Muchos historiadores creen exagerado este cálculo. Unos dicen que el número de sacrificados no excedió de sesenta mil y otros que fué mucho menor; pero de todas maneras aparece demostrado que la matanza fué horrible.

el fin que les estaba reservado. Ni en los mas sangrientos combates se procuraba matar á los vencidos, sino aprisionarlos y traerlos para ser sacrificados en las grandes solemnidades religiosas, y por esto solo se podrá conocer cuántos serian inmolados por la salvaje idolatría.

V.

Algunos años despues de la dedicacion del templo mayor, creyó Ahuitzotl que por falta de agua se dificultaba la navegacion en el lago, y quizo traer aquella del manantial de Huitzilopochco. Izotzomatzin le manifestó que no eran perpetuas las aguas de la fuente; pero no gustando al emperador la contradiccion, como jamas ha gustado á ninguno que ejerce un poder absoluto, despidió enojado al señor de Coyoacan que tan útiles observaciones le hiciera y le hizo dar muerte. Ahuitzotl mandó construir un acueducto de Coyoacan á México; todos se felicitaron cuando llegaron las aguas al lago; los sacerdotes solemnizaron tambien el acontecimiento; pero no pasaron muchos dias sin que se comprendiera la justicia y buena fé con que Izotzomatzin habia procedido, conocien. do quizá de antemano los funestos resultados de la obstinacion del emperador.

Con efecto, las lluvias del año (1498) fueron abundantes, la ciudad se inundó al extremo de no poderse transitar por sus calles, si no era en barcos, y muchas casas se arruinaron. El mismo Ahuitzotl fué sorprendido por la inundacion en un cuarto bajo de su palacio; y al pretender salir precipitada-

mente por una puerta que no era muy alta, se hizo en la cabeza una contusion de la cual murió mas tarde. Tras de esto vino la carestía, por haberse perdido las cosechas á consecuencia de la abundancia de agua.

Ahuitzotl procuró remediar los males ocasionados por su capricho; mandó decir al rey Nezahualpilli, hijo del gran Netzahualcoyotl, que se doliera de su ciudad y de sus pobres mexicanos y le diera un consejo para evitar otras inundaciones y para secar la capital. El rey amigo fué al lugar donde el manantial se encontraba, "mandó cerrar los ojos de éste, y cesó la avenida que inundaba á México." Así lo refieren varios historiadores, y entre otros Torquemada, quien extraña que Acosta no tribute á Nezahualpilli el elogio que se merece.

El mal causado por la inundacion produjo sin embargo un bien. En el valle de México se descubrió la "Piedra liviana," como la llamaban algunos escritores antiguos, ó sea la cantera conocida con el nombre de *tetzontli.* Ahuitzotl llamó á todos los operarios de la comarca para que sacasen la mayor cantidad posible de *tetzontli;* y no bien habia cesado la inundacion, "Ahuitzotl empleó esta piedra en fortificar la ciudad, en terraplenar el suelo del templo mayor y en reparar los palacios y las casas." Despues de esto los reyes fueron á Tlacuiloyan y trajeron mil doscientos prisioneros, que inhumanamente sacrificaron á Huitzilopochtli, quizá en accion de gracias por el descubrimiento del *tetzontli*, que tanto sirvió para reconstruir y embellecer la populosa capital del imperio, gobernado y engrandecido por Ahuitzotl, quien permaneció en el trono de México diez y seis años y murió el de 1502, á resultas de la contusion que recibió y de la cual hablamos ya.

VI.

He aquí los principales hechos del emperador cuya biografía hemos terminado, faltándonos solo la relacion en compendio de otros muchos de sus actos, que manifiestan hasta la evidencia, que Ahuitzotl poseia grandes virtudes y tambien grandes vicios.

Pero para juzgar de éstos es preciso colocarse en el tiempo en que existió el personaje que nos ocupa; conocer el espíritu de la época, retroceder hasta aquella en que los mexicanos permanecieron humillados, perseguidos y esclavizados algunas veces, ó tributarios cuando menos, y sobre todo, comprender á fondo cuánta es la influencia de las supersticiones religiosas, cuánto retardan el triunfo de la causa de la filosofía y la humanidad las costumbres de una nacion, y cómo todos los pueblos conquistadores, sin excepcion alguna, son arbitrarios y tiranos.

Somos nosotros poco inclinados á reconocer un héroe en cada personaje histórico; pero esto no impedirá que veamos en Ahuitzotl un monarca altivo, valiente, tenaz en sus empresas y de una fuerza de voluntad inquebrantable. Aficionado á la guerra por carácter y por educacion, soñaba naturalmen-

te con las conquistas, y al realizar éstas fué injusto y cruel, como lo observamos ya. En cambio, manifestó muchas veces querer todo para México, como Alejandro lo queria todo para la Macedonia y Napoleon todo para la Francia, y empleó los recursos de su poder y su riqueza en engrandecer la capital del imperio y extender por todas partes los límites de éste.

Diremos otra vez que no opinamos que Ahuitzotl sea un héroe perfecto como Epaminondas ni un conquistador como el hijo de Filipo; pero si la crueldad de otros guerreros puede justificar el despotismo del primero con los vencidos, bastará recordar cómo trataron los romanos á Cartago, qué hicieron al mando del republicano Bruto en Xanto; preguntariamos, sin remontarnos á los tiempos antiguos, cómo conquistó á los mexicanos Cortés y á los peruanos Pizarro, y lo que han hecho en algunos de sus dominios los soldados ingleses. Y esto despues que el cristianismo y la civilizacion han inundado con su luz á los pueblos, despues que la verdadera filosofía no se cansa en predicar la concordia, la fraternidad, la paz universal.

Acaso no exista una razon bastante poderosa para justificar los sacrificios humanos; pero ¿cuál es el pueblo antiguo en donde ellos hayan sido desconocidos? ¿Qué extraño es que en un país aislado del resto del mundo, una multitud de prisioneros hayan sido inmolados á Huitzilopochtli, dios sediento de sangre y de exterminio, cuando estos espectáculos horribles fueron instituidos en los pueblos que se llamaban cultos y cristianos, con los juicios de Dios, con el tribunal de la Inquisicion, no menos bárbaro é inhumano que los antiguos sacerdotes de México? ¿Quién se admira de que el fanatismo de una nacion idólatra hiciera tantas víctimas, cuando sabemos la matanza de Saint Barthelemy, cuando hemos aprendido desde niños que la intolerancia religiosa ha hecho millares de víctimas en todo el mundo?

Pero dejando á un lado estas tristes reflexiones, digamos de una vez, que el hecho de haber sacrificado Ahuitzotl tantas víctimas, es una mancha en la historia del quinto emperador

de México, y que ese hecho, aunque justificado entonces por la embriaguez del triunfo, por las costumbres y por la superstición, será siempre condenado por la filosofía, por la civilizacion y la humanidad. Esas matanzas destruian realmente el poder del imperio, reducian al último extremo de la desesperacion á los enemigos de éste, y eclipsaban por completo el brillo de las conquistas alcanzadas por Ahuitzotl, quien llegó á dominar casi el mismo vasto territorio que despues se llamó Nueva-España.

Por lo demas, Ahuitzotl fué liberal, magnífico; dedicó preferentemente su atencion á hermosear la ciudad de México; hacia espléndidos regalos al pueblo; era alegre y amigo de la música, y para exceder en lujo y ostentacion de placeres á sus antecesores, quiso tener mayor número de mujeres que ellos. Clavijero, en nuestro concepto, es el historiador que mas acertadamente ha juzgado á Ahuitzotl en las siguientes líneas, que no podemos dejar de insertar para concluir.

"Ademas del valor, dice de Ahuitzotl el ilustre jesuita, tuvo otras prendas reales, como la magnificencia y la liberalidad, que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermoseó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó á ser, bajo su reinado, la mayor y mas bella del Nuevo Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias, congregaba al pueblo, y por sus manos distribuía víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas.

"Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos, pues era caprichoso, vengativo, *cruel á veces,* (1) y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz; de modo que su nombre se usa todavia, aun por los españoles de aquel país, (2)

(1) *Fíjese el lector en las palabras que subrayamos.*

(2) *Es sabido que Clavijero escribió su historia en Italia.*

para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie. (1)

"Por otro lado, era de buen humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion, con perjuicio de los negocios públicos, pues le robaba gran parte del tiempo y de la atencion que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era menos inclinado al amor de las mujeres. Sus antepasados solian tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razon del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuitzotl, habiendo ampliado tanto sus dominios y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mujeres con quienes sucesivamente se casó."

AGUSTIN R. GONZALEZ.

(1) Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote;* á nadie le falta un Ahuizote, &c.—(Nota de Clavijero.)



MOTECUHZOMA 2º

6º EMPERADOR MEXICANO

(Tomado de la Crónica del P. Duran)

MOTECUHZOMA II, XOCOYOTZIN.

SEXTO EMPERADOR DE MEXICO.

INTRODUCCION.

EL puñado de hombres que en 1325 se refugió en las isletas del lago, y fundó la miserable ciudad de Tenoch, dos siglos despues se habia extendido, crecido, multiplicado.

La pequeña ciudad, mas bien aldea, habia ensanchado no solo los límites de su área, sino que, extendiendo sus brazos como un gigante legendario, habia abarcado con ellos el mayor número de los pueblos que habitaban esta parte del continente.

El pigmeo de Acamapichtli y de Huitzilihuitl, habia ahogado entre sus manos al coloso de Atzcapotzalco. Tlaltilulco, Quetzalcuitlapillan, Cuahotla, Itzquixochitlan, Amatlan, Xalatlahuco, Xaltepec, Huexotla, Cuahutemallan, Chillan, Yancuitlan, Tlapa, Chalco, Chilapan, Totolapa, Tepoztlan,

Yautepec, Coxco, Xochimilco, Cuauhnahuac, Tecuanhtepec y otra multitud de señoríos, de provincias, de reinos, eran esclavos, feudatarios ó aliados de la nacion tenochca, que convertida en imperio, habia llevado sus conquistas lejos, muy lejos del fangoso promontorio en que los desdichados mexica, hijos del siglo XIV, se guarecieron de la ira de sus señores.

Las miserables chozas de caña que servian de habitacion á aquellos pobres trashumantes, se habian trasformado en casas de piedra ó de tetzontli; las casas se habian convertido en palacios, alineados en calles formadas sobre las aguas del lago, que, canalizado por los mexica, recibió en medio de sus ondas á la ciudad gran señora del continente americano. Puentes de madera ó de mampostería servian para comunicar las calles entre sí; millares de chalupas y de canoas cruzaban la poblacion en todas direcciones; y las *chinampas*, ó jardines flotantes, eran, al mismo tiempo que el adorno, el preservativo higiénico contra las emanaciones pútridas de las aguas de los lagos.

Templos soberbios, construidos de piedra y de ladrillo, se levantaban por todos lados, descollando entre ellos el templo mayor, ciudad dentro de otra ciudad, situado en donde se hallan hoy parte de la plaza de la Constitucion, la catedral, y algunas de las casas y calles de las inmediaciones.

A los trajes groseros de filamento de maguey y de espadaña, habian sucedido los trajes de finísimo algodon y de

lindísimas plumas; á los alimentos de raíces y de peces, otros mucho mas limpios y nutritivos.

Al aislamiento sucedió el comercio, á la debilidad el poder, á la miseria la abundancia.

Ese pueblo, tan digno de lástima ó de desprecio cuando desnudo, hambriento é ignorante, se encontraba solo y abandonado entre los islotes del lago, se habia convertido en una gran nacion, habia ilustrado su entendimiento, aumentado su fuerza; y en medio de sus guerras de superstícion ó de conquista, adelantado en la industria y en las artes, si bien en algunos de esos progresos se nota la falta de escuela y de buen gusto.

Eran escultores en piedra y en madera; y para trabajar la primera no empleaban el hierro, sino instrumentos de piedra dura; hacian tambien figuras de barro, bajos relieves, y daban á las formas las proporciones exigidas.

Sus obras de fundicion fueron admiradas por artífices de Europa, que declararon inimitables las que vieron entre los regalos mandados á Cárlos V; y afirman historiadores y cronistas, que fundian de una vez un pescado con escamas de oro y plata, y aves que movian las alas, la lengua y la cabeza, y cuadrúpedos que movian los pies y la cabeza; y añaden que montaban las piedras preciosas, haciendo joyas de muchísimo valor.

Sus trabajos en mosaicos de pluma eran asombrosos; y como en los trajes y adornos que usaban los grandes señores entraban por mucho las plumas, los mexica tenian innumerables crias de toda especie de pájaros, destinados á perder sus vestidos, para con ellos hacer los mosaicos que causaron la admiracion de cuantos en aquella época los vieron.

Y así como adelantaron en las artes de puro adorno, tambien progresaron en las de utilidad doméstica. Es cierto que las habitaciones de los pobres se componian de una sola pieza en que se encontraban el hogar y los muebles, y en que residian la familia y los animales; pero los pobres, en todas las épocas y en todos los países, llevan siempre el peor lote de la vida; y en esto, los antiguos tenochca se parecieron á los modernos mexicanos, y á los antiguos y modernos pueblos de todo el universo. Los tenochca de aquellos dias que pertenecian á la clase menos pobre, construian sus casas con dos ó tres piezas, un oratorio, (*ayaucalli*), un (*temascalli*), baño, y un pequeño granero.

Pero las casas de los grandes eran de piedra y de cal, tenian dos pisos, habitaciones cómodas y bien distribuidas, patios, techos de madera, y estaban perfectamente blanqueadas y bruñidas.

Multitud de esas casas estaban almenadas, y muchas tenian torres y jardines con estanques.

Levantadas esas construcciones en una ciudad cuyas calles eran de tierra y de agua á la vez, las casas principales tenian dos entradas, una hácia la calle de tierra y otra hácia el canal.

Y aquí es oportuno hacer notar el respeto á la propiedad y la confianza en la ley que tenia aquel pueblo. Las casas no tenian puertas de madera; y solo para evitar la vista de los transeuntes, cubrian las entradas con cortinas: tan convencidos estaban de que para la custodia de sus intereses, bastaban los preceptos de la ley.

Sin reglas fijas, sin idea tal vez de un órden de arquitectura, los mexica usaban en sus edificios las bóvedas y los arcos, las columnas, los bajos relieves, las cornisas, etc., etc. Gustaban de que las columnas estuvieran formadas de monolitos; y de estas se hallaron muchas, siendo en las casas de piedra comun, y en los palacios de mármol y aun de alabastro; y todos los trabajos que causaron la admiracion de Cortés y de sus compañeros de aventuras, los hacian, no con instrumentos de fierro ni de acero, sino con instrumentos de piedra.

Las artes de puro adorno, ó mejor dicho, de lujo, tuvieron sus sacerdotes: los joyeros tenochca cortaban, pulian y labraban en diversas figuras, las amatistas, las cornalinas, las turquesas y las esmeraldas, que en aquella época eran muy comunes, y de las que (de las esmeraldas), fueron incontables las que se llevaron á España despues de la conquista, poseyendo Cortés cinco de las mas grandes y mas preciosas, que regaló á su segunda mujer Dª Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga.

Los carpinteros, con sus instrumentos de cobre, al que sabian dar el temple del acero, hacian toda clase de obras de madera; los alfareros eran notables por la curiosidad de sus trabajos; y los tejedores hacian admirar los productos de su industria. No conocian la lana, ni la seda, ni el cáñamo; pero con el algodon suplian la primera, el cáñamo con la palma de la montaña, ó con el filamento del maguey, y la seda con plumas y con pelo de conejo. De algodon tejian telas gruesas y otras finísimas, con figuras de animales y de flores. Para hacer sus trajes de invierno mezclaban el algodon con pelo de pieles de conejo ó de liebre; del *pati* y del *quetzalich-*

tli, se servian para tejidos equivalentes al lino, preparando estas materias como los europeos hacen con aquel textil; y con el junco, con la palma del monte y con el *itzhuatl*, hacian esteras de varios colores.

Curtian las pieles de los pájaros y de los cuadrúpedos, y segun el uso que de ellas querian hacer, les quitaban ó no, el pelo y las plumas.

La medicina y la cirujía eran ejercidas entre los mexica, por hombres que desde muy niños se dedicaban al estudio de las cualidades medicinales de las plantas, y de las dolencias humanas; y la ciencia y la humanidad deben algo á los médicos tenochca.

Cuanto llevamos dicho con la brevedad que exige un artículo de la naturaleza del que escribimos, manifiesta la altura á que al fin del reinado de Ahuitzotl, habia llegado la señora del Nuevo-Mundo.

Vamos á asistir á su caida.

I.

Magníficas exequias hizo el pueblo de Tenochtitlan al guerrero Ahuitzotl.

El que llevó las armas de la patria tan lejos y con tanto brillo, recibió á su muerte el homenaje de admiracion de sus vasallos.

El pueblo, los soldados, los nobles, los sacerdotes, todos contribuyeron á la grandeza de la postrera muestra de cariño que pagaban á su soberano.

Cumplido ese deber, los electores se reunieron para nombrar al nuevo emperador.

Ningun hermano de los últimos tecuhtlis existia: los electores tenian, por lo mismo, que escoger al sucesor entre los sobrinos del difunto.

Y vivian en aquella época, Motecuhzoma Xocoyotzin, Cuitlahuac, Matlaltzincatl, Pinahuitzin y Cuepacticatzin, hijos de Axayacatl, é Imatlamixatzin, Tepehuatzin y otros, hijos de Tizoc.

Los electores prefirieron á Motecuhzoma; y para distinguirlo del anterior, á quien llamaron *Huehue* (viejo), apellidaron á aquel *Xocoyotzin*, que en rigor significa jóven.

II.

Motecuhzoma II era muy querido de su pueblo, desde antes de subir al trono.

Admirábase en él, el valor militar, probado en las guerras del anterior reinado, en las que fué el primer jefe de los ejércitos; y respetábase en él el carácter sacerdotal de que estaba revestido al tiempo de la eleccion.

Grave, medido en sus acciones y palabras, circunspecto y religioso, teníasele en muy alto concepto en los consejos del imperio, y escuchábase su opinion con verdadero respeto.

Si jamas hombre alguno subió al poder precedido de un prestigio que le permitiera engrandecer á un pueblo, sin duda que el II Motecuhzoma fué ese hombre.

Alzábase al sólio, no solo por la influencia de sus hazañas, sino por la de ser intérprete de los dioses. Personificaba la alianza entre la espada y el sacerdocio, dos potencias que todavia en nuestros dias han pesado con mucho en el destino de las naciones; potencias que han explotado las debilidades, las preocupaciones, la ignorancia de los pueblos; y que ligadas por su propio interes, se han sobrepuesto por muchos

siglos al verdadero progreso y á la verdadera libertad de los hombres.

Rey y sacerdote, Motecuhzoma recibia en herencia del muerto emperador, una nacion poderosa, guerrera, rica, dominadora para los demas pueblos, sumisa para sus soberanos, llena de espíritu de obediencia á la régia voluntad; y rey y sacerdote, con su doble prestigio, con su doble influencia, podia, á quererlo, acabar de absorberse á los reinos que aun limitaban el suyo, y enseñorearse de ellos, quedándose el solo monarca de aquellas tierras.

La historia nos dirá si supo comprender su situacion.

III.

Los reyes aliados confirmaron la eleccion de Motecuhzoma, y fueron á la corte á presentarle sus felicitaciones.

Motecuhzoma, al saber la eleccion, comprendiendo que debia conservar ante su pueblo, ante sus aliados y ante sus enemigos, la alta reputacion que habia sabido formarse, se retiró al templo, haciendo creer que se juzgaba indigno de tanta honra.

Y al templo fué la nobleza á participarle su eleccion; y en medio de un acompañamiento tan numeroso como entusiasta, le llevó al palacio.

Allí los electores le notificaron con toda solemnidad el nombramiento; despues, le condujeron al templo para hacer las ceremonias acostumbradas; y en seguida, sentado en el sólio, recibió los homenajes y escuchó los discursos en que le daban la enhorabuena.

Netzahualpilli, rey de Acolhuacan, hijo y sucesor de Netzahualcoyotl, fué quien primero le dirigió la palabra.

He aquí su arenga, tal y como la ha conservado la tradicion:

—La gran ventura de la monarquía mexicana, se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los

grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que, el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos? (1) Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo, ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría no se halle tambien el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder, pues tanto os ha dado el Criador del cielo, (2) que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nacion venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un soberano, que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molicie y estarse en el lecho, abandonado á los pasatiempos y los deleites: antes bien, en medio de su reposo le inquietará el corazon, y le despertará el cuidado que tendrá de tí; ni hallará sabor en el manjar mas delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos

(1) Esta frase indica que Motecuhzoma era astrónomo.

(2) No es de extrañarse que Netzahualpilli hable de *Dios*. Era hijo de Netzahualcoyotl, y éste, demasiado se sabe que creia en un solo Dios, al que llamaba: "el Dios no conocido."

dones, habiendoos al mismo tiempo subido á esa altura, en que os anuncio muchos y muy felices años.

Motecuhzoma II, dicen los historiadores, no pudo responder á ese discurso, porque la ternura, la satisfaccion, le arrancaron lágrimas que le cortaron la palabra. Al fin dijo algunas frases, en que se confesó indigno del honor que se le hacia, y dando gracias á Netzahualpilli por los elogios que le tributaba.

Concluidos todos los discursos, permaneció en el templo durante los cuatro dias de ayuno que acostumbraban hacer los reyes elegidos; y despues, con asombrosa pompa, fué conducido al palacio.

IV.

Ya emperador, ya dueño de aquel pueblo, Motecuhzoma, emprendió la guerra tradicional para tener víctimas que murieran sacrificadas el dia de la coronacion.

Los hijos de Atlixco acababan de rebelarse contra el imperio, y ellos fueron los escogidos para dar aquel contingente de sangre que la barbarie exigia.

Marchó Motecuhzoma con sus tropas: la campaña fué breve: los mexica perdieron algunos bravos caudillos; pero los de Atlixco fueron sojuzgados, y Motecuhzoma regresó victorioso, conduciendo á los pobres prisioneros que debian ser inmolados.

Celebróse la coronacion con grandes fiestas: recibió el soberano una excesiva abundancia de tributos; y la magnificencia de la corte en esos dias fué tan grande, que aun gentes de pueblos enemigos de los mexica, como tlaxcaltecas y michuacanos, acudieron á presenciarla, disfrazándose para no ser conocidos.

Con todo, el emperador los descubrió, y los hizo alojar y regalar, ordenando ademas que les alzaran unos tablados, desde donde pudiesen ver sin molestia las ceremonias.

V.

Motecuhzoma II, general de los ejércitos, fué valiente: Motecuhzoma II, sacerdote, fué religioso: Motecuhzoma II, consejero, fué prudente: abajo del trono, á los piés del monarca, fué grande: en el trono, monarca él mismo, fué pequeño.

Contradiccion extraña, pero no rara, de la naturaleza humana.

Motecuhzoma II, una vez seguro en el trono, una vez dueño del cetro, tuvo pocos actos de grandeza.

Recompensó, dando el señorío de Tlachauhco al general Tlilxochitl, los eminentes servicios que éste habia prestado al imperio.

Pero la consumacion de ese acto tuvo todos los caracteres de la hipocresía: fué como la careta con que en los primeros dias de su reinado quiso ocultar la vanidad y el orgullo de que se hallaba poseido, y que tan bien supo disimular durante su vida anterior á su exaltacion.

Luego, los hechos que se siguieron, vienen á descubrir el móvil de aquel premio. Tlilxochitl era valiente, querido del pueblo, adorado del ejército; y Motecuhzoma, que ya habia decaido, ó que al verse en el poder perdió su antiguo valor,

quiso, mas bien que ser justo con aquel general, obligarlo por medio del agradecimiento á serle fiel, á sostenerle en el sólio.

Porque no fué con los demas dignatarios ni empleados del imperio, justo y equitativo como lo fué con Tlilxochitl.

Los antecesores del II Motecuhzoma acostumbraron conferir los empleos á los hombres de mérito, fueran pobres ó ricos, nobles ó plebeyos; y aunque con esa conducta violaban el pacto que en tiempo de Itzcoatl se concluyó entre los nobles y el pueblo, la verdad es, que el país ganaba con esa violacion, puesto que estaba administrado por hombres escogidos entre los mas aptos y los mas ameritados.

Y sucedia otra cosa: que, con todo y que la forma de gobierno era monárquica, la costumbre de buscar á los hombres útiles para darles los empleos públicos, quitaba á la monarquía uno de los rasgos que la distinguen: el favoritismo; y esto, hasta cierto límite, popularizaba aquella misma forma de ser político.

Motecuhzoma II no continuó la obra de sus antepasados: infatuado con su orígen, creyó que el plebeyo, con serlo, estaba destituido de capacidad y de buenos sentimientos; y que el noble, con serlo, tenia en sí las dotes que se necesitan para hacer bien todo en este mundo; y tan obstinado como impolítico, despojó á los plebeyos para engrandecer á los nobles; creó el favoritismo, es decir, el gobierno personal.

Primer rasgo de decadencia.

VI.

Pero si los nobles salieron aprovechados y preferidos con la caida de los plebeyos, tambien quedaron humillados, cayeron mas bajo que aquellos; pues su señor no los engrandeció sobre el pueblo, sino á condicion de que le sirviesen de lacayos.

El soberbio monarca desplegó en derredor de su persona una exhuberancia de lujo, cuya descripcion admira á las almas pequeñas, y causa repugnancia á los corazones que comprenden lo que es y lo que vale la dignidad humana.

Los nobles que obtenian los empleos, los señoríos, los feudos; esos aristócratas que miraban con desden al pueblo, esos eran los que formaban la servidumbre, la corte del emperador, los que le presentaban la comida, los que comian de lo que aquel no gustaba, los que recibian como un gran donativo los utensilios de que el sibarita rey se servia una sola vez para comer.

Habitaban en el palacio, afectas á la servidumbre, gran número de personas de la primera nobleza; y todas las mañanas se presentaban en aquellos salones, mas de doscientos feudatarios y altos empleados y nobles para hacer la corte

al tecuhtli. Hablando en voz baja y esperando las órdenes del emperador, aquellos cortesanos pasaban todo el dia en las antecámaras, servidos por tal número de criados, que llenaban los patios de palacio, y aun muchos tenian que permanecer en las afueras.

Motecuhzoma II, como todo déspota, era receloso; y para tranquilizar un poco sus temores, ordenó que los feudatarios de la corona residiesen en la corte algunos meses del año, se presentasen en palacio todos los dias de su permanencia en la capital, y al regresar á sus Estados dejasen en ella á sus hijos ó hermanos en prenda de fidelidad.

Ardiente apasionado del bello sexo, tenia en su serrallo muchas mujeres, señoras ó esclavas, vigiladas por un gran número de matronas, que se cuidaban de no dar pábulo á los celos del monarca; y hay historiador que asegura, que Motecuhzoma II llegó á tener á un mismo tiempo hasta ciento cincuenta mujeres embarazadas.

Y todos ellos, cortesanos, concubinas, esclavos y criados, todos ellos, decimos, comian en aquel palacio: los nobles, de lo que el emperador no queria comer: los plebeyos .... no lo dice la historia; pero es de suponerse que el magnífico tirano ordenaria que se les sustentase.

VII.

Ciego por la alta idea que tenia de su orígen, de su posicion y de su destino; creyendo que cuanto respeto y veneracion se le tributaban eran pocos, Motecuhzoma II mandó observar en su corte, un ceremonial que sus antecesores no habian ni siquiera imaginado.

Los que entraban en palacio para hablarle ó para servirle, debian descalzarse en la puerta; y nadie, sino las personas de su familia, podian presentársele ricamente vestidas, pues creia que hacerlo así era faltarle al respeto. De ahí es que los magnates mas distinguidos, para entrar á servirle ó á hablarle, se despojaban de sus galas, ó se las cubrian con un traje humilde en señal de reverencia.

Y antes de hablar al emperador, antes de acercársele tanto cuanto la etiqueta lo permitia, hacian tres inclinaciones, pronunciando en la primera esta palabra: *Tlatoani*, señor; en la segunda, *Notlatocatxin*, señor mio; y en la tercera, *Hueitlatoani*, gran señor. Y ya á cierta distancia, con la cabeza inclinada hablaban en voz baja; y con respeto y humildad, recibian la respuesta que el monarca les daba por medio de un secretario.

El ceremonial que impuso para la hora de comer, era digna continuacion del de las horas de audiencia.

Un almohadon era su mesa, y un banco bajo su silla.

Los manteles eran de una exquisita tela de algodon, y su vajilla de finísimo barro de Chalollan, exceptuando las copas en que tomaba el chocolate, que eran de oro ó de conchas hermosas del mar; y para cuando comia en el templo, y en ciertas solemnidades, usaba de platos de oro.

Cuatro de las mas hermosas mujeres del serrallo le servian agua para que se lavara las manos antes de sentarse á comer.

Una vez el emperador en la mesa, las cuatro mujeres, los principales ministros y el mayordomo del palacio, permanecian de pié mientras duraba la comida.

El mayordomo cerraba la puerta de la sala, para que ninguno de los nobles que se hallaban en las antesalas viese comer al soberano: los ministros se mantenian á respetuosa distancia, y no hablaban sino para responder á lo que aquel les preguntaba.

Dos bellas mujeres servian el pan al rey-amo; las cuatro que le habian dado el agua para las manos y el mayordomo, le servian los manjares.

El pan era de maíz amasado con huevos; los manjares innumerables, compuestos de toda especie de volatería, de peces, de frutas y de legumbres.

Trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles llevaban los platillos, debajo de cada cual habia un braserillo para conservar en calor lo que contenia.

Retirados los jóvenes, el rey se ponia á la mesa, señalaba con una varilla los manjares que queria comer; y los que no, se distribuian á los nobles que en aquel dia le hacian la corte desde las antecámaras.

Durante la comida, ó se la amenizaban con música, ó se divertia con la charla de sus contrahechos bufones, entre cuyas burlas, decia que solian darle avisos importantes.

Despues de comer, domia un poco; en seguida daba audiencia á sus súbditos, y despues hacia que le cantaran las ac-

ciones ilustres de sus antepasados: costumbre que, atendido su carácter, no creemos que fuera por querer imitarlas, sino por la vanidad que tenia en descender de aquellos hombres que tanto engrandecieron el imperio.

Pero, si todo cuanto llevamos dicho manifiesta la pobreza de ánimo, el vano orgullo y la torpe soberbia del segundo de los Motecuhzoma, y la decadencia á que habia llegado ya el reino de los tenochca, las ceremonias que introdujo para presentarse en público, ponen en relieve el estado de degradacion de alma de aquel monarca, y de la abyeccion en que habia sumido al pueblo á quien gobernaba.

En una rica litera abierta y bajo un espléndido dosel, se colocaba el soberano; y rodeado de un séquito incontable de cortesanos, magníficamente vestidos, salia del palacio cuando le placia.

Y era un precepto que, los que se encontraran al paso del emperador, se detuviesen y cerrasen los ojos, como de miedo de que les deslumbrara el brillo del semidios; y era tambien un precepto que se tendieran alfombras, para que sus pies no tocasen la tierra, en el sitio en que se bajara á pasear.

Y así, de lujo en lujo, de ceremonia en ceremonia, de homenaje en homenaje, cayó en la molicie; y cuando los conquistadores se presentaron á las puertas de la monarquía, no encontraron en ella al general de Ahuitzotl, sino al rey pusilánime, que habia de perder el imperio, y la corona y la vida á manos de su pueblo.

VIII.

El lujo de sus habitaciones correspondia al pomposo aparato de que rodeaba su persona.

Hé aquí cómo describe Clavijero sus casas reales:

"....El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas que daban á la plaza y á las calles, tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenian los muros cubiertos de mármol, ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de cipres, ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas habia una tan grande, que segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres. (1) Ademas de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, ademas del serrallo para sus mujeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, y para todos los empleados de su servidumbre, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, y especialmente á los dos reyes aliados.

(I) El conquistador anónimo en su apreciable relacion; y añade que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.—(Nota de Clavijero.)

"Tenia dos casas en México para animales; una para las aves que no eran de rapiña, otra para estas, y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera, habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardin, donde entre la frondosidad de los árboles, se veian diez estanques, los unos de agua dulce, para las aves acuáticas del rio, y los otros de agua salada para las del mar. En lo demas de la casa habia tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron quedaron maravillados, y no creen que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba estando en libertad, ora de granos, de frutas ó de insectos. Solo para los pájaros que vivian de peces, se consumian diez canastas de estos diarias, como dice Cortés en sus cartas á Cárlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, ademas de los médicos que observaban sus enfermedades y les aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debia servir al alimento de las aves, otros lo distribuian, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna; pues ademas del placer que el rey tenia en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos ó adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse dos príncipes con su comitiva. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento de San Francisco.

"La otra casa destinada para las fieras, tenia un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde el águila real hasta el cernícalo, y de cada especie habia muchos individuos. Estos estaban distribuidos segun sus especies, en estancias subterráneas de mas de siete pies de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad

de cada pieza estaba cubierta de esteras, y ademas tenian estacas fijas en la pared para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celocía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol.

"Para mantener á estas aves se mataban cada dia quinientos pavos. En el mismo edificio habia muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses, y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, teticlies, y los intestinos de los hombres sacrificados.

"No solamente tenia el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion, sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien otros muchos estanques, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapultepec, á dos millas de México.

"No contento Moteuczoma con tener en su palacio toda clase de animales, habia reunido tambien todos los hombres que, ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por alguna otra diformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia á tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

"En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenia bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya casa se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre del *Peñon*.

"De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapultepec, que los vireyes españoles han conserva-

do para su recreo. Todo lo demas fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya, en fin, para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel país, que hoy no se podria creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

"Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma, pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia, no volvia á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distiguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, y las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construccion de estos objetos empleaba un número increible de operarios. Para otros trabajos tenia plateros, artífices de mosaicos, escultores, pintores y otros. Habia un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion."

IX.

Pero ese rey, déspota, aseado hasta el afeminamiento, soberbio hasta el grado de dar á los nobles lo que él desechaba por inútil ó porque no le agradaba: ese rey, en quien la personalidad se habia desarrollado, no solo hasta el *yo lo quiero*, sino hasta el *yo antes que todo:* ese rey, amigo de los homenajes hasta la servidumbre, de la adulacion hasta el abajamiento: ese rey, lleno de defectos que mas tarde debian causar su ruina, tenia cualidades que, sin esos defectos, pudieron haberle salvado y cambiado la faz de la historia y de las naciones.

Sacerdote, comprendió bien su papel: conoció que para poder dominar á su pueblo, necesitaba conservar á todo trance en el ánimo de sus súbditos, la dualidad de su carácter de sacerdote y de rey; y que, si para deslumbrar á la multitud tenia que rodearse de un gran lujo, para esclavizarla, le era forzoso rodear á sus dioses de mayor magnificencia.

De ahí que levantó muchos templos á sus divinidades, celebrando en sus altares frecuentes sacrificios, haciendo observar hasta el escrúpulo las ceremonias y los ritos, y castigando con mano dura á los que violaban las leyes religiosas.

Y sin embargo, no podemos conceder que esa conducta fuera toda hija de su habilidad política, pues segun los cronistas

é historiadores, era supersticioso y dado á los agüeros y á los oráculos.

Como administrador, era algo maquiavélico.

Solia, por medios indirectos, tentar con dádivas á los encargados de hacer justicia; y el que caia en la red, era castigado sin piedad.

Ese rey, dado á las costumbres que llevan á la molicie, era enemigo del ocio. De ahí es que su empeño era tener ocupados á sus súbditos. Acaso esto seria con el objeto de entretener sus ánimos, para no dejarlos pensar y conocer el odioso despotismo que los agobiaba; pero hacia que sus soldados estuviesen continuamente dedicados á ejercicios de guerra, y á otros los entretenia en construir edificios, en cultivar los campos, ó en otras obras públicas.

Era severo en hacer cumplir las leyes, y en castigar aun las mas ligeras faltas.

Cargó al pueblo con onerosísimos tributos, y hasta á los mendigos puso á contribucion.

Esa tiranía, y su orgullo, y su soberbia, y su inflexibilidad para el castigo, daban como resultado el general descontento de sus vasallos.

Pero de tiempo en tiempo solia hacerles olvidar tanta opresion, socorriendo sus necesidades; y ademas, sabia recompensar con profusion á los que le servian.

Un rasgo que honrará siempre su memoria, es el de haber hecho de la ciudad de Colhuacan un hospital de inválidos, en donde á expensas del tesoro real, eran asistidos y curados todos los que, despues de haber servido lealmente á la corona, en cualquier empleo militar ó político, llegaban á un estado de pobreza ó de enfermedad, que necesitaban de auxilio extraño para vivir.

Hemos presentado al hombre con todas sus buenas y malas cualidades. Vemos, palpamos la contradiccion: no la explicamos. Ahora, continuemos la historia de su vida.

X.

Uno de los primeros actos de despotismo, ó de justicia segun el despotismo, del segundo Motecuhzoma, fué hacer dar muerte á Malinalli, señor de Tlachquiauhco, por haberse rebelado contra el imperio.

Sus tropas reconquistaron aquel Estado, y se apoderaron de Achiotlan; y con esto comenzó la historia guerrera del reinado del sobrino de Ahuitzotl.

A aquella campaña siguióse otra cuyos resultados no fueron prósperos para las armas imperiales.

Incrustada entre las innumerables provincias que formaban el reino de los tenochca, hallábase la república de Tlaxcallan, nacion valiente y orgullosa, que á pesar de verse rodeada de enemigos, amenazada sin tregua y frecuentemente batida, jamas se habia doblegado, manteniéndose siempre altiva y libre en medio de los peligros.

Rica y feliz, aunque combatida por tantas contrariedades, su riqueza y su felicidad llenaron de envida á sus vecinos los de Huexotzinco, los de Chalollan y los de otros Estados, quienes dominados por su mala pasion, avivaron entre los mexi-

ca, el ódio y la rivalidad que continuamente sentian hácia aquella noble república.

Los de Huexotzinco y los de Cholollan acusaron á los tlaxcaltecas ante los reyes tenochca, de que querian apoderarse de las provincias imperiales situadas en el golfo, provincias con las que comerciaban, y con cuyo tráfico aumentaban su poder y su abundancia; comercio justificado por la necesidad; porque los tlaxcaltecas, que carecian de sal, de algodon y de cacao, no podian obtenerlos sino de aquellos países, cuyos habitantes eran, ademas, oriundos de Tlaxcallan.

Semejantes acusaciones no eran nuevas: habíanlas formulado desde el tiempo de Motecuhzoma I; y desde ese monarca, todos sus sucesores tuvieron siempre á los tlaxcaltcas como á sus mas mortales enemigos. Esto explica, hasta cierto punto, aunque no justifica, la alianza que con los españoles formaron aquellos pueblos, para vengarse de México.

Los emperadores tenochca, para impedir el tráfico á aquellos republicanos, para desesperarlos, subyugarlos tal vez, y evitar que se apoderasen de las provincias marítimas de Anáhuac, rodearon el territorio de Tlaxcallan con fuertes guarniciones.

Agobiados por las privaciones que les imponia la falta de libertad de comercio, los tlaxcaltecas resolvieron enviar una embajada al emperador (parece que á Axayacatl), para manifestarle el mal que padecian.

Los embajadores fueron dura y despóticamente recibidos; y la respuesta que obtuvieron fué que el emperador de Tenochtitlan era el dueño del mundo, que todos los hombres eran sus vasallos; y que por lo mismo, los tlaxcaltecas debian pagarle homenaje y pleitesía, obedecerle, y pecharle tributos como las otras naciones; y que si no se sometian, ellos, y sus ciudades, y su país, quedarian destruidos para siempre.

Esa respuesta tan llena de soberbia y de arrogancia, obtuvo de la embajada esta otra llena de nobleza:

—Poderosísimos señores: los tlaxcaltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas, desde que sus ante-

pasados salieron del septentrion para venir á habitar estas regiones. Siempre han gozado de su libertad; y no estando acostumbrados á la esclavitud á que pretendeis reducirlos, lejos de ceder á vuestro poderío, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poyauhtlan.

Entonces, los tlaxcaltecas, resueltos á no ceder á las insensatas pretensiones de los mexica, resolvieron defender sus libertades hasta el último extremo.

Desde años atras, habian rodeado su territorio de fosos que les sirvieran para defenderla; y en vista de la situacion creada por las amenazas de los tenochca, reforzaron las guarniciones de sus fronteras, acrecieron el número de sus fortalezas, y construyeron la famosísima muralla de seis millas de largo, que defendia su territorio por la parte oriental, que era por donde amenazaba el peligro mas de cerca.

Atacados fuertemente por los de Huexotzinco, por los de Chalollan, por los de Iztocan, por los de Tecamachalco y por los de otros cercanos señoríos, los tlaxcaltecas resistieron con gloria á los invasores, consiguiendo que no pudieran quitar ni un palmo del terreno sagrado de la república.

Hábiles para asegurarse medios de defensa, explotaron el ódio que profesaban á los mexica muchos chalcas y otomíes que pudieron escapar á la ruina de su patria en épocas anteriores; diéronles en custodia fortalezas de su frontera; y estos fueron los que mayor resistencia presentaron á los invasores, y los que por los servicios hechos á la república, fueron por ella espléndidamente recompensados.

Con todo, los tecuhtlis mexicanos consiguieron siempre, si no dominar á los tlaxcaltecas, sí impedirles el comercio con la costa. Desde el reinado de Axayacatl hasta el fin del imperio, los hijos de la república, careciendo de aquel tráfico que no volvieron á tener sino hasta años despues de la conquista, se vieron privados de comer con sal, porque este artículo desapareció de sus mercados.

Sin embargo, gustaban de la sal, si no todos los nobles, mu-

chos de ellos que estaban en relacion con los magnates mexicanos; pero esto lo ignoraba el pueblo, porque en todas partes y en todos tiempos, el pueblo, el pobre pueblo, es inocente.

El emperador sardanápalo, el rey para quien nada en la tierra existia mas alto, mas digno de reverencia que su persona, no pudo sufrir que la pequeña república le negara sus homenajes; y para castigar su sacrílega resistencia, ordenó que todos los Estados vecinos de Tlaxcallan se armasen y por todas partes la atacasen.

Tecayahuatzin, jefe de Huexotzinco, tomó el mando de sus huestes y de las de Cholollan. Antes de romper las hostilidades quiso por medio de la seduccion atraerse á los de Hueyotlipan, ciudad de la república fronteriza de Aculhuacan, y á los otomíes. Vano intento. Aquellos guerreros leales, juraron morir por la patria.

Entonces, Tecayahuatzin y sus tropas invadieron el territorio de Tlaxcallan, con tal rapidez y con tal ímpetu, que, destrozando todas las guarniciones de la frontera, llegaron en medio de desolacion y ruinas hasta la ciudad de Xiloxotitla, que solo distaba tres millas de la capital.

Detúvolos allí Tizatlacatzin, valiente jefe tlaxcalteca, que se batió con heroismo; pero que abrumado por el número de sus enemigos, cayó muerto en el campo de batalla.

A pesar de la victoria conseguida, los aliados tuvieron miedo, dice la historia, de la venganza de los republicanos; y en vez de avanzar sobre Tlaxcallan, atacarla, y acaso consumar la conquista, retrocedieron para sus provincias, abandonando tal vez con su retirada, la realizacion de sus venganzas.

Exasperados los tlaxcaltecas por la conducta de los de Huexotzinco y de los de Cholollan, ya no se conformaron solamente con defender sus hogares, sino que pasaron á menudo la frontera, llevando la guerra á sus enemigos en sus propios territorios.

Y llegó una vez en que, acosados los de Huexotzinco por los republicanos, se vieron tan angustiados, que pidieron socorro al tecuhtli mexicano.

Un numeroso ejército bajo el mando de su hijo primogénito, fué la respuesta que les mandó Motecuhzoma Xocoyotzin.

Por la fadta del Popocatepetl fué el hijo del emperador, y sobre la marcha se le reunieron las tropas de Chietlan y de Iztocan: una vez organizados, continuaron por Cuauhquechollan, y entraron en el valle.

Instruidos los tlaxcaltecas de la marcha que seguian sus enemigos, resolvieron entretenerlos por el frente, y atacarlos por la retaguardia, en detall, antes que se reunieran con los de Huexotzinco.

Astutos y expertos, consiguieron su objeto. Cayeron sobre los aliados con ímpetu, con fiereza. El golpe fué rudo, completa la derrota, sangriento el exterminio. Entre sus muertos estaba el general en jefe, hijō de Motecuhzoma II. El resto de los ejércitos coaligados, huyó en desórden; y el pueblo vencedor, cargado de despojos, volvió á sus penates.

Acaso las pérdidas del momento, ó el excesivo número de trofeos impidió á los triunfadores dirigirse en el acto á Huexotzinco, en donde, gracias al pánico de la derrota, pudieron vencer sin mucho trabajo; pero lo cierto es que volvieron sobre aquel pueblo cuando ya estaba fortificado. Atacáronle con bravura, mas fueron rechazados; y regresaron á su país, sin haber conseguido otra cosa sino talar el del enemigo, hasta el extremo de obligar á los huexotzincas á pedir alimentos á su aliado el emperador de Tenochtitlan.

Hondo pesar causaron á Motecuhozoma la muerte de su hijo y la pérdida de sus tropas. Ardió en deseos de venganza; y para satisfacerlos, mandó aprestar un nuevo ejército y lo envió á bloquear toda la república. Los tlaxcaltecas que de antemano comprendieron lo que podia suceder, estaban ya apercibidos para el ataque, y esperaron á sus enemigos detras de las antiguas fortificaciones, y de las que nuevamente habian construido. Sus guarniciones, reforzadas con tropas de refresco, aceptaron el combate; y despues de varios dias de sangrienta y tenaz lucha, las tropas del imperio

fueron rechazadas por sus enemigos, entre cuyas manos dejaron un número fabuloso de riquezas.

Fiestas espléndidas hizo la república para celebrar sus victorias; y los otomíes resueltos, y los mas distinguidos defensores de Tlaxcallan, fueron recompensados. Los mas bravos de entre ellos recibieran lo dignidad de Textli, que era la mas elevada de la república; y otros jefes otomíes tuvieron en matrimonio á las hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

El señor del Anáhuac pudo, á haberlo querido, continuar con empeño aquella guerra, y habria acabado por esclavizar á los tlaxcaltecas, puesto que estos con todos sus recursos y todo su poder eran mas débiles que los mexica; y solo se concibe que no prosiguiera la campaña, por el intento de dejar subsistir á las puertas del imperio aquella potencia rival, con el objeto de tener siempre con quien combatir, y á quien hacer prisioneros para inmolarlos en las fiestas de sus dioses.

XI.

En una de esas campañas tan frecuentes entre ambos pueblos, cayó en las manos de los mexica, el valiente y mas noble de los generales tlaxcaltecas.

Llamábase Tlahuilole.

Era un soldado de brios, y era un atleta.

Su *macuahuitl* pesaba tanto, que los hombres mas robustos apenas si lograban alzarla de la tierra.

Los enemigos de la república se aterrorizaban al verlo, y huian ante su presencia.

Huexotzincas y otomíes combatian una vez: los primeros habian asaltado una guarnicion de los segundos. Tlahuilole vino en auxilio de sus aliados, quienes acosados por los de Huexotzinco, corrian peligro de ser vencidos. El héroe tlaxcalteca, sin medir el peligro, se lanzó en la pelea blandiendo su formidable macuahuitl; y avanzando incautamente hasta mezclarse con los asaltantes, entró en un pantano, en donde por mas esfuerzos que hizo, no pudo salir á tiempo; y fué hecho prisionero, encerrado en una jaula, y conducido á la corte del tenochca.

Motecuhzoma II, sabedor de la valentía de Tlahuilole, queriendo tal vez atraérselo por medio de la gratitud, y quizá contar con él en lo futuro, como con uno de sus amigos, ó acaso, porque como cuentan los historiadores, sabia apreciar el mérito aun de sus propios enemigos, concedió al tlaxcalteca, no solo la vida, sino la libertad.

Pero Tlahuilole rehusó la gracia del tecuhtli, respondiendo que, cubierto de infamia, no volveria ante sus compatriotas; y que para no cargar con una vida ignominiosa, queria morir en honra de sus dioses.

Motecuhzoma aprovechó la oportunidad que le brindaba la arrogancia del tlaxcalteca; mantúvole en su corte bajo diversos pretextos, esperando que con el tiempo llegaria á utilizar el valor y la pericia de aquel guerrero, en bien de su corona.

Y vino un momento en que comenzaron á realizarse los deseos de Motecuhzoma.

Estalló una guerra entre los mexica y los de Michuacan, y el emperador dió á Tlahuilole el mando del ejército que envió á Tlaximaloyan, poblacion de la frontera de aquel país.

Tlahuilole atacó á los michuacanos, y aunque no pudo desalojarlos de sus posiciones, sí les hizo gran número de prisioneros, é innumerables y ricos despojos que llevó á la corte mexicana.

Motecuhzoma, como en premio de sus servicios, volvió á concederle la libertad. Tlahuilole la rehusó de nuevo. Motecuhzoma le ofreció entonces la dignidad de Tlacatecatl de su ejército: el leal republicano respondió, que si aceptaba ser general de los mexicanos haria traicion á su patria, y que él no habia nacido traidor.

Y á las nuevas instancias que el emperador le hizo para atraérselo, contestó que, no pudiendo llevar con ánimo tranquilo la nota deshonrosa de haberse dejado hacer prisionero, queria resueltamente morir, en el sacrificio gladiatorio, que le seria mas honroso que el otro, reservado á los prisioneros ordinarios.





LIT DE H. IRIARTE, MEXCO.

SACRIFICIO GLADIATORIO

Motecuhzoma II, ya vencido por la obstinacion de Tlahuilole, ya porque no pudo atraérselo para siempre, cedió á sus deseos, y señaló el dia del sacrificio.

A este sacrificio gladiatorio, solo se sentenciaba á los prisioneros mas famosos por sus hazañas ó por su valor.

En las grandes ciudades, en un lugar espacioso para que pudiese haber millares de espectadores, sobre un terraplen redondo de ocho piés de alto, habia una gran piedra circular de tres piés de espesor, lisa en su superficie, y adornada con algunas figuras en los costados.

A esta piedra llamaban *Temalacatl.*

Sobre ella, y atado en el centro de un pié, colocaban al prisionero destinado al sacrificio.

Un oficial ó soldado mexicano, con mejores armas que las que daban al prisionero, subia á pelear con él.

Y se empeñaba el combate: combate en que por la parte de la víctima, se deseaba vencer para escapar de la muerte y recobrar la libertad; combate en que el contrario apuraba toda su destreza para librar con vida, y no perder su reputacion militar: combate en que el amor propio y el deseo de vivir, luchaban ante aquella multitud ávida de esos espectáculos sangrientos, como la multitud de hoy es ávida de presenciar las ejecuciones de justicia.

Vencedor el prisionero, que para hacerlo tenia que anonadar á siete guerreros que sucesivamente subian á pelear con él, se le concedia la vida, se le devolvia la libertad, se le restituia cuanto le habian quitado, y volvia lleno de gloria entre los suyos.

Vencedor el contrario de aquel, aplaudíale la muchedumbre, y recompensábale el rey con un ascenso militar.

Vencido el prisionero, muerto ó vivo, se apoderaba de él un sacerdote que se llamaba *Chalchiutepehua,* le llevaba al altar de los sacrificios ordinarios, le abria el pecho, y le arrancaba el corazon.

Ese sacrificio, al que, segun hemos referido, solo eran destinados los héroes, fué el que deseó Tlahuilole, y el que le

fué concedido por Motecuhzoma, despues de tres años que el valiente tlaxcalteca residió entre los mexica.

Los preparativos de la funesta ceremonia duraron ocho dias, en que los tenochca la celebraron con bailes y otras fiestas.

Llegó, por fin, la hora.

Tralcuilole subió á la piedra fatal, en donde, segun la ley, le ataron el pié derecho.

El pueblo, los magnates, el emperador, presenciaban el espectáculo.

Y un combatiente, y otro, y otro, y mas, subieron á luchar con el atleta republicano; y dió muerte á ocho, é hirió hasta veinte; y al fin, cayó medio muerto de un golpe en la cabeza.

El sacerdote, esa ave de la muerte de todas las religiones, se apoderó del héroe, le llevó ante el dios Huitzilopoztli, le abrió el pecho, le sacó el corazon; y luego, arrojaron su cadáver por las escaleras del templo, para cumplir con el rito establecido.

Así murió aquel valeroso caudillo, modelo del honor militar de aquellos tiempos, y de la fidelidad que en todo debe el hombre tener á su país.

XII.

La hambre, que ya otras veces habia afligido al imperio, le azotó de nuevo durante una de las campañas de Tlaxcala. La sequía perjudicó á la tierra en aquellos años (1502, 1503), y llegaron á faltar los granos para el consumo del pueblo (1504.)

Entonces, Motecuhzoma II tuvo una coyuntura para manifestarse espléndido con aquel pueblo al que tiranizaba, y hácia el que tenia esos arranques de liberalidad, acaso mas bien por mantenerlo dócil, que no por un sentimiento de benevolencia.

Abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo lo que contenian.

Y no bastando esto para sustentar la necesidad pública, permitió á sus súbditos que fuesen á otra parte á buscar los alimentos.

XIII.

En el año de 1505 recogióse en el imperio una cosecha abundante; y como los mexica no esperaban mas que tener llenos sus graneros para emprender nuevas guerras, marcharon á batir á Cuauhtemallan. La historia no dice ni los motivos ni el resultado de esa campaña, llevada á un pueblo que dista mas de novecientas millas de la ciudad de Tenoch.

XIV.

Y, mientras que los soldados del emperador se batian, ya por hacer nuevas conquistas, ya por castigar á los rebeldes, ya por tener prisioneros que sacrificar á sus dioses, el soberano empleaba á otros de sus vasallos, en construir obras que mejoraran el aspecto de la ciudad, ó que sirvieran para aumentar el culto de sus divinidades.

Durante la guerra de Cuauhtemallan, se acabó de fabricar el templo de la diosa Centeotl, en cuya inauguracion fueron inmolados los prisioneros hechos en aquella lucha; y por los mismos dias, el tecuhtli hizo ensanchar el camino que iba sobre el lago de México á Chapoltepec, y reconstruir el acueducto que habia en la misma direccion.

Los regocijos públicos á que dió lugar la conclusion de esas obras, se vieron perturbados.

Un rayo incendió la alta torre de un templo llamado *Zomolli.*

Los tlaltilulcas y otros habitantes que residian lejos del templo, creyeron que el incendio era obra de algunos enemigos de la patria; y celosos defensores de sus hogares, se armaron para defenderlos.

Motecuhzoma II, que como todos los tiranos era suspicaz y desconfiado, atribuyó aquel celo á un oculto plan de los tlaltilulcas para rebelarse contra su autoridad; y para castigarlos, los despojó de todos los empleos públicos que tenian, y les prohibió presentarse en la corte.

Con todo, pasados algunos dias, se calmaron sus temores y les restituyó los privilegios de que los habia privado.

XV.

La paz estaba lejos de reinar en el imperio: una revuelta sucedia á otra revuelta; una sedicion á otra sedicion.

Los mixtecas y los zapotecas se alzaron contra Motecuhzoma: los nobles Cetepactl, señor de Coaixtlahuacan, y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan, se pusieron al frente de aquellos pueblos, matando á traicion á las guarniciones mexicanas.

Motecuhzoma envió contra ellos un grande ejército de mexicanos, texcucanos y tepanecas, cuyo mando dió á Cuitlahuac, su hermano, y despues su sucesor.

El ejército destruyó á los rebeldes; tomóles muchos prisioneros, entre ellos á sus jefes, cuyas ciudades fueron saqueadas; los cautivos fueron sacrificados; el señorío de Tzotzollan fué dado á Cotzcacuauhtli, hermano de Nahuixochitl, porque fué fiel á su rey antes que á su sangre; y Cetecpatl no sufrió la muerte, hasta que reveló quienes eran sus cómplices, y cuáles sus designios.

Pasados algunos dias estalló una discordia entre dos pueblos, antiguos aliados, amigos y vecinos.

Los huexotzincas y los chololtecas se dividieron: la histo-

ria no dice por qué; pero se dividieron y vinieron á las manos: dióse una gran batalla campal, en la que los huexotzincas obtuvieron la victoria.

Los chololtecas abandonaron el campo, y corrieron á encerrarse en su capital; y sus enemigos los persiguieron, y les mataron mucha gente, y les quemaron muchas casas.

Despues de su victoria, los huexotzincas se arepintieron de miedo del castigo que imponerles pudiera el emperador; y para librarse de él, enviaron á México á Tolimpanecatl y á Tzoncoxtli, embajadores encargados de hacer aparecer como culpables á los chololtecas. Los embajadores exageraron la situacion de los chololtecas, pintándolos enteramente destruidos, hasta el grado de hacer creer que los pocos que existian vagaban fuera de la ciudad. Motecuhzoma, que era supersticioso, se afligió, no tanto por la destruccion de Cholollan, sino por temor de la venganza que tomar podria el dios Quetzalcoatl, cuyo reverenciado templo creyó profanado por los huexotzincas.

Espantado como se hallaba, tomó consejo de los reyes sus aliados, y envió á Chololllan una comision que, levantando informes se los trasmitiera. Descubierta la exageracion, se llenó de ira, y mandó un ejército sobre Huexotzinco, ordenando que se castigara duramente á los habitantes, si no le satisfacian.

Los huexotzincas temblaron, y salieron á recibir á los mexica, cuyo general se adelantó, y les dijo:

—Nuestro señor Motecuhzoma, que tiene su corte enmedio de las aguas; Netzahualpilli, que manda en las orillas del lago; y Totoquihuatzin, que reina al pié de los montes, me mandan deciros que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Chololllan y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl.

Los huexotzincas confesaron la exageracion de la noticia, disculparon á su ciudad, y castigaron á los embajadores

cortándoles las narices y las orejas, pena de los propagadores de falsedades contra el bien público, y por fin los entregaron á los mexica.

Los de Atlixco tambien se rebelaron contra la corona, y su suerte fué mas dura que la de los huexotzincas, pues los mexicanos los derrotaron haciéndoles gran número de prisioneros.

Esos desdichados sirvieron para ser sacrificados en la fiesta secular que cayó en aquellos dias; última fiesta de la renovacion del fuego, y la mas solemne que celebraron aquellas gentes. (1506).

XVI.

Las tropas imperiales continuaron en 1507 las guerras contra los pueblos comarcanos. En esta vez, la invasion fué contra Tzolan y Mictlan pueblos de la Mixteca. Débiles los habitantes para resistir la poderosa avalanche que se derrumbó sobre ellos, huyeron á los montes, sin que los mexica sacaran mas fruto de su campaña, que algunos prisioneros de los que no pudieron abandonar las poblaciones.

Los tenochcas volvieron sus armas contra los de Cuauhquecholac, que se habian rebelado; les subyugaron de nuevo, y les hicieron tres mil doscientos prisioneros.

Allí, en esos combates en que los mexica perdieron algunos de sus valientes caudillos, dió grandes pruebas de bravura el tlacatecatl de los imperiales, príncipe Cuitlahuatzin.

Los prisioneros fueron sacrificados en la fiesta de Tlacaxipehualiztli (desolladura de hombres), que verificaban en el segundo mes mexicano, y en la inauguracion del templo Zomolli, que despues del incendio causado por el rayo, fué suntuosamente reedificado.

En 1508 el ejército azteca, unido á sus aliados los acolhuas y tepanecas, marchó sobre la lejana provincia de Amatlan.

Encontróse en el camino con la necesidad de ascender á una elevada montaña; y cuando todas las tropas se hallaban en la altura, se desató una furiosa tempestad de nieve que mató á millares de soldados, ya con el frio, ya con los árboles que arrancaba el vendabal.

Y no bastó esa calamidad, porque el disminuido ejército pereció, casi todo, en las batallas.

XVII.

Por aquel mismo tiempo apareció en el cielo el famoso cometa que se llamó de Cárlos V.

XVIII.

Y ese cometa, y la tempestad de nieve, y las derrotas de los ejércitos, consternaron á Motecuhzoma y á sus vasallos.

XIX.

La supersticion formaba el fondo del carácter de Motecuhzoma.

Espantóle la aparicion de aquel meteoro: su preocupada imaginacion, unió á este incidente las calamidades que su ejército sufrió en su marcha hácia Amatlan, y las pérdidas que tuvo en las batallas: añadió á esos acontecimientos la tradicion que habia en el pueblo, tradicion cuyo orígen no conoce la historia, de la ruina de aquellas naciones con la llegada de gentes extrañas; y amilanado por tantos indicios, y mas que todo, dominado por sus ideas supersticiosas, no pudo permanecer indiferente ante aquella situacion, y llamó á los astrólogos de su imperio, y les pidió la explicacion de aquel cometa.

No le satisfacieron las respuestas de sus sábios. Dirigióse entonces á Netzahualpilli, rey de Acolhuacan, con quien no se hallaba en aquellos dias en muy buenos términos, con motivo de la muerte de Huexotzincatzin, hijo del acolhua, á quien su padre mandó ajusticiar, á despecho de los ruegos de Motecuhzoma. Netzahualpilli, astrólogo, y que se tenia por adivino, pasó á Tenochtitlan; y despues de largas medi-

taciones y conferencias con Motecuhzoma, *dicen* los historiadores que vaticinó que aquel cometa era el nuncio de la llegada de gentes extrañas al país de los aztecas, y de muchas desgracias que caerian sobre el imperio.

Hemos subrayado la palabra *dicen.*

Y *dicen* tambien los cronistas que no satisfecho Motecuhzoma, apeló á una especie de juicio de Dios, desafiando á Netzahualpilli á jugar al balon, en el concepto de que si éste perdia quedaba nula su prediccion.

Dicen que Netzahualpilli fué vencedor.

Y Motecuhzoma, como todo hombre á quien se le augura un mal, se resistió á creer la profecía, á pesar de que el *juicio de Dios* le fué contrario; y consultó al mas famoso de los astrólogos de su corte. La respuesta de este nigromante confirmó el vaticinio de Netzahualpilli.

Motecuhzoma, indignado, mandó sepultar al desdichado astrólogo bajo las ruinas de su casa.

Hé ahí lo que *dicen* los historiadores. *Dicen* mas, *aseguran,* que la princesa Papantzin que murió en 1509, resucitó solo con el objeto de avisar á Motecuhzoma de la ruina de su imperio, y de ser la primera que, una vez consumada la conquista, recibiera las aguas del bautismo; y Clavijero asegura que vivió muchos años despues, consagrada al retiro y á la abstinencia.

Y como si no bastaran á los historiadores y á los cronistas esos prodigios para predecir la ruina de la idolatría en el Anáhuac, todavia nos dan, como indicio de esa catástrofe, la violenta agitacion de las aguas de los lagos en 1509, y cuando reinaba un tiempo cuya calma no era perturbada ni por la mas ligera ráfaga de viento; el inesperado incendio de las torres del templo mayor de México, en 1510; y, por fin, en 1511, la aparicion en el cielo de hombres armados que combatian entre sí, y que se mataban.

La historia es séria, muy séria; y no puede aceptar como buenos esos milagros, aunque los refieran Acosta y Torquemada; aunque los apoye Clavijero; aunque se diga que esos

hechos están exactamente descritos en los geroglíficos acolhuas y aztecas; porque muy bien pudo suceder que esas pinturas fueran hechas por los dominadores con posterioridad á la conquista, para imponer respeto y miedo en el ánimo supersticioso del pueblo conquistado, con el fin de mantenerlo en estúpido pupilaje, y adormecer en él los sentimientos de libertad.

XX.

La sed de conquistas y de engrandecimiento no se amortiguó en Motecuhzoma, á pesar de la consternacion que le infundieron las profecías.

En 1508 hizo la guerra á los tlaxcaltecas, á los huexotzincas, á los atlixcas, á los de Xepatepec, á los de Malinaltepec; en 1509 se rebelaron contra la corona los de Xotixepec, y fueron de nuevo sometidos; en 1511 sucedió lo mismo con los de Xope; en 1512 un ejército numeroso marchó contra los de Quetzalapan, y los venció y subyugó: y, en fin, en 1513, en 1514 y en 1515, nuevas conquistas ensancharon los límites de la monarquía.

XXI.

El rey fanático, queriendo tal vez aplacar la ira de los dioses que le amenazaban con la destruccion del imperio, quiso dotar el gran templo con una piedra nueva para los sacrificios. Hizo, pues, buscar una de desmesuradas proporciones que sus enviados encontraron cerca de Coyohuacan. Puliéronla y labráronla con todo el cuidado que reclamaba su destino, y la condujeron á México, con gran pompa y ceremonia. Un gentío inmenso tiraba de ella: la llevaban desde Coyohuacan; á la entrada de la corte fué feliz; pero al tocar los límites de la ciudad, al pasar sobre un puente de madera, éste se rompió, y la enorme piedra cayó al agua, arrastrando en pos de sí al gran sacerdote que la incensaba, y á algunos de los conductores.

El emperador y el pueblo se afligieron por esa desgracia; pero sin desalentarse, trabajaron para sacar la piedra del canal; consiguiéronlo despues de muchas fatigas, y la condujeron al templo, en donde fué dedicada con víctimas humanas.

A esa gran fiesta asistió toda la nobleza del imperio; y el soberano gastó inmensas sumas en los obsequios que hizo al pueblo y á los magnates.

Mas de trece mil víctimas se sacrificaron en aquella ceremonia, y en la dedicacion de los templos *Tlamatzinco* y *Quixicalco.*

Esto pasaba en 1510.

XXII.

Y en 1516 moria Netzahualpilli.

Sucesor de su padre Netzahualcoyotl, el rey chichimeca se parecia mucho á su ascendiente.

Tenia su celo por el cumplimiento de las leyes; era justo y severo; su conviccion íntima le hacia despreciar el culto de los ídolos; la política le obligaba á seguir ostensiblemente la práctica de sus ritos.

Su severidad en el castigo de los culpables, no impedia que se apiadara de las penas de sus vasallos. Socorria á los pobres, á los huérfanos y á los enfermos; puso en Texcoco un hospital para los inválidos é inutilizados en la guerra, hospital en que, á espensas del rey, estaban atendidos.

Hombre de inteligencia, imitó á su padre dedicándose á estudios sérios; dado á la astronomía, pasaba gran parte de la noche observando las estrellas, y estudiando y consultando con otros astrónomos entendidos, y su única distraccion era la caza.

Hay en la vida de Netzahualpilli un hecho que nos abstenemos de calificar, porque para hacerlo seria necesario entrar en largas consideraciones á que no se prestan ni los límites, ni la naturaleza de este artículo.

Habia una ley acolhua que prohibia decir palabras indecentes en el recinto del palacio. La muerte era la pena que debia sufrir el transgresor.

Esa ley fué violada por Huexotzincatzin, hijo de Netzahualpilli, el hijo mas amado; hijo de la favorita Xocotzin, la mas amada de Netzahualpilli; hijo jóven y lleno de virtudes que, segun la historia, pudo esperar un bello porvenir.

Una de las concubinas del rey denunció al príncipe; el rey investigó el hecho, y supo que aquellas palabras fueron pronunciadas por el príncipe delante de sus ayos. Con el testimonio de éstos quedó establecida la verdad, probado el delito; y el rey mandó aprehender al príncipe y le sentenció á muerte.

Y fueron inútiles los ruegos y las representaciones de la corte, y fueron inútiles las lágrimas de Xocotzin. Netzahualpilli respondió con la inflexibilidad de un espartano:

—Mi hijo violó la ley, y las leyes son para todos. Y puesto que la transgresion la castigo en mi hijo mas amado, comprenderán mis súbditos que á ninguno le será perdonada.

Xocotzin, afligida, pidió al rey la muerte. Netzahualpilli la despidió con tono grave y solemne.

Moteculizoma, al saber lo que pasaba, envió embajadores á Netzahualpilli pidiéndole la vida del príncipe, que era su pariente.

Netzahualpilli permaneció inmutable.

El príncipe fué ejecutado.

El rey se encerró cuarenta dias en un aposento, sin dejarse ver de nadie, para desahogar su dolor; y antes de volver al público, mandó tapiar las puertas de las habitaciones de su hijo, para que no hubiera nada que le recordara infortunio tan inmenso.

XXIII.

Llegó una época en que aquel rey, cuyo nombre ha pasado á la historia como el de un gran monarca, ya sea porque le preocupasen los presagios de que hemos hablado, ya sea porque á los cuarenta y cinco años de reinado se cansara de mandar, entregó el gobierno de sus Estados á dos de sus hijos, á quienes ordenó que no abandonasen la capital, en donde debian esperar sus preceptos posteriores; y se retiró á su palacio de Texcotzinco, con muy poco acompañamiento y con su favorita Xocotzin.

Xocotzin era sobrina de Tizoc, emperador de México, y hermana de Tzotzocatzin esposa de Netzahualpilli, y la que llevaba el título de reina de los acolhuas. Cuando se efectuaron las bodas del rey con Tzotzocatzin, Xocotzin, cuya belleza era singular, segun asientan los historiadores, no quiso separarse de su hermana á quien amaba en extremo, y la acompañó á la corte de Netzahualpilli. Allí el rey cedió á los encantos de la hermosura de su cuñada, y se casó con ella.

De esos matrimonios nacieron, del primero, Cacamatzin, que fué sucesor de su padre, y que murió siendo prisionero de los españoles; y del segundo Huexotzincatzin, cuya muer-

te hemos referido; Coanacotzin, que tambien fué rey de Acolhuacan, y que murió ahorcado por órden de Cortés, é Ixtlitxochitl, que traicionó á su patria, y que despues de bautizado tomó el nombre del capitan español.

Netzahualpilli, deciamos, se fué á su palacio de campo. Seis meses estuvo en aquel retiro. Durante este tiempo, el rey se entretenia, algunas veces, en cazar; y pasaba las noches observando los astros, y consultando, como acostumbraba, con otros hombres de la ciencia.

Transcurrido aquel término volvió á su corte; y sin dejarse ver sino de uno que otro de sus confidentes, se encerró en el palacio en que acostumbraba residir, ordenando á Xocotzin que con sus hijos se retirase al de Tecpilpan

El designio de Netzahualpilli, fué, como el de su padre, ocultar su muerte.

Y consiguió su idea, pues nadie supo las circunstancias de su fallecimiento, sabiéndose nada mas con certeza que aconteció en el año de 1516.

Así murió ese rey sábio, justo y humano, pero severo hasta mandar ejecutar á su hijo por una falta á la ley; así murió ese rey, que al consumar ese acto que no podemos menos de condenar, no supo ser padre, y sí parricida; así murió ese rey, que con toda su sabiduría, era supersticioso; y que, con toda su ciencia política, no previó que muriendo sin nombrar sucesor, dejaba el gérmen de la discordia en sus Estados, y contribuia, sin saberlo, á la ruina de su monarquía y á la del imperio mexicano.

XXIV.

Sabida la muerte de Netzahualpilli, y seguro del acontecimiento, el consejo del reino se reunió para elegir el sucesor. Despues de una madura deliberacion, los consejeros resolvieron que la corona pertenecia á Cacamatzin, jóven de veinte años, valiente, lleno de prudencia, y primogénito de la primera sobrina de Tizoc, con quien se casó Netzahualpilli.

Resuelta la eleccion, los príncipes fueron llamados á la sala del consejo. Cacamatzin fué conducido al principal asiento, y á sus lados fueron colocados sus hermanos Coanacotzin é Ixtlilxochitl. El mas anciano de los consejeros publicó la declaracion; é Ixtlilxochitl, jóven de diez y nueve años, ambicioso, audaz y emprendedor, se opuso á la eleccion negando la muerte de Netzahualpilli, aduciendo como prueba que no habia nombrado sucesor, y añadiendo que nombrarlo era cometer un crímen contra el soberano.

El consejo excitó á Coanacotzin á que dijese su opinion. Este, á pesar de ser tambien jóven, pues tenia veinte años, sostuvo la resolucion.

Ixtlilxochitl le acusó de ligero y de ciego partidario de Motecuhzoma, quien por influir mucho en Cacamatzin, podria

dominarlo á su antojo. Coanacotzin le manifestó que no debia oponerse á aquella resolucion, tanto mas cuanto que si la corona no se la daban á Cacamatzin, él, Coanacotzin, era quien tenia derecho para llevarla. Ixtlilxochitl contestó que era cierto; pero eso si se atendia á la edad; mas si al valor, solo á él le pertenecia.

Inquietos los del consejo al ver que los príncipes se exaltaban, levantaron la sesion.

Ixtlilxochitl y Coanacotzin fueron á continuar el debate en presencia de su madre Xocotzin.

Cacamatzin fué á ver á Motecuhzoma, quien le ofreció su apoyo, pues lo queria mucho, y conocia ademas, lo justo de sus derechos; y le aconsejó que pusiera en salvo el real tesoro, porque si las negociaciones no daban buen resultado, apelarian á las armas.

Comprendiendo Ixtlilxochitl las consecuencias de la entrevista de Cacamatzin con Motecuhzoma, reunió á sus partidarios, y se fué á la sierra de Mextitlan, en donde levantó tropas y se declaró contra su hermano.

Cacamatzin, siguiendo el consejo que por un aviso le dió Coanacotzin, fué á Texcoco acompañado de muchos magnates mexicanos, y de Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzoma y héroe de la *Noche triste*. Este reunió á la nobleza acolhua, le presentó al monarca elegido, le hizo reconocer, y señaló dia para su coronacion; pero Ixtlilxochitl impidió la ceremonia, presentándose cerca de Texcoco con un ejército de cien mil hombres, reclutados en la sierra de Mextitlan, á cuyos habitantes sublevó despertando en ellos el orgullo chichimeca, pues acusaba á Cacamatzin de ser muy dócil á la voluntad del emperador tenochca.

Desprendido de las alturas de Mextitlan para ir á amenazar la capital acolhua, los pueblos por donde pasaba le recibian con los brazos abiertos; y los de Otompan que quisieron resistirle, fueron arrollados por el número, á pesar de su valor, y su ciudad cayó en manos del vencedor.

Esta victoria obtenida sobre los que quisieron ser fieles á Cacamatzin, llenó á éste de inquietud.

Fortificóse en su corte y esperó el ataque; pero Ixtlilxochitl, seguro del temor que habia infundido, no se movió de Otompan; y á las avanzadas que colocó en los caminos, dió órden de no molestar á los transeuntes.

Ante la resolucion y las fuerzas de Ixtlilxochitl, Cacamatzin se decidió á transigir; y entre los dos hermanos se concluyó un tratado por el cual quedó dividido el reino, quedando Cacamatzin en posesion de Acolhuacan.

Ixtlilxochitl, al aceptar el convenio, dijo á los embajadores que aunque el reino se dividia, esperaba verlo reunido; que su objeto, al mantener aquel ejército, era oponerse á los designios de los mexica; y les encargó que dijesen á Cacamatzin, que se guardase de caer en las asechanzas del emperador tenochca.

En este punto la historia da la razon á Ixtlilxochitl. Cacamatzin fué entregado por Motecuhzoma en poder de los españoles.

Ixtlilxochitl permaneció al frente de su ejército hostilizando á los mexica; y muchas veces desafió á Motecuhzoma á reto singular.

Motecuhzoma estaba ya demasiado enervado para aceptar ese reto.

Muchos combates hubo entre los de Ixtlilxochitl y los mexica, siendo la fortuna varia; y en una de esas batallas, quedó prisionero un pariente de Motecuhzoma, á quien Ixtlilxochitl hizo quemar vivo, porque supo que habia prometido al azteca llevarle preso á Tenochtitlan.

Nos hemos detenido hablando de los disturbios del reino acolhua, porque ellos demuestran la ambicion de Ixtlilxochitl, el ódio que tenia á los mexica, y la debilidad de Cacamatzin; pasiones y defectos, que influyeron mucho en la caida de las naciones que poblaban esta parte del continente.

XXV.

Alcanzamos ya la época terrible del reinado del Xocoyotzin.

Pero antes de referir los hechos que dieron por resultado la catástrofe de Tenoçhtitlan, véamos rápidamente cuál era la organizacion política del imperio de los aztecas.

Naciones, señoríos, pueblos conquistados, sometidos, feudatarios; pero de ninguna manera asimilados; tales eran los elementos de que se componia la potencia que iba á ser reducida á la servidumbre.

Motecuhzoma II, como todos los conquistadores, como todos los tiranos, siguió la política equívoca de no conceder á los pueblos, á quienes dominaba con las armas, ninguna franquicia de las que podian hacerle, si no amar, sí soportar la esclavitud. En ese imperio, que tanto se extendió bajo su reinado, habia tributarios, vasallos, dominios, pero no unificacion. Formada de diversos pueblos que sufrian la mala suerte que les habia deparado la guerra, la monarquía era quebradiza, y lo era de un modo inevitable. Al disgusto causado por el tremendo yugo impuesto por el mas fuerte, añadíanse los pesados tributos que les exigia el tecuhtli, los ex-

cesivos homenajes á que los obligaba, y los rehenes que tenian que mantener en la corte, para apaciguar los recelos del soberano.

Y todo eso, odioso en su orígen, en sus medios y en sus fines, mantenia en el corazon de aquellos pueblos una ira, tanto mas temible, cuanto mas sorda y mas reconcentrada; y natural era que en la primera oportunidad que se presentara á los sacrificados, se levantaran unidos para derrocar á aquel poder, que vivia de los recursos y de la sangre que les exigia.

Esa oportunidad se les presentó con la venida de los españoles.

Insisten los historiadores en decirnos, que una antigua tradicion habia instruido á aquellos pueblos, de la llegada de unos extranjeros que combatirían la existencia del imperio.

Ahora bien; si esa tradicion existia, no se concibe cómo un soberano que antes de serlo era tenido entre todos los mexica por prudente, sabio y animoso, siguiera una política que preparaba el terreno de la victoria, á los que vendrian á destruir el imperio.

Si Motecuhzoma hubiera sido un hombre de Estado, en vez de mantener el descontento entre los pueblos á quienes subyugaba, habria procurado atráerselos por medio de un sistema de conciliacion, que les hubiese hecho amar su anexacion al imperio; habria, como Huitzilihuitl, creado intereses de nacion á nacion, que hubiesen formado con la suya un lazo indestructible, hasta llegar á formar un solo pueblo, que se hubiese encontrado fuerte á la llegada del extranjero.

Pero lejos de sentar en esos principios las bases de su futura grandeza, ya le hemos visto oprimir á los conquistados, abrumar á éstos, y á su propio pueblo, con exacciones onerosas; descontentar á los plebeyos engrandeciendo á los nobles, y á éstos humillándolos para que le sirvieran; queriendo elevarse aún mas alto de lo que su pueblo le habia elevado; ser mas que un ídolo, un dios; y exigiendo homenajes, que ya eran adoraciones. Perezoso, acaso mas por lujo que

por carácter, y perdido su valor militar en medio de la molicie, desde que subió al trono, no volvió á ponerse al frente de sus guerreros mas que una sola vez: cuando hizo la campaña para tener prisioneros que sacrificar en el dia de su coronacion. Pero despues, en todas las demas guerras provocadas por las insurrecciones de los pueblos sometidos, sus generales eran los que soportaban las fatigas, mientras él se quedaba en sus palacios, gozando de las delicias que supo crearse, y que le redujeron á ser el juguete de los conquistadores.

Hé ahí por qué, la época de la invasion española, que era una época para un gran rey, no encontró en Motecuhzoma, sino un pigmeo, verdadero rey de burlas, que no sabemos si inspira mas indignacion que lástima.

XXVI.

Cristóbal Colon descubrió la América en 1492; y los españoles que en algunos años sometieron las principales Antillas, y que establecieron en ellas sus colonias, hacian frecuentes expediciones para descubrir nuevos países, y aumentar sus riquezas por medio del comercio.

En 1517 salió de la Habana Francisco Hernandez de Córdoba, y descubrió la península de Yucatan.

Este descubrimiento, y el oro que llevaron robado de un templo yucateco, exaltó la ambicion de Diego de Velazquez, gobernador de la Habana; y el año siguiente, armó una expedicion que puso á las órdenes de Juan de Grijalva.

Este reconoció la isla de Cozumel, situada en la costa oriental de Yucatan, y siguió costeando hasta el Pánuco, comerciando con los habitantes del litoral, á quienes daba bujerías de vidrio, en cambio del oro de que tenia sed.

Llegó esa expedicion á la pequeña isla que hoy se llama S. Juan de Ulúa, isla situada muy cerca de la costa de Chalchiuhcuecan, (Veracruz): asombráronse los gobernadores mexicanos al ver aquellos hombres de trages y de figuras tan diversos de los suyos, y que venian embarcados en buques

que les parecieron colosales: reuniéronse; y despues de una séria deliberacion, resolvieron marchar á la corte á poner en conocimiento del emperador aquel extraño suceso, llevándole en pintura los barcos, las armas, los rostros y las ropas que usaba aquella gente.

Esas noticias perturbaron el ánimo del emperador. Comprendiendo la gravedad del negocio, no quiso resolver por sí solo, y reunió su consejo, compuesto de doce miembros, y llamó, para que asistieran á la sesion y le iluminaran con sus luces, á su hermano Cuitlahuatzin, señor de Ixtapalapan, y á su sobrino Cacamatzin, rey de Acolhuacan.

El consejo, y esto hace sonreir á la historia, decidió que el que se habia presentado en aquellas playas, era, segun la *tradicion*, el dios del aire, pues solo él podia presentarse con el tremendo aparato de relámpagos, rayos y truenos: es decir, con la artillería, á la que los mexicanos creyeron tempestades.

Motecuhzoma tuvo esa creencia, lo cual, y á pesar de la tradicion, no le impidió mas tarde, como veremos, mandar á alguno de los señores sus vasallos, para que redujeran á la obediencia á los que se habian puesto del lado del dios de las tormentas.

Pero en aquellos momentos, el Xocoyotzin envió á cinco magnates á Chalchiuhcuecan, con la mision de felicitar por su llegada al supuesto Quetzalcoatl, y de llevarle en homenaje un riquísimo presente; y al mismo tiempo, ¡oh poder de la tradicion! ordenó á los gobernadores de Nauhtlan, de Cuauhtla, de Mictlan y de Tochtlan, que pusiesen vigías en los montes, para observar los movimientos de los buques, y avisasen en el acto todo cuanto sucediese.

Cuando los embajadores mexicanos llegaron á la corte, ya era tarde: los españoles se habian marchado, llevándose un gran regalo que les hizo un señor de Onohualco.

XXVII.

El 10 de Febrero de 1519, zarpó de la Habana la expedicion que mandaba el capitan que debia ser el conquistador de la nacion fundada por Tenoch.

Despues de tocar en Cozumel, y de costear la península yucateca, entraron en el rio de Tabasco, pusieron pié en tierra so pretexto de buscar víveres, y en medio de mil escaramuzas llegaron á una ciudad de la cual se apoderaron. No permanecieron tranquilos en ella, sino que hicieron frecuentes salidas, siempre teniendo que sostener lijeros combates, hasta que por fin, en las llanuras de Centla, dieron una batalla campal que decidió de la suerte de los hijos de Tabasco. Estos, aunque su ejército era mucho mas numeroso que el de los españoles, fueron vencidos gracias á las armas de fuego y á la disciplina de los últimos; y despues de varios episodios entre conquistados y conquistadores, Cortés tomó posesion del país en nombre de su soberano, embrazando el escudo, y dando con su espada tres golpes en el tronco de un árbol, jurando que si álguien se oponia á aquella posesion, él la mantendria con su acero.

Y allí fué, en aquella provincia, la primera de sus conquistas, en donde conoció á la célebre doña Marina, que tuvo tanta influencia en el éxito de la campaña, y que fué madre del célebre cuanto desgraciado D. Martin Cortés el bastardo.

Asegurada la posesion de Tabasco, Cortés continuó su expedicion; costeó el señorío de Coatzacualco, cruzó la boca del Papaloapan y llegó á S. Juan de Ulúa el juéves santo, 21 de Abril de 1519.

Muchos mexicanos enviados por el gobernador de Chalchiuhcuecan, se dirigieron en canoas hácia la escuadra española, para saber quiénes eran los que en ella venian, y ofrecerles los medios de seguir su viaje. Recibióles Cortés afablemente, y les respondió por medio de sus intérpretes Doña Marina y el padre Aguilar, qué solo venia á comerciar, y á tratar con el tecuhtli de negocios importantes; y para tranquilizarlos é inspirarles confianza, les dió algunas bujerías, y les hizo probar vino de España.

Los gobernadores mexicanos permitieron que Cortés y sus soldados desembarcaran, y saltaron en tierra el primer dia de Pascua. Construyeron algunas barracas para habitar bajo de techo, precisamente en el lugar en que hoy se halla la ciudad de Veracruz, y así pudieron librarse algo del excesivo calor de aquella costa.

En esos dias llegaron al campamento español Teuhtlile y Cuitlalpitoc gobernadores de dos pueblos de aquel litoral, que llevaban consigo un gran número de criados y abundancia de provisiones. Recibidos por Cortés, y despues de las primeras ceremonias, el capitan español hizo que se celebrara en presencia de aquellos idólatras, el santo sacrificio de la misa, y despues les invitó á comer. Mientras duraba la comida, hizo recaer la conversacion sobre el objeto de su venida; y les dijo que era vasallo de Cárlos V, el mas grande monarca de Oriente, quien sabiendo la existencia de aquellos países, le enviaba con una visita y una mision importante para el tecuhtli, y que deseaba saber en donde lo recibiria.

Teuhtlile le respondió:



LLEGADA DE LOS CONQUISTADORES.

(Tomado de la coleccion del Padre Duran.)

—¡Acabais de llegar apenas, y ya quereis ver á nuestro soberano! Me ha llenado de satisfaccion lo que decís de la grandeza de vuestro rey; pero sabed que el nuestro vale tanto como él; y me maravilla de que pueda haber en el mundo otro tan poderoso como él; pero, pues lo afirmais, yo lo haré saber á Motecuhzoma, de cuya bondad confio que recibirá vuestra embajada. Miéntras tanto aceptad en su nombre este regalo.

Y presentó á Cortés un *petlacalli*, petaca hecha de cañas, de la que sacó algunas alhajas de oro que dió á Cortés, y á las que añadió algunos mosaicos de pluma, diez cargas de trajes de finísimo algodon y una gran cantidad de víveres.

Cortés aceptó el regalo y lo correspondió con otro de cuentas y otros objetos de vidrio.

Los gobernadores habian llevado pintores que copiaran los objetos de que se componia la expedicion, para presentarlos á Motecuhzoma al participarle lo que acaecia.

Cortés comprendió la idea; y para mas impresionar el ánimo de los naturales, ordenó á su ejército que hiciese varias evoluciones, é hizo disparar á un tiempo toda su artillería.

Concluidas las pinturas, Teuhtlile se despidió de Cortés para ir á ver á Motecuhzoma y darle aviso de lo que ocurria; y Cuitlalpitoc se quedó en el campamento español para proveerlo de lo necesario.

Teuhtlile llevó tambien consigo una celada de oro española, que se parecia á una que tenia un ídolo mexicano, y quiso que la viera el emperador; celada que Cortés le permitió que llevara, con la *condicion de devolvérsela llena de polvo de oro.*

XXVIII.

Las noticias del aspecto de los extranjeros, del estruendo de sus armas, y de la agilidad de sus caballos, llenaron de inquietud al emperador.

Dominado por la supersticion, hizo consultar á sus dioses, y los sacerdotes le respondieron que jamas consintiera en que aquellos huéspedes pisaran su capital.

Motecuhzoma resolvió someterse á este oráculo, que indudablemente era hijo de la superchería de los sacerdotes, y nó de una revelacion. El monarca decidió, pues, despedir á los españoles; mas para hacerlo de un modo agradable, envió á Cortés una embajada y un regalo digno del lujo y de la magnificencia del señor de los mexicanos.

El embajador, que, segun la historia, era un magnate de la corte tenochca, y que se parecia mucho al conquistador, se presentó á éste, tocó el suelo con la mano llevándola despues á la boca, incensó al capitan y á sus oficiales; y despues de haber tomado asiento, felicitó al jefe, en nombre de Motecuhzoma, por su llegada, así como por ser súbdito del gran rey español; y le presentó el obsequio que le enviaba el emperador, en correspondencia del que aquel le habia mandado.

El regalo se componia de muchas alhajas de oro y plata de maravillosa manufactura, entre las que habia imágenes de distintas fieras y otros animales, algunos adornados con preciosas piedras; treinta cargas de telas de finísimo algodon, algunas entretejidas con plumas; muchos mosaicos de las últimas, y la celada llena de polvo de oro. Ademas, presentole dos grandes láminas circulares, una de plata y otra de oro, representando la primera la luna y la segunda el sol: ésta tenia en su derreder otras figuras en bajo relieve, y la de luna las figuras del año mexicano.

Asombro causó á los españoles el valioso presente, y su admiracion creció cuando dijo el embajador:

—Este regalo envia mi tecuhtli para vos y para vuestros compañeros. Para vuestro rey, os enviará otro de inestimable valor. Podeis deteneros en estas playas todo el tiempo que gusteis para descansar del viaje, y para proveeros de lo necesario para vuestro regreso. Si de esta tierra quereis algo para vuestro soberano, os será dado; pero no penseis en ir á la corte. Tengo encargo de disuadiros de hacer ese peligroso viaje, que tendríais que hacer por ásperos senderos y países enemigos.

Cortés manifestó su agradecimiento por el obsequio; pero insistió en internarse en el imperio.

El embajador se retiró ofreciendo decir á Moteculzoma el encargo de Cortés.

Fuése con él Teuhtlile, y acompañado de una multitud de mexica se quedó Cuitlalpitoc, abrigado con su gente en un caserío que habia formado algo distante del campamento español.

Pocos dias despues regresó Teuhtlile, y en nombre de Moteculzoma, dió gracias á Cortés por los regalos que le habia enviado; le dijo que no le mandara nuevos mensajes ni tratara de ir á la capital, y le entregó el presente que hacia para el rey de España, que consistia en muchas alhajas de oro, en diez cargas de mosaicos de pluma y en cuatro riquísimas

joyas, que segun afirman los historiadores, valia cada una cuatro cargas de oro.

El torpe tecuhtli creia que con sus regalos alejaba de sí á los españoles, cuando precisamente las expediciones que estos hacian de las Antillas, eran hijas del deseo de acumular riquezas, que hasta entónces habian obtenido en cambio de cuentas de vidrio y de otras bujerías.

Con todo, el temor que le habia infundido la presencia de aquellos hombres, le hizo dar órdenes á Teuhtlile, de que si Cortés insistia en su viaje al interior, le retirara todos los recursos; y en efecto, al dia siguiente de aquel en que se despidió el embajador, los españoles no vieron en toda aquella playa, ni un solo mexicano, ni víveres, ni nada de lo necesario para la vida.

En esa difícil situacion en que bien pudo el indolente Motecuhzoma acabar con el reducido número de españoles que invadian sus Estados, comenzó á dar sus frutos la mala organizacion del imperio. Los pueblos avasallados y tan ríjidamente gobernados, pueblos que sufrian impacientes el despotismo mexica, comprendieron que habia llegado la hora de sacudir aquel yugo, y comenzaron á buscar la amistad y la alianza del conquistador.

Es cierto que ignoraban que solo iban á cambiar de señor; y que en el cambio iban á perecer su raza, sus tradiciones, sus artes, todo lo que constituye una nacionalidad.

No extrañemos esto: la historia en todas sus épocas nos presenta hechos semejantes; y sin remontarnos á los tiempos antiguos, encontrarémos en los modernos el imperio de Napoleon I. Fué conquistador é invencible, miéntras pudo explotar los elementos de los pueblos débiles á quienes hizo sus feudatarios ó sus vasallos; pero en el momento en que esos pueblos se apoyaron en el poder de la Rusia, se alzaron contra el monarca que les habia dominado; y la Francia volvió á sus antiguos límites, y Napoleon I fué á morir á Santa Elena; y los pueblos que se libertaron de la tiranía de Napoleon, cayeron bajo el despotismo de otros soberanos.

Consiste en que los pueblos educados en la adoracion de un hombre, no saben vivir sin inclinarse delante de una personalidad.

Los cempoaltecas fueron los primeros en buscar el apoyo español, para sacudir la coyunda que les impusieran los mexica; y al ejemplo de los cempoaltecas, hicieron los demas pueblos totonacas.

Cortés entró en Cempoala, y ya seguro con aquella alianza, fundó la primera ciudad, que llevó el nombre de Veracruz y que estuvo situada en una llanura al pié del monte de Quiahuitztla, en donde habia un señorío cuyo jefe se unió á los españoles.

XXIX.

A la mezquina política de Motecuhzoma, respondia Cortés con otra cuya habilidad justificaron los resultados.

Hallábase el capitan ibero en Cempoala conferenciando con los señores de esa ciudad y de los de Quiahuiztla sobre la independencia de aquellos pueblos, cuando, rodeados de un gran séquito se presentaron cinco nobles mexicanos á exigirles el tributo, amenazándoles con la ira del monarca por haber admitido á los extranjeros, y pidiéndoles víctimas humanas en expiacion de su delito.

Azorados los de la ciudad, acudieron á Cortés por medio de Doña Marina: Cortés les aconsejó que se apoderaran de los mexica y les pusieran presos: los cempoaltecas se resistieron al principio á seguir el consejo de miedo del atentado; pero al fin cedieron, y encerraron en jaulas á los cinco personajes. Orgullosos de haber consumado el hecho, los cempoaltecas quisieron sacrificar á los prisioneros. Cortés los disuadió. Y cuando fué de noche, dió órden á sus soldados de que sacaran de sus jaulas á tres de los nobles, les hizo conducir á su presencia, sin que lo supieran los cempoalte-

cas; allí les manifestó que á él debian la vida y la libertad, y que le dijesen á Motecuhzoma que le habia afligido mucho el atentado de los cempoaltecas. Los nobles se manifestaron muy agradecidos, y aconsejaron á Cortés que se cuidara de sus aliados. Al dia siguiente, Cortés se finjió enojado contra sus soldados por haber dejado escapar á los presos; y, so pretexto de que no sucediese lo mismo con los demas, los mandó sacar de las jaulas y conducirlos á sus buques, maniatados; pero tambien, cuando llegó la noche, los puso en libertad.

De este modo, el jefe español, con esa conducta doble que debe ser reprobada por la moral, pero que aceptaba su política, Cortés contentaba á sus aliados, y adormecia los recelos del emperador á quien trataba de destronar.

Motecuhzoma, bien sea engañado por esas acciones de Cortés, bien sea obcecado en querer seducirlo y dominarlo con donaciones y con buenas palabras, envió una nueva embajada á aquel soldado. Fueron intérpretes de los deseos del soberano dos príncipes sobrinos suyos, quienes con la expresion de gracias del tecuhtli por la libertad de los embajadores, llevaron á Cortés un nuevo y régio presente.

A él añadieron la queja que tenia el emperador por la alianza con los totonacas: Cortés les dijo que esa union fué hija de la necesidad de que sus tropas tuvieran con que vivir; y que en cuanto al tributo que los mexica les exigian, no debian pagarlo, porque no podian servir á dos señores.

Hé ahí ya al audaz aventurero imponiendo la ley al amo del imperio.

Y mientras que éste se contentaba con oponer embajadores y regalos á la invasion que se efectuaba, Cortés continuaba sus trabajos de zapa contra la monarquía; y para obligar á sus soldados á consumar su obra ó á perecer en la demanda, destruia sus naves, es decir, el único medio de salvacion que le quedaba llegado el instante de una catástrofe.

Asegurada la alianza de los totonacas, buscó la de Tlaxca-

llan. La república opuso resistencia á las huestes invasoras, pero al fin estas triunfaron, y la coalicion se llevó á efecto.

El ruido de las victorias de Cortés, aumentó los temores de Motecuhzoma; reunió su consejo, se discutió de nuevo si se permitiria á los españoles llegar á la capital; y contra el parecer del rey de Texcoco, se siguió el de Cuitlahuatzin, esto es, el de que no se consintiera que Cortés y los suyos llegaran á Tenochtitlan.

Una nueva embajada, con un nuevo presente, y con plácemes por sus victorias, llevó esa decision al general español.

Antes de que los invasores entrasen en Tlaxcallan, recogieron un nuevo fruto de sus victorias. Los huexotzincas fueron á buscar su alianza; é Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, solicitó su amistad, que le fué concedida. Ixtlilxochitl ofreció tambien á Cortés su ejército y todos sus recursos para hacer la guerra al emperador. Cortés lo aceptó todo, ofreciendo á Ixtlilxochitl el trono de Acolhuacan. Ixtlilxochitl ignoraba que los traidores tienen mala suerte.

Ante estas noticias, Motecuhzoma tembló de nuevo, y envió al conquistador una nueva embajada, un nuevo regalo, y una nueva súplica para que no llegara á la capital.

Los cortos dias que Cortés permaneció en Tlaxcallan, los empleó en informarse sobre los recursos guerreros de los mexica; y despues continuó su marcha por Chollan, á pesar del consejo en contrario que le daban los tlaxcaltecas. Llegó á aquella ciudad y fué bien alojado con los suyos, y provisto de víveres con abundancia.

Pero los chololtecas, que entonces habian roto con los tlaxcaltecas y aliádose con los mexica, proyectaron el exterminio de los conquistadores. Descubierta la trama á doña Marina por una señora chololteca, que era su amiga y que quiso salvarla, fué revelada por aquella al capitan español, y Chollan fué cruelmente tratada: sus habitantes fueron pasados á cuchillo por los españoles y sus aliados los tlaxcaltecas, sus templos incendiados, sus edificios destruidos.

Los que se salvaron de la catástrofe se sometieron al conquistador, y tambien los tepeyacas prestaron pleito homenaje al rey de España.

Cortés, altivo con sus triunfos, significó á los embajadores mexicanos, que pues lo ocurrido en Chalollan era por sujestiones suyas, entraria en México como enemigo.

Los embajadores mexicanos le dijeron que investigara lo que habia pasado, y que veria que su señor no era culpable.

Y uno de ellos se ofreció á ir á la corte á llevarle las quejas de Cortés.

Seis dias despues volvió el embajador con un nuevo regalo, y con las disculpas de Motecuhzoma para Cortés.

Y en estos momentos, Cuauhpopoca, señor de Nauhtlan, quiso cumplir la órden reservada que, á pesar de la tradicion, le habia dado Motecuhzoma, de castigar á los de Totonacapan por haberse aliado con los españoles. Los de Totonacapan se quejaron á Juan de Escalante, gobernador de Veracruz, quien envió una embajada á Cuauhpopoca; pero viendo que era inútil esa actitud pacífica, marchó en auxilio de los totonacas con dos caballos, dos cañones y cincuenta infantes españoles, quienes unidos con sus aliados derrotaron á Cuauhpopoca. El combate costó la vida al gobernador Escalante y á seis ó siete soldados. La cabeza de uno de estos fué llevada á Motecuhzoma, quien al verla se horrorizó de una manera invencible.

Mas tarde veremos cómo pagó Motecuhzoma al que bien quiso servirle.

XXX.

Cortés continuó su marcha.

En su camino se le sometieron Ixcalpan, Amaquemecan, Tlalmanalco y Axotzinco.

Allí recibió Cortés la visita del rey de Texcoco, quien fué á felicitarle en nombre de Motecuhzoma, y á disuadirle de que siguiera su marcha á la capital.

Cortés insistió en su propósito, y Cacamatzin se retiró.

Cuitlahuac fué ocupada por los invasores; y allí se presentaron á Cortés ya reconciliados y aliados suyos, Ixtlilxochitl y Coanacotzin, hermanos de Cacamatzin.

Unido á los dos príncipes y acompañado de mucha nobleza acolhua, entró Cortés en Texcoco, en donde fué alojado en el mejor palacio del rey.

De Texcoco marchó para Ixtapalapan, en donde fué recibido y alojado por Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzoma, y por Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan.

Al dia siguiente continuaron los españoles su marcha, pasaron por Mexicaltzinco, vieron las ciudades de Huitzilopochco, Colhuacan, Coyohuacan y Mixcoac, y llegaron á un punto llamado Xoloc.

Allí hicieron alto; allí recibió Cortés el parabien de mil nobles mexicanos que desfilaron en su presencia; y despues de esa ceremonia siguió su camino, que interrumpió cuando supo que salia á recibirle el emperador.

XXXI.

Era el 8 de Noviembre de 1519.

Pero antes de describir la entrada de Cortés en la ciudad imperial, digamos cuál era el estado del ánimo de Motecuhzoma, y la causa de la última embajada que le envió con su aliado el de Acolhuacan.

La catástrofe de Chollollan dió el último golpe á la serenidad del tecuhtli.

Doblegado bajo la impresion que le causó aquella carnicería, retiróse al *Tlitlancalmecatl*, palacio destinado para las épocas de duelo; y ayunó ocho dias en medio de rudas austeridades, invocando la proteccion de sus dioses. Creyendo tal vez que ya se la habian concedido, envió, sin abandonar el palacio en que se habia retirado, á cuatro nobles de su séquito con un nuevo regalo para Cortés, y con nuevas súplicas para que no llegase á la capital, prometiendo ademas pagar tributo al rey de España, y dar al capitan español cuatro cargas de oro, y una á cada uno de sus soldados.

Cortés recibió el obsequio en Inthualco, pero insistió en ir á México.

Mientras tanto, los sacerdotes aztecas consternaban mas

el ánimo del emperador con sus oráculos; y fué tal el estado de miedo en que le hicieron caer, que antes de saber el éxito de la última embajada, reunió de nuevo á su consejo, llamando para que asistiesen á él, á su hermano Cuitlahuatzin y al rey de Texcoco Cacamatzin.

Cuitlahuatzin persistió en su idea de no dejar entrar á los extranjeros, y de hacerlos salir á fuerza del país.

Cacamatzin opinó por que se les recibiera como embajadores, y por que en caso de que proyectasen algo contra el soberano, se les reprimiera con todos los recursos del imperio.

Motecuhzoma siguió en esta vez la opinion del de Texcoco, á quien rogó llevase la embajada que ya hemos referido.

A la reconvencion que Cuitlahuatzin le hizo por haber cedido á la opinion de Cacamatzin, Metecuhzoma le respondió que no podia hacer otra cosa, puesto que no solo sus amigos, sino hasta sus dioses, le abandonaban y protegian á sus enemigos.

Era, decimos, el 8 de Noviembre de 1519.

Concluido el desfile de la nobleza tenochca, siguió Cortés su camino, y ya cerca de la ciudad le dieron aviso de que el soberano salia á recibirle.

Pocos momentos despues se dejó ver la comitiva.

Rompian la marcha tres nobles que levantaban tres varas de oro, señal de la presencia del monarca.

Seguia éste, ricamente vestido, en una litera cubierta con planchas de oro, conducido en hombros de cuatro magnates, y hacíale sombra un parasol de plumas verdes salpicado con alhajas de oro.

Un manto régiamente adornado con magníficas joyas, caia de sus hombros; una corona de oro ceñíale la cabeza; y su calzado se componia de suelas de oro, cuyas ataduras estaban guarnecidas de preciosas piedras.

Cerraban aquel séquito doscientos nobles, suntuosamente vestidos, pero todos descalzos, y abiertos en dos filas en señal de respeto al soberano.

Una vez que él y Cortés se hallaron frente á frente, Cortés echó pié á tierra, y Motecuhzoma bajó de su litera y se adelantó á Cortés, apoyado en los brazos de Cacamatzin y de Cuitlahuatzin.

Cortés se inclinó profundamente, y en seguida se acercó al rey y le puso al cuello un collar de cuentas de vidrio; quiso abrazarle, pero los nobles que acompañaban al tecuhtli no se lo permitieron.

¡Era una profanacion tocar á ese pobre rey!

Cortés le aseguró brevemente su veneracion, su respeto, y el placer que tenia en conocer á un monarca tan poderoso.

Motecuhzoma le respondió pocas palabras, y le obsequió con un collar de nácar adornado con cangrejos de oro; encargó á Cuitlahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Acolhuacan.

XXXII.

Nos hemos fatigado al enarrar tanta humillacion.

No; no era preciso enviar regalos, y súplicas, ni salir al encuentro del conquistador.

Lo que se necesitaba era el alma de Cuitlahuatzin, el espíritu de Cuauhtemotzin; un rey héroe y no un rey miseria; un hombre esforzado, que desde el principio hubiera salido en son de guerra á arrojar del país á los invasores; no un ánimo apocado, que, valiéndose del supersticioso respeto que el pueblo tenia al sacerdote-rey, entregó la independencia de la patria en manos de un puñado de gente, que con solo el número pudo ser destruido.

XXXIII.

Una inmensa y maravillada multitud, presenció la entrada de los españoles en Tenochtilan; y si á los mexica causaron asombro el porte, los caballos, las armas de los españoles, éstos tambien se admiraron de la grandeza de la ciudad que los recibia.

Motecuhzoma los esperaba en el palacio de Axayacatl, que les habia destinado para alojamiento; y despues de haber introducido á Cortés á una gran sala, y de haberle invitado á que descansara en un reclinatorio, se retiró prometiendo volver en breve.

Cortes, para impresionar el corazon de los mexica, mandó hacer una salva de artillería; y en seguida recorrió el extenso palacio en cuyas amplias habitaciones distribuyó su tropa.

Y para que el dia acabara como habia comenzado, con la completa humillacion de Motecuhzoma y de la patria de Tenoch, fué servida á Cortés y á sus capitanes una magnífica comida, en que hicieron de domésticos los miembros de la nobleza del imperio.

XXXIV.

En el mismo dia visitó Motecuhzoma al caudillo español. La historia nos ha conservado el discurso que le dirigió en esta primera entrevista; y ese discurso es la mayor prueba de su supersticion y de su amilanamiento.

Llamóle valiente *general;* manifestóle la satisfaccion que tenia en haberle recibido; confesóle que lo tuvo por un dios; pero que ya estaba convencido de que él y los suyos eran hombres, de que sus caballos eran ciervos grandes domesticados, de que sus armas de fuego eran unas cervatanas que arrojaban las bolas con mas estrépito que las de los mexica, de que Cortés y los demas españoles eran buenos y generosos; díjole que aunque le hubieran dicho que él, Motecuhzoma, era un dios, la verdad era que estaba formado de carne y hueso como los demas hombres; y despues de hacer todas esas confesiones que ponen en relieve su miseria y su cobardia, ofreció obediencia al monarca español, disculpándose con que por la tradicion creia llegado el tiempo de la venida á México de ciertos hombres de Oriente, que se habian de enseñorear de estos países.

Cortés le respondió engañándole: díjole que aunque el monarca español como descendiente de Quetzalcoatl podia querer mucho mas, se conformaba con la amistad de Motecuhzoma y de sus sucesores, y que el objeto de su embajada era darle consejos y enseñarle la verdadera religion.

Cortés pagó la visita á Motecuhzoma, y en esta y en otras que le hizo le habló de la religion cristiana, hasta el grado de que impaciente el rey azteca, le dijo:

—Si yo hubiera sabido que habíais de hablar con tal desprecio de nuestros númenes, jamas habria cedido á vuestras instancias.

Sin embargo, Cortés prosiguió sus ideas; y á pesar del enojo del monarca, obtuvo su beneplácito para edificar en su alojamiento una capilla cristiana; y acabó, despues de la prision de Motecuhzoma, por destruir el ídolo del templo de Huitzilopochtli, colocando en el santuario una imágen de la Vírgen.

XXXV.

El conquistador comprendia bien lo difícil de su situacion. Conocia que si Motecuhzoma llegaba á cambiar de ideas, él y los suyos podian ser sacrificados.

Para conjurar el peligro, no imaginó mejor medio que el de tener bajo su mano al emperador; pero la empresa era difícil, y necesitaba un grave pretexto para consumarla.

Halló ese pretexto en los sucesos de Totonacapan.

En la noche que meditó su proyecto, no pudo dormir y la pasó lleno de agitacion y recorriendo sus cuarteles. En esa noche fué cuando por aviso de un centinela descubrió, en un aposento cuya puerta estaba recien murada, el riquísimo tesoro de Axayacatl.

Al siguiente dia, despues de haberse concertado con sus capitanes, mandó á cinco de ellos con veinticinco soldados, que por distintos rumbos se dirigiesen al palacio del tecuhtli, debiendo estar en él juntos á un mismo tiempo y á la hora de la audiencia. Reunióse él con doña Marina y ellos en la antesala de Motecuhzoma: recibiólе éste con el afecto que acostumbraba; y entonces fué cuando le ofreció á una de sus

hijas, que Cortés rehusó, manifestando que siendo casado, su religion le prohibia la bigamia. Despues de hablar sobre varios negocios, Cortés le manifestó la conducta del señor de Nauhtlan, quien atacó á los totonacas á los que fué á auxiliar Juan de Escalante, muriendo éste en la refriega con otros de sus españoles; y concluyó diciéndole:

—Yo debo dar cuenta á mi soberano de la muerte de aquellos hombres; y para poder satisfacerlo, he hecho varias indagaciones. Todos os culpan como al que ordenó aquella agresion; mas estoy lejos de creer en tamaña perfidia, como seria tratar como enemigo en la provincia al que llenais de favores en la córte.

Motecuhzoma respondió que Cuauhpopoca habia obrado sin órden suya; y para satisfacer á Cortés, mandó á dos de sus magnates que fuesen por el señor de Nauhtlan y por los demas culpables de aquellos sucesos, para ponerlos en manos de Cortés.

¡Ingrato rey, que entregaba en poder de sus enemigos al vasallo que habia obrado por órden suya!

Partieron los cortesanos, y Motecuhzoma dijo á Cortés:

—¿Qué mas puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?

Cortés entonces le dijo que para disipar toda duda de su conducta, aun entre sus mismos vasallos, debia irse á vivir al cuartel de los españoles.

A pesar del artificio de Cortés, el tecuhtli comprendió toda la idea, y le dijo lleno de turbacion:

—¿Dónde se ha visto que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo quisiera envilecerme así, ¿no me libertarian mis vasallos? No soy hombre de los que pueden ocultarse; y aquí me teneis para dar satisfaccion á vestras quejas.

Cortés le manifesió entonces que los mexica no extrañarian verlo mudar de residencia, puesto que á donde iba era al palacio de su padre Axayacatl; y que en caso de que los

vasallos atentaran algo contra él, los españoles los reprimirian.

Moteculizoma insistió en su resistencia; y al ver esto uno de los soldados españoles que allí se hallaban, dijo en tono colérico que ó le llevaran á fuerza ó le mataran.

El emperador pidió á doña Marina que le explicara lo que habia dicho aquel furioso extranjero; y doña Marina le aconsejó que cediera á los deseos de Cortés, pues si no, corria peligro su vida.

Moteculizoma se dejó llevar preso.

Y fué conducido á la prision con el magnífico tren y séquito con que acostumbraba salir, y encargó á sus cortesanos dijesen al pueblo, que por motivos graves y por su voluntad, se iba á vivir por algun tiempo con los españoles.

XXXVI.

Una vez preso el emperador, Cortés fué bastante hábil para conducirse con él. Dejóle en absoluta libertad para gobernar el reino con sus ministros y con sus consejeros, que diera audiencia á sus súbditos y que fallara sus pleitos. El ceremonial con que se le visitaba y se le servia cuando libre, fué respetado; y recibió, ademas, una reforma que es un rasgo mas de la vil ostentacion de Motecuhzoma. Los nobles que le presentaban la comida, lo hacian de cuatro en cuatro y llevaban los platillos en alto, para que los españoles pudieran ver el sinnúmero de manjares que se les servian. Y continuó en la costumbre de dar á otros lo que á él no le agradaba: solo que, ahora, los españoles que lo custodiaban tenian su parte con los nobles en esa liberalidad.

Tal vez por miedo á mayores atentados, acaso por un rasgo de política mezquina, Motecuhzoma hacia frecuentes y magníficos regalos á los invasores; y siguiendo ese sistema, dejó que tomaran mil vestidos de algodon de muchísimo valor, y grandes cantidades de oro del tesoro de Axayacatl.

Y aun le parecieron pocas esas muestras de respeto, hijas del miedo que tenia á los españoles. Para probarles mas

su buena voluntad, dió á Cortés otra de sus hijas, la cual, con la que le habia dado anteriormente, fué instruida y bautizada, sin que á ello se opusiera el monarca, fanático por sus dioses, y cuya creencia supersticiosa á sus ídolos, era una de las causas principales de su degradacion y de su ruina.

Una de las hijas de que hablamos, fué casada con Cristóbal de Olid.

Y en tanto que Motecuhzoma se inclinaba desde su sólio á los pies de los españoles, Cortés, continuando su idea de engañarle y de engañar á los mexica, hacia que sus soldados respetasen al monarca; y aun quiso castigár á uno de ellos con la muerte, por haberle respondido con altanería, concediéndole la vida á instancia del mismo Motecuhzoma, quien, sin embargo, no pudo impedir que le mandase dar de palos.

Disipados los temores de Cortés con el manejo de Motecuhzoma, le *permitió* salir de los cuarteles españoles, ir á caza y pasearse. El abajado descendiente del Ilhuicamina, aceptó agradecido la licencia de quien ya era su amo, y la aprovechó saliendo muchas veces. Solo que nunca iba acompañado nada mas con sus cortesanos, sino que le escoltaban un número bastante de soldados españoles, ya á pié, cuando iba á los bosques, ya en barcas, cuando iba á los lagos; y cuando iba á pasear á las selvas, dos mil tlaxcaltecas seguian á su persona.

Se ve, pues, que el capitan español siempre recelaba algo, pues á pretexto de ceremonia ó de respeto, hacia que acompañaran al despreciable emperador, sus paisanos ó sus aliados, irreconciliables enemigos de los mexica.

XXXVII.

Y no era bastante aún todo ese envilecimiento.

Llegados á la corte Cuauhpopoca, un hijo suyo, y otros veinte nobles de Nauhtlan, de los que, por órden de Motecuhzoma, quisieron castigar á los totonacas por su alianza con los españoles, y que batiéndose con aquellos y con los que de los últimos les auxiliaron, dieron muerte á Juan de Escalante, el emperador les echó en cara su proceder, y sin dejarlos disculparse, los entregó á Cortés para que les castigara.

Cortés les interrogó y los encontró convictos y confesos: solo que, viéndose perdidos y creyendo su muerte inevitable, acabaron por declarar que todo lo habian hecho de órden de Motecuhzoma, pues sin ella, no se habrian atrevido á cometer la accion por que se les juzgaba.

Cortés ordenó que se les quemase vivos enfrente del real palacio; y la sentencia se ejecutó, á pesar de que Cuauhpopoca aseguró de nuevo que habia obrado por órden de Motecuhzoma, y esto lo afirmaba ya atado de pies y manos y colocado sobre la hoguera.

Y la hoguera estaba formada de una inmensa cantidad de armas ofensivas y defensivas de los aztecas.

Compréndese desde luego que Cortés procuraba por todos los medios posibles, debilitar á sus enemigos, puesto que exigió de Motecuhzoma que aquellas armas sirviesen para el suplicio de Cuauhpopoca.

Hábil conquistador, imbécil rey.

Cuauhpopoca, viéndose perdido, oró á sus dioses, y exhortó á sus compañeros para que muriesen dignamente.

Y ardió la hoguera, y en presencia de un numeroso gentío, que permaneció impasible, murieron aquellos leales servidores de un monarca infame, que de miedo á los españoles, renegó de sus servicios, premiando con negra felonía la obediencia que le prestaron.

XXXVIII.

Pero el descastado magnate tuvo tambien castigo.

Cuando Cortés supo por Cuauhpopoca que lo que hizo fué por órden de Motecuhzoma, se presentó á este con algunos de sus capitanes, y con un soldado que llevaba unos grillos.

Ya en presencia del monarca, no le hizo ninguna ceremonia, sino que con tono severo le dijo que Cuauhpopoca le inculpaba como autor de la muerte de Escalante y de sus soldados; que habia condenado al señor de Nauhtlan y á sus compañeros al último suplicio, suplicio que merecia el mismo emperador; pero que en consideracion á los beneficios que le habia hecho, y al afecto que manifestaba por el rey de España, Cortés, el aventurero, á Motecuhzoma, al poderoso tecuhtli de los mexica, le concedia la gracia de la vida; pero como no podia dejar de castigarlo, le habia impuesto una pena por su delito!

Y lleno de una cólera que sin duda tuvo mucho de fingida, ordenó que engrillaran al soberano, y le volvió la espalda y se retiró.

Motecuhzoma fué engrillado sin poder, acaso de ira, de susto ó de asombro, proferir ni una sola palabra; perdió des-

pues el sentido: cuando volvió en sí, tuvo momentos de impaciencia; pero luego se calmó resignándose á su desdicha, que creyó le venia de sus dioses.

Una vez ejecutados Cuauhpopoca y sus compañeros, Cortés volvió á la habitacion de Motecuhzoma, le habló con cariño, le exajeró nuevamente la gracia que le hacia con no quitarle la vida, y mandó que le desengrillaran.

Motecuhzoma ... se regocijó con tanto bien, abrazó enternecido á Cortés, é hizo muchos regalos á los españoles y á sus vasallos.

La guardia que custodiaba al preso se retiró de órden de Cortés, quien dijo á Motecuhzoma que cuando quisiese, podia restituirse á su palacio.

Pero sea por miedo que hubiese cobrado á sus vasallos, quienes veian con descontento su conducta con los españoles, sea porque estos corriesen algun peligro si él se separaba de sus cuarteles, lo cierto es que Motecuhzoma no quiso abandonarlos.

Allí debia morir.

XXXIX.

La arrogancia de los españoles, la influencia decidida que tenian en el ánimo de Motecuhzoma, la prision y el abajamiento de este hombre, sublevaron la dignidad de Cacamatzin, quien por medio de un mensajero quiso despertar en aquel monarca el sentimiento de su grandeza.

Todo fué inútil.

Y entonces Cacamatzin fué á Texcoco, convocó á sus consejeros y á otros personajes de su corte, les manifestó el peligro que corrian su independencia y su religion con aquellos extranjeros que habian reducido á Motecuhzoma al último grado de vergüenza, y por fin, les dijo que ya era tiempo de hacer la guerra por sus dioses y por su patria.

La mayoría de la asamblea se resolvió por la guerra; y con mucho sigilo se comenzaron á hacer los preparativos.

A pesar del secreto, supiéronlo Cortés y Motecuhzoma: Cortés, para impedir el golpe, quiso marchar sobre Texcoco; pero Motecuhzoma lo evitó, dándole á conocer las fuerzas de aquella monarquía.

Entonces resolvió el capitan español mandar á Cacamatzin un embajador recordándole la amistad y alianza que se

habian prometido en Axotzinco, y haciéndole ver las dificultades y los males de la guerra.

Cacamatzin respondió:

—No son mis amigos los que quitan el honor y los que oprimen á la patria, y ultrajan á mi familia, y desprecian mi religion; no sé ni me importa saber quién es el rey de Castilla; y si Cortés quiere evitar el golpe que le amenaza, que salga inmediatamente de México y que regrese á su país.

Una segunda embajada obtuvo la misma respuesta, digna de uno de los hombres de Plutarco.

Entonces Cortés se quejó con Motecuhzoma; y para asegurarse de su mediacion le dió á entender que le parecia que él tenia alguna parte en los planes hostiles de su sobrino.

Asustado Motecuhzoma con esa sospecha se deshizo en protestas de lealtad á los españoles, y envió á llamar á Cacamatzin.

Cacamatzin dió esta respuesta, llena de augusta soberbia:

—Si despues de tanta infamia hubiera quedado en el alma de Motecuhzoma el menor sentimiento de honra, se avergonzaria de ser el esclavo de cuatro aventureros, que mientras lo halagan con palabras, lo ultrajan con sus hechos. Y pues no basta á moverlo el celo de la religion y de los dioses acolhuas, despreciados por esos hombres, ni quiere defender la religion, ni vengar á los dioses, ni conservar su reino, ni recobrar el honor, yo iré, sí, iré á su corte como me lo ruega; pero no con las manos en el pecho, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los mexica con la sangre de los españoles.

Espantado Motecuhzoma con esa respuesta, y temiendo, bien la venganza de los conquistadores, bien el furor de Cacamatzin, resolvió salvarse cometiendo una traicion.

Servian en la guardia de Cacamatzin unos oficiales tenochca, y Motecuhzoma les ordenó en secreto que se apoderasen de él y le condujesen á México.

Los tenochca, concertados con otros acolhuas, se dispusieron á ejecutar las órdenes de su amo.

Y una noche cayeron sobre Cacamatzin que dormia tranquilo en uno de sus palacios situado á orillas del lago, y embarcándolo en una canoa, le condujeron á México.

Motecuhzoma le entregó inmediatamente á Cortés.

Cacamatzin fué encerrado en un calabozo, y Motecuhzoma, con aprobacion de Cortés, dió á Cuicuitzcatzin la corona de Acolhuacan.

Despues de la prision de aquel jóven, valiente y desventurado rey, no pasó mucho tiempo sin que Cortés se apoderara del rey de Tlacopan, de los señores de Ixtapalapan y de Coyohuacan, ambos hermanos de Motecuhzoma, de los hijos de éste, de Itzcuauhtzin, señor de Tlaltilulco, de uno de los grandes sacerdotes de Tenochtitlan, y de otros personajes de alta gerarquía.

Estas prisiones dejan comprender que el capitan español no se encontraba muy tranquilo en medio de aquellos pueblos.

XL.

Tantas prosperidades unidas á la abyecta sumision de Motecuhzoma, hicieron mas exigente á Cortés, y le animaron á dar el último golpe á la dignidad y á la independencia del imperio.

Exigió de Motecuhzoma que hiciese su sumision al rey de España, como descendiente que era de Quetzalcoatl.

El imbécil soberano convocó á la nobleza de la córte y á la de las ciudades de los alderredores, y les dijo un largo discurso, recordándoles la antigua tradicion de que los descendientes de Quetzalcoatl, debian ser los amos de la monarquía, concluyendo con asegurarles que el rey de España era el heredero de aquella deidad, y que por lo mismo debian reconocerle como á su rey y señor.

Con todo y su conviccion, no pudo menos de apenarse y de llorar al reconocerse y confesarse súbdito de otro monarca.

Y los nobles tambien lloraron, pero se sometieron.

Cortés les dió las gracias por su sumision, les aseguró que aunque vasallo del rey de España, Motecuhzoma seguiria reinando, é hizo levantar un instrumento público de aquel acto, para enviárselo á D. Cárlos.

Entonces llegó su vez á la codicia. Cortés exigió de Motecuhzoma que manifestase su sumision á Cárlos por medio de un presente de oro y plata; y Motecuhzoma le dió todo el tesoro de Axayacatl, y ademas la contribucion que dieron los señores feudatarios de la corona.

Separaron de todo el quinto para el rey de España; y con lo demas, pagó Cortés las deudas que contrajo en Cuba para armar su expedicion, remuneró á sus oficiales y á sus soldados, y aun le quedó una enorme suma para los gastos futuros.

XLI.

La fortuna que tanto habia sonreido á los españoles, no podia menos que presentárseles ceñuda alguna vez.

El estado humillante que guardaba Motecuhzoma; la prision de Cacamatzin, de Cuitlahuatzin, de los sacerdotes y de tantos otros personajes; el sometimiento de la nacion á un rey extraño, y la vanidad que manifestaban los españoles, acabaron por hacer estallar el descontento de la nobleza mexicana, que hasta entonces lo habia soportado todo por respeto á su soberano.

Pero llegó la vez en que comenzaron las murmuraciones; á estas siguieron las juntas en que los nobles se echaban en cara su propia tolerancia, y en que se proponian proyectos para arrojar á los españoles fuera del imperio.

Valiéronse de que algunos de los favoritos de Motecuhzoma le pusieran en evidencia la vergüenza y los peligros de la situacion, la inquietud y la impaciencia de nobles y plebeyos al verse sometidos á los extranjeros, y le exhortaran á sacudir el miedo que le dominaba, y á recobrar su poderío.

Los sacerdotes le hablaban en nombre de los dioses, ame-

nazándole con tremendos castigos, si no echaba del país á aquellos hombres que destruian el culto.

Cediendo Motecuhzoma á aquellas razones y á estas amenazas, queriendo librarse del epíteto de cobarde, y afligido por la desgracia de sus hermanos y demas parientes que estaban en poder de Cortés, llamó á este y le significó que á su pesar, pero temeroso del castigo de los dioses y por el descontento de sus vasallos, le pedia que regresara pronto á su patria.

Cortés disimuló el disgusto que le ocasionó la resolucion de Motecuhzoma, y le dijo que estaba pronto á irse; pero que no teniendo naves en que embarcarse, necesitaba hacerlas, y que esto demandaba tiempo.

Motecuhzoma se llenó de alegría al ver la docilidad que le mintió Cortés para obedecerle, y le abrazó diciéndole que no era preciso que se marchase muy pronto, y que podia esperar á que se construyesen los buques.

Pero, pasados ocho dias, hizo llamar de nuevo á Cortés, y, presentándole unas pinturas, le dijo que no era necesario que construyese buques para irse, pues podia marcharse en los diez y ocho que acababan de llegar á Chalchiuhcuecan.

Era la armada de Pánfilo de Narvaez que venia contra Cortés.

XLII.

Narvaez venia á batir á Cortés por vasallo traidor á su soberano.

Cortés, al principio creyó que aquella escuadra llegaba en auxilio suyo, y que en ella venian los procuradores que un año antes habia enviado á España.

Desengañado despues, trató de atraer á Narvaez á un avenimiento, lo cual no consiguió.

Motecuhzoma, que al principio creyó á Narvaez amigo de Cortés, y que en tal concepto le envió varios regalos, supo al fin la verdad; pero en vez de aprovechar esta circunstancia para librar á su patria y acabar con los españoles, fué bastante nécio para afligirse por el peligro que Cortés iba á correr en su expedicion contra Narvaez, y le ofreció un ejército, que aquel por recelo á los mexica no quiso aceptar.

Buscó los auxilios de Chinantla, de Tlaxcallan y de otros pueblos, y partió hácia la costa dejando en México ciento cuarenta españoles.

Esto pasaba á principios de Mayo de 1520.

XLIII.

Los españoles que permanecieron en México, quedaron bajo el mando de Alvarado, á quien por ser rubio, llamaron los mexica *Tonatiuh*, el sol; capitan cuya avaricia era muy conocida, y cuya crueldad iba á mostrarse de una manera espantosa.

El 13 de Mayo de 1520, comenzó el mes Toxcatl, en el cual era la fiesta de la incensacion de Huitzilopochtli.

Esta fiesta era la mas notable del año, y la que los tenochca celebraban con mas solemnidad.

Y en aquel año, sin duda en virtud de las circunstancias por que atravesaba el imperio, quiso la nobleza y quiso el sacerdocio dar un aspecto mas grande y mas religioso á aquel acto de su culto; y se acercó á Alvarado, para rogarle que permitiese que el emperador fuera al templo á cumplir con sus deberes.

Alvarado, ó por temor á los mexica, ó por órden de Cortés, se negó á lo que de él se solicitaba; y los nobles tomaron entonces el partido de hacer el baile en el palacio que servia de cuartel á los españoles.

Reuniéronse allí seiscientos, segun unos historiadores, y

segun otros, dos mil individuos de la nobleza, cubiertos de oro, de plumas y de pedrería.

Y cuando ya estaban entregados á los placeres de la fiesta, Alvarado ordenó á algunos de sus soldados que guardasen las salidas.

Y mandó á los demas que atacasen á aquellos hombres desarmados y llenos de fatiga por el baile; y los soldados españoles cayeron sobre ellos, cojiéndoles descuidados, imposibilitados para huir ni para defenderse.

Y aquella turba de asesinos se cebó en sus víctimas; corrió la sangre á torrentes; y terminada la carnicería, aquellos buitres se arrojaron sobre los muertos, y los despojaron de los ricos vestidos que llevaban.

La San Bartolomé no fué propiedad exclusiva del pueblo frances: las Vísperas Sicilianas no fueron un privilegio del pueblo italiano: los asesinatos en masa, no fueron una propiedad de la Comuna.

Alvarado y sus seides tienen tambien la triste honra de ser los inventores de una hecatombe: sintiéronse inspirados para asesinar y robar á hombres que no podian oponerles resistencia, y cayeron sobre ellos como lobos sobre ovejas, segun la enérgica expresion de Byron; y saciaron su sed de sangre y de riquezas, sin miramiento alguno á la justicia de la posteridad.

Si los setembristas tienen sobre sí la reprobacion de la historia, mas severa debe caer sobre Alvarado y sus cómplices; porque á aquellos, al menos, los movia una pasion, un delirio, si se quiere: el de libertar la inteligencia y la dignidad humanas, de la esclavitud en que las tenian las clases privilegiadas; mientras que los verdugos de los mexica, no tienen ni siquiera la disculpa de una grande idea que atenúe lo espantoso de su crímen.

Desgracia tan enorme cayó como un rayo sobre el pueblo de los tenochca, y puso el colmo á la medida de su paciencia.

Desde aquel momento no vió en cada español sino á un

enemigo de su rey, de su religion y de su patria; y movido por un sentimiento de amor á sus lares, de ódio á los asesinos y de amor á su país, se levantó armado y cayó con ímpetu sobre los iberos, logrando abrir una brecha en el muro, minar el palacio y quemar municiones.

El fuego de artillería y de mosquetería contuvo é hizo retroceder á los asaltantes, y esto dió tiempo á los españoles para cubrir la brecha; pero al dia siguiente, un ataque mas vigoroso, un asalto mas terrible hizo temblar á los españoles, que se creyeron perdidos.

Y habríanlo sido, en efecto, si Motecuhzoma, por un nuevo acto de debilidad, no se hubiese presentado á los combatientes, y calmado con sus órdenes y con sus palabras el furor que dominaba á los mexica.

Desde entonces el pueblo, por respeto al monarca, no volvió á atacar el palacio-cuartel; pero continuó haciendo actos de hostilidad contra los españoles, quemando cuatro bergantines que habia hecho construir Cortés, y sitiando á los españoles por hambre, á cuyo fin abrió un foso al derredor del palacio.

Tal era la situacion de los beligerantes, cuando regresó Cortés, instruido de todo por dos mensajeros tlaxcaltecas que le habian mandado Alvarado y Motecuhzoma.

El audaz conquistador habia aumentado su ejército español, con los elementos de que se apoderó á consecuencia de la derrota de Narvaez. Mil trescientos infantes y noventa y seis caballos formaban la fuerza peninsular, y á esta se agregaron dos mil tlaxcaltecas, con los cuales entró en México el 21 de Junio.

Los españoles que le esperaban estallaron en júbilo al verlo, y Motecuhzoma salió hasta el patio á recibirlo, renovándole sus protestas de amistad.

Cortés pasó sin mirarlo.

Motecuhzoma.... se apesadumbró, y mas cuando supo que el conquistador hablaba de él con palabras injuriosas.

Cortés reprendió á Alvarado; y viendo que sus tropas ca-

recian de todo, envió un amenazador mensaje á Motecuhzoma para que diese órden de que hubiese mercado.

Motecuhzoma respondió que estando presos por Cortés los personajes mas influentes de quienes podia fiarse, no tenia á quien encomendar la órden; y que para complacerlo en lo que queria, pusiera libre á alguno de aquellos magnates.

Cortés puso en libertad á Cuitlahuatzin, hermano de Motecuhzoma, ignorando que al hacerlo daba un jefe indomable á los que resistian la dominacion extranjera; y que aquel de quien él esperaba alimento y vida, iba á sembrar destruccion y muerte entre los españoles.

Y en efecto, Cuitlahuatzin fué el héroe de la *Noche Triste.*

XLIV.

Los mexica permanecieron tranquilos el dia de la llegada de Cortés; pero desde el siguiente, volvieron á las hostilidades.

Piedras y flechas caian sin cesar sobre los españoles, piedras y flechas arrojadas por tal número de combatientes, que cubrian por completo el piso de las calles.

Cortés hizo una salida con cuatrocientos hombres, tlaxcaltecas y españoles; los mexicanos retrocedieron sin resentir gran pérdida; y Cortés, despues de haber quemado algunas casas, regresó á sus cuarteles.

Pero los mexica continuaron en sus ataques; y el capitan Ordaz, al frente de doscientos soldados salió á contenerlos. Los mexica fingieron huir en desórden: Ordaz y los suyos los persiguieron; y de repente se sintieron atacados por el frente, por la espalda y por las azoteas, no logrando Ordaz retirarse sino despues de un terrible combate en que perdió ocho españoles, quedando él y los demas heridos.

Y en ese dia, los mexica quemaron el cuartel en varios puntos, y obligaron á los españoles á destruir parte del muro, para poder servirse de su artillería y rechazar á los asaltantes.

Al dia siguiente se renovó el combate: la artillería española hacia espantosos estragos en los enemigos; pero el número de estos era tal, que no se notaban las bajas. Cortés hizo una salida con todas sus tropas, y batiéndose paso á paso, tomó algunos puentes, incendió muchas casas; y al caer de la tarde se retiró llevando cincuenta españoles heridos, y despues de haber matado un gran número de mexicanos.

Convencido Cortés de que mas que de nada le era preciso defenderse de los proyectiles que le arrojaban de las azoteas, mandó construir tres máquinas de guerra llamadas *mantas*, en cada una de las cuales podian ir cubiertos veinte hombres armados, y hostilizar desde ellas á sus contrarios.

Mientras tanto, Motecuhzoma, que observaba los combates desde la torre de palacio, vió en uno de ellos á su hermano Cuitlahuatzin mandando á los mexica.

En presencia de tantas calamidades, asustóse el espíritu de aquel monarca. Temió por su vida, por su corona, por su capital, por sus vasallos; espantóle el triunfo de sus enemigos; y despues de una noche de agitacion y de inquietudes, llamó á Cortés, le habló de la situacion, y le rogó que no retardase mas su viaje.

Cortés, cuyo ejército estaba tan escaso de municiones de boca, que apenas tenia las necesarias para conservar la vida de los suyos; que conocia que en semejante estado se hallaba expuesto, no solo á no apoderarse de la ciudad, pero ni aun á conservar lo que de ella poseia; aunque lleno de sentimiento porque con su salida perdia en un instante cuanto habia conseguido con su destreza y con su fortuna, respondió al tecuhtli que saldria de la ciudad, con la condicion de que depusieran las armas los mexica.

XLV.

Acababa de tener fin esa entrevista, cuando se oyó en los cuarteles el grito de alarma.

Era que los mexica se acercaban en son de dar un asalto general á los españoles y á sus aliados.

Veíase á una multitud intentar la subida á los muros por todas partes, mientras otra muchedumbre colocada en puntos elevados y ventajosos, disparaba una verdadera granizada de piedras y de flechas sobre los sitiados, y mientras otra multitud se arrojaba sobre el fuego de la artillería y de los mosquetes, hasta entrar en los cuarteles y batirse cuerpo á cuerpo con los españoles, quienes abrumados por el número peleaban con el vigor de la desesperacion.

Motecuhzoma, conociendo el peligro en que se hallaba, y viendo el esfuerzo de los españoles, se decidió á presentarse á sus vasallos para calmar sus furores.

Y se presentó en la azotea, vestido con las insignias imperiales.

Los ministros que le acompañaban impusieron silencio al pueblo.

Asombrados los mexica con la presencia del soberano, suspendieron el asalto y callaron llenos de respeto.

Entonces, Motecuhzoma les dijo:

—Si el motivo que os induce á tomar las armas contra estos extranjeros es el de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que me mostrais; pero os engañais creyéndome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre, y trasladarme al mio cuando yo quiera. Si vuestra cólera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongais las armas. Cese, pues, vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si quereis desmentir las voces que han llegado á mis oidos acerca de haber vosotros jurado á otro señor la obediencia que solo á mí debeis tributar, lo que yo no he podido creer, ni vosotros podeis ejecutar sin acarrearos toda la cólera de los dioses.

Por algunos instantes continuó el silencio.

Pero un mexica (se cree que Cuitlahuatzin), interrumpió ese silencio, llamando á Motecuhzoma cobarde, afeminado, é indigno de gobernar á un pueblo como el tenochca.

A la injuria de palabra siguió la de hecho. Disparó una flecha al monarca.

Y el pueblo siguió su ejemplo, é insultó á Motecuhzoma y le arrojó piedras y flechas; y Motecuhzoma recibió una pedrada en la cabeza, otra en una pierna y una flecha en un brazo; y en ese estado le llevaron á su habitacion, en donde la cólera le hacia padecer mas que las heridas.

El asalto y la defensa continuaron, hasta que hubo una conferencia á la que unos nobles aztecas provocaron á Cortés para tratar de un arreglo, que no llegó á efectuarse.

Concluidas las *mantas*, Cortés emprendió la salida el 28 ó 29 de Junio, por una de las principales calles de la ciudad; y cuando llegaron al primer puente, acercaron sus *mantas* á las casas para desalojar al enemigo que ocupaba las azoteas;

pero las *mantas* fueron destruidas á pedradas; y los españoles, depues de combatir todo el dia sin poder pasar el puente, regresaron á sus cuarteles llevándose muchos heridos, y dejando un muerto en el lugar de la lucha.

XLVI.

Animados por las ventajas adquiridas, quinientos nobles mexica bien provistos y bien armados, se fortificaron en el atrio superior del templo mayor, desde donde empezaron á batir á los españoles, causándoles graves daños.

Envió Cortés á un capitan con cien soldados á desalojar á los nobles, pero éstos lo rechazaron.

Entonces, Cortés, á pesar de estar herido de la mano izquierda, se resolvió á dar él mismo el asalto: y despues de mucha fatiga, logró llegar con sus soldados al atrio superior y arrojar de allí á los mexica, haciéndoles muchos muertos, aunque á costa de las vidas de cuarenta y seis españoles.

Retiróse de allí á sus cuarteles, despues de haber hecho incendiar el santuario de los dioses.

Quiso Cortés tener de nuevo un arreglo con unos nobles mexica, á quienes demostró los daños que recibian de las armas españolas; y los mexica le contestaron, que nada les importaba con tal de que todos los españoles sucumbiesen.

Reconstruidas las *mantas*, Cortés emprendió de nuevo la salida por el camino de Ixtalapalan; y á pesar de la oposicion tenaz de los mexica, tomó los cuatro primeros puentes,

quemó algunas casas, y con sus escombros llenó los fosos para asegurarse la salida; y dejando en esos puntos suficientes guarniciones, se retiró llevándose muchos soldados heridos, y dejando diez ó doce muertos.

Al otro dia continuó sus maniobras, tomó los tres puentes restantes, y pisó al fin la tierra firme.

Mientras hacia tapar los fosos, le anunciaron que los mexica querian tratar con él. Fué á hablar con ellos, y le dijeron que para ajustar la capitulacion, necesitaban la presencia de un gran sacerdote que habia sido hecho prisionero en el combate del templo. Púsole Cortés en libertad, y en el acto fué ajustado el armisticio.

Pero en esta vez, los mexica faltaron á la fé prometida; pues acababan de concluir el convenio, cuando Cortés recibió la noticia de que aquellos se habian apoderado de los puentes matando algunos españoles, y que una numerosísima hueste se acercaba á los cuarteles.

Cortés marchó sobre ellos con la caballería; y en medio de mil peligros recobró los puentes que fueron ganados y perdidos varias veces en el dia, hasta que al fin estableció en ellos sus destacamentos, y se retiró á sus cuarteles á dar descanso á su tropa abrumada de fatiga.

XLVII.

Y en uno de aquellos dias, parece que el 30 de Junio, murió Motecuhzoma.

Murió en el cuartel de los españoles; y aunque no se ha averiguado la verdad de la causa de ese acontecimiento, lo mas probable es que murió de resultas de sus heridas.

Lloróle Cortés, y envió sus despojos á Cuitlahuatzin.

Lloráronle los mexica, y llevaron su cadáver á un lugar de la ciudad llamado Copalco, en donde, despues de incinerado, con las ceremonias de su rito, fueron enterradas sus cenizas en presencia de un pueblo respetuoso, sin que por esto faltaran algunos indignos que las insultaran.

Y subió al trono Cuitlahuatzin.

XLVIII.

Hemos acabado nuestro trabajo.

Comenzámoslo desde la altura á que Ahuitzotl habia elevado á su país; continuámosle hasta la cumbre á que lo alzaron los generales de Motecuhzoma II, y llegamos hasta la muerte de este monarca, muerte acaecida en medio de la degradacion.

El descenso ha sido terrible; pero llegamos al fin.

Los mexica, víctimas de la pequeñez de aquel tecuhtli, cayeron envueltos en su ruina.

Bajo el punto de vista filosófico de la historia, la conquista de aquel pueblo no tiene nada de sorprendente, nada que no sea natural.

Ya lo hemos dicho. Los pueblos educados en la adoracion de un hombre, siguen las huellas del ídolo; y cuando ven que van á su desgracia, cuando miran que corren á su pérdida, despiertan, pero ya tarde, muy tarde, para poder levantarse de pié, y libertarse de sufrir la nueva coyunda que se labraron con su abyeccion y con sus torpezas.

Y es que la colectividad reasume su espíritu y su fuerza en una individualidad; y consagrada á la obediencia, á la ado-

racion de un individuo, piensa, siente y obra por él solo. El soberano, la persona, no el pueblo, hace el bien ó el mal: y el pueblo recibe el primero como una real munificencia, y soporta el segundo como obra de la voluntad que lo domina.

Allí, en donde un hombre gobierna, todo lo es el hombre. La independencia, la nacionalidad, la honra, todo se refiere á él, nada al pueblo.

Cuando, como resultado de una guerra, el rey puede perder la corona, transije con su feliz adversario, aunque para conservar el trono tenga que sacrificar el territorio ó la independencia de la patria.

Despues de Sadowa, Francisco José tenia cuatrocientos mil hombres armados que oponer á los victoriosos prusianos; y si lo hubiera hecho, quizás habria perdido el cetro, pero hubiese salvado la honra de su patria.

Pero para Francisco José, como para cualquiera otro autócrata, la patria y su honra son su capital y su trono; y antes que consentir en abandonar la una y en perder el otro, firmó la paz vergonzosa que le quitó gran parte de su imperio, haciendo que sus cuatrocientos mil soldados, descansando sobre las armas, asistieran á esa vergüenza.

No sucede así, en donde los pueblos gobiernan. Porque allí, en donde la *vil multitud*, como la llaman los aristócratas, toma interés en la cosa pública; allí, en donde el individuo rige al país, porque el pueblo lo quiere, y no porque el derecho divino lo impone; allí, la patria y la honra son el bien de todo el mundo; y en una de esas conflagraciones en que un pueblo juega su independencia, su libertad y su honra, se llevan la resistencia y los sacrificios hasta el infinito; y cuando se sucumbe, se sucumbe con gloria.

Y somos una prueba de lo que decimos. Perdida en 1863 la ciudad que inmortalizó ZARAGOZA con su nombre y con su victoria, abandonada la capital, sin los cuatrocientos mil soldados de Francisco José, sin recursos, sin armas, sin víveres, los mexicanos convirtieron todo el país en un campo de bata-

lla; y no se arredraban porque los invasores se apoderaran de las ciudades; porque allí está la capital de una nacion, en donde están los bravos que defienden su derecho.

Y triunfamos al fin.

Lo repetimos: en donde un hombre manda, el hombre lo es todo. Si es un héroe, él llevará á su pueblo á batir y á derrotar al enemigo, ó si sucumbe, será con gloria. Si es un menguado, inmolará á su pueblo por su persona; y llegará al extremo de equivocarse, porque creyendo hacer por su salvacion, bajará con su pueblo hasta la sima.

Al pueblo tenochca tocóle en suerte uno de esos últimos monarcas; y la conquista fué el resultado natural, así del antagonismo orgánico del imperio, como de la imbecilidad del soberano.

XLIX.

Motecuhzoma II no puede resistir el paralelo con ninguno de sus antecesores; ni aún con el infeliz Chimalpopoca. Éste, á lo menos, mirándose deshonrado é impotente para vengarse, quiso morir en aras de sus dioses; y cuando se vió imposibilitado de hacerlo por haber sido reducido á prision por su enemigo, para evitarse la afrenta de morir á sus manos, se quitó la vida en su calabozo.

Huitzilihuitl tambien tuvo el dolor de que le asesinaran á su hijo; pero siendo jefe de un puñado de hombres miserables, no podia contrarestar el inmenso poder del rey de Atzcapotzalco; y devoró la injuria, y sacrificó su venganza á su debilidad, y al futuro engrandecimiento de su patria.

A Motecuhzoma II le mataron un hijo sus enemigos; y siendo como entonces era el poderoso de los poderosos tecuhtlis de la época, pudiendo anonadar á los que dieron muerte á su hijo, haciendo caer sobre ellos todos los guerreros de su imperio, se conformó con enviar nuevas tropas, que hicieron una campaña sin resultado.

Huitzilihuitl heredó de Acamapichtli, el trono y el manto de *zetatl;* una pobre tribu asentada en territorio ageno; viviendo

en la miseria; refugiada, mas bien que establecida, en los insalubres islotes del lago; mal alimentada, llena de privaciones, aislada en sus aduares.

La pequeñez de sus recursos y de sus fuerzas, lo colocaba en posicion de ser absorvido por cualquiera de las poderosas monarquías que le rodeaban; pero fué bastante sagaz para salvarse de aquel peligro; y él, el pobre y desvalido, logró, por medio de su política, asimilar á su pueblo los individuos de otros pueblos; hacerse necesario por las creces quó dió al comercio y á la industria, y preparar de este modo el venidero destino de su reino.

Cada uno de los hechos de aquel monarca, revela un progreso.

Embarcaciones multiplicadas, canales prolongados, habitaciones de piedra, cultivo de las flores. todo lo que inició, lo que hizo, lo que impulsó, descubre en Huitzilihuitl la cordura de su inteligencia, y su fe en el porvenir.

Y al dejar esta vida por la otra, legó á su sucesor, el mismo trono de *petatl*, pero el manto de algodon; una tribu que ya comenzaba á ser un pueblo; un comercio activo con las naciones limítrofes; alianzas de familia que aseguraban la amistad de otros pueblos, y que eran una base segura para el progreso de la monarquía; y por fin, el bienestar de sus vasallos, comparativamente multiplicado con el que tuvieron bajo el primer tecuhtli; bienestar, comercio y alianzas de familia, que fueron el cimiento de la grandeza á que llegó despues el imperio de los tenochca.

No fué así Motecuhzoma II.

Las leyes suntuarias ocupaban mas su ánimo que las útiles.

La mejor crítica que puede hacerse de este monarca, es comparar el discurso que á su exaltacion al trono le dirijió Netzahualpilli, con los hechos de su reinado.

Motecuhzoma II se sentó en el trono de oro de Ahuitzotl, y colocó sobre sus hombros el régio manto de plumas de su antecesor. Recibió de él una monarquía poderosa, capaz de hacer las conquistas que llevó á cabo despues, no bajo el

mando del Xocoyotzin, sino bajo el de sus generales. Recibió de Ahuitzotl un pueblo rico, guerrero, altivo, civilizado, industrioso; un pueblo á quien, para conservar su independencia y su grandeza, no le faltó mas que un rey que continuara la educacion que le dieron sus antepasados.

Por desgracia, Motecuhzoma II no era ese rey. Ya hemos visto hasta qué grado de envilecimiento redujo á sus nobles y á sus feudatarios; con qué desprecio trató al pueblo; cómo los humilló y los vejó, relajando de este modo en todas las clases, todos los sentimientos de la dignidad humana.

Ya hemos visto á ese rey desviviéndose por ser adorado, y llevando hasta una estúpida puerilidad la exigencia de los homenajes á su persona.

Y con todo; acaso ese mismo estado en que tenia á sus vasallos, pudo haber servido para libertar al país de los pocos y atrevidos españoles que lo invadieron, si ese rey sacerdote, valiéndose de la influencia de su doble carácter, en vez de encerrarse en su sancta sanctorum, se hubiera presentado á su pueblo, embrazando el *chimal*, empuñando el *macuahuitl*, y hablándole en nombre de su religion y de su independencia, le hubiera conducido á la batalla; porque adorando los mexica como adoraban á su monarca, por sin duda que, si no por los dioses, ni por la patria, habrian ido á su lado por defenderle; y si no por la táctica ni por las armas, por el número habrian acabado con los invasores.

Una prueba: Cuitlahuatzin.

Otra prueba: Cuauhtemotzin.

Nada mas que, cuando esos jefes se pusieron á la cabeza de sus compatriotas, ya era tarde. Cortés contaba con todos los señoríos que con su apoyo se habian librado de la tiranía del imperio, y la conquista era inevitable.

Si al asomar las primeras deserciones, Motecuhzoma II hubiera desplegado la fuerza de alma de uno de aquellos dos héroes, habria sido un ejército español que hubiera venido despues al país, pero no Cortés y su reducida legion, quien hubiera sometido el imperio.

Mas ya hemos visto que Motecuhzoma II, lejos de ser el jefe de su pueblo, fué el obsequiador de los españoles, creyendo que con sus espléndidos regalos les alejaba del territorio; y hemos visto que al fin los recibió en su capital, y los protegió, y se reconoció vasallo de la España, y..... dejó la rica herencia de Ahuitzotl reducida á la servidumbre.

L.

Sin embargo; si no tiene perdon por la política interior con que gobernó su imperio, sí tiene una disculpa que atenúa en mucho los desaciertos de su conducta para con los conquistadores.

Motecuhzoma II era *supersticioso*.

Y dominada su alma por la tradicion que condenaba á su pueblo á caer bajo un yugo extranjero, no intentó resistirla, se sometió á su destino.

PANTALEON TOVAR.



LIT. DE IRIART.

GUITLAHUATZIN.

(Copiada de la Hist.ª de Carvajal Espinosa)

CUITLAHUATL.

PENULTIMO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

CUENTA la historia que al morir Epaminondas alguno se lamentaba de que tan grande hombre muriera sin sucesion: "Os engañais, le replicó el tebano, dejó dos hijas inmortales: Léuctres y Mantinea." Otro tanto pudo decir Cuitlahuatl: Dejo una hija llamada *Noche Triste*, triste para los castellanos; alegre, grande como la gloria para los mexicanos.

II.

Pocos datos tenemos sobre los primeros años de Cuitlahuatl; la historia solo ha consignado sus hechos principales comprendidos desde el desembarco de Cortés en las playas de México hasta el final de su corto reinado; no hacemos, pues, una biografía; describimos sencillamente el curso de ese astro brillante que por un momento iluminó la oscura noche de la conquista española, dejando tras sí una estela de luz que nada ha podido ofuscar.

III.

Cuitlahuatl fué el décimo soberano de México; hijo de Axayacatl y hermano de su antecesor en el trono, Motecuhzoma Xocoyotzin. Su nacimiento lo llamaba á servir en el ejército, y desde sus primeros años se distinguió en las campañas de Atlixco, Mixtecapan y Tecuantepec, llegando en breve á la suprema dignidad militar de Tlacochcalcatl (1); y no obstante su juventud, gobernaba en 1519 como principal soberano el feudo de Iztapalapan, y ocupaba un asiento en el consejo del imperio.

1 Generalísimo.

IV.

Graves rumores corrian en el Anáhuac á principios del siglo XVI, relativos á la llegada de hombres misteriosos á las costas americanas; decíase que venian en grandes casas flotantes y aladas, que disponian del rayo y cabalgaban sobre monstruos; y aunque hasta entonces no habian pisado aún el territorio nacional, el tráfico que sostenia México con Onohualco (Yucatan) y Centro América, se los habia hecho conocer; los hombres pensadores presagiaban los males que amenazaban al imperio, el vulgo creia tener encima la cólera celeste, y todos convenian en que con el cumplimiento de las antiguas profecías, una nube preñada de desgracias se cernia sobre el Anáhuac, que habia llegado á su apogeo bajo el cetro del magnífico pero fanático Moteculizoma Xocoyotzin, que con resignacion esperaba la llegada de los hombres de Oriente para entregarles el imperio creado por los afanes, la sabiduría y el patriotismo de sus ocho predecesores.

V.

La provincia de Cuetlachtlan estaba gobernada por Pinotl en calidad de calpixque (intendente): un dia se le vió llegar al Tecpan de México cubierto de polvo y acompañado de otros varios oficiales empleados en aquella provincia: piden con instancia ser introducidos cerca del soberano, quien al saberlo recuerda las órdenes que tenia dadas para que se observaran dia y noche las costas orientales del imperio; se espanta, porque su corazon le anunciaba que Pinotl era mensajero de tristes nuevas; se hace repetir dos veces la pretension del calpixque, como para ganar tiempo, y por fin consiente en recibirlo con sus compañeros; estos, á la presencia del soberano, se postran conforme al ceremonial azteca, y exclaman: "Señor, merecemos la muerte por haber abandonado nuestros puestos sin tu órden; pero es tan grave lo que á ello nos obligó, que esperamos ser perdonados: todos juntos los que aquí venimos hemos visto dioses que han llegado á la costa en grandes casas flotantes y les hemos hablado y conversado." En seguida desarrollan ante el monarca grandes lienzos en que estaban pintados fielmente los buques es-

pañoles, sus armas y caballos; era la vez primera que el pincel azteca retrataba un objeto europeo; despues mostraron los abalorios, aljófar y fruslerías que de Grijalva recibieron en cambio del oro de que pudieron disponer.

Motecuhzoma, ocultando los crueles pensamientos que por su mente cruzaban, les dijo con afabilidad: "Id á descansar, estais agobiados de la fatiga del viaje; pero guardaos de comunicar á nadie, quien quiera que sea, las noticias que traeis; el pueblo se conmueve fácilmente, y fuerza es por hoy que permanezca quieto."

Cuando el calpixque se retiró, dice un historiador, quedó Motecuhzoma solo, presa de todas las aprensiones de un porvenir desconocido, pero que lo llenaba de espanto. El recuerdo de las palabras de Netzahualpilli se le presentaba junto con las tradiciones concernientes á Quetzalcoatl, cuya vuelta era el objeto de tantas esperanzas para los enemigos de su trono y de su culto. Cediendo á su inquietud, manda al rey de Texcoco, Cacamatl, que venga inmediatamente á México, y ordena á su hermano Cuitlahuatl que se reuna en palacio con los otros miembros del consejo del Estado, que eran el Cihuacoatl Tlilpotonqui, Tepehuatzin, Tlacochcalcatl, Quapiatzin, Quetzalatzin, Huitznahuacatl, Tlailotlan y Ecatempatl, todos igualmente sábios y experimentados, y enteramente adictos al gobierno mexicano. El monarca les comunicó las noticias que habia recibido de Pinotl, y despues de una larga discusion, "convinieron en que los gigantescos acalli, dice Torquemada, conducian á Quetzalcoatl, á quien en un tiempo adoraron como á dios, y de quien tambien pensaban que habia de venir á reinar otra vez en estas tierras, por haberlo dicho él mucho antes cuando pasó de aquí á las provincias de Tlapala, y se les habia desaparecido en la costa del mar, hácia aquellas partes orientales; y como por esta causa le esperaban, entendieron ser él quien habia llegado, y que por lo mismo era preciso recibir á los extranjeros con toda deferencia."

VI.

Una embajada compuesta de cinco grandes señores, partió para Cuetlachtlan cargada de ricos presentes, y al mismo tiempo, se repitió á los gobernadores de las provincias marítimas, especialmente á los de Nauhtlan, Tochtlan y Mictlan-Quauhtla, que pusieran vigías en todos los puntos culminantes del litoral para que observaran todo lo que pasara en el Océano, y lo comunicaran sin dilacion.

Y no era que faltara pecho al Consejo para repeler cualquiera invasion, lo que lo decidió á adoptar esta medida, sino que el imperio estaba dividido en dos grandes partidos; uno que seguia gustoso el culto nacional, venerando, no adorando, porque los aztecas no eran idólatras, á Huitzilopochtli, al númen de la guerra bajo cuya bandera el águila de Anáhuac volaba triunfante del uno al otro Oceano; este era el partido nacional, por decirlo así, el defensor del trono; el otro que esperaba la vuelta de Quetzalcoatl para trastornar el culto y las instituciones y para que el país fuera gobernado por ese extranjero, y como este partido era numeroso, la decision del Consejo fué solo un medio de conciliarse las poblaciones que tenian confianza en las promesas del profeta

para no chocar de pronto con ellas, sino hasta que supiera de una manera cierta la intensidad del peligro que corria la independencia de México.

No obstante la violencia con que la embajada se trasladó á Chalchiuhcuecan, llegó tarde. Grijalva, despues de una permanencia de unos cuantos dias, levó anclas y reconociendo algunos puntos de la costa se volvió á Cuba.

No nos compete referir como fué recibido ni tampoco describir los preparativos que tenia Velazquez gobernador de la gran Antilla para enviar una mayor espedicion á las órdenes de Fernando Cortés, uno de tantos aventureros que la sed de oro traia á América: tomaremos las cosas tal como se presentaban el júeves santo del año de 1519 (21 de Abril). En ese dia funesto para México, anclaban en las costas nacionales, varios buques castellanos trayendo á bordo una provision de soldados y municiones superiores á cuantas habian llegado hasta entonces á cualquiera punto de América, y que sin embargo aun era mas funesta porque traian en su seno á la famosa Doña Marina, una de las mujeres que mayores males han causado al suelo en que nacieron.

VII.

No cumple á nuestro propósito entrar en los pormenores de la espedicion de Cortés, sino solo en lo que atañan á Cuitlahuatl; por eso solo diremos que en el momento que los emisarios dieron conocimiento á Motecuhzoma de la nueva llegada de los castellanos, convocó como antes, al consejo del imperio; pero ahora la cuestion que iba á resolver era mas grave pues se conocia la resolucion de los extranjeros para visitar la capital.

Motecuhzoma, preocupado, dijo: "si estos hombres que llegan de Oriente son los descendientes de Quetzalcoatl, ¿no querrán una vez en Tenochtitlan, despojarnos apoderándose del país? ¿En este caso, no seria mejor buscar el modo de alejarlos, enviándoles ese metal de que parecen tan ávidos? pero, por otra parte, si son embajadores de un gran rey que gobierna algun pueblo oriental, ¿no seria muy inconveniente rechazarlos, y rehusar escucharlos?" Cuitlahuatl opinó porque se enviaran ricos presentes á los extranjeros, y que á todo trance se les impidiera la entrada; se adoptó esta opinion y partió la embajada para el campamento castellano.

VIII.

Pasaron algunos dias; sabido es que ya por hechos de armas, ya por la habilísima explotacion de ódios nacionales y religiosos, Cortés logró sublevar contra el imperio sus provincias orientales, y celebrar alianza con la pequeña pero poderosa república de Tlaxcallan; entonces ya pensó sériamente en abrirse paso hasta México, y así lo hizo entender al emperador.

Las diversas batallas dadas por los castellanos, su crueldad, su avaricia y su lujuria habian desengañado á Motecuhzoma, dice Torquemada, "de la falsa opinion de que los castellanos eran dioses; y sabiendo ya de cierto que eran hombres como los demas, y que venian entrando en la tierra con ánimo de llegar á su ciudad, hizo otra vez junta de los de su consejo." Nueva division de pareceres; Cuitlahuatl presistió en su primera opinion, pero Cacamatl, íntimamente persuadido del poder de Motecuhzoma, no encontraba peligro alguno en que los extranjeros llegasen á la capital: "y pues eres

tan gran señor, le dijo, y tienes tantos y tan principales vasallos, será bien que los extranjeros vean tu majestad y corte, y si alguna cosa quisieren, oirlos has como acostumbran los grandes y poderosos señores; y si te quiseren agraviar para eso están aquí estos señores vasallos tuyos, y yo que soy tu sobrino á cuya causa estoy obligado á morir en tu defensa." Mucho cegaba al rey de Tetzcoco su orgullo nacional, y valiente como generoso, cuando Cuitlahuatl, inflexible en su propósito, consideraba mas fácil desbaratar en campo raso á los invasores, sí asi conviniere, replicó, "que era de contrario parecer, porque con no dejarles entrar en la ciudad, se daba á entender grande cobardía y mucha falta de ánimo."

Motecuhzoma siguió fatalmente el parecer de su sobrino; el respeto debido á la magestad, hizo ceder á Cuitlahuatl quien se contentó con exclamar: "¡Quieran los dioses que no metais, señor, en vuestra casa quien os eche de ella y os quite el reino, y que cuando querais remediarlo no halleis ni medios para ello." ¡Cuán clara era la inteligencia del hijo de Axayacatl! Los hechos vinieron á convertir sus presentimientos en profecía.

Tomada por Motecuhzoma la resolucion de recibir á los extranjeros en su córte, organizó la embajada que debia salir á su encuentro y conducirles hasta México-Tenochtitlan, y ordenó á Cuitlahuatl que inmediatamente se trasladara á Iztapalapan, para recibir y agasajar á Cortés que avanzaba hacia la capital. Veamos como cumplió la órden del soberano.

IX.

Habiendo pernoctado los aventureros y sus aliados en Cuitlahuac (Tlahuac), emprendieron su marcha para Iztapalapan, donde segun dice un elegante historiador, "Cuitlahuatl que era el señor salió á su encuentro rodeado de un gran número de personajes igualmente ilustres por su rango y por su nacimiento; de estos eran Tezozomoc, príncipe de Culhuacan, Tochihuitzin de Mexicaltzinco, y Huitzillatl de Huitzilopochco (Churubusco), yerno el primero, y los dos segundos parientes muy cercanos del emperador. A pesar de la mala disposicion que habia manifestado hácia los españoles, Cuitlahuatl, cumpliendo las órdenes de su soberano, les hizo cortesmente los honores de su casa y les ofreció con algunos esclavos un rico presente, así como el ramillete de bienvenida; los alojó en su palacio, uno de los mas bellos que habian encontrado en su camino. La ciudad, fabricada en gran parte sobre estacadas, contenia una poblacion de cincuenta mil almas (1); se comunicaba directamente con México, de la que

(1) Torquemada da á esta ciudad diez mil casas; si se cuentan cinco habitantes por casa, dan cincuenta mil habitantes.

solo la separaban dos leguas. La hospitalidad que allí encontraron los españoles fué tan generosa como pudieran desearla, y no se cansaban de admirar la grandeza y magnificencia que rodeaban la mansion del príncipe, la belleza de sus jardines y la rara variedad de las plantas que los adornaban. El mismo Cortés estaba encantado, (1) y no cesaba de repetir á sus amigos que creia llegado el momento en que por fin se verian recompensadas sus fatigas.

La opulenta ciudad, los magníficos palacios, los soberbios jardines ya no existen; la conquista, la peste, la esclavitud los destruyeron, y hoy, segun la bella expresion de Prescott, "las aves acuáticas construyen sus nidos donde antes estuvieron los palacios de los príncipes."

1 Cartas de Hernan Cortés, apud Lorenzana; pág. 76. Bernal Diaz, Historia de la conquista; Gomara Crónica, etc.

X.

Cumplida su mision de recibir y alojar á Cortés, Cuitlahuatl volvió al lado del emperador, del que no se separó ya. El dia que los castellanos entraron á México-Tenochtitlan y que Moteculhzoma salió á recibirlos hasta la puerta de Huitzillan, se apoyaba en el brazo de Cuitlahuatl, que enérgicamente reprimió el desacato de Cortés, que pretendió abrazar al emperador; pero entonces el aventurero venia como huésped humilde que pide hospitalidad; ¡ah! pocos dias despues, abusando de la manera mas villana, cargaba de cadenas y mas tarde asesinaba al mismo que entontes queria estrechar entre sus brazos.

XI.

Terrible era la situacion que los castellanos y sus aliados guardaban, sitiados por los mexicanos en el palacio de Axayacatl, donde mantenian prisioneros á Motecuhzoma, Cuitlahuatl y á otros grandes personajes. Los diarios combates que sostenian los tenian cansados, y ya sus armas no eran bastante fuertes para procurarse víveres. Cortés, que habia ultrajado al emperador de una manera inconcebible, se vió precisado á suplicarle que diera sus órdenes para que se abrieran los mercados. "Y ¿cómo me haria obedecer, respondió el príncipe altivamente, si estoy prisionero, y conmigo todos aquellos en quienes podria delegar mi autoridad?"

Dícese que este fué un lazo en que cayó Cortés, pues ofreció poner en libertad á la persona que designara el emperador para que hiciera abrir los mercados; el designado fué Cuitlahuatl, es decir, la persona menos á propósito, supuesto su ódio á los españoles y su gran patriotismo.

Cuitlahuatl recibió la órden de hacer que los jefes del mercado de Tlaltilulco remitieran víveres y forrajes al palacio sitiado. Probablemente las instrucciones secretas eran muy diversas, queremos creerlo por honra de Motecuhzoma. Cortés le recomendó con frases altivas la pronta ejecucion de las órdenes recibidas; el príncipe sin contestar se apresuró á salir para reunirse con los defensores de la patria.

XII.

Cuitlahuatl tenia, como hemos dicho, el grado de *Tlacochcalcatl* (generalísimo), y por lo mismo, segun antigua costumbre, era gran sacerdote de Huitzilopochtli, lo que le daba una grande importancia política y religiosa; esto, unido á las bellas prendas que lo adornaban, y á su nobilísima cuna, cosa tan esencial en una monarquía, hacia del señor de Iztapalapan el primer personaje del imperio, y el mas terrible enemigo de los invasores.

Fué, pues, recibido por los mexicanos con grandes muestras de alegría, y al punto lo reconocieron como jefe, cediéndole el puesto Cuauhtemoc, su glorioso y digno sucesor mas tarde; ambos de acuerdo trabajaron sin descanso toda la noche, y al amanecer del dia siguiente, el castellano Antonio del Rio, á quien Cortés enviaba á Veracruz conduciendo despachos en que comunicaba que la capital habia vuelto al órden, volvia á toda brida al palacio anunciando que los mexicanos reunidos en Tlaltilulco marchaban en son de guerra hácia los cuarteles españoles; y en efecto, pocos minutos despues se vieron estos acometidos de una manera terrible; invadidos é invasores peleaban con desesperacion, Cortés á la cabeza de sus aventureros vestidos de fierro hacia algunas salidas que causaban tremendas pérdidas á los mexicanos, en cuyas filas causaba tambien estragos horribles la artillería.

XIII.

El combate se prolongó por algunos dias, pero "mas bien parecia, dice un historiador, los ímpetus de una cólera desordenada, que un sitio en regla, tal como los aztecas sabian ponerlos, y era que la division que reinaba entre los príncipes de la sangre impedia que Cuitlahuatl tuviera el mando de una manera absoluta. La faccion militar y sacerdotal de que era jefe, renunciando á toda idea de transar con los enemigos de su patria, habia resuelto exterminarlos costara lo que costara, aun cuando con ellos se hundiera el soberano bajo las ruinas del palacio en que estaba prisionero. Pero la faccion opuesta, aunque disminuida considerablemente y en completa minoría, contaba entre sus filas á muchos príncipes influentes, entre otros al Cihuacoatl ó ministro de la casa imperial, y al príncipe Cihuacpopocatzin, hermanos ambos de Motecuhzoma, é hijos de Axayacatl, así como á Cipocatli, único hijo legítimo de este príncipe, y Tecuecuenatl, su hijo natural, ambos en edad de poder reinar. Apoyados en el nombre del emperador, no cesaban, con el resto de su partido, aumentado por los sectarios de Quetzalcoatl, de ejercer una influencia favorable á los castellanos." Celosos de

la preponderancia de Cuitlahuatl y de Cuauhtemoc, é indignados del poco caso que el partido que estos representaban parecia hacer de la persona del soberano, pretendian impedir por medio de falsas maniobras el éxito de los ataques contra la fortaleza, á la que con frecuencia introducian víveres, á despecho de la faccion sacerdotal. ¡Fatal sino ha sido siempre el de México, encontrarse con traidores en sus calamidades nacionales!.

No obstante, estas rémoras solo consiguieron prolongar el combate haciéndolo mas sangriento y mas destructor; se combatia en la fortaleza, en los canales, en las calles, en los templos; el acero y el itztli segaban las filas de mexicanos y castellanos, y el fuego destruia los mas hermosos monumentos de la ciudad. Las fuerzas mexicanas, á pesar de sus enormes pérdidas, no disminuian, porque hora por hora llegaban los contingentes que enviaban las provincias fieles á su patria.

Un dia en que el combate fué mas terrible, pues lograron algunos mexicanos introducirse al recinto fortificado, notó Cortés á un guerrero que llevaba las insignias del mando, y que rodeado de gran número de jefes animaba á los combatientes con el gesto y con la voz. Era Cuitlahuatl; con él estaba Cuauhtemoc, su primo y yerno de Motecuhzoma, Totoquihua, rey de Tlacopan, Cohuanacoch, hermano del rey de Tetzcoco, todos conspirando al mismo fin, acabar con los enemigos de la patria.

Cortés, al ver al guerrero y á su comitiva que desplegaban tanta energía, quiso saber el nombre de aquel, y temió que los mexicanos hubieran dádose un nuevo emperador; ambas cosas preguntó á Motecuhzoma por medio de su manceba Dª Marina, obteniendo la respuesta siguiente: "Ese guerrero es mi hermano Cuitlahuatl, que pusísteis en libertad á peticion mia, y el que está mas cerca de él es el príncipe de los acolhuas. En cuanto á elegir un nuevo emperador, añadió altivamente, no se atreverán mientras yo viva."

XIV.

Hora por hora se hacia mas difícil la situacion de los sitiados; sus frecuentes salidas les causaban pérdidas irreparables; resolvieron evacuar la ciudad, no sin consumar la mayor de las iniquidades, asesinando al emperador de México y al rey de Tetzcoco, herido de antemano el primero por sus mismos súbditos, en castigo de su cobardía.

Fijóse la salida de la fortaleza para la media noche del 30 de Junio de 1520. Dejemos referir la tremenda derrota de los invasores al erudito y elegante historiador Brasseur de Bourbourg.

XV.

"El ejército salió del palacio en tres divisiones. Sandoval mandaba la vanguardia, Alvarado y Velazquez de Leon la retaguardia, Cortés el centro, donde iban los prisioneros y los rehenes, entre los que figuraban un hijo y un hermano de Motecuhzoma, dos de sus hijas, con los príncipes y princesas acolhuas, así como otros mexicanos de alto rango. Se colocó allí tambien la artillería, los equipajes y municiones, lo mismo que un puente de madera conducido en hombros de cincuenta hombres, para atravesar los canales cuyos puentes estuviesen rotos. Siguió el ejército en el mas profundo silencio la calle que conducia á la calzada de Tlacopan, (1) que él escogió por ser la mas corta de las tres vías, y que por estar cortada por solo tres canales ofrecia menos obstáculos (2)

"Los castellanos la recorrieron sin ser inquietados hasta el

1 Corresponde á las actuales calles de Escalerillas, Tacuba y siguientes.—N. T.

2 La calle de Tlacopan no tenia mas que tres grandes puentes levadizos que pudieran destruirse, dice Torquemada, mientras por la de Iztapalapan tenia siete y muchos mas la de Tepeyacac.

canal llamado Tecpantzinco, que era el primero; ya habian colocado el puente, y la mayor parte lo habia atravesado, lisonjeándose de que el enemigo no se habia apercibido de su retirada.

"En ese momento una vieja que vendia comestibles, y que tenia una especie de taberna en la calle de Ayotlicpac, (1) se dirigió al canal á sacar agua; reconoció al punto á los españoles, y calculando lo que pasaba, corrió por las calles vecinas gritando: "A las armas, mexicanos! los dioses que teneis sitiados se escapan. Caed sobre ellos y matadlos, porque van en busca de refuerzos para sitiar y destruir nuestra ciudad!" Sus gritos llamaron la atencion del centinela situado en la cima del templo de Huitzilopochtli, y al momento dió la voz de alarma á toda la ciudad. Los lúgubres instrumentos bélicos resonaron por todas partes, así como los gritos de multitud de enemigos. El canal se cubrió de embarcaciones; las flechas, las piedras y los tizones encendidos comenzaron á llover por todas partes sobre el ejército castellano y sus aliados Todos habian pasado; pero como llovia, el puente de madera se habia hundido bajo el peso de la artillería, y no se pudo desprenderlo. Por su parte los mexicanos se precipitaron sobre él con tal furia, que fué preciso abandonarlo. Turbados por este accidente, los invasores avanzaron precipitadamente hácia el segundo canal, llamado Tolteca-Acalolco; del puente no quedaba mas que una viga. Aunque los castellanos se defendian con su habitual valor, reducidos á una calzada estrecha y resbaladiza, su disciplina y destreza de poco les servian, á la vez que la oscuridad de la noche les hacia perder gran parte de la ventaja que les daba la superioridad de sus armas.

"Al grito de "¡mueran los perros cristianos!" casi todos los habitantes de México se lanzaron con tal ardor sobre sus opresores, que los que no podian aproximarse empujaban á

1 Muñoz Camargo. Historia de la República de Tlaxcallan.

sus compañeros con terrible violencia. El canal se llenó de muertos y moribundos. Cortés con inaudito valor hacia las funciones de soldado y de general á la vez, y espada en mano, con la agua á la cintura, apartaba á los mexicanos para dar lugar á que los suyos pasaran por la viga. En medio de este tumulto y de este desórden llegó al canal de Petlacolco, por donde sin gran dificultad Sandoval logró hacer pasar la vanguardia. Pero los españoles, cansados de la carnicería, y no pudiendo ya sostener el esfuerzo del torrente que seguia desprendiéndose sobre ellos, comenzaban á cejar. Nuevos combatientes sucedian sin cesar á los que caian; la opresion era tan grande, que la retaguardia y los equipajes, chocándose en la oscuridad, ocasionaron una espantosa confusion. En un momento el desórden fué general: ginetes y peones, oficiales y soldados, amigos y enemigos se encontraron mezclados combatiendo; los que morian podian apenas distinguir qué mano los heria. (1)

"Cortés, con cerca de cien hombres de su infantería y algunos ginetes, logró por fin cruzar la última brecha que tenia la calzada, colmada de cadáveres, poniendo el pié sobre tierra firme junto á Popotla. Formó sus soldados en batalla á medida que llegaban, y con aquellos que estaban en estado de combatir, volvió á favorecer la retirada de los que habian quedado atras, alentándolos con la voz y el ejemplo. De este modo recibió á una parte de los suyos que habian logrado abrirse paso al traves del enemigo. El resto, agobiado por el número, habia perecido ahogado en el lago ó á manos de los mexicanos, ó combatia en el interior de la ciudad, demasiado lejos para ser escuchado. Cosa espantosa era ver la confusion que habia en este punto, y el corazon de Cortés se partia con los lamentos de los que caian ó que eran llevados prisioneros para inmolarlos á los dioses. Alvarado, desmon-

1 Bernal Diaz. Historia de la conquista.—Cartas de Hernan Cortés. Gomara, Crónica.

tado y herido, fué de los últimos en pasar por una viga que habia quedado sobre el canal. Esto dió lugar mas tarde á un equívoco satírico, que le imputaba haber abandonado por salvarse á multitud de sus camaradas. Con el tiempo, y la propension del público á lo maravilloso, el equívoco se convirtió en realidad, cuyo recuerdo aún se conserva en la calle del Puente de Alvarado. (1)

"Antes de amanecer, todo lo que habia escapado de esta terrible noche, llamada con razon por los castellanos *Noche Triste*, se encontró reunido bajo los muros de Tlacopan (Tacuba); atravesaron sin hallar resistencia las calles de esta ciudad, guiados por algunos prisioneros parientes de Motecuhzoma. Pero los mexicanos que seguian persiguiéndolos, mataron sin saberlo á un hermano del monarca difunto. Con el dia la persecucion comenzó á disminuir. Una parte de los perseguidores, habiendo reconocido al príncipe entre los muertos, se detuvieron dando grandes gemidos; otros, atraidos por la vista de los ricos despojos que regaban el camino, dejaron á los fugitivos para ocuparse del botin, y unos despues de otros regresaron á la capital. Al pasar una barranca, los españoles fueron aún inquietados por un cuerpo de tepanecas, salido de Azcapotzalco. Cortés estaba en la retaguardia, alentando á los suyos con su presencia; y aunque herido, seguia batiéndose. Allí fué donde un español que llevaba una enorme cantidad de oro, exclamó: "¡Señor, qué haré con todo este oro que me impide andar!"—"Da ese oro al diablo, contestó bruscamente el general, si debe costarte la vida, y avanza." Siguió el consejo y corrió mas fácilmente.

"Habiendo logrado llegar á las alturas vecinas, tomaron posesion de la aldehuela de Otonteocalco, (2) y se atrincheraron en el templo y edificios anexos. Allí fué donde pudieron conocer todas las pérdidas que habian sufrido. Cuando

1 Ramirez. Proceso de Alvarado, etc.
2 Sahagun. Historia de Nueva España.

Cortés vió reunidos en su presencia los tristes restos de sus tropas, disminuidas en mas de la mitad, desalentados, cubiertos de heridas la mayor parte de los que quedaban, el recuerdo de lo que habian sufrido y la memoria de los buenos amigos y fieles compañeros que habia perdido, lo hundieron en la mas viva afliccion, y las lágrimas corrieron por sus mejillas! Esta retirada habia costado la vida á mas de cuatrocientos castellanos y á muchos oficiales distinguidos, entre otros á Juan Velazquez de Leon, que habia abandonado el partido de su pariente, el gobernador de Cuba, para seguir el de Cortés; con él murió la hija de Maxixcatzin, que habia tomado por mujer en Tlaxcallan; cerca de cuatro mil hombres de las tropas aliadas tlaxcaltecas, y sobre todo chololtecas, perecieron, (1) la mayor parte de los príncipes y princesas que estaban en rehenes, murieron tambien, así como toda la servidumbre y cuarenta y seis caballos. Se perdió toda la artillería y las municiones, las relaciones y los manuscritos de Cortés, lo mismo que la mayor parte de los tesoros reunidos á costa de tantos trabajos y extorsiones. Estas riquezas, el casi solo objeto de la expedicion, fueron la causa principal de su desgracia; porque los soldados estaban de tal modo cargados de oro, que les fué imposible combatir, y retardados en su huida, perecieron víctimas de su avaricia."

---

1 Creo que en esto hay un error, pues Cortés en sus cartas asegura que en la Noche Triste perdió *«seis mil ánimas.»*

XVI.

La retirada continuó, haciendo grandes rodeos; entretanto Cuitlahuatl volvió á la capital, satisfecho de haber vencido á los invasores de su patria. ¡Cuánta gloria habia adquirido! No hacia ocho dias que habia sido puesto en libertad, y ese poco tiempo le bastó para organizar el sitio en forma, para obligar á los castellanos y á sus traidores aliados á salir de la fortaleza, y destruirlos acuchillándolos hasta mas allá de los límites occidentales del imperio. ¡Oh! si el degenerado Motecuhzoma escucha la voz varonil y patriótica de su hermano, ¡cuántos males se hubieran evitado! los castellanos jamas habrian pisado la capital del imperio, se habria salvado la civilizacion azteca, y á México se le habrian ahorrado tres siglos de esclavitud, tres siglos de abyeccion, de miserias, de lágrimas!

Pero estaba escrito que las cosas pasaran de distinto modo. El hijo de Axayacatl cumplió con su deber, y solo pudo escribir con la punta de su *macuahuitl* una de las mas bellas páginas de la historia nacional: la tremenda Noche Triste, en medio de cuyo oscuro cielo se destaca lleno de luz el glorioso nombre de Cuitlahuatl.

I.

Con la victoria de la Noche Triste concluye el período de Cuitlahuatl como simple jefe militar; vamos ahora á considerarlo como emperador de México.

Ocho meses habian permanecido los castellanos y sus aliados en la capital; una semana bastó á Cuitlahuatl para arrojarlos de ella; pero ¡cuán mudada estaba! la rica y floreciente ciudad de Tenoch, era casi un monton de escombros; sus palacios estaban destruidos, sus templos profanados, sus dioses escarnecidos; y era que en su recinto se habia dado el primer asalto de ese duelo gigantesco entre dos civilizaciones, dos religiones y dos mundos totalmente diversos; duelo que dió por resultado el establecimiento del cristianismo y el embrutecimiento de la raza conquistada.

II.

Nunca negaremos que la introduccion del cristianismo en un pueblo sea un bien, siempre que los medios para conseguirlo sean los que determinó su divino fundador; nosotros admiramos á Pablo anunciando á los griegos la existencia del Dios que habian sospechado; nos inclinamos ante los doce pescadores de Galilea que recorrieron el mundo propagando la buena nueva; tenemos una lágrima de gratitud para los Valencia y los Motolinia, y veneramos á esos mártires contemporáneos que se lanzan á los arenales de Africa para civilizar á los desgraciados negros; pero introducir el cristianismo como se hizo en México, es la mayor de las calamidades con que Dios puede castigar á un pueblo; por eso cuando oimos á los españoles jactarse de haber sido ellos los que introdujeron la religion cristiana en América, exclamamos con Olmedo:

"No estableció la suya con mas ruina
El mentado profeta de Medina." (1)

Nos distraíamos.

1 Olmedo. "Junin, Canto á Bolivar."

Con la aurora que siguió á la Noche Triste, pudieron comprender los mexicanos lo inmenso de su victoria, pero tambien lo caro que la habian comprado, si es que alguna vez pueden ser caras la libertad é independencia de la patria.

Millares de cadáveres de sus enemigos cubrian el suelo y colmaban los canales; el castellano cubierto de hierro yacia al lado del tlaxcalteca que se amparaba con el *ichcahuipilli*; y las corazas, las flechas, los arcabuces, los *macuahuitl*, los cañones, las alabardas abandonadas con la vida de sus dueños, formaban los trofeos militares de la victoria, así como cuarenta castellanos vivos que en medio de los gritos de la muchedumbre eran conducidos á las prisiones de la ciudad, para ser inmolados á los manes de los mexicanos muertos, y los tesoros todos que habian robado los castellanos fueron recuperados; pero en cambio, la flor de la nobleza mexicana, harto mermada ya por la bárbara carnicería de Alvarado, yacia en el campo del honor al lado de los hijos del pueblo, el último de los que muriendo por su religion y por su patria era mas grande que el mas grande de los aventureros muertos en ese tremendo combate.

III.

La victoria de Cuitlahuatl no trajo tan pronto como era necesario la paz á la ciudad; mas de cien castellanos que quedaron cortados en la retirada se habian abierto paso hasta el *Cohuapantli*, atrincherándose en el gran Teocalli, donde se defendieron tres dias con el valor de la desesperacion, hasta que fatigados se rindieron.

IV.

Pero antes de esto, dice un historiador: "La guerra civil reemplazó á la extranjera, y sus habitantes (de México), no habian dejado aún las armas que empuñaron para arrojar á Cortés, cuando las volvieron con no menos furor contra sus conciudadanos."

Parecia que el destino de los mexicanos-colhuas era acabar como sus antepasados de Culhuacan, á los que habian sucedido, y como los toltecas sus predecesores; las mismas causas concurrian para precipitar su ruina; las discordias religiosas apoyadas por la invasion extranjera. El partido que habia sostenido á los españoles y suministrado víveres al palacio de Axayacatl, habia visto con pena su violenta expulsion, y los amigos de Motecuhzoma se le unieron, como de costumbre, atribuyendo la muerte de este monarca á la faccion cuyo jefe era Cuitlahuatl. Sostenidos por el Cihuacoatl y otros varios miembros del supremo consejo, hijos ó nietos todos de Axayacatl y de Tizoc, resistian á las pretensiones del príncipe de Iztapalapan, á quien la mayoría del pueblo mexicano habia ya escogido para que se ciñera la corona, y rehusaban ratificar un eleccion hecha en vida de su antece-

sor y fuera de las reglas ordinarias. Enardecidas las pasiones, apelaron á las armas y vinieron á las manos. Pero su pequeño número cedió bien pronto á la superioridad de sus adversarios; la multitud los agobió, y con su derrota se extinguió la última esperanza de sus amigos. El Cihuacoatl y su hermano Cihuapopoca, hijo de Tizoc, lo mismo que Tecuecuenatl, bastardo de Motecuhzoma, perecieron en el combate ó fueron sacrificados inmediatamente á la política del partido triunfante." (1)

1 Manuscrito del año 1528.—Torquemada, Monarquía Ind., lib. IV cap. 72.—Oviedo, Historia de las Indias, ms. lib. XXXIII, cap. 54.

V.

"En estos momentos, la victoria de los mexicanos era tan completa como no podia serlo mas; habian sofocado la guerra civil, y á pesar de sus desastres, habian logrado librar de la opresion extranjera á su capital." Se procedió inmediatamente á la coronacion de Cuitlahuatl, en cuya solemnidad, conforme á las leyes religiosas del imperio, se sacrificaron algunas víctimas; entre ellas se contaron los cien castellanos que se hicieron prisioneros en el Cohuapantli.

No aprobamos, pero sí disculpamos estas hecatombes humanas; al menos esta vez la sangre que corria no era americana, y en último caso solo era cambiarles el suplicio á que la ley de todas las naciones condena á los que piráticamente invaden un pueblo.

VI.

Una vez hecho Cuitlahuatl jefe legítimo del imperio, redobló su actividad y energía "para armar un ejército capaz de proseguir la guerra hasta librar al país de sus dominadores; la invasion española habia agotado el tesoro del Estado y de los templos; habia consumido las armas arrojadizas; habia sublevado á los amigos é insolentado á los enemigos, y habia segado la flor de la milicia y de la nobleza, dejando á los que les sobrevivian ardiendo en las llamas de la guerra civil. Cuitlahuatl se dedicó todo entero á restablecer la concordia y á reparar los desastres sufridos. Los templos y las casas fueron prontamente reedificados, y las murallas y fortalezas se aumentaron y mejoraron. Despacháronse emisarios á todas las provincias del imperio, exhortándolas á la defensa comun, enviando socorros á las unas, prometiendo á todas franquicias y exenciones en premio de los servicios que prestaran, y ordenando la muerte de los españoles donde quiera que se les encontrara. Una solemne embajada marchó á Tlaxcallan, brindándole con la paz, proponiéndole una alianza ofensiva y defensiva, y ofreciéndole, para mas estimularla, el libre comercio con México, cuya interdiccion sujetaba á los

tlaxcaltecas á tantas y tan rudas privaciones.—A pique estuvo de celebrarse esta alianza que habria sido la ruina infalible de los españoles." (1)

Quizá anticipando los acontecimientos hemos copiado los párrafos anteriores porque ellos sintetizan el brevísimo pero glorioso reinado del hijo de Axayacatl; vamos ahora á entrar en algunos detalles. Atento el emperador á todo lo que debia asegurar la independencia de la patria, comprendió que la jornada de la Noche Triste solo era la primera de un gran drama cuyo desenlace forzoso seria el aniquilamiento de la nacionalidad mexicana ó el de los castellanos y sus aliados, y por lo mismo se preparó, organizando un nuevo ejército, á dar un golpe decisivo á los invasores.

1 Diccionario Universal de Historia y Geografía. Verb. Cuitlahuatl, por Ramirez.

VII.

Dejamos á los aventureros asaz mal trechos, orientándose para tomar el camino de Tlaxcallan, donde con fundamento esperaban ser bien acogidos. Cuitlahuatl comprendió que era preciso evitar esto, y de acuerdo con Cohuanacoch, heredero del trono de Acolhuacan, por la infausta muerte de Cacama, dispuso que se atacara á los castellanos antes de que llegaran á las montañas fronterizas de Tlaxcallan. "Mientras que Cortés avanzaba penosamente hácia la llanura de Otompan (Otumba), el rey de Texcoco, aprovechándose de una fiesta que anualmente se celebraba en esta ciudad con gran concurso, daba órden de que se reunieran en ella las tropas acolhuas, á las que despues se reunieron numerosos batallones sacados de México, Tlaltelolco y Tlacopan. En defecto de los jefes del imperio, el mando en jefe se confió á Cihuacaltzin, príncipe de Teotihuacan, y uno de los catorce principales señores de Acolhuacan. (1)

"Entretanto los españoles habian llegado á Zacamolco, aldea situada en las vertientes de las colinas de Aztaquemecan: pero al aproximarse, los habitantes huyeron á los bosques, llevándose todas las provisiones. Estaban en el sexto dia de marcha; todos sufrian igualmente, y uno de ellos, en

1 Muñoz Camargo. Historia de Tlaxcallan.

un acceso de hambre furiosa, arrojándose sobre uno de sus compañeros que acababa de morir, le abrió el pecho para devorar las entrañas. Cortés y otros principales se regalaban con los restos de un caballo que sucumbió, y los tlaxcaltecas arrastrándose arrancaban rabiosos la yerba con los dientes invocando á los dioses.

"En la noche notó Cortés los preparativos de los mexicanos y acolhuas. Antes de la aurora, queriendo evitar comprometerse con fuerzas tan superiores, tomó un camino de travesía para llegar á Tlaxcallan antes de que el enemigo advirtiera su partida. Pero cerca de Teotihuacan fueron percibidos los fugitivos por los centinelas de la vanguardia mexicana, que desde la víspera estaba acampada en la vertiente opuesta de la montaña de Aztaquemecan, llamado el lado de Tonan. Al punto se tocó alarma en los alrededores, y todas las alturas se cuajaron con las innumerables legiones aztecas, cuyas túnicas é ichcahuipiles de deslumbrante blancura matizaban los verdes campos como ampos de nieve. Ya comenzaban á inquietar la retaguardia castellana, y entre las bravatas con que acompañaban sus hostilidades, notó Doña Marina, la mas asquerosa de las mujeres, que repetian con frecuencia: "Marchad, bandidos, marchad hácia el punto donde bien pronto recibireis el castigo de vuestros crímenes." Habian los españoles concebido la idea de un gran peligro; pero no comprendieron completamente el sentido de esta amenaza hasta que descendieron al valle. En este punto forma el valle una llanura inmensa, limitada al Oeste por las montañas de Aztaquemecan, y al Este por las alturas inferiores de la cadena de Tlalloc: se descubria á cierta distancia la ciudad de Otompan, y al fondo, hácia el Norte, se destacaban las imponentes masas de las pirámides de Teotihuacan, cuyos antiguos santuarios iban por última vez á presenciar los esfuerzos de la nacionalidad mexicana." (1)

1 Brasseur de Bourbourg. Histoire des nations civilisées; etc. Traduccion libre de E. Mendoza.

VIII.

Tres y medio siglos no han alterado el paisaje sino en sus detalles; la ciudad de Otompan se ha convertido en el pueblecillo de Otumba, y han desaparecido los *teocalli* que coronaban las pirámides de Tonalli y de Metztli; pero ya se ve, estos santuarios encerraban estatuas de inestimable valor, que la *piedad* castellana no podia ni debia respetar. Alguna vez el que esto escribe, de pié sobre su cima, vió el antiguo campo de batalla en el que dos civilizaciones se disputaron la victoria, y al ver que los cardos crecian en las escalinatas que en otro tiempo solo pisaban los *teopixque*, y al mirar la ruina y desolacion que circundan estos monumentos titánicos, cuyo orígen se pierde en la oscuridad de los tiempos, no ha podido menos que volver sus ojos á la antigüedad, y si Chateaubriand al visitar las ruinas de Esparta conmovido invocaba el nombre de Leónidas, nosotros, pobres descendientes de los aztecas, hemos exclamado en Teotihuacan: ¡Cuitlahuatl! ¡Cuitlahuatl! pero á nuestras voces solo respondia el triste canto de las cigarras!

Pobres indígenas explotan hoy la curiosidad del viajero vendiéndole fragmentos de dudosa antigüedad, pero que noso-

tros adquirimos gustosos porque nos pareció encontrar en ellos un vestigio del patriotismo azteca.

Y arrobados por los recuerdos veiamos desfilar ante nosotros cien generaciones que edificaron, veneraron y conservaron estos monumentos, quizá los mas antiguos de América, y cuyos secretos aún son un misterio para los anticuarios. (1)

Perdónesenos la digresion.

1 Muy interesante estudio sobre las pirámides de Teotihuacan es el que ha publicado mi excelente amigo el sábio cuanto modesto Antonio García y Cubas.—E. M.

IX.

"La vista no podia alcanzar el fin del ejército imperial, compuesto principalmente de acolhuas, pues los mexicanos formaban solo una pequeña parte; si ha de creerse á los historiadores contamporáneos, era de mas de doscientos mil combatientes. A la vista de esta espantosa multitud de enemigos, cuyo número permitia descubrir por completo la elevacion del terreno, los castellanos se espantaron y los mas valientes perdieron la esperanza de salvarse. Pero Cortés, sin dar á su temor el tiempo necesario para fortalecerse con la reflexion, despues de haber advertido á sus compañeros en pocas palabras la necesidad en que estaban de vencer ó morir, los llevó al combate á tambor batiente. Los mexicanos, por su parte, se lanzaron con extraordinario ímpetu. Tal era, sin embargo, la superioridad de la disciplina y de las armas de los españoles, que el empuje de su pequeña tropa todo lo trastornaba, y por do quiera que se dirigia penetraba y dispersaba los mas numerosos batallones. (1) Pero mientras que

1 Sahagun. Relacion de la Conquista.—Herrera, Historia General. –Cartas de Hernan Cortés. —Muñoz Camargo. Historia de Tlaxcallan.



BATALLA DE OTOMPAM

(Tomado de la coleccion del Padre Duran.)

los unos se dispersaban, otros les sucedian continuamente; por el contrario los castellanos, aislados, como un navío en medio del mar luchando con las olas (1), aunque victoriosos en cada uno de estos pequeños combates, estaban próximos á sucumbir por la fatiga que les causaba la repeticion de tantos esfuerzos, sin poder prever el fin de sus trabajos, y sin esperanza de alcanzar una victoria general. Ya la batalla se habia prolongado mas de cuatro horas, y el campo estaba cubierto de cadáveres: era cerca del medio dia y la mayor parte de los aliados habian mordido el polvo.

"En este momento, Cortés, mirando á su derredor, notó á poca distancia sobre una colina, un grupo de guerreros ricamente vestidos, en medio de los que se elevaba un palanquin que sostenia á un personaje cuya cabeza adornaban las insignias del cuachictli y que parecia tener el mando en jefe del ejército. Tenia en el brazo izquierdo un escudo dorado y en sus espaldas estaba adherida una lanza de diez palmos: de la extremidad de ella se desprendia una red de oro, cuyas mallas sembradas de plumas relucientes brillaban con los rayos del sol de mediodia. Esta red era el "Tlahuizmatlaxopilli," símbolo del poder. Cortés recordando que el destino de las batallas dependia con frecuencia en estas naciones, de la presencia del general y de la vista del estandarte que portaba, reune un pequeño número de sus mas bravos oficiales, cuyos caballos estaban aún capaces de servicio: aunque herido de la cabeza y de un brazo, exclama: "á mí, mis amigos; hé allí nuestro fin," y se lanza con ellos. Arrastra con inaudita violencia cuanto á su paso encuentra. El grupo de nobles que escoltaban á Cihuacaltzin, queda desbaratado despues de algunos instantes de resistencia. De un bote de lanza Cortés hiere y derriba de su asiento al general acolhua; un español, llamado Juan de Salamanca, saltando de su caballo, le corta la cabeza y se apodera del estandarte imperial que levantó en triunfo."

1 Sahagun. Relacion. "Estaban los españoles como una goleta en el mar, combatida de las olas por toda partes."

"Viendo caer ese símbolo augusto hácia el cual se dirigian tantas miradas, el terror se apoderó del ejército enemigo, casi súbitamente cesó el combate, y, como si el vínculo que unia á los soldados se hubiese roto, se abatieron todas las enseñas. Todos arrojaron sus armas y comenzaron á huir precipitadamente hácia las montañas, llevándose con los mas tristes lamentos el cadáver de su general. Los tlaxcaltecas guiados por Calmecahuac, lo mismo que los españoles, olvidando sus fatigas, los persiguieron como leones haciendo una espantosa carninería."

X.

"Tal fué la memorable batalla de Otompan (Otumba) una de las mas grandes que los españoles ganaron en México, si se tiene en cuenta la condicion desesperada que guardaban." Tuvo lugar el 8 de Julio de 1520.

Las consecuencias fueron tremendas: si el triunfo hubiera sido del ejército imperial, la expedicion habria concluido y difícil, si no imposible, se habria organizado una mayor; los traidores aliados quedarian escarmentados y se habrian ahorrado para México tres siglos de esclavitud.

XI.

Cortés siguió su camino rumbo á Tlaxcallan, temiendo ser mal recibido, porque no obstante la victoria de Otompan, eran tan terribles las consecuencias de la Noche triste, que no podian disimularse, y por lo mismo, el prestigio anterior caía por tierra; faltaban ademas en la comitiva de Cortés algunos centenares de castellanos y millares de tlaxcaltecas, y los que volvian estaban heridos, desgarrados, hambrientos. No era por cierto en tal estado como entraron los castellanos por la vez primera á Tlaxcallan.

El aventurero se equivocó, la señoría de Tlaxcallan lo recibió cordialmente, poniendo á su disposicion todo el poder de la República.

Y era que los ódios que dividian á tlaxcaltecas y mexicanos eran tan profundos, que por satisfacerlos entregaron los primeros su libertad, y como con el auxilio prestado á los aventureros, determinaron los tlaxcaltecos su esclavitud y la de sus hermanos por religion, idioma y orígen, la historia los estigmatizará siempre con el epíteto de traidores.

XII.

¡A cuán lamentables extremos conduce la pasion política! La inícua traicion de los tlaxcaltecas del siglo XVI, fué presentada como un mérito por algunos del XIX, cuando un descendiente de Cárlos V pretendió ceñirse la corona azteca sin reparar en que el *Copilli* que adornó las nobles frentes de Ilhuicamina, Itzcoatl, Cuitlahuatl y Cuauhtemoc, como la corona de Lombardía, tiene por lema: ¡Ay de quien me toque!

En 1864 hemos visto en un arco triunfal (?) erigido por algunos tlaxcaltecas en México al malaventurado Maximiliano, una inscripcion en que se gloriaban de ser descendientes de los que tan poderosa ayuda prestaron á Hernando Cortés representante de Cárlos de Austria. ¡Imbéciles y miserables! no comprendian que la esclavitud, que el vilipendio, que la abyeccion de la conquista pesando igualmente sobre todas las nacionalidades indígenas las fundió en una sola representada hoy por los "Estados-Unidos Mexicanos."

XIII.

La rapidez con que se sucedieron los acontecimientos en el breve reinado de Cuitlahuatl, impide hasta cierto punto seguir un órden rigurosamente cronológico al referirlos, así es que á riesgo de parecer ilógicos, antes de hablar de la batalla de Otompam indicamos algunos acontecimientos que fueron simultáneos ó un poco posteriores. De ellos vamos ahora á ocuparnos.

Despues de la jornada de Otompan, las fuerzas imperiales volvieron á la capital, esparciendo la noticia que habian sido destruidos los invasores y que el pequeño grupo que pudo salvarse, habia regresado á Oriente para no volver; este rumor hábilmente explotado, fué bastante para acallar al partido que simpatizaba con los castellanos.

Libres de toda oposicion y muertos los principales enemigos, los jefes accidentales de la nacion procedieron conforme á las leyes fundamentales á elegir emperador; ningun candidato podia competir con Cuitlahuatl: jóven, activo, valiente hasta la temeridad, patriota hasta el fanatismo, hijo, nieto y hermano de emperadores, reunía cuantas condiciones podian

apetecerse; quedó en consecuencia electo, cifrándose en él las esperanzas del imperio. Las fiestas de la coronacion fueron espléndidas, pues coincidieron con las de suyo magníficas del mes Hueytecuhilhuitl. (Gran fiesta de la nobleza.)

XIV.

Pero por grandes que fueran las cualidades que adornaban á Cuitlahuatl, no podia reparar en poco tiempo los desastres que habia sufrido el imperio, y verdaderamente causa admiracion considerar la magnitud de la empresa que con tanto patriotismo emprendió este grande hombre. La ciudad estaba casi destruida, las provincias, en su mayor parte, sublevadas, el enemigo extranjero aún profanaba el territorio nacional, las nacionalidades limítrofes del imperio, envalentonadas con el auxilio de las armas castellanas, se mostraban, mas que nunca, enemigas de México. Jamas ningun emperador azteca empuñó el cetro en peores condiciones, pero tampoco ninguno le fué superior.

XV.

Como por encanto se reedificaron los edificios destruidos, se repusieron los puentes, se purificaron los templos, los arsenales se proveyeron abundantemente de armas, aprovechando las quitadas al enemigo, y las fortificaciones se repararon y aumentaron.

Salieron emisarios para todas las provincias fieles al imperio, á fin de que apuraran todos sus recursos para arrojar á los invasores; á las que se les habian unido, se les ofrecieron algunas franquicias y exencion de tributos y á todos se pretendió hacerles comprender que no se trataba solo de la salvacion del imperio Colhua, sino tambien, y quizá principalmente, de la libertad de toda la raza indígena.

Por eso, no se contentó Cuitlahuatl con apelar al patriotismo de los súbditos del imperio y monarquías aliadas de Aculhuacan y Tlacopan, sino que sacrificando su orgullo nacional á la salvacion pública, envió dos solemnes embajadas á la república de Tlaxcallan y al reino de Michuacan, ambas potencias, especialmente la primera, enemigas de México. Este es uno de los rasgos mas notables del génio del emperador.

XVI.

Mucho debió sufrir el orgullo de Cuitlahuatl al solicitar la amistad de Tlaxcallan; pero como todos los grandes hombres, no quiso omitir medio alguno que pudiera contribuir á la salvacion de la patria.

Los embajadores llevaban amplias facultades para celebrar las alianzas respectivas; los que marchaban á Tlaxcallan debian hacer presente al senado, que si bien desgraciadamente, el estado de guerra entre la república y el imperio habia sido por tanto tiempo la norma de sus gobiernos, la identidad de orígen, idioma y religion los llamaba á ser amigos, deberian tambien los embajadores esforzarse en hacer comprender á los tlaxcaltecas que el peligro que corria el imperio solo era preludio del que amenazaba á Tlaxcallan, y en su caida arrastraria infaliblemente á la república; deseaba, en suma, Cuitlahuatl seguir una política enteramente americana, y á haberlo conseguido el Anahuac se habria salvado.

XVII.

La embajada llegó á Tlaxcallan cargada de ricos presentes, siendo recibida con todas las consideraciones que los pueblos americanos han guardado siempre á los embajadores, é inmediatamente fué recibida por el senado.

Curiosa é interesante es la relacion que nos han conservado los historiadores, de los debates habidos en el senado de Tlaxcallan al discutirse lo que debia contestarse al gobierno de México. El bravo y noble Xicotencatl y su venerable padre sostuvieron con ardor, no la conveniencia, sino la necesidad de aceptar la alianza que solicitaba el imperio. ¡Valientes corazones! comprendian perfectamente como Cuitlahuatl que la presencia de los castellanos en el territorio de Anahuac, era una amenaza para todas las nacionalidades que lo componian; comprendian igualmente que con el auxilio prestado á los invasores, minaban los cimientos de la república.

Pero el ascendiente de Maxizcatzin y el amor que profesaba á los castellanos, se sobrepusieron á la voz del patriotismo, y despues de acaloradísimo debate se acordó aceptar la

amistad de México, pero á condicion de que esto no importara hostilidad contra los castellanos. Era de tal manera absurda semejante determinacion, que la embajada mexicana, sin esperar que se le comunicara oficialmente, salió de Tlaxcallan para México.

XVIII.

Si el senado de Tlaxcallan hubiera aceptado la alianza ofensiva y defensiva de México contra los castellanos, ni uno de estos hubiera salido vivo del Anahuac, y sus nacionalidades se habrian salvado.

Tan importante consideramos lo propuesto por Cuitlahuatl, que creemos que Cortés y los suyos corrieron mas riesgo al estarse discutiendo, que en la tremenda Noche Triste.

XIX.

Veamos ahora lo que pasó con la embajada enviada á Michuacan.

Gobernaba esta monarquía el rey Zwanga con el título de Cazonzi ó jefe supremo (1), quien recibió la embajada mexicana en Tzintzontzan, su capital.

Ya de antemano estaba instruido de todos los pormeno-

1 No están de acuerdo los autores ni en el orígen, ni en el significado, ni siquiera en la ortografía de esta palabra, pues la escriben indistintamente Caczonzin, Calzoncin y Cazonzi; unos la toman como apodo puesto por los mexicanos al sucesor de Zwanga por haber adoptado el calzado europeo, y entonces deberia escribirse Cactzontzin (zapatico); otros, entre ellos el abate Brasseur de Bourbourg, creen que la palabra Cazonzi es una corrupcion tarasca de la palabra mexicana *Caltzontzin* (jefe, cabeza de la casa), compuesta de *calli*, casa, *tzontli*, cabellera, y por extension cabeza, jefe, y el reverencial *tzin;* nos parece esto lo mas probable, supuesto que los historiadores primitivos siempre dicen el Cazonzi para denotar al rey de los tarascos.

res de la expedicion castellana, así como de las calamidades que con ella habia sufrido México, y hombre prudente, no queriendo atraer sobre su pueblo las del desagrado de mexicanos ó castellanos, contestó que en un negocio de tal manera grave, no tomaria determinacion alguna sin consultarlo y meditarlo maduramente con su consejo, y al efecto ofreció enviar próximamente á México una embajada que hiciera saber á Cuitlahuatl su resolucion.

En efecto, á pocos dias salieron unos inteligentes comisionados, ámpliamente facultados para tratar, prévio un detenido exámen, de la verdadera situacion.

XX.

Entretanto Cortés obraba con toda actividad; sus castellanos al frente de los tlaxcaltecas y otros pueblos traidores, se movian en todas direcciones y preparaban la vuelta á México. Incontables son las batallas que con fortuna varia sostuvieron los mexicanos en las diversas provincias, y la pluma se resiste á escribir las atrocidades cometidas por los castellanos con los que defendian su patria y su religion.

Por su parte Cuitlahuatl desplegaba, como hemos dicho, actividad, y recibiendo seguridades de auxilio tanto de los feudatarios, como de algunas nacionalidades aliadas, se preparaba á tomar la iniciativa sobre la república que abrigaba y protegia al enemigo comun.

XXI.

Hay épocas en la vida de los pueblos en las que parece que la maldicion del cielo pesa sobre ellos, haciendo hasta que se dude de la justicia divina. Como si no fueran bastantes para el imperio azteca y sus aliados las calamidades que sobre ellos pesaban, un nuevo azote venia á herirlos de una manera horrible: las viruelas, traidas de Cuba, segun los autores, por un negro de la expedicion de Narvaez, y á las cuales los mexicanos llamaron *hueyzahuatl* (gran lepra). Espantosos fueron los estragos que hizo la peste; diariamente heria millares de víctimas, y ciudades enteras quedaron yermas; y como literalmente faltaban manos para sepultar los cadáveres, la infeccion era horrible y la peste tomaba distintas faces, acarreando en breve la hambre por falta de brazos para moler el grano.

XXII.

En breve la peste llegó á la capital, segando la vida de un gran número de grandes señores é ilustres guerreros, que en esos momentos eran la esperanza de la patria.

Pero la pérdida mas sensible fué la de Cuitlahuatl. Ese hombre indomable cuya vida habian respetado las balas y aceros castellanos, sucumbió víctima de la peste en uno de los dias del mes de *Tepeilhuitl* (fiesta de los montes), año *ce acatl*, novena *xiuhmolpia*, de la era azteca correspondiente á Octubre de 1520 de la vulgar, despues de un reinado de tres meses, mas ó menos, y de treinta años de edad.

XXIII.

"La muerte de Cuitlahuatl, dice un historiador, fué vista como de mal agüero por los mexicanos, y como la mayor calamidad que pudiera afligirlos en su lucha con los invasores, la afliccion mas profunda se apoderó de ellos."

"No obstante lo breve de su reinado, Cuitlahuatl fué uno de los mas grandes emperadores aztecas. Los historiadores todos, convienen en asegurar que si hubiera vivido, Cortés no habria conquistado á México; estas solas palabras bastarian para ilustrar su memoria. Cortés lo calificó de valiente y prudente hombre. Su talento igualaba á su actividad y bravura; por esto los mexicanos fundaban en él sus mayores esperanzas. Lo lloraron sinceramente, y comenzaron á dudar del éxito de su lucha con los invasores."

XXIV.

Aunque todos los historiadores mexicanos y extranjeros le han hecho justicia á Cuitlahuatl, el panegirista de Cortés, el famoso D. Antonio de Solís, Cronista mayor de las Indias, tiene para él estas palabras.—"Vivió pocos dias, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicacion, dejase poco menos que borrada entre los suyos, la memoria de su nombre." Semejante blasfemia, ademas de estar desmentida por la historia, la contesta un escritor nacional en estos términos: "¿Quién lanzó á los españoles de la capital en menos de ocho dias? Cortés lo ha dicho. ¿Quién rehusó obstinadamente, por dos veces, las propuestas de paz que hacia, con la oferta de evacuar la ciudad en una semana, devolviendo todo el oro y despojos conquistados? ¿Quién preparó el alcance en la que Bernal Diaz llama "reñida, nombrada y temerosa batalla de Otumba?" ¿Quién causó las numerosas muertes de españoles y suscitó las guerras que coronaron á los indómitos restos del ejército castellano, con los sangrientos laureles cosechados en los campos de Tepeaca,

Cuauhquechollan, Itzocan, Zacatepec, Acatzinco, Tochtepec y Tecalco? .... Es extraño que no lo viera el escritor en los monumentos históricos que tan diligentemente dice haber examinado."

XXV.

A grandes rasgos hemos trazado los hechos principales del décimo monarca de México; muy torpe es nuestra pluma para escribir una vida digna de ocupar el estilo de Plutarco y que sin embargo, apenas es conocida; algun dia se acordará México cuán grande es su deuda de gratitud para con el vencedor de la Noche Triste y le erigirá estátuas al lado de las de Cuauhtemoc, Hidalgo y Juarez.

EUFEMIO MENDOZA.



LIT. DE IRIARTE.

CUAUHTEMOTZIN

ULTIMO EMPERADOR MEXICANO.

(Copiada de la Historia de Carvajal Espinosa)

CUAUHTEMOC.

ULTIMO EMPERADOR DE MEXICO.

I.

EL mundo admira, y con justicia, el denodado valor de los defensores de las Termópilas, al mando del intrépido Leónidas; pero si se tienen en cuenta las ventajas topográficas del punto defendido, y la educacion política y guerrera de los hijos de Esparta, admira ese rasgo de inmenso valor, pero no se extraña; y por el contrario, el mundo desconoce por completo los sacrificios y las pruebas de un valor temerario, dadas por el pueblo azteca al defender la populosa Tenochtitlan de la invasion y de la conquista.

Si bien es verdad que el número de los conquistadores españoles era reducido, no lo era así el de los aliados que el célebre Hernan Cortés supo unir á su ejército, para caer como una avalancha sobre la capital del imperio mexicano.

Mas de trescientos cincuenta años que desde entonces han pasado sobre esta region de la América, antiguamente asiento de pueblos numerosos y guerreros, y hoy madre de otra raza y de otros héroes, no han sido bastantes para borrar la imponente figura de Cuauhtemoc, último y desgraciado emperador mexicano, que como la personificacion del valor y del heroismo, se levanta siempre grande y siempre noble, á traves de tantas vicisitudes, y de tantos martirios y de tanta sangre.

II.

Al dia siguiente de la formidable batalla que los conquistadores tuvieron que soportar en las llanuras de Otompan, y la cual habia sido notable, tanto por el número de los combatientes, que algunos historiadores hacen subir á 200,000, cuanto porque ella decidió de la suerte de un pueblo, emprendieron los españoles su marcha hácia la república de Tlaxcallan, donde no obstante la brillante acogida que habian encontrado en su primer viaje, temian no hallar una sincera hospitalidad, y que su desesperante situacion hiciese flaquear el ánimo de sus aliados, cerrándoseles para siempre las únicas probabilidades que tenian de encontrar un refugio seguro. Con estas inquietudes, Hernan Cortés recomendó á su pequeño ejército que guardase á los tlaxcaltecas todo género de consideraciones, y no provocase motivo alguno de rompimiento. Contra los temores del jefe español, fueron recibidos en Tlaxcallan con la pompa y alegría de unos verdaderos aliados. La permanencia de los españoles en la capital de la república se prolongó por algun tiempo; pero su situacion no fué, sin embargo, bonancible, pues á consecuencia de las heridas que recibiera Cortés en la batalla de Otom-

pan, fué necesario extraerle algunos pedazos de cráneo, operacion que le ocasionó una gravísima enfermedad, que puso en gran consternacion al ejército. Las hostilidades de los mexicanos no cesaban; y cuantas pequeñas partidas españolas se aventuraban á internarse de Veracruz á Tlaxcallan, eran derrotadas y sacrificadas; y como si estos males no fuesen bastantes, síntomas de rebelion comenzaron á aparecer entre los soldados de Cortés, y muestras de disgusto y descontento entre los tlaxcaltecas.

Algunos de los antiguos soldados de Narvaez, que Cortés habia agregado á sus fuerzas, hicieron una representacion manifestando lo difícil de la situacion, lo aventurado de una conquista, y los deseos de todos de abandonar la audaz intentona de Cortés. Muchos de los descontentos tenian bienes de fortuna en Cuba, y echaban de menos las horas de una vida tranquila y descansada.

Cortés contestó la representacion invocando el honor caballeroso de los españoles, y llamándoles cobardes si preferian dejar solo á su general, á tomar parte en una obra que el mundo habia de aplaudir y admirar.

Sofocadas estas rebeliones quedaba por vencer el descontento que germinaba entre los tlaxcaltecas. Con motivo de una embajada que habia mandado el emperador mexicano, solicitando la paz, Xicotencatl, el bravo Xicotencatl, habló en el senado en contra de los españoles; todos los jóvenes y algunos guerreros se adhirieron á su opinion, prefiriendo una alianza con sus antiguos enemigos los mexica, á seguir favoreciendo y engrandeciendo á los blancos, á quienes titulaban déspotas y orgullosos.

La elocuencia de Xicotencatl no fué bastante para decidir al senado, cuyos miembros eran amigos de Cortés; y el jóven general, á semejanza del orador Manuel, fué arrojado de la asamblea.

Se le dejó aislado, como se le habia abandonado en los campos de batalla.

La embajada mexica dejó á Tlaxcallan y trajo á México la noticia de la alianza entre españoles y tlaxcaltecas, y las probabilidades de una invasion.

Mientras tanto, Cortés no descansaba, y hacia grandes preparativos para arrojarse sobre la capital del imperio.

III.

Antes de emprender sus operaciones, quiso Cortés dominar y castigar á los de Tepehacac (Tepeaca). Despues de dos batallas sangrientas, fundó su cuartel general y sus pendones en la capital; y aquí fué donde para mengua de la humanidad, se hicieron los primeros *repartimientos* de esclavos. Los prisioneros fueron marcados con hierros candentes, y repartidos entre los españoles y sus aliados los tlaxcaltecas, que en número de 50,000 les acompañaban en sus conquistas; y como si esta infamia no fuese bastante, la misma naturaleza se encargó de agravar la situacion de los pobladores del Nuevo Mundo, esparciendo entre ellos el virus venenoso de una nueva y terrible enfermedad: la viruela.

Segun algunos historiadores, uno de los tripulantes de los buques que habia traido Pánfilo de Narvaez atacado de la viruela, fué el primero que introdujo la terrible epidemia, que con una espantosa velocidad se extendió entre los mexicanos, merced, sin duda, á la ninguna higiene que los distinguia.

Víctimas de la viruela cayeron desde luego dos grandes personajes: Maxiscatzin, senador tlaxcalteca y gran amigo y

defensor de Cortés, y Cuitlahuatl, emperador de México y vencedor de los españoles en la *Noche Triste.*

Grande pesar hicieron los españoles con la muerte de Maxiscatzin, tanto que á su regreso á Tlaxcallan en Diciembre de 1520, dispuso Cortés que él y sus oficiales vistiesen de luto, para mas honrar la memoria del sábio magistrado.

Una vez en Tlaxcallan, Cortés solo pensó en reunir sus elementos de guerra, en procurarse otros nuevos y en instruir y armar á sus aliados. Comprendiendo que la situacion de Tenochtitlan, en medio del lago, favoreceria extraordinariamente á los mexicanos é impediria un sitio, ordenó á Martin Lopez, carpintero de ribera, la construccion de unos bergantines que desarmados pudiesen ser llevados en hombros de indios hasta las orillas del lago, que bañaba con humildad los muros de la capital del imperio.

Púsose mano á la obra; pidiéronse á Veracruz las jarcias, fierro y velámen de los buques, que allí se habian desaparejado, y dióse órden para que todo el ejército se ocupase en los preparativos de la marcha. Bien pronto los bajeles estuvieron casi terminados, y la pólvora elaborada, para lo cual subióse por azufre al Popocatepetl, siendo esta la primera vez que en ese magestuoso guardian del valle de Anahuac se asentaba la planta de un soldado europeo; esto, y el haber llegado á Veracruz varios buques, cuyos tripulantes se adhirieron á la empresa comenzada por Cortés, lo decidieron á abrir una nueva campaña; mas antes de hacerlo quiso alejar del ejército á los descontentos, proporcionándoles manera de volver á Cuba; entre los que se separaron de aquel puñado de héroes, cuéntase al secretario Duero, implacable enemigo de Cortés, y que mas tarde debia, en España, deponer en contra de su antiguo general y amigo.

IV.

Tal era la situacion del imperio cuando ocurrió la muerte de Cuitlahuatl, sétimo emperador, valeroso guerrero y enemigo formidable de los conquistadores, cualidades que le han merecido que el historiador Solís asegure que fué un pobre emperador, cuyo reinado no dejó simpatías entre los mexicanos.

Luego que se supo el fallecimiento del héroe de la *Noche Triste*, reunióse la nobleza á los sacerdotes, á fin de elegir emperador que á grandes virtudes guerreras, uniese un ánimo esforzado para salvar la difícil situacion en que se encontraba el imperio.

La eleccion, casi por unanimidad, recayó en Cuauhtemoc,* intrépido guerrero que á su notable gallardía y donosura, unia un corazon magnánimo y esforzado. Hijo del célebre conquistador Ahuitzotl, habíase distinguido en los combates

* Cuauhtemoc, ó mas generalmente conocido por Cuauhtemotzin. La partícula tzin era entre los aztecas un distintivo de respeto y consideracion, y queria decir señor; así, pues, á todos los reyes se les aplicaba y se decia: Acamapichtli ó Acamapitzin, Cuitlahuatl ó Cuitlahuatzin.

de la capital contra los españoles, y tanto, dicen los cronistas, que sus compañeros le respetaban y aplaudian. Jóven de veinticinco años, llevaba al trono su contingente de ardor juvenil y patriotismo, y el deseo de arrojar de las tierras de sus antepasados al audaz conquistador.

La historia nos ha conservado la arenga que el gran sacerdote (teoteuhtli) dirigió á Cuauhtemoc con motivo de su eleccion, arenga llena de nobleza y de esperanza, que caracteriza perfectamente el espíritu de aquella época.

No arredraron á Cuauhtemoc los peligros de la situacion, ni la responsabilidad del mando, y consultando solo su amor á la patria aceptó gustoso el trono, para lo cual creyóse con las fuerzas bastantes. ¡Tal era el temple de su alma!

No fueron la vanidad ni la holganza las que ocuparon á Cuauhtemoc en su nuevo puesto: todo entregado al servicio de su patria, ocupóse desde luego de proseguir y aumentar la fortificacion de la ciudad, que habia comenzado su antecesor; dispuso que activos espías le diesen cuenta de los intentos de españoles y tlaxcaltecas, y muy particularmente procuróse nuevas alianzas con los otros pueblos de las orillas del lago; ordenó nuevos enganches para el ejército, y un nuevo y cuantioso apresto de armas y de municiones de boca.

Previendo que tendria tal vez que soportar un sitio, fué oportunamente haciendo salir de la capital á cuanta gente podia comer inútilmente sus víveres, y entorpecer sus maniobras; dispuso trabajos enormes en los arsenales, destruyó algunos puentes en los caminos vecinos, y así preparado para la guerra, esperó tranquilo el ataque de los españoles.

¡Lástima grande que la historia nos diga poco de la juventud de Cuauhtemoc, donde podriamos admirar, sin duda, todas las cualidades guerreras que le distinguieron! Casado con Tecuichpatzin, hija del soberano Motecuhzoma, su ódio para los españoles se habia aumentado con los lazos de familia. Bernal Diaz, hablando de Cuauhtemoc, lo describe así: "Cuauhtemoc era de muy gentil disposicion, así de "cuerpo como de facciones; y la cara algo larga y alegre, y

"los ojos parecian que cuando miraban mas que era con "gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos; y era de "edad de veintitres á veinticuatro años, y el color tiraba mas "á blanco que al color y matiz de esos otros indios."

Ixtlilxochitl dice lo siguiente: "Eligieron rey á Cuauhtemoc de edad de catorce años, famosísimo capitan, cual convenia para el tiempo y trance en que se veian los mexicanos."

Tal era el hombre á quien se encargaba la defensa del imperio: hijo de Ahuitzotl, habia heredado de su padre todas las virtudes guerreras que distinguieron á aquel emperador: hijo del Anahuac, habia heredado un acendrado amor patrio.

Las disposiciones tomadas por Cuauhtemoc, de que hemos dado cuenta mas arriba, demuestran su habilidad, su política y su actividad. Merced á esta, pudo conocer todos los movimientos de los españoles y sus preparativos, y oponerles oportunamente considerables fuerzas, que muchas veces introdujeron la derrota y la desmoralizacion entre los invasores.

V.

Los momentos terribles se acercaban. Cuauhtemoc lo sabia y dió sus disposiciones: ignoraba, sin embargo, el camino que habia de seguir Cortés. En esta ansiedad fuese casi todo el mes de Diciembre de 1520, hasta que por fin el 28 comenzaron á moverse las fuerzas de Tlaxcallan, sabiéndose entonces que los conquistadores seguian el camino mas difícil, el de la montaña. Merced á los activos espías mexica que rodeaban al ejército, pudo saber igualmente el número de sus contrarios, que los historiadores hacen subir desde.... 100,000 á 150,000, y las jornadas y disposiciones tomadas durante la marcha.

Despues de unos tres dias de fatigoso viaje, venciendo obstáculos naturales, y otros puestos intencionalmente sobre el camino, pudo llegar Cortés á las inmediaciones de Texcuco, en cuya ciudad temió encontrar una séria resistencia; pero no fué así: parte de la nobleza salió á recibirle, participándole que el rey acolhua le invitaba á penetrar en la ciudad, donde podia encontrar un espléndido hospedaje.

No dejó Cortés de celebrar semejante oferta, que le permitia ocupar pacíficamente una de las ciudades mas impor-

tantes del valle, y así, dispuso su entrada para el 31 de Diciembre. La ciudad estaba desierta.

No queriendo fiar en la hospitalidad de los texcucanos, comenzó á fortificar el palacio que le servia de cuartel, y dió órden para que á nadie se dejase salir de la ciudad, con la esperanza de hacer prisionero al rey, que á la sazon lo era Coanacatzin. La medida de Cortés no surtió ningun resultado, pues la víspera de la entrada de los españoles el rey habíase embarcado para Tenochtitlan, no queriendo fiar en la amistad de los conquistadores, y segun algunos cronistas, desistiendo de su primer proyecto, que habia sido atraer á sus enemigos halagüeñamente, y despues batirlos en las calles de la ciudad.

No desconociendo el jefe español la importancia del punto que ocupaba, que le abria, por decirlo así, las puertas del valle, trató desde luego de hacer ocupar el trono de Texcuco por alguno de sus parciales que pudiese proporcionarle víveres y soldados; y mas bien, que se dejase dominar por Cortés, y fuese, mas que un aliado, un esclavo servil y complaciente. Al efecto, hizo nombrar rey á Tecocotl, quien gobernó poco, habiéndole sucedido su hermano Ixtlilxochitl, hijo del célebre Netzahualpilli, y á quien todos los que han escrito sobre la historia de México, pintan con los mas negros colores, viniendo á corroborar la general creencia, de que á veces los hijos de los hombres mas eminentes, suelen ser unos miserables.

VI.

Cortés habia dejado á Martin Lopez en Tlaxcallan ocupado en concluir los bajeles que habian de surcar las aguas de la laguna; mas no queriendo perder un tiempo precioso, comenzó activos trabajos para abrir un canal desde los jardines del palacio de Netzahualcoyotl, hasta las orillas del lago. Ocho mil trabajadores comenzaron esta grande obra, que medía, segun Prescott, media legua de largo, doce pies de ancho y otros tantos de profundidad.

Una semana despues de su llegada á Texcuco, se preparó una expedicion bajo el mando de Cortés, con el fin de reconocer la márgen oriental de la laguna. El conquistador avanzó hácia Ixtapalapam con un ejército de 200 infantes, 18 caballos y 8,000 aliados, pudiendo sin ser molestado llegar hasta dos leguas distante de la ciudad.

Sabedor Cuauhtemoc de la salida de los españoles, ordenó que una parte del ejército estableciera sus cuarteles en Ixtapalapam, y detuviese y atacase á los invasores. Estos soldados cumplieron con su deber, saliendo á batir á españoles y tlaxcaltecas. Pelearon los mexica con su bravura acostumbrada; pero inferiores en número retrocedieron de-

sordenadamente, aunque sin desaliento, porque no eran las derrotas, como lo probaron despues, las que desmoralizaran á los soldados tenochca.

Los conquistadores avanzaron hasta Ixtapalapam, donde se tuvo que soportar un nuevo combate. La poblacion se asentaba en la laguna: parte de las casas estaban construidas en la tierra firme, pero otras muchas sobre fuertes estacas clavadas en el agua. A estas se retiró la guarnicion, y allí se peleó desesperadamente, con el agua hasta la cintura. Despues de este combate, ocupáronse aliados y españoles en el saqueo y en el incendio. La bella Ixtapalapam quedó reducida á escombros.

Cuando mas ocupados estaban los españoles en despojar á las pobres víctimas de la ciudad asaltada, operacion que hacian al horrible esplendor del incendio, oyóse un formidable ruido semejante al de una cascada, desbordándose sobre duros peñascos. Un solo grito resonó en todo el ejército: "¡La calzada está rota!" Mientras que los españoles se ocupaban en la inícua obra de destruccion que habian emprendido, los mexica trataban de abrir un ancho foso en la calzada que servia de dique á las aguas de Chalco, que mas elevadas que las de Texcuco, luego que el canal estuvo hecho, desbordáronse por allí con horrendo estrépito.

Ixtapalapam iba á ser inundada. ¡Pero qué importaba ya la pérdida de unos cuantos montones de cenizas y de escombros!

Tembló Cortés al conocer su situacion, y la retirada se ordenó inmediatamente. Durante algun tiempo pudo caminarse al fulgor del incendio; mas lejos ya de la ciudad, la oscuridad mas espantosa envolvió al ejército, y esto en los momentos en que llegaba al terrible foso. Muchos de los soldados, al intentar salvarlo, fueron arrastrados por la corriente, y otros muchos, libres del peligro, siguieron marcha tan difícil, que se semejaba á una derrota. La pólvora estaba inservible, los hombres ateridos de frio y muertos de cansancio.

Al alumbrar el sol del dia siguiente, pudo verse que una multitud de canoas cargadas de guerreros mexicanos perseguian al ejército, previendo la situacion en que deberia encontrarse, y que otra parte de las tropas procuraba flanquearlo por la parte de la montaña.

Prescott y otros historiadores dicen que Cortés no intentó el combate, y solo pensó en llegar á su cuartel general de Texcuco; pero el parcial Solís, que mas bien que historia escribió un panegírico, hace que Cortés derrote una vez mas á las tropas del imperio. Esto no es exacto, puesto que aun el mismo conquistador, en sus célebres Cartas, habla de este suceso de muy distinta manera de como lo refiere el historiador Solís.

VII.

De regreso á Texcuco, la política de Cortés fué la de procurarse alianzas en las poblaciones enemigas de los mexica, cosa no difícil de alcanzar, si se tiene en cuenta la política de los tenochca y el dominio que habian alcanzado sobre todos sus vecinos; las rivalidades y el ódio que existian entre los pueblos del Anahuac, y sobre todo, las ventajas que habian alcanzado los españoles. Aunque el buen juicio de los pueblos jamas se equivoca, nunca faltan en el mundo hombres serviles que se pongan siempre del lado del vencedor. Esto sucedió con la nobleza de Chalco, la que fué á pedir proteccion á los conquistadores. Chalco era en aquel entonces una ciudad de gran importancia, casi siempre formidable enemiga del imperio mexica, lo que habia hecho que Cuauhtemoc mantuviese en ella una respetable guarnicion. Cortés aceptó gustoso la alianza de los chalcas, y ordenó á Sandoval saliese de Texcuco con parte del ejército para arrojar de la ciudad á los mexicanos. Durante la marcha, Sandoval tuvo que sostener varios encuentros, y un sério combate que dió por resultado la ocupacion de la ciudad defendida.

No contento Cuauhtemoc con oponer una vigorosa resistencia á los avances del ejército español, quiso llevar sus ataques hasta el mismo Texcuco. Mil canoas, cargadas de guerreros, cruzaron el lago en busca de un combate. Cortés las atacó en su desembarco, tomó las semillas que iban á embarcar para Tenochtitlan y las llevó á Texcuco. Estas maniobras, dice Prescott, absorbian todas las fuerzas de Cortés, y ningunas le quedaban para proteger á sus aliados; mas á fin de no abandonar á ciudades que mucho podian favorecerle, ya no tanto con su alianza cuanto con su neutralidad, obró de manera que unas á otras se prestaran eficaz ayuda y defensa. Es decir, formó una alianza defensiva y ofensiva entre las ciudades que antiguamente eran rivales. De esta suerte, el imperio azteca bamboleaba sobre sus cimientos. Al conocerlo Cortés, hizo tentativas de arreglo con los mexicanos; y al efecto, y valiéndose de unos prisioneros nobles que tenia, dirigió á Cuauhtemoc una embajada, proponiéndole la rendicion de la ciudad y que el emperador siguiera ocupando el trono de México, cuyos habitantes serian respetados en sus vidas é intereses. No era ya emperador el fanático monarca que algunos meses antes habia ofrecido franca hospitalidad á sus enemigos, y habia permitido en su persona los mayores atentados. Cuauhtemoc, indómito por naturaleza, patricio digno de figurar entre los mas notables de la Grecia, habia tomado á su cargo la defensa de su pueblo; y á las proposiciones del soldado español contestó con el silencio, y á sus promesas con la publicacion de decretos declarando á los españoles una guerra sin cuartel. A las alianzas que habíase procurado Cortés, opuso Cuauhtemoc otras nuevas, impidió con sábias disposiciones la insurreccion de algunos pueblos, rebajó á otros los impuestos, halagó á los descontentos haciéndoles ocupar distinguidos empleos; y dió muestras de tanta prudencia y energía, que á no ser las circunstancias tan difíciles, el pueblo azteca hubiera llegado á ser mucho mas grande y feliz. Pero la guerra y la conquista, crueles atormentadoras de los pueblos, no cabiendo ya

en la Europa, cerníanse sobre la América, como la maldicion de un mundo sobre otro mundo.

Los desolados campos europeos no podian contener mas sangre, y era natural buscar otros donde derramarla. ¡Suelo infeliz de la América, tantas veces bañado con torrentes de sangre!

Mientras se ocupó Cortés de las operaciones de que hemos hablado, los bergantines construidos en Tlaxcallan fueron trasportados á Texcuco, en hombros de millares de indios, que inocente y candorosamente, por ódio á sus enemigos, contribuian así á remachar los eslabones de las cadenas de su servidumbre.

Trece buques de todas dimensiones habia construido Martin López, y todos ellos fueron recibidos en el cuartel general, con gran entusiasmo de los españoles y asombro de las gentes aliadas, que veian como sobrenaturales aquellas desconocidas máquinas.

Háse creido por algunos, que Cortés fué el primero en trasportar así sus bergantines; pero antes de él habíanlo ya hecho Annibal y Gonzalo de Córdoba. Hechos que sin duda conocia el conquistador, y que le inspiraron la idea que fué llevada á cabo con la mayor felicidad. Esto, sin embargo, no es desconocer el génio emprendedor del célebre Cortés.

Demoróse algo todavia la conclusion del canal para arrojar al agua los bergantines; y durante este tiempo, emisarios mexicanos, introducidos en el ejército español; trataron varias veces de incendiarlos, lo que obligó á Cortés á ejercer una gran vigilancia, y á no permitir mas que á sus soldados el acercarse á sus bergantines, en los que fundaba tantas esperanzas.

VIII.

Desde entonces solo pensó Cortés en reconocer las inmediaciones de la populosa Tenochtitlan, y en destruir las pequeñas fuerzas mexicanas que guarnecian algunas ciudades, ó defendian importantes puntos de la montaña. Aunque estas maniobras fueron practicadas con sigilo á fin de engañar á los vigilantes tenochca, y aunque se tomaron toda clase de precauciones para ocultar los designios, no era fácil engañar á los aztecas que parecian adivinar los pensamientos de Cortés, y adelantarse á contrariar sus intenciones. Así, pues, pocas leguas habrian andado de Texcuco los españoles y sus aliados, cuando tuvo que emprenderse una séria escaramuza, que le dejó el camino expedito, pero cuyos combates tuvieron que repetirse en cuantas oportunidades creian favorables los mexicanos. Seguia á la columna de Cortés, por la parte de la laguna, una multitud de canoas cargadas de guerreros, y á cada desembarco era necesario sostener un nuevo combate. Así escoltado, aventuróse Cortés en la calzada que conducia á Xaltocan, situada al extremo del lago de San Cristóbal. La ciudad fundada en una isla, no tenia mas entrada que el camino seguido por los españoles; pero este camino

estaba cortado antes de llegar á la poblacion, y las aguas de la laguna con estrépito se desbordaban por aquel nuevo y profundo canal.

Hasta allí llegaron los primeros soldados: detenidos por el foso, se agruparon y desorganizaron, y así sucesivamente el resto del ejército, formando en la calzada una masa informe y sin movimiento. Los mexicanos, que como hemos dicho, seguian á los españoles, cayeron sobre ellos con denuedo, arrojando innumerables descargas de flechas y de piedras, que hicieron pensar á Cortés en buscar la retirada. Emprendióse esta con desórden; pero á instancias de un desertor, Cortés intentó el paso de la laguna por uno de sus vados, y penetró en Xaltocan, donde como en Cholula y en Ixtapalapan, hubo incendios y matanzas. Así prosiguió Cortés su camino hasta llegar á Atzcapotzalco, antigua é importante ciudad, rival de la capital del imperio mexicano, y que por uno de esos inexplicables fallos del destino habíase convertido en mercado de esclavos, despues de la muerte de Maxtlaton, suceso que con suma elegancia ha descrito en esta misma obra el Sr. D. Alfredo Chavero.

De Atzcapotzalco siguió Cortés su marcha á Tlacopan (hoy Tacuba), donde un fuerte destacamento mexica le salió al encuentro: la batalla fué reñida; pero los soldados de Cuauhtemoc comenzaron á retirarse en buen órden por la gran calzada que conducia á la capital, y que era la misma que tanto conocian los españoles por su derrota de la Noche Triste. Alucinado Cortés por el feliz resultado hasta allí conseguido, y creyendo ocupar á Tenochtitlan confundiéndose con los vencidos, ordenó el perseguimiento, y él mismo se aventuró en la calzada. Imprudencia que repitió el conquistador algunas veces, y que no pocas le ocasionaron la derrota.

La retirada de los mexica no era ocasionada por la fuga, sino el efecto de una sábia combinacion militar ordenada por Cuauhtemoc, quien segun un historiador, mandó en persona esta batalla. Tan pronto como los que iban huyendo llegaron al primer puente que se encontraba en esta calzada, y

que estaba situado segun antiguas relaciones un poco mas allá del hoy Puente de Alvarado, volviéronse sobre los españoles con la velocidad del rayo, y haciendo frente á sus perseguidores, introdujeron el desórden en las filas españolas. Casi simultáneamente, y como por milagro, aparecieron en las aguas de la laguna que bordaba la calzada, multitud de canaos preñadas de soldados que rodearon á los españoles, ocasionándoles muchos muertos, y tomándoles un número considerable de prisioneros.

El estandarte de Cortés que llevaba un soldado apellidado *Volante*, estuvo á punto de caer en manos de los aztecas, y aun el mismo jefe español se vió en gran peligro. Ordenóse la retirada, que se hizo al fin con una notable pérdida, estableciendo el cuartel general en Tlacopan, adonde iban las fuerzas mexicanas diariamente á desafiar á los aliados de los españoles, dándoles el título de mujeres y cobardes, por no haberse atrevido á intentar solos una invasion á Tenochtitlan.

Durante los dias que permaneció Cortés en Tlacopan, repitiéronse los duelos personales entre los jefes de los tlaxcaltecas y los mexica. Estos combates ya se habian efectuado en tiempo de Gonzalo de Córdoba, entre españoles y franceces, en el suelo de Italia.

Pasados siete dias, Cortes dispuso la retirada para Texcuco, adonde llegaron las huestes iberas despues de sostener en la travesía sérios y repetidos combates.

Por órden de Cortés, Sandoval marchó á Chalco á defenderla de las intentonas de los mexicanos. El jefe español obró prudentemente en su expedicion, y limpió el país de algunas fuerzas que amagaban la ciudad, practicado lo cual regresó á Texcuco.

IX.

Ni el número de batallas hasta entonces dado, ni los descalabros que habian sufrido las tropas aztecas, habian podido introducir el desaliento en el espíritu del monarca mexicano, que con sumo ardimiento, ni lamentaba las derrotas, ni dejaba de preparar nuevas combinaciones militares, ya atacando á los españoles en sus expediciones y aun en sus cuarteles, ya amagando y hostilizando las ciudades que les eran parciales, como Chalco y otras. Comprendiendo Cortés que antes de intentar un sitio formal debia destruir las fuerzas enemigas que quedaban á su retaguardia, tanto para librarse de enemigos astutos y valientes, cuanto para mas afirmar la alianza de los pueblos que le ayudaban á la destruccion del imperio fundado por Acamapichtli, dispuso ir en auxilio de Chalco, y batir á las fuerzas mexicanas que tenian sus cuarteles en la orilla de la montaña.

Un lugar casi inexpugnable servia de refugio á los soldados tenochca; para intentar tomarlo, Cortés sacrificó mucha gente sin poder conseguir su objeto, teniendo que retirarse á la vista del enemigo. Mas feliz en la llanura, derrotó una fuerza que venia en auxilio del punto fortificado. Costean-

do la falda de la montaña, siguió Cortés su marcha á Cuauhnahuac (Cuernavaca), donde tambien se le opuso una séria resistencia, y cuyo lugar fué tomado, segun cuenta Bernal Diaz, pasando de un árbol á otro por las ramas que se enlazaban, pudiendo así salvar la barranca que rodea la pintoresca ciudad.

La vuelta de los conquistadores no se hizo por el mismo camino que llevaron, sino siguiendo, con poca diferencia, el mismo que hoy nos une con la capital del Estado de Morelos, y que como se sabe pasa á un lado de Xochimilco, donde comienza á ascender la montaña hasta la Cruz del Marques. Luego que se empieza á subir la cordillera, descúbrese el panorama del valle de México, hermoso espectáculo que ofrece á cada vuelta del camino nuevos y variados encantos. Los lagos de Chalco y de Texcoco, apenas separados por los cerros de Ixtapalapan, se comienzan á dibujar en el panorama, al principio como una ligera línea de plata, pero subiendo mas, la línea se aumenta, hasta comprenderse toda la gallarda extension de nuestras lagunas. Xochimilco, casi á los pies del espectador, se esconde ruborosa entre múltiples arbolillos y entre las cañas del lago. La ciudad es populosa, y está hermosamente situada.

Estos encantos que aun todavia podemos admirar, contemplaron los españoles á su descenso de la montaña, y Xochimilco, (lugar de flores), fué la víctima inmolada. Esta ciudad muy poblada en aquel entonces, lo mismo que tantas otras de las que apenas conservamos los nombres, estaba construida sobre el lago, comunicándose con tierra firme por calzadas semejantes á las que tenia Tenochtitlan. Los conquistadores y sus aliados avanzaron por una de ellas, pero les detuvo un fuerte destacamento de flanqueadores, que despues de una ligera escaramuza emprendió su retirada hácia el centro de la poblacion. La calzada estaba interrumpida por un puente roto, detras del cual se hallaba una parte del ejército mexicano, que ya mas esperto en la guerra contra los españoles, habíase fortificado con fuertes palizadas que

le defendian del fuego de sus enemigos. Este punto pudo ser tomado arrojándose los ginetes al agua, y flanqueándolo fácilmente. Los aztecas se retiraron en buen órden á la ciudad, adonde fueron perseguidos por los asaltantes. Poco habian avanzado los españoles, cuando un nuevo destacamento vino con ellos á las manos, ocasionando en el ejército una completa desmoralizacion. Cortés quiso evitarla, batiendo personalmente á los nuevos combatientes; pero una caida de su caballo le privó de sus movimientos, siendo hecho prisionero en el mismo instante. Un tlaxcalteca y dos pajes de Cortés lograron sacarlo de manos de los mexicanos.

La poblacion fué al fin tomada y entregada al pillaje, como casi todas las que se iban ocupando. No por esto dejaron los mexicanos de seguir combatiendo, no sabiendo qué admirar mas, si su valor ó su constancia.

Satisfechos los vandálicos deseos de españoles y tlaxcaltecas, pensóse en marchar hácia el lado de Coyohuacan; pero antes, dice Prescott, "hízose incendiar las combustibles casas de Xochimilco, como para demostrar á los habitantes de aquellas riberas, que los séres predichos por sus oráculos habian bajado del cielo, semejantes á un fuego que todo lo consume."

Coyohuacan habia sido abandonado por sus habitantes. De Coyohuacan siguió el ejército á Tlacopan, habiendo así dado la vuelta á los lagos, y reconocido y destruido los principales elementos con que contaba el imperio mexicano.

Tres semanas despues de haber salido de Texcuco, la antigua capital de los acolhuas, hacia en ella su entrada Cortés y su minorado ejército.

Varios refuerzos españoles que habian llegado al cuartel general, y el estar ya terminado el canal para botar al agua los bergantines, decidieron á Cortés á establecer el sitio.

La hora del sacrificio habia sonado para Cuauhtemoc.

X.

Apenas vuelto Cortés de las campañas que hemos referido, se vió expuesto á ser víctima de la traicion de algunos de sus soldados, que desesperados de soportar una vida de fatigas y combates, intentaron asesinar á su general. La conspiracion fué descubierta y ejecutado uno de los conspiradores.

Por fin, los bergantines fueron lanzados á la laguna, suceso que fué estrepitosamente celebrado.

Los buques construidos por Martin Lopez eran trece. Armóse cada nave con una pieza de artillería y un número respetable de españoles á las órdenes de un oficial. Cortés se reservó el mando de su nueva escuadra.

Dióse órden para que se moviese el ejército: á los tlaxcaltecas se les previno que se reuniesen en Texcuco, y á los demas aliados en Chalco. Los hijos de la república de Tlaxcallan fueron fieles á la cita, llegando á Texcuco en el plazo fijado bajo las órdenes de Xicotencatl. Cincuenta mil soldados mandaba la república, reuniéndose otros tantos, ó mas, en Chalco.

La expedicion de Cortés al rededor de la ciudad, le hizo

distribuir sus fuerzas en tres grandes destacamentos, á fin de que ocupasen las extremidades de las calzadas principales.

El sanguinario Pedro de Alvarado fué destinado con el mando de uno de ellos á que ocupase Tacuba. Esta fuerza constaba de 30 caballos, 168 infantes y 29,000 aliados.

Cristóbal Olid recibió el mando del segundo, que debia ocupar Coyohuacan.

Gonzalo de Sandoval mandaba el tercero de la misma fuerza que el primero y segundo, y debia ocupar Ixtapalapam.

Un cuerpo de reserva debia situarse convenientemente.

Mas de cien mil hombres limpiaban sus armas para arrojarse sobre la vírgen del Anahuac.

Antes de partir de Texcuco, Cortés arengó á sus soldados é hizo leer á los indios unas célebres ordenanzas que habia hecho en Tlaxcallan, y que, como todos los documentos de su época, respiraba sangre y terror, y se hacia obedecer á infelices aliados que no entendian ni el idioma en que se les hablaba, ni las penas en que incurrian.

Víctima de estas ordenanzas fué Xicotencatl, quien disgustado porque un soldado español habia matado á un tlaxcalteca, habíase separado del ejército con ánimo de regresar á su país. Cortés, perdónesenos la franqueza, que no habia olvidado la guerra que le habia hecho el jóven general, ni el disgusto que manifestaba al lado de los españoles, encontró una ocasion magnífica de quitarse de un enemigo y de dar al ejército una muestra de su audacia.

Alcanzado Xicotencatl y conducido á Texcuco fué inmediatamente ahorcado, habiéndosele antes leido un ridículo proceso y una sentencia pilatuna.

Sus bienes, que eran cuantiosos, fueron secuestrados en beneficio de la corona de España.

Xicotencatl, heróico defensor de la independencia azteca, murió en la flor de su edad, víctima de los compromisos de familia y de partido, que le habian llevado al lado de los conquistadores, despues de haber sido el primero de sus ad-

versarios. Esto disculpa, si no borra, su cooperacion á la conquista.

Una vez llegadas las fuerzas á los lugares que se les habian destinado, Alvarado mandó destruir los acueductos de Chapultepec, que conducian la agua á la ciudad que defendia Cuauhtemoc. Las tropas aztecas trataron de impedirlo, trabándose una batalla en la que ambos combatientes tuvieron innumerables pérdidas. Parte del acueducto fué demolido, y desde entonces no volvió á llegar á la ciudad agua por aquel canal.

El infatigable Alvarado no descansó; y al otro dia atacó desesperadamente uno de los puentes que existian en la calzada, y que estaba defendido por numerosas tropas: el asalto fué terrible, pero heróica la resistencia, ante la cual tuvieron que retirarse los españoles, dejando la calzada cubierta de cadáveres.

En las operaciones que emprendió Cortés desde su llegada á Texcuco hasta el establecimiento del sitio, habian trascurrido los meses de Enero á Marzo de 1521. En todo este tiempo casi no habia pasado un dia sin ocurrir una batalla ó una escaramuza.

El emperador Cuauhtemoc, por su parte, no habia descansado un instante, ya organizando nuevas fuerzas, ya procurando para la poblacion toda clase de víveres, en caso de tener que soportar un fuerte asedio. Jamas, en cuantas acciones se trabaron, dióse el ejemplo de que unas fuerzas aztecas, por pequeñas que fuesen, se hubiesen rendido á los conquistadores. Habian recibido la órden de combatir, y morian combatiendo, en cumplimiento de su deber. La nobleza toda y los sacerdotes ayudaban eficazmente al emperador: pero á pesar de estos esfuerzos veíase con tristeza que el enemigo avanzaba diariamente, y que rodeaba la ciudad despues de haber talado y destruido las poblaciones mas importantes del imperio.

No obstante que una de las primeras medidas de Cuauhtemoc habia sido el alejar de la capital á los que pudiesen

inútilmente consumir sus víveres, esto habia sido imposible de realizar, porque pueblos enteros, al acercarse los españoles, abandonaban sus hogares, buscando en Tenochtitlan un refugio que creian seguro. De esta manera la poblacion habia aumentado considerablemente, al grado de que las plazas y calles públicas veíanse diariamente invadidas por una muchedumbre que vagaba lamentándose de su miseria.

Al saber Cuauhtemoc que Sandoval habia ocupado Ixtapalapam, aseguró á algunos de sus oficiales, que el sitio habia comenzado, y el valor azteca estaba á prueba. La confianza mas completa reinaba en todo el ejército, así como en el espíritu de Cuauhtemoc, quien tenia la seguridad de batir á sus enemigos, y de arrojarlos de sus dominios.

Si la civilizacion azteca hubiese estado un poco mas adelantada; si los mexicanos hubieran siquiera conocido el fierro, y hubieran hecho de él sus armas, indudablemente que la conquista se habria retardado algunos años, y quién sabe si algunos siglos, pues la situacion política de España, que vino á salvar en gran parte la adquisicion de la América, no era la mas á propósito para llevar á cabo tan colosal empresa.

Los soldados aztecas, desnudos y mal armados, no temieron nunca batirse cuerpo á cuerpo con los españoles perfectamente armados, y defendidos por formidables corazas. Sus mismos aliados habian mejorado su armamento; y mas que todo habian traido á los conquistadores un contingente numeroso, que les permitia asediar la mas importante ciudad de la América.

Si los servicios de estos aliados pudieran apreciarse en todo su valor, ha dicho un escritor contemporáneo, indudablemente Cortés descenderia algunos escalones del enorme pedestal en que se le ha colocado.

XI.

Conociendo Cuauhtemoc que solo le quedaba para comunicarse con tierra firme, la parte de la laguna, intentó destruir la flotilla de Cortés, para lo cual un buen número de canoas surcaron las aguas de Texcuco. No es difícil comprender que las mejores condiciones marineras de los bergantines españoles, y el poderoso auxilio de su artillería, habian de destruir las débiles canoas de los aztecas, muy recargadas por el peso de los guerreros que cada una contenia. Así sucedió en efecto, teniendo que retirarse á México las pocas canoas que pudieron huir al alcance de los buques españoles.

Cortés habia establecido su cuartel general en la calzada, á media legua de la poblacion, en el lugar en que hoy está la garita de San Antonio Abad. Esta calzada de gran anchura permitió á los españoles construir á ambos lados sus cuarteles, y fortificar el punto con algunas piezas de artillería retiradas de los bergantines.

Cuauhtemoc trató de impedir el establecimiento de los españoles; pero esto fué imposible, por estar fortificado y numerosamente defendido.

El sitio todavía era imperfecto, pues no se habia cubierto la calzada que unia Tenochtitlan con Tepeyacac (hoy Guadalupe). Sandoval fué encargado de ir á ocuparla.

La populosa ciudad que habia nacido como Vénus del fondo de las aguas, veíase completamente aislada y ceñida en un círculo de fierro.

Habia recomendado Cuauhtemoc la mayor vigilancia, la cual durante todo el sitio no faltó un solo instante. Abriéronse y fortificáronse en las calzadas nuevos fosos y parapetos, y el ejército convenientemente distribuido, estaba pronto á ocurrir al lugar del combate.

La situacion de una plaza sitiada es demasiado azarosa, y tiene que estar siempre vigilante, ignorando el momento del ataque y el lugar por donde debe efectuarse; y solo la prudencia y sábias disposiciones del general en jefe pueden salvarla.

Cuauhtemoc era todo un guerrero, y lo habia previsto todo y todo lo vigilaba. Así supo oportunamente que á los primeros albores de la mañana siguiente á la llegada de Cortés á la calzada, todas las fuerzas se movian sobre la ciudad. El ejército se dividió en varios cuerpos. El asalto comenzó con desesperacion. Sandoval y Alvarado atacaron las calzadas del Norte y el Poniente, y Cortés en persona la del Sur.

Los españoles atacaron la primera trinchera del foso, el cual no era posible salvar ni flanquear. Los asaltantes sufrieron desde luego grandes pérdidas, y varias veces tuvieron que desistir de sus ataques. Sus cadáveres seguian amontonándose al frente de la fortificacion; entonces los bergantines se acercaron á los lados del parapeto, y comenzaron un fuerte cañoneo. Flanqueada así la posicion no era posible defenderla, y los mexicanos se retiraron en buen órden hasta un segundo foso.

El mismo ataque, la misma resistencia, el propio acercamiento de los bergantines hasta hacer abandonar la fortificacion.

Así sucesivamente fué Cortés ocupando cuantos fosos encontraba á su paso, hasta verse por fin dentro de los arrabales de la ciudad. Entonces la situacion cambió por completo: cada casa era una muralla, cada habitante un soldado. Ocupada una posicion, los aliados encargábanse de destruirla y de saquearla. Así quedó convertido en escombros todo el arrabal. Las fuerzas españolas penetraron llevando la destruccion y el incendio, hasta la plaza del templo mayor: allí se asentaba el palacio de Axayacatl y el famosísimo templo, cuya vista, dice un historiador, no dejó de traer á los españoles lúgubres recuerdos, en recompensa de los cuales pusieron fuego al palacio y á las casas vecinas. Varios soldados mas ávidos de riqueza que de gloria, se lanzaron al templo, donde hicieron rica provision de joyas y de telas. Los que tal hicieron allí encontraron la muerte. Peleábase entretanto en la plaza con formidable denuedo. La rojiza luz del incendio, la sangre, el grito de guerra de los mexicanos, el lánguido lamento de los moribundos y el tronar de los cañones, todo aumentaba el estruendo y la algazara. De repente, por una de las calles vecinas, desembocó el emperador, conduciendo un nuevo refuerzo. Atacó con tanto brío á los enemigos, que estos retrocedieron espantados; la desmoralizacion cundió, y solo se pensó en la fuga. Las piezas de artillería quedaron abandonadas en la plaza. En balde hacia Cortés esfuerzos sobrehumanos para impedir su derrota, que solo pudo evitar la oportuna presencia de un grupo de caballería: esto dió tregua al alcance de los aztecas, tregua que Cortés supo aprovechar para volver sobre la ciudad, teniendo la fortuna de recuperar sus cañones; pero nuevamente atacado, fué arrojado hasta su campamento con innumerables pérdidas. Este asalto duró un dia entero.

Sandoval y Alvarado, aunque tambien se habian batido con denuedo, no habian podido penetrar á la ciudad.

El bravo Cuauhtemoc habia estado en todos los puntos de peligro, y personalmente habia conducido la reserva que arrojó las huestes de Cortés.

Pasóse la noche en la mayor agitacion: los fosos fueron nuevamente abiertos y fortificados; el incendio, cuyos avances no se habian podido impedir, iluminó parte de la noche aquellas tétricas escenas de exterminio.

Montones de cadáveres impedian el tránsito: hízose sepultar á unos y depositar á otros en el gran templo, para hacerles oportunamente sus correspondientes exéquias.

Al dia siguiente, la ciudad volvió á ser asaltada; nuevamente fueron defendidos los fosos, y nuevamente atacados por los bergantines: hácia las tres de la tarde, los españoles habian penetrado hasta la plaza mayor. La sangre vertida no se habia secado, cuando otra nueva venia á aumentar los negros charquerones; el incendio no se habia extinguido cuando de allí se proveyeron aliados y españoles de teas, con las que incendiarion la magnífica pajarera que existia en un extremo del palacio de Motecuhzoma.

¡Guerra inícua, que así destruia los monumentos y las muestras de una adelantada civilizacion!

Cuauhtemoc volvió, como el dia anterior, á aparecer con las reservas, y los españoles fueron arrojados hasta su campamento.

Ixtlilxochitl, entonces rey de Texcuco, habia combatido al lado de Cortés, no obstante los epítetos de cobarde y traidor á su sangre y á su patria, con que los mexicanos le bautizaban. Dice el cronista pariente de este rey, que era cierto por desgracia que defendia una causa que no era la de su pueblo.

Ixtlilxochitl no se habia contentado con venir personalmente á combatir al lado de los españoles, sino que les habia traido un nuevo contingente de mas de 50,000 hombres. No es aventurado decir que Cortés tenia sobre México un ejército de mas de 200,000 combatientes.

Hácia las calzadas que estaban al cuidado de Alvarado y de Sandoval, peleábase tambien desesperadamente.

Los siguientes dias á los combates de que hemos hablado, repitiéronse en toda la línea los asaltos con mas ó menos éxi-

to, pero sin que los españoles fijaran sus cuarteles en la ciudad. La situacion de esta comenzaba á ser angustiosa, pues los pueblos del lago, de donde se proveia, empezaron á insurreccionarse ó á unirse á los españoles, luego que fueron conociendo la situacion de los mexicanos.

Aunque la vigilancia ejercida por los bergantines dia y noche, impedia el salir de la ciudad á las canoas aztecas, sin embargo, estas, á favor de la oscuridad, lograban ir en busca de víveres, que inmediatamente eran devorados en la ciudad sitiada.

Cuauhtemoc, no pudiendo soportar tranquilo la situacion á que su pueblo se veia reducido, hacia esfuerzos heróicos para destruir los campamentos españoles; y contra la costumbre de los aztecas, generalmente sus salidas eran nocturnas, y casi ninguna noche se dejó de combatir en todas las calzadas.

Se intentó destruir la escuadra española; y al efecto, se emboscaron varias canoas entre los cañaverales de la laguna: unas chalupas se aventuraron á acercarse á los bergantines huyendo despues violentamente: los barcos españoles emprendieron su persecucion, y fueron á encallar en unas estacas que los mexicanos hábilmente habian clavado en el fondo de la laguna.

Sin movimiento alguno, los barcos se vieron abordados por un sinnúmero de canoas. La situacion de los españoles era demasiado crítica, y á no ser el mortífero efecto de sus cañones y de sus arcabuces, que tuvieron alejados á los asaltantes, indudablemente la escuadra hubiera sido destruida. Un buzo se arrojó al agua, y pudo con sumo esfuerzo quitar algunas estacas y dar movimiento á los bergantines.

Mas tarde, los soldados de Cortés repitieron esta misma estratajema, consiguiendo destruir á las canoas mexicanas.

La ingeniosa operacion de los aztecas, tan desgraciadamente concluida, hizo perder las últimas esperanzas de alcanzar para la ciudad víveres y refuerzos.

La situacion de Tenochtitlan continuaba mas y mas apre-

miante; dia á dia los víveres eran mas escasos, las salidas mas repetidas, mayor el número de heridos, é incontable ya el de los muertos. Del ejército que defendia la ciudad de Tenoch, habia sucumbido una mitad, y la otra, aunque disminuida, conservaba toda su energía.

Un incidente vino á mejorar su condicion moral.

Los dias habian trascurrido violentamente desde las primeras operaciones, y por mucho que los españoles estuviesen avezados á los trabajos y á las fatigas, habíanse desvelado ya tanto, durante los combates nocturnos; habian batallado tanto, que el desaliento cundia entre los soldados de Cortés. Una junta de guerra decidió que se intentaria un nuevo asalto, á fin de apoderarse de la plaza del mercado, vasto edificio rodeado de anchurosos pórticos, que podia servir de cuartel á un ejército.

El plan concebido por Alderete, tesorero de la corona, fué aprobado; y aunque con disgusto de Cortés, diéronse las órdenes convenientes.

Al dia siguiente de esta órden, la fuerza del Sur, reforzada con algunas de Sandoval, intentaba un asalto; y Cortés, igualmente ayudado por tropas de refresco, avanzó por la calzada.

Los fosos fueron tenazmente defendidos y asaltados; y hácia el medio dia, los españoles combatian en las calles de la ciudad; pero contra su costumbre, no siguieron la calle recta que conducia á la plaza, y que otras veces habian ocupado, sino que haciendo un movimiento de flanco, trataron de apoderarse del edificio del mercado. Esto fué bastante para que el hábil Cuauhtemoc adivinase las intenciones de sus adversarios. Tenia que atender, sin embargo, á los tres trozos en que Cortés habia dividido su ejército: uno de ellos, á las órdenes de Alvarado, seguia la calle principal; otro, que mandaban Andrés Tapia y Jorge Alvarado, seguian una calle paralela; y Cortés, con otra columna, seguia otra igualmente paralela. Cuauhtemoc, luego que conoció las intenciones del

enemigo, ordenó la retirada de su ejército, pero sin abandonar la defensa.

Aliados y españoles creian haber vencido ya y arrojaban gritos de entusiasmo. Sábese perfectamente que la antigua ciudad de los aztecas, estaba cruzada por canales; que en muchas de sus calles corria á lo largo de ellas una profunda acequia, y que otras estaban atravesadas por fosos, cuyo paso se hacia sobre débiles puentes. Cortés, conocedor de la astucia de sus enemigos, ordenó que se detuviera su fuerza, y personalmente marchó á reconocer los avances de las otras: en estos momentos, Alderete le comunicaba que casi ocupaba la plaza del mercado. En efecto, luego que Cuauhtemoc vió avanzar las tres columnas sobre la ciudad, y notó que á la retirada del ejército una de ellas se avanzaba sin precauciones ningunas, intentó cortarla y destruirla, quedando así aislada de las otras dos, cuya derrota podia ser demasiado fácil. La fuerza de Alderete no habia cuidado de cegar un profundo foso que habia pasado sobre un puente. Cuauhtemoc ordenó inmediatamente que allí se situase una fuerza azteca, y él en persona atacó de frente y por la retaguardia la columna española.

El ataque fué tremendo; la corneta de Cuauhtemoc, únicamente tocada en circunstancias difíciles, dejó oir su fuerte sonido; y millares de guerreros se arrojaron sobre los invasores, á los que les fué imposible sostenerse en las calles, comenzando una retirada que pronto convirtióse en vergonzosa fuga. Hombres, caballos, todos se revolvian en espantosa confusion, aumentándola el pánico de los aliados y la tenaz persecucion de los mexicanos. En este instante llegó Cortés á incorporarse á las fuerzas de Alderete, temiendo lo que habia previsto; el jefe español fué arrastrado por la multitud hasta el anchuroso foso, en el cual aquellos fugitivos, muertos de espanto, se arrojaban ahogándose en sus aguas unos, otros salvándose, y todos aumentando la desmoralizacion y la derrota. Cortés trató en vano de hacer una defensa al otro lado del foso, porque los aztecas que le conocian

perfectamente, le hicieron el blanco de sus tiros; y comenzando á gritar: ¡El Malintzin! ¡El Malintzin! ya no trataron de matar á sus enemigos, cuanto de apoderarse del mismo Cortés. El conquistador recibió una herida en una pierna y cayó: sobre él siguieron pasando los fugitivos y los soldados mexicanos se arrojaron sobre su presa. Cristóbal de Olid le libertó de los mas audaces. Al rededor del cuerpo de Cortés formáronse algunos de sus soldados; y durante un instante se sostuvo una encarnizada lucha, disputándose el cuerpo del jefe español: muchos soldados sucumbieron en su defensa.

Siguiendo la relacion de Prescott, hemos dicho que los mismos soldados de Cortés lograron libertarle de las manos de los aztecas; pero si hemos de creer al verídico Ixtlilxochitl, no fué sino el monarca de Texcuco, Ixtlilxochitl, el que libertara al jefe español. El autor citado dice textualmente: " Cortés, viendo la furia de los enemigos, tuvo por bien huir tambien, y al tiempo que llegaron al mal paso no se atrevieron á pasar por él si no era echándose en el agua, y así unos á otros se trabaron de las manos, y Ixtlilxochitl, que á esta ocasion llegó, mandó á sus soldados detuviesen á los enemigos y él se llegó presto y dióle la mano á Cortés, y le sacó del agua. "

Lo hemos dicho ya y lo repetimos ahora: sin el eficaz auxilio y abnegacion de los aliados, la conquista hubiera muerto en su cuna, pereciendo Cortés y todos los suyos como unos desgraciados aventureros. El éxito feliz fué lo que hizo cambiar de nombre la accion de Cortés; desgraciada, hubiera sido conocida por piratería, por aventura ó por torpeza; realizada, diósele el pomposo título de heróica y de gloriosa.

La noticia de que Cortés habia caido en manos de los mexica, circuló por todo el ejército como una chispa eléctrica. Muchos de sus amigos personales retrocedieron para libertar á su jefe, al cual lograron salvar de entre sus enemigos. Quiñones y otros, hicieron alejar á Cortés del teatro de aquella carnicería.

Si no hubiese sido porque los aztecas deseaban conservar

vivo á Cortés, para tener el gusto de sacrificarlo ante sus dioses, circunstancia que favoreció al conquistador las varias veces que se le hizo prisionero, de seguro que hubiera abortado la audaz intentona de la conquista; porque difícilmente se encontraria otro hombre que como Cortés, reuniese á un valor desmedido, mejor estrella y mayor audacia.

La retirada de Cortés ofrecia, sin embargo, sérios peligros: herido y desangrándose, tuvo que salir de entre la multitud que le envolvia, viendo morir á su lado á varios de sus amigos que tan lealmente le habian socorrido.

Muchos otros tomados prisioneros, arrojaban desde lejos desesperados gritos pidiendo socorro, y solicitando en vano un auxilio que no podia concedérseles.

Derrotada esta columna, fácilmente pudo Cuauhtemoc destruir á las otras dos.

Hácia el oscurecer, la ciudad quedaba enteramente libre de sus enemigos, celebrando su victoria con cantos de ingénua alegría.

Portóse esta vez Cuauhtemoc con tanto valor como otras, que ya le habian adquirido el título de bravo; y sus disposiciones militares revelan que el monarca mexicano era prudente, y sabia aprovecharse de cualquier descuido de sus contrarios, circunstancias tan necesarias en un guerrero, y que han hecho del célebre Napoleon el gran capitan del siglo.

XII.

Creyóse en la ciudad que el sitio seria levantado, pues se sabia que los aliados tlaxcaltecas y chalcas, habian abandonado los campamentos españoles. La situacion de los sitiadores no podia ser mas comprometida; y solo un esfuerzo hecho por Cortés pudo impedir que los mismos españoles le abandonasen.

Los aliados llevaron la noticia de su derrota á los pueblos vecinos, y todos ellos trataron de someterse á los mexica, creyendo ya que no eran tan inmortales como pensaban, los soldados de Cárlos V. Cortés, desesperado por su derrota, no tuvo otro medio mas que solicitar de sus aliados un plazo de ocho dias, para que se convenciesen de que las profecías de los sacerdotes aztecas, de que hablaremos despues, no eran mas que fútiles patrañas.

Dedicáronse los mexicanos al sacrificio de los prisioneros, cuyos gritos podíanse oir en los campamentos, y aun las mismas ejecuciones contemplarse desde las trincheras. El templo mayor, muy elevado sobre todas las casas de la ciudad, dejaba mirar de noche el fulgor de las luminarias religiosas, y de dia dejaba oir el tañido del teponaxtle, cuyo sonido lle-

naba á los aliados de místico respeto, y de consternacion á los españoles, que comprendian los sufrimientos á que se veian reducidos sus compañeros. Cuauhtemoc tomó parte en las fiestas; y á fin de moralizar mas á su pueblo y á sus tropas, valióse de una intriga, que como todas las que se cubren con el ropaje religioso, alcanzó gran boga entre sus súbditos. Al efecto, púsose de acuerdo con los sacerdotes, á fin de que manifestasen á los aztecas, que el Dios Huitzilopochtli, satisfecho con el sacrificio cuantioso que se le habia hecho, de soldados enemigos, les habia anunciado que los españoles serian destruidos antes de ocho dias, y todos ellos entregados á los mexica para que muriesen sacrificados. Esta intriga, que efectivamente moralizó mucho á los defensores de Tenochtitlan, sirvió, no obstante, para que Cortés pudiese continuar el asedio, pues habiendo trascurrido el plazo fatal, sin que los mexicanos adquiriesen grandes ventajas, los aliados comenzaron á creer que las profecías de sus dioses no debian realizarse.

Promesas y halagos, y sobre todo la oferta de que la ciudad seria saqueada, volvieron á traer al campamento español á muchos de los aliados; el sitio volvió á emprenderse, y las batallas fueron desde entonces diarias.

Cuauhtemoc no descansaba: ya le hemos visto como guerrero, combatiendo personalmente á los invasores; como político, valerse de la supersticion religiosa, para animar á sus soldados, y tratar de conquistar á su partido á los pueblos que se le habian alejado, remitiendo á las cercanías varios despojos de los españoles y aun ensangrentados miembros de los sacrificados, dándoles cuenta de las profecías de los dioses, y haciéndoles proposiciones ventajosas para que atacaran á los campamentos sitiadores. Estas prudentes medidas, si no en todas partes dieron favorables resultados, sí fueron bien acogidas en Cuauhnahuac (Cuernavaca), donde levantóse un ejército que atacó á la ciudad.

Al saberlo Cortés, dispuso que parte de su disminuida fuerza fuese en su auxilio: opusiéronse á ello varios jefes, mani-

festando cuán peligroso seria separar un soldado de las desmembradas filas, cuya debilidad era extrema; "*mientras mayor sea*, dijo Cortés, *mas necesidad tenemos de cubrirla bajo las apariencias de la fuerza.*"

La falta de municiones agobiaba á los soldados de Cortés; pero, como observa juiciosamente Prescott, la fortuna, que rara vez dispensa con parsimonia ni sus desdenes, ni sus favores, habíase ya mostrado liberal á los españoles, permitiendo que á Veracruz llegase un barco cargado de municiones, y de pertrechos militares. Esta embarcacion formaba parte de la flotilla que Ponce de Leon enviaba á la Florida. Ya con esto, intentóse un nuevo asalto general; y un consejo de guerra fué el encargado de aprobar ó desechar el plan propuesto por Cortés. Este consistia en penetrar hasta el centro de la ciudad, y allí tomar cuarteles sosteniendo la retaguardia del ejército por numerosos destacamentos, encargados ademas de demoler todos los edificios y de cegar todos los canales. Es decir, decretábase la ruina de una de las ciudades mas importantes del mundo nuevo, para tener el placer de gobernar sobre escombros.

Así fué, en efecto; el asalto comenzó: como otras veces, fueron defendidos heróicamente los fosos, las trincheras, las calles y las casas. Donde quiera que se presentaba un ligero obstáculo ó accidente del terreno, allí se trababa una horrible batalla. Cortés daba el ejemplo, ya batiéndose personalmente, ya acarreando vigas y piedras para cegar los terribles fosos: los edificios fueron prontamente destruidos hasta sus cimientos, y el ejército no avanzaba mientras no tenia á su espalda un terreno cubierto de cadáveres y de ruinas. Los mexicanos se batian con desesperacion, pero tenian siempre que retirarse á los ataques de la caballería, por no tener armas suficientemente largas con que resistirlos. La artillería de los españoles ocasionaba horribles estragos en aquellas columnas de valientes, y en aquellas casas endebles y ligeras; así llegó Cortés hasta la plaza del mercado. La ciudad, entretanto, era presa de horribles sufrimientos: la hambre mas

espantosa aniquilaba á sus defensores y habitantes; y hasta una inteligencia comun es capaz de adivinar lo que sufririan aquellos desgraciados, cuyos víveres se habian consumido hacia ya mucho tiempo.

Cuentan algunos cronistas que los aztecas llegaron á alimentarse con los cadáveres que cubrian las calles de la ciudad; aunque los mexicanos no eran antropófagos es fácil creer tal asercion, cuando sabemos que en el sitio de Paris, en tiempo de Enrique IV, llegóse á comer un pan fabricado con huesos de muerto, y á cuyo pan dióse el nombre de *Pan Montpensier.*

Lo hecho hasta entonces por los defensores de la ciudad, indudablemente los habia ya cubierto de gloria; y la fama, el hecho hubiese ocurrido en otra parte, habríase encargado de proclamar su renombre; pero para Cuauhtemoc no era aún bastante, y no mandando ya mas que famélicos pelotones de héroes, no quiso dejar de resistir, ni entablar ninguna contestacion con los enemigos de su pueblo y de su raza.

— " Volved, le decia Cortés, á la obediencia que en un " tiempo habeis jurado al monarca de Castilla; olvidaremos " lo pasado; las personas, los bienes y los demas derechos " de los aztecas serán inviolablemente respetados: vos sereis " confirmado en vuestra autoridad, y la España volverá á to- " mar vuestra ciudad bajo su proteccion. "

A estas halagadoras promesas el emperador ni siquiera se dignó contestar; pero queriendo conocer la índole de sus tropas, reunió una junta de guerra y de sábios sujetando el caso á su decision.

Bien sabia que las promesas españolas eran irrealizables: bastábale para ello recordar lo que habian ofrecido al desgraciado Motecuhzoma, y ¡qué mucho que Cortés y Alvarado en su primera residencia en la ciudad y en la lejana América, violasen las leyes del deber y de la hospitalidad, si los mismos monarcas de Francia y de España en la propia Europa, tan fácilmente eran perjuros, y violaban los tratados ofrecidos cumplir aun delante de la hostia consagrada!

XIII.

Una vez reunido el consejo, uno de los sacerdotes hizo uso de la palabra; y combatiendo la oferta del jefe español, recordó á los mexicanos lo poco que debian esperar de sus enemigos, una vez que el mismo Motecuhzoma habia sido víctima de ellos, y aun el propio Xicotencatl, su fiel aliado, habia sido sacrificado á la bárbara ambicion de los españoles. Este discurso, elocuentemente pronunciado, decidió á algunos personajes; y desde entonces se tomó la resolucion de seguir defendiendo la ciudad, hasta no quedar uno solo de los combatientes. Cuauhtemoc aplaudió tal decision que tan bien se adunaba á su inquebrantable espíritu; y segun Bernal Diaz, pronunció estas memorables palabras, que demuestran cuánta era la energía y el valor del que las pronunciara:

— " Pues que esto es así, guardad mucho los bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando, y de aquí adelante, ninguno sea osado de pedirme la paz, pues yo le mataré. Al menos muramos como mueren los guerreros. "

Este rasgo de indómita energía, levanta á Cuauhtemoc á una altura prodigiosa; pues no conocemos en la historia per-

sonaje alguno mas lleno de valor y de patriotismo, ni que en tan solemnes momentos se haya atrevido á pronunciar tan notables frases.

En vano esperaron los españoles, durante dos dias, que el emperador azteca contestase su embajada: la mas terrible salida y el mas sangriento combate fueron las respuestas de Cuauhtemoc.

En su despecho, los sitiadores apresuraron las operaciones, y la pobre ciudad fué mas duramente tratada: desde entonces el fuego de la artillería hízose espantoso, lo mismo que el de los mosquetes; el humo denso del combate y del incendio envolvian dia y noche á la capital del imperio.

— " Destruid, destruid, decian los mexicanos á los tlaxcal-
" tecas, que si vencemos tendreis vosotros que reconstruir, y
" si vencidos, los españoles se encargarán de trataros como
" á esclavos. "

Tal profecía no se hizo esperar mucho.

Los combates eran continuos; ni un instante dejaban de atacarse sitiados y sitiadores, repitiéndose como en Tlacopan los combates personales, que muchas veces tuvieron lugar en las azoteas de las casas y á la vista de los dos ejércitos. Ya la division que mandaba Cortés habia podido avanzar hasta la calle real de Tlacopan y unirse con la de Alvarado á poca distancia del palacio de Cuauhtemoc, que estaba defendido por una pequeña guarnicion. Asaltóse con empeño el edificio; y despues de ocupado, fué entregado á las llamas y demolido hasta sus cimientos.

Los sitiados habíanse retirado hácia Tlaltilulco, que, como se sabe, estaba unido á Tenochtitlan por la parte del Norte. Ya la situacion de sus defensores no podia ser peor; privados de todo alimento, usaban las cortezas de árboles como sus mas gratos potajes, lo mismo que los mas asquerosos reptiles. La pestilente agua de las acequias, era la que se usaba para los soldados y para el pueblo; y para que nada faltase á tanta miseria y á tanta desgracia, la mas terrible peste habíase desarrollado entre los hijos del Anahuac. Los

millares de cadáveres insepultos, la corrupcion de las aguas estancadas, y otras causas, decidieron la epidemia que diariamente hacia disminuir mas y mas á los soldados tenochca. Estos casi no podian ya sostenerse en pié; desfallecidos y hambrientos, solo tenian fuerzas para combatir, procurando encontrar la muerte en el combate, mas bien que seguir viviendo rodeados de tantas desdichas y miserias. Solo el espíritu de Cuauhtemoc parecia ageno á tantas calamidades: ocupado constantemente en dirigir nuevas fortificaciones, en intentar salidas y en rechazar el avance de los sitiadores, no daba á su cuerpo ni el tiempo bastante para su descanso. "Cuando los invasores entraban al interior de las casas, dice un historiador, ofrecíase á sus ojos un espectáculo espantoso. El pavimento estaba cubierto de cuerpos, los unos todavia en los horrores de la agonía, los otros ya corrompiéndose: hombres, mujeres y niños, todos confundidos y respirando aquella atmósfera infecta: la madre con sus hijos pereciendo de hambre en sus brazos, sin poder darles el alimento que les destinaba la naturaleza: los hombres, acribillados de heridas ú horriblemente mutilados, imploraban vanamente á los enemigos pusiesen término á sus padecimientos. Pero con todo, aun en aquel extremo de miseria, en vez de demandar piedad, se arrojaban sobre los invasores con la misma ferocidad que el tigre herido á quien persigue el cazador hasta su guarida en las selvas. El general español dió órden de que se guardase miramiento con estos míseros é inutilizados hombres; pero los aliados la despreciaron, porque para ellos no habia distincion posible: los aztecas eran enemigos suyos, cualquiera que fuese la situacion en que se encontrasen; y en medio de espantables gritos de triunfo, dejaban caer los incendiados techos sobre ellos, y envolvian en una misma hoguera fúnebre á los vivos y á los muertos!"

No solo los hombres eran tan denodados en la ciudad sitiada; las mismas mujeres, segun la asercion de Bernal Diaz, Oviedo y otros historiadores, portábanse con un valor asom-

broso, tomando parte en los combates, ayudando en sus fatigas á los soldados, conduciendo municiones, retirando á los muertos ó velando por los heridos. ¡Dulcísimo consuelo para aquellos infelices que soportaban con tanto heroismo, los mas terribles sufrimientos!

XIV.

Por fin, el templo de Tlaltilulco cayó en poder de Alvarado, siendo entregado á las llamas. La guarnicion que le defendia toda pereció en su defensa.

Siete octavas partes de la ciudad estaban ocupadas y destruidas; y la que algunos meses antes era la ciudad mas rica é importante, desaparecia entre un monton de escombros, de cenizas y de cadáveres....

Cuauhtemoc estaba reducido á un insignificante islote de Tlaltilulco, adonde le habian seguido sus valientes. Este islote, segun la opinion del sábio mexicano D. J. Fernando Ramirez, era el estrecho que se extiende del Cármen á la iglesia de Santa Ana. Las municiones estaban casi agotadas, los arcos y las flechas habian disminuido considerablemente; pero esto no obstante, peleaban todavia con sumo entusiasmo, lo mismo que en las pimeras horas del sitio.

No era ya posible sostener un dia mas la defensa, pues los soldados caíanse muertos de debilidad y de hambre; y la peste, la mas encarnizada enemiga de los ejércitos, se encargaba de atacar á los mas valerosos y decididos.

El 11 de Agosto de 1521, Cortés, sabiendo la situacion de



S. HERNANDEZ LITOG.º LIT DE H. IRIARTE

PRISION DE CUAHUTIMOC

los sitiados, emprendió un último y formidable asalto, que tuvo lugar durante un dia entero, y en el cual, á creer lo que cuentan algunos cronistas, perecieron mas de cincuenta mil hombres. Durante la noche, la oscuridad y el silencio reinaron sobre la ciudad sitiada: sin embargo, hácia un extremo de ella, tratábase por algunos nobles de hacer abandonar el campo al bravo Cuauhtemoc. En vano fueron las súplicas de sus amigos, en vano las lágrimas de la emperatriz y de las princesas. Cuauhtemoc solo respondia con estas frases:

" Mi deber, mi honor y mi pueblo me obligan á morir en la ciudad. "

Inútiles fueron los esfuerzos que se hicieron para decidir á Cuauhtemoc, el que en vanas repulsas perdió el tiempo mas favorable.

Al amanecer del 13 de Agosto, moviéronse las fuerzas españolas para intentar otro asalto: la defensa fué desesperada; pero conociendo el emperador la inutilidad de sus esfuerzos, aceptó hácia las tres de la tarde las proposiciones de sus amigos y parientes, de abandonar la ciudad que tan hábilmente habia defendido. Al efecto, hizo embarcar en una canoa á la emperatriz y á las princesas, y haciéndolo él mismo, dióse la señal de la partida.

Los remeros, despues de tantas fatigas, apenas avanzaban en la laguna, lo cual, visto por los barcos españoles, emprendieron la persecucion de la canoa, que creyóse simplemente cargada de guerreros. García Olguin fué el gefe de la persecucion, que un viento favorable hizo demasiado fácil y violenta.

Abordada la canoa, Cuauhtemoc aprestóse á vender cara su existencia; pero notando que los soldados españoles ya no le apuntaban, dijo á su jefe con sonoro acento:

" ¡Yo soy Cuauhtemoc, conducidme ante el Malintzin; pero no toqueis ni á mi mujer ni á nadie de los que me acompañan! "

Hé aquí en estas magníficas palabras pintado el carácter y entereza del célebre Cuauhtemoc. ¡Qué valor! ¡Qué nobleza!

¡Qué serenidad! Los grandes héroes son los únicos que pueden dejar á la posteridad el recuerdo de sus mas sencillas frases. Cuauhtemoc no trató, pues, ni de procurarse un perdon ridículo, ni de defender su rango y su nobleza: únicamente defendia á su familia y á su pueblo. ¡Qué diferencia de los magnates que en esos tiempos ensangrentaban el suelo de la Europa!

Segun Humboldt, el lugar donde fué hecho prisionero Cuauhtemoc debió ser entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago y el puente de Amaxac.

Entretanto ocurria en la laguna lo que hemos relatado, seguian el asalto y la matanza en la ciudad, que solo terminó al saberse la prision del emperador.

Las lágrimas mas sinceras bañaron el rostro de los pocos valientes que quedaban; algunos se dieron la muerte, y otros recorrian las calles llenando el aire con ayes de desesperacion.

La ciudad fué ocupada, contemplándose entonces escenas espantosas de miseria y desolacion. Montones de cadáveres, soldados débiles y macilentos, mujeres exhaustas, por todas partes hambre, ruinas, sangre y soledad; tales eran los frutos recogidos por los sitiadores despues de tres meses de un sitio espantoso.

Cuauhtemoc fué conducido inmediatamente á la presencia de Cortés, quien, al saberlo, dispuso se adornase con esteras la azotea donde pensaba recibirlo. Cuauhtemoc venia perfectamente escoltado, y llegando al cuartel general, adelantóse con solemnidad y subió adonde estaba Cortés. Probablemente le conocia bien, porque antes de que el jefe español le hablase, el emperador, con magestuoso y melancólico acento, se acercó y le dijo:

"Véome reducido á ser vuestro prisionero; pero esto despues de haber hecho cuanto he podido para defender á mi pueblo."

Y poniendo la mano en la daga que ceñia el conquistador, agregó:

"Y puesto que no he podido morir en su defensa, castellano, arráncame la vida, que es inútil ya para mi patria."

Estas sublimes palabras, pronunciadas con tanta energía como sencillez, enaltecen al que las decia, y á traves de tanto tiempo como ha trascurrido, nos le presentan como el tipo mas completo del patriotismo, tan solo comparable y acaso superior á las grandes figuras de la antigüedad.

Llenos de admiracion todos los que le escucharon, al ver en el jóven monarca tanta decision y tanto patriotismo, y aun el mismo Cortés, haciéndose intérprete de todos, dijo á Cuauhtemoc:

"No temais, sereis tratado con honor, pues habeis defendido vuestra ciudad como un valiente, y los españoles respetan al valor donde quiera que le encuentran."

Engañadoras palabras que el mismo Cortés encargóse de desmentir mas tarde, con una conducta indigna y miserable!

Ni en su prision olvidaba el jóven azteca las consideraciones que debia á su pueblo; y así suplicó á Cortés que permitiese salir de Tenochtitlan á los desgraciados que la habitaban.

Dióse, en efecto, la órden, y todavia salieron de la ciudad mas de setenta mil hombres, últimos restos, puede decirse, de una poblacion antes numerosa, activa y feliz.

El espectáculo aquel debe haber sido horrible: durante tres dias, mujeres y niños estuvieron abandonando aquellas ensangrentadas ruinas, cuyos escombros habian enterrado con sus mas queridos seres, la independencia de la América. Pocos ó ningunos hombres habian sobrevivido al sitio, á creer lo que dice Ixtlilxochitl, quien asegura que apenas quedaron vivos algunos señores y caballeros y los mas *niños y de poca edad*.

Muchos perecieron en su peregrinacion, y otros, llorando sus desventuras, fueron á los bosques mas sombríos en busca del sosiego y de la quietud que se les arrebataba. Al salir volvian el rostro de cuando en cuando para contemplar

de lejos aunque fuese, el lugar donde antes habia existido la señora del Anahuac.

Cortés dice que durante el sitio, perecieron por la guerra y por la peste mas de 117,000 hombres; esto sin contar los que habian muerto en los varios encuentros que precedieron al asedio de la ciudad. Ixtlilxochitl los hace subir á la enorme cifra de 240,000, y Bernal Diaz cree que la pérdida fué superior á la del sitio de Jerusalem, donde sucumbieron 1.000,000 de individuos!

XV.

Desocupada la ciudad trataron los españoles de dos cosas: de desinfectarla haciendo enterrar los cadáveres, y de buscar el rico botin que pensaban encontrar; pero sea que el imperio azteca no quisiese atesorar grandes sumas, ó que estas fuesen ocultadas préviamente, los españoles no pudieron recoger mas que una insignificante cantidad que se repartieron, cediendo una pequeña parte á los aliados, á quienes debian tantos sacrificios y tan enérgica cooperacion, despidiéndoles inmediatamente, y asegurándoles que serian bien recompensados por sus monarcas respectivos.

Ya solos los españoles, celebró Cortés su victoria con un opíparo banquete, y con espantosas orgías que merecieron la reprobacion del padre Olmedo, quien indicó la conveniencia de dar gracias al Altísimo con una solemne procesion. Así se hizo, en efecto, esta ceremonia religiosa, sin temor de ofender á la misma Divinidad, hollando un terreno empapado todavia con la sangre de tantos mártires! *

* Recomendamos á nuestros lectores la lectura del artículo relativo á este asunto, que el distinguido Sr. Orozco y Berra escribió en el Diccionario de Geografía y Estadística.

No podian algunos de los conquistadores conformarse con el botin que habian hallado; y creyendo que los tesoros de los aztecas y de la monarquía habian sido enterrados, decidieron llevar á cabo la mas torpe, la mas criminal, la mas inícua de las felonías, y el acto mas bárbaro y salvaje.

Tiempo es aquí de manifestar que no trajo á los conquistadores ni el patriótico deseo de engrandecer á la España, ni el mas santo de atraer á la civilizacion y al cristianismo á los pueblos lejanos de la América: trájoles, sí, la sed de oro, que siempre impele á los audaces á acometer las mas descabelladas empresas, y las mas estupendas intentonas.

Para asentar lo que precede, no es necesario sostener metafísicas discusiones; bastan la historia, y el dicho de los mismos conquistadores. Bernal Diaz asegura que " el nombre de los conquistadores debiera perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su rey y de su Dios, y por dar luz á los que vivian en las tinieblas de la infidelidad; " y agrega candorosamente: " *y tambien por adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombres codician.* "

Pero si esto no fuese bastante para confirmar nuestro dicho, recordemos el infame asesinato de la nobleza mexicana por Pedro de Alvarado, y sobre todo, lo que vamos á referir.

Una vez preso Cuauhtemoc, el ejército, que no podia soportar ni tanto valor ni tanta grandeza en su enemigo, comenzó á llenar de pasquines las blancas paredes del cuartel general, murmurando del tratamiento que se daba al emperador, y diciendo que deberia sujetársele á un tormento para que declarase á dónde habia ocultado los tesoros del imperio. Negóse al principio Cortés á acceder á tan bárbaras pretensiones; pero, ú obligado por sus compañeros, ó codiciando él mismo una parte de las riquezas que se descubrieran, condescendió con sus soldados, y Cuauhtemoc fué conducido al lugar del suplicio.

Niegan Bernal Diaz y otros que Cortés autorizara esta accion cobarde; pero ¿podia pasar oculta, siendo el mismo Cor-



P. MONROY, DIB.º LIT. DE H. IRIARTE. S. HERNANDEZ. LIT.º

SUPLICIO DE CUAHUTIMOC.

tés el guardian del emperador? ¿Así se cumplia la promesa de tratarle con respetuosa consideracion? ¿En dónde se habia refugiado la hidalguía española? ¿En dónde la justicia y el deber?....

Cuauhtemoc, con su compañero y amigo el señor de Tlacopan, fué amarrado á un tronco de árbol y hacinadas á sus pies materias combustibles, derramándose para mayor tormento aceite hirviendo sobre sus plantas calcinadas. ¡Oh barbárie!

¡Quien habia soportado todos los horrores del mas espantoso sitio, quien habia llevado su decision hasta casi morir de hambre para no entregarse á sus enemigos, no era fácil que en el tormento mostrase cobardía alguna, y el suplicio se hizo prolongar, sin que de los labios del emperador brotase ni un suspiro ni una quéja, mostrando, por lo contrario, tanta energía, que al decirle su compañero de tormento:

—"¡Cuauhtemoc, mira lo que sufro!" le contestó el emperador sonriendo:

—"¿Y yo, estoy sobre un lecho de flores por ventura?"

Nada pudieron arrancar de los desgraciados que habian sido así sujetados á tan crueles tormentos, y que solo sirvieron para demostrar la bárbara estupidez de los verdugos, y el ánimo esforzado de las víctimas.

Ignoramos cómo nuestra pluma ha podido describir sin que el pecho estallase de indignacion, tan bárbaras escenas: aunque en nosotros circule sangre española: aunque debamos á la conquista lo que somos, y los débiles pasos que durante tres siglos intentamos en el camino de la civilizacion, hay en los corazones mexicanos mayor cantidad de conmiseracion y de hidalguía, y cuando sabemos los sufrimientos de los últimos é infelices monarcas del imperio azteca, no podemos, nos es imposible dejar de reprobar la conducta de los que tan bárbaramente emprendieron la conquista, por mas que estos hayan sido nuestros padres!

XVI.

No fué únicamente el bravo Cuauhtemoc el que sufriera el mas injustificable de los tormentos, sino que tambien fué bárbaramente martirizado Cohuanacochtzin, hermano de Ixtlilxochitl, aliado de Cortés y que tantas pruebas habia dado de amistad y de consideracion. Pero no cabia en el corazon de los conquistadores la benignidad, ni las virtudes que ennoblecen á los verdaderamente héroes, y desconociendo lo que les habia servido Ixtlilxochitl, sujetaron á su prisionero hermano, como hemos dicho, al mismo tormento que impusieron á Cuauhtemoc. El rey de Texcuco pudo salvar á su hermano de las abrasantes llamas, no sin consentir en entregar á Cortés cuanto oro le pidiese. Leal Ixtlilxochitl á su promesa, se desprendió de todos sus valores é hizo desprenderse de ellos á sus mas pudientes súbditos, á fin de calmar la ambicion de los españoles, ambicion que no pudo saciarse nunca, á pesar de haber costado á millares de individuos el ultraje, la expatriacion, la esclavitud y la muerte.

Nada, casi nada nos dice la historia respecto de los sufrimientos de Cuauhtemoc durante el largo cautiverio que se le hizo sufrir; y fuerza es creer que en los tres años que duró,

se le tratase con tan poca consideracion como despues del sitio. Cuauhtemoc, siempre prisionero, acompañaba á Cortés en todas sus expediciones, haciéndosele sufrir las privaciones de un ejército, y las fatigas y molestias de las marchas y combates, y todavia mas, el inícuo suplicio de asistir á las matanzas que se hacian en los restos de su pueblo, y en sus últimos y denodados campeones. Por fin, en 1524 Cortés emprendió su expedicion á Honduras, é hizo que le acompañase el monarca azteca. Desde este instante comprendió que su suerte estaba decidida, faltándole únicamente repetir las palabras del célebre defensor de las Termópilas, al despedirse de su esposa: "Te deseo un buen marido é hijos que se te parezcan."

La expedicion de Cortés atravesó el hoy Estado de Oaxaca, Tehuantepec, Tabasco y Chiapas, hasta llegar cerca de la feraz provincia de Acullan, en los primeros dias de Febrero de 1525. En este lugar supo, dice un cronista, que Cuauhtemoc habia tramado una conspiracion para asesinar á los españoles.

Ixtlilxochitl, que cree como nosotros, que fué una infamia la muerte de Cuauhtemoc, la explica de la manera siguiente: Chanceándose el hermano del rey de Texcuco con Cuauhtemoc, le dijo: "Las grandes provincias que hemos conquistado vóylas á unir á mis dominios.—No harás tal, son mias, contestó con tristeza Cuauhtemoc; ¿no soy acaso rey cuando quiera?" Siguióse sobre este punto una inocente broma y acalorada conversacion que fué escuchada por uno de los espías que Cortés habia introducido en la servidumbre de sus prisioneros. Esta conversacion completamente desfigurada la supo el jefe español, y resolvió matar á los desgraciados que habia apresado tres años antes.

Si se tiene en cuenta que el emperador no tenia medio alguno de que disponer, y que sus súbditos se hallaban lejos de aquel lugar, no es difícil creer que esta fué una ridícula inventiva de Cortés para deshacerse de Cuauhtemoc, que debia servirle de carga fatigosa y de continuo reproche, por sus

anteriores procederes. En vano Cuauhtemoc y el monarca de Tlacopan probaron su inocencia: sus jueces eran sordos y habian resuelto asesinarlos.

A las tres de la madrugada del 19 de Febrero de 1525, mártes de Carnestolendas, fueron llamados los prisioneros á la presencia de Cortés, y tuvieron que escuchar una sentencia que no tenia ningunos visos de justa, y que mas bien parecia una venganza.

El desgraciado Cuauhtemoc fué ahorcado y colgado en una ceiba que se hallaba en las orillas del camino. Segun Ixtlilxochitl, la ejecucion tuvo lugar en un punto cercano al rio Goatzacoalcos, y á inmediaciones del pueblo Teotilac.

Para que esta ejecucion tuviese mas lujo de crueldad, fueron tambien inmolados multitud de nobles y señores mexicanos que acompañaban á Cuauhtemoc, salvándose milagrosamente del mismo lugar de la ejecucion Cohuanacoachtzin, hermano de Ixtlilxochitl y compañero de tormento de Cuauhtemoc. Luego que los prisioneros fueron conducidos al árbol fatal, y que se supo en el ejército la muerte que iban á recibir, algunos aliados fueron á avisarlo á Ixtlilxochitl, diciéndole: "Cuauhtemoc y tu hermano van á ser asesinados."

El rey de Texcuco ocurrió al lugar del suplicio, y cortando la cuerda que oprimia el cuello de su infeliz hermano, pudo libertarlo de una muerte segura é infamante.

Gran cólera hizo Ixtlilxochitl por esta nueva felonía de Cortés, que así despreciaba los servicios que le habia prestado antes y despues de la toma de Tenochtitlan; y queriendo de una vez terminar con hombres que no tenian ni la virtud del agradecimiento, ordenó á sus soldados que batiesen á los españoles y acabasen con ellos. La situacion de Cortés era bien comprometida, y su destruccion y la de sus soldados hubiera sido segura, á no haber mediado humillantes satisfacciones por parte de Cortés, y suma moderacion por la de Ixtlilxochitl.

Mientras así se veia expuesto Cortés á morir oscuramente

en medio de desconocidos bosques, sus mismos soldados disputábanse en México el mando, haciendo circular la noticia de la muerte del jefe español.

Demasiado conocida es la dominacion y castigo de Chirinos y Salazar, para que la relatemos aquí; bástenos, sin embargo, asegurar que ni los horrores del sitio, ni las tiranías de los guerreros, ocasionaron tantas desdichas como el gobierno tiránico de esos malvados, á quienes la fortuna hizo árbitros de los destinos de los pueblos del Anahuac.

XVII.

Así concluyó sus dias el jóven monarca Cuauhtemoc, cuyo nombre ha registrado ya la historia, juzgándolo como un gran patricio, como un denodado guerrero, y como un general hábil y prudente. En vano algunos pretenden minorar las faltas de Cortés. ¿Qué necesidad imperiosa tenia de sacrificar á sus prisioneros, cuando ya la conquista estaba asegurada, y los súbditos del imperio habíanse sometido ó desbandado? En nuestro concepto, nada justifica su conducta; y el suplicio del emperador, que permitiera, y despues el asesinato que autorizó, le han adquirido el título de tirano y de sanguinario.

Será como dice Quintana, efecto de la época y no de los hombres; será como asegura Prescott, propiedad de toda conquista; pero en contra de opiniones tan autorizadas, creemos que la justicia ha imperado en el mundo desde sus primeros tiempos, y que desde entonces, los que han sacrificado sin razon y sin causa á los hombres, han merecido el título de verdugos de la humanidad....

Dos años antes de los sucesos que hemos referido, la esposa de Cortés, Dª Catalina Juarez, habia llegado á México.

Despues de una séria disputa con su esposo, amaneció un dia muerta en su lecho, y sin lesion alguna. Créese generalmente que el mismo Cortés ahorcó á Dª Catalina, de la cual no volvió á acordarse.

Este horrible asesinato, perpetrado en una mujer jóven, hermosa é indefensa, despoja al jefe español de toda la pompa con que se le ha ataviado, y con que le vemos despues de tantos años, y nos le presenta implacable, vengativo y esclavo de su orgullo y de su ambicion.

El remordimiento mas cruel, segun se infiere de la relacion de Bernal Diaz, persiguió durante algun tiempo al jefe español; su carácter se hizo irritable, y costábale gran trabajo conciliar el sueño. La conciencia le acusaba.

XVIII.

Reasumamos. Elevado Cuauhtemoc al trono de México en las circunstancias mas difíciles, hízose heredero de la política torpe de sus antepasados, y que debia ocasionar la insurreccion en los pueblos del lago. Dominados estos por las armas y no por la razon, solo esperaban una oportunidad para deshacerse del yugo que los oprimia, la cual les presentaron la conquista y las oportunas promesas de Cortés.

Antes del sitio, Cuauhtemoc mejoró su política; y merced á ella, atrajo á su partido á algunos descontentos, halagó á otros haciéndoles ocupar importantes empleos, y minoró las contribuciones y gabelas de otros pueblos. ¡Sábia política que en tiempos normales le hubiera asegurado el amor de todos sus súbditos! Pero las circunstancias eran otras, y profundo el resentimiento de los pueblos. Sin embargo, no porque la política de Cuauhtemoc no diese todos sus buenos resultados, déjase de conocer en él un hábil gobernante y un prudente legislador; pero la página mas hermosa de la vida del último emperador, es sin duda la defensa de Tenochti-

tlan. Para valorizarla, tengamos en cuenta que fueron rechazados y derrotados los sitiadores en cuantos asaltos emprendieron sobre la ciudad: que las armas de los sitiados eran inferiores en todo á las de los españoles, y aun el número de soldados defensores acaso inferior al de sus contrarios. Ya hemos visto que sobre la capital del imperio habia mas de 300,000 sitiadores; y fácil es calcular que casi toda esta enorme fuerza podia emprender sus ataques sobre un determinado lugar, mientras que los de la plaza, hambrientos y destruidos, tenian que dividir su fuerza en distintas fracciones. La defensa de la ciudad sitiada no pudo ser mas tenaz, mas heróica, ni hecha con mas habilidad.

Parece que Cuauhtemoc adivinaba la táctica moderna, y adelantándose á su siglo, reformaba la disciplina de su ejército. Así le hemos visto, contra la costumbre de los aztecas, hacer continuas salidas nocturnas, para desvelar á los sitiadores; aprovecharse del menor descuido, y batir aisladamente las columnas de asalto. Si comparamos la defensa de Tenochtitlan con la que en nuestros dias ha hecho un soldado frances de la plaza de Metz, ¡qué enorme diferencia! Por un lado miseria, pobreza, falta de armas y de municiones; por el otro un ejército igual al sitiador, abundancia de elementos, armas iguales ó mejores; pero de un lado peleábase por la libertad y por la patria, mientras por el otro defendíanse los caprichos y aventuras de un tirano.

Grande Cuauhtemoc antes del sitio, heróico en la defensa, sublime en el martirio, jamas desmintió su amor á su patria y á su pueblo, y es digno del monumento que la ciudad de México le ha consagrado en uno de los paseos de la capital, y que atestiguará siempre que á pesar de nuestros trastornos políticos y de la relajacion que ha habido en todas las clases de la sociedad, no podemos, pues somos partícipes de las hazañas de los aztecas, dejar de conmovernos al recuerdo de nuestros grandes héroes, víctimas del despotismo, por su amor á la libertad.

EDUARDO L. GALLO.

